

J. A. REDMERSKI

NADIE como TÚ



«—Hay que vivir en el presente —afirma.

—¿Qué es para ti vivir en el presente? —le pregunto.

—Pues simplemente que pensar y hacer planes es una gilipollez —afirma—. Si piensas en el pasado, no avanzas. Vive en el momento, donde todo es como debe ser, tómate tu tiempo, pon freno a tus malos recuerdos y llegarás adonde quiera que vayas a llegar mucho más deprisa y topándote con menos baches en el camino».

Todo viaje es una aventura en la que a veces tienes que romper con todo, perderte, arriesgarte por tus sueños. Déjate llevar por el corazón; el amor te está esperando en alguna parte. ¡Sal a buscarlo!



J. A. Redmerski

Nadie como tú

Nadie como tú - 1

ePub r1.0

Edusev 01.04.14

más libros en epubgratis.net

Título original: *The edge of never*
J. A. Redmerski, 2012
Traducción: María José Díez Pérez
Retoque de portada: Edusav
Editor digital: Edusav
ePub base r1.0

*A amantes y soñadores y a cualquiera
que no haya sido de verdad ninguna de esas dos cosas*

1

Natalie lleva los últimos diez minutos retorciéndose el mismo mechón de pelo y está empezando a sacarme de quicio. Meneo la cabeza y me acerco el *caffé latte* con hielo, situando estratégicamente los labios en la pajita. Natalie está sentada enfrente de mí con los codos apoyados en la mesita redonda, la barbilla en una mano.

—Está buenísimo —asegura mientras clava la vista en el chico que acaba de ponerse a la cola—. En serio, Cam, míralo, anda.

Revuelvo los ojos y bebo otro sorbo.

—Nat —respondo dejando el café sobre la mesa—, tienes novio, ¿cuántas veces tengo que recordártelo?

Y ella me suelta, bromeando:

—¿Qué eres?, ¿mi madre?

Pero es incapaz de prestarme atención por mucho tiempo, no mientras ese monumento andante está en la caja pidiendo café y *scones*.

—Además, a Damon no le importa que mire: siempre que me baje al pilón todas las noches, no dice nada.

Suelta una carcajada y me pongo roja.

—¡Ajá! ¿Lo ves? —dice con una sonrisa de oreja a oreja—. Te he hecho reír. —Mete la mano en el bolsito color púrpura, saca su móvil y abre las notas—. Esto lo tengo que apuntar: sábado, 15 de junio. —Desliza el dedo por la pantalla—. 13.54 horas, Camryn Bennett se ha reído con una de mis bromas cochinas. —Después guarda de nuevo el teléfono en el bolso y me echa una de esas miradas pensativas que me dirige siempre que se pone en plan psicóloga—. Sólo mira una vez —me pide, ya en serio.

Sólo para que me deje en paz, ladeo la cabeza con disimulo para echarle una ojeada al chico, que se aleja de la caja y se dirige al otro extremo del mostrador, donde retira su bebida. Alto, pómulos perfectos, ojos verdes de modelo, hipnóticos, y pelo castaño de punta.

—Sí —admito, centrándome de nuevo en Natalie—, está muy bueno, ¿y?

Ella no puede evitar seguirlo con la mirada cuando sale por la puerta de cristal de doble hoja y pasa por delante de las ventanas antes de hacerme caso y contestarme:

—Por-fa-vor —dice, los ojos como platos y sin dar crédito.

—Sólo es un chico, Nat. —Mis labios vuelven a la pajita—. Es como si llevaras en la frente un letrero que dijera «obsesa». Eres una obsesa en toda regla, sólo te falta babear.

—¿Es coña? —Su expresión pasa a ser de horror absoluto—. Camryn, tienes un problema gordo. Lo sabes, ¿no? —Apoya la espalda en el respaldo de la silla—. Tienes que subir la dosis de la medicación. En serio.

—Dejé de tomarla en abril.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque es absurdo. —Lo digo como si tal cosa—. No soy una suicida, así que no tengo por qué tomarla.

Sacude la cabeza y cruza los brazos.

—¿Crees que sólo les recetan eso a los suicidas? Pues no.

Me apunta un instante con un dedo que acto seguido esconde en el pliegue del brazo.

—Es un desequilibrio químico, o una mierda parecida.

Compongo una sonrisa de suficiencia.

—Ah, ¿sí? Y ¿desde cuándo sabes tú tanto de salud mental y de la medicación que utilizan para tratar los cientos de diagnósticos? —Enarco una ceja un poco, lo bastante para dejarle claro que sé que no sabe lo que dice, y cuando ella arruga la nariz en lugar de responder, añado—: Me pondré bien a mi ritmo, no me hace falta ninguna pastilla.

Mi explicación había empezado bien, pero se torció inesperadamente antes de soltar la última frase. Pasa a menudo.

Natalie suspira y la sonrisa se borra por completo de su cara.

—Lo siento —me disculpo, sintiéndome mal por haber sido borde con ella—. Escucha, sé que tienes razón. No puedo negar que tengo el rollo emocional un poco revuelto y que a veces puedo ser lo peor...

—¿A veces? —farfulla, pero sonrío de nuevo y veo que ya me ha perdonado.

Eso también pasa a menudo.

Le devuelvo una sonrisa a medias.

—Sólo quiero encontrar respuestas por mi cuenta, ¿sabes?

—Encontrar, ¿qué respuestas?

Está mosqueada conmigo.

—Cam —dice ladeando la cabeza para parecer sesuda—, odio tener que decirlo, pero la vida es una mierda. Tienes que superarlo, eso es todo. Pasar página haciendo cosas que te hagan sentir bien.

Bueno, quizá no se le dé tan mal hacer de psicóloga, después de todo.

—Sé que tienes razón —respondo—, pero...

Natalie enarca una ceja, expectante.

—¿Qué? Vamos, suéltalo.

Miro un instante hacia la pared, pensando. Suelo pararme a pensar en la vida y darle vueltas a todo. Me pregunto qué coño hago aquí. Incluso en este preciso momento. En esta cafetería con esta chica a la que conozco casi desde siempre. Ayer pensaba en por qué tenía la necesidad de levantarme exactamente a la misma hora que el día anterior y hacerlo todo exactamente igual que el día anterior. ¿Por qué? ¿Qué nos empuja a hacer las cosas que hacemos cuando en el fondo una parte de nosotros quiere romper con todo eso?

Aparto la vista de la pared y la clavo en mi mejor amiga, que sé que no entenderá lo que voy a decirle, pero lo digo de todas formas porque necesito soltarlo.

—¿Alguna vez te has preguntado cómo sería coger la mochila y viajar por el mundo?

Natalie se queda muerta.

—Pues la verdad es que no —contesta—. Sería... un asco.

—Bueno, pues plantéatelo un momento —le pido apoyándome en la mesa y centrando toda mi atención en ella—. Tú y una mochila con unas cuantas cosas. Sin facturas, sin tener que levantarte a la misma hora todas las mañanas para ir a un trabajo que odias. Tú y el mundo, sin saber lo que te va a deparar el día siguiente, a quién conocerás, qué comerás ni dónde dormirás.

Me doy cuenta de que me he metido tanto en el papel que por un instante tal vez haya podido dar la impresión de que ahora la obsesa soy yo.

—Me estás asustando —asegura Natalie mientras me mira con incertidumbre desde el otro lado de la mesita. La ceja enarcada se sitúa de nuevo a la misma altura que la otra y ella dice—: Además está lo de andar, el riesgo de que te raptan, te maten y te tiren a una cuneta por ahí. Y lo de andar...

Es evidente que piensa que estoy medio loca.

—De todas formas, ¿a qué viene todo eso? —pregunta, y bebe un poco de café—. Suena a crisis de la mediana edad... y sólo tienes veinte años. —Y añade como para recalcar—: Y casi no has pagado una factura en tu vida.

Da otro trago, seguido de un sorber desquiciante.

—Puede que no —admito, pensativa—, pero las pagaré cuando me vaya a vivir contigo.

—Eso sí —replica ella tamborileando con los dedos en el vaso—. Todo a medias. Oye, no te estarás rajando, ¿no?

Se queda como petrificada, mirándome con cautela.

—No, no. La semana que viene le diré adiós a mi madre y me iré a vivir con un zorrón.

—Serás cerda —se ríe.

Le dedico una sonrisa a medias y vuelvo a mis reflexiones, a lo de antes, que ella no entendía, pero me lo esperaba. Antes incluso de que muriera Ian, yo ya solía pensar cosas raras. En lugar de calentarme la cabeza con nuevas posturas sexuales, como hace tantas veces Natalie con Damon, su novio desde hace cinco años, yo sueño con cosas importantes. O, al menos, en mi mundo son importantes. Cómo será sentir en la piel el aire en otros países, cómo huele el mar, por qué el sonido de la lluvia me corta la respiración. «Eres una tía profunda», me ha dicho Damon en más de una ocasión.

—Joder —dice Natalie—. Eres capaz de darle bajón a cualquiera, lo sabes, ¿no? —Sacude la cabeza con la pajita entre los dientes—. Vamos —dice de pronto levantándose de la mesa—. No puedo con tanta filosofía, y me da que los sitios pequeños como éste te sientan peor. Esta noche nos vamos al Underground.

—¿Qué? De eso nada, no pienso ir a ese sitio.

—Sí que vas a ir. —Lanza el vaso vacío a la papelera, a unos metros, y me coge de la muñeca—. Esta vez te vienes, porque se supone que eres mi mejor amiga y no pienso aceptar de nuevo un no por respuesta. —Una ancha sonrisa de labios cerrados se instala en su cara ligeramente bronceada.

Sé que tiene algo en mente. Siempre tiene algo en mente cuando pone esa cara, esa mirada rebosante de entusiasmo y determinación. Probablemente lo más sencillo sea ir esta vez para quitármelo de encima; de lo contrario, no me dejará en paz. Es un mal necesario cuando tu mejor amiga es una pesada.

Me levanto y me cuelgo el bolso del hombro.

—Sólo son las dos —señalo.

Apuro lo que me queda de café y tiro el vaso en la misma papelera.

—Ya, pero primero tenemos que ir a comprarte un modelito.

—Ah, no —respondo con firmeza mientras me saca por las puertas de cristal a la brisa veraniega—. Ir al Underground contigo ya es más que suficiente. Me niego a ir de compras, tengo mucha ropa.

Natalie me coge del brazo mientras echamos a andar por la acera y dejamos atrás una larga hilera de parquímetros. Me sonrío y me mira.

—Vale. Pero entonces me dejarás que te ponga algo mío.

—¿Se puede saber qué les pasa a mis cosas?

Ella frunce la boca y mete la mandíbula como para argumentar en silencio por qué he hecho una pregunta tan tonta.

—Es el Underground —contesta, como si no hubiera una respuesta más obvia.

Vale, sí. Puede que Natalie y yo seamos amigas íntimas, pero en nuestro caso es algo así como que los opuestos se atraen: ella es una tía roquera que está coladita por Jared Leto desde que vio *El club de la lucha*, y yo tengo un rollo más normal, no suelo llevar cosas oscuras a menos que vaya a un funeral. No es que Natalie vaya toda de negro y lleve un peinado a lo emo, pero no se pondría ni muerta algo de mi armario porque dice que es demasiado soso. Yo no lo veo así. Sé vestirme, y a los tíos —cuando me fijaba en cómo me miraban el culo con mis vaqueros preferidos— siempre les ha parecido bien la ropa que llevaba.

Pero The Underground se hizo para gente como Natalie, así que supongo que tendré que aguantarme y vestirme como ella una noche para no desentonar. No me van las tribus, nunca me han ido. No obstante, está claro que me convertiré en alguien que no soy por unas horas si con eso consigo integrarme en lugar de ir hecha un adefesio y dar la nota.

La habitación de Natalie es un auténtico caos. Y en ese sentido también somos

completamente distintas. Yo cuelgo la ropa por colores, y ella deja la suya en el cesto que hay a los pies de la cama durante semanas, con lo que tiene que volver a echarla a la lavadora porque se arruga. Yo quito el polvo de mi habitación todos los días, y no creo que ella lo haya hecho en su vida, a menos que limpiar sea quitar los cinco centímetros de polvo del teclado del portátil.

—Esto te va a quedar perfecto —asegura mientras sostiene en alto una camiseta blanca fina, estrecha y con media manga en la que pone «Scars on Broadway» en la parte delantera—. Es ceñida, y tú tienes las tetas perfectas. —Me pone la camiseta por encima para ver cómo me quedaría.

Contesto con un gruñido, no me gusta su primera opción.

Ella revuelve los ojos y hunde los hombros.

—Vale —acepta tirando la camiseta sobre la cama.

A continuación mete la mano en el armario y saca otra, que sostiene con una ancha sonrisa, lo cual es una táctica de manipulación suya: las sonrisas amplias que dejan ver los dientes hacen que no quiera echar por tierra sus esfuerzos.

—¿Y si me buscas algo con lo que no vaya anunciando a un grupo de música? —sugiero.

—Es Brandon Boyd —arguye, los ojos fuera de las órbitas—. ¿Cómo es posible que no te guste Brandon Boyd?

—No está mal —admito—. Pero no me apetece llevarlo en mitad del pecho.

—Pues a mí sí me gustaría tenerlo en el pecho, la verdad —dice admirando la ceñida prenda con escote en V tan parecida a la primera que me ha enseñado.

—Entonces póntela tú —replico.

Me mira y asiente, como si contemplara la posibilidad.

—Creo que me la voy a poner. —Se quita la que lleva y la echa al cesto de la colada, junto al armario, y acto seguido la cara de Brandon Boyd aparece sobre sus enormes tetas.

—A ti te queda bien —apruebo mientras veo cómo se la coloca y admira lo que ve en el espejo desde distintos ángulos.

—Me queda estupendamente, sí —asegura.

—¿Cómo le sentará esto a Jared Leto? —bromeo.

Natalie suelta una carcajada, se echa la larga melena oscura hacia atrás y coge el cepillo.

—Él siempre será el primero.

—¿Y Damon? Ya sabes, ese novio que no es imaginario.

—Déjalo ya —suelta mirándome por el espejo—. Si sigues dándome la paliza con Damon... —El cepillo queda suspendido a media cabellera y Natalie gira la cintura para mirarme—. ¿Acaso te pone Damon, o algo?

Echo la cabeza hacia atrás como movida por un resorte y noto que frunzo a conciencia las cejas.

—¡Nat, no! Pero ¿qué coño dices?

Ella se ríe y sigue cepillándose el pelo.

—Esta noche te buscamos un tío. Es lo que te hace falta. Ya verás como así se arregla todo.

Mi silencio le dice en el acto que se ha pasado. Odio que haga eso. ¿Por qué todo el mundo tiene que estar con alguien? Es una equivocación estúpida y una forma de pensar de lo más patética.

Deja el cepillo en el tocador y se vuelve del todo, se pone seria y exhala un hondo suspiro.

—Sé que no debería decir eso. Mira, te juro que no haré de casamentera, ¿vale?

—Levanta ambas manos en señal de rendición.

—Te creo —contesto, sucumbiendo ante su sinceridad. Claro que también sé que

una promesa nunca la frenará del todo. Puede que no intente liarme con nadie directamente, pero no tiene más que mirar a Damon batiendo esas oscuras pestañas suyas y señalando a algún tío para que Damon sepa en el acto lo que quiere que haga.

Sin embargo, no necesito su ayuda. No quiero liarme con nadie.

—¡Ah! —exclama Natalie, la cabeza dentro del armario—. ¡Ésta es perfecta! —Se vuelve y sacude una camiseta negra suelta con los hombros al aire. En la parte de delante se lee SINNER^[1]—. Me la compré en Hot Topic —explica al tiempo que la descuelga de la percha.

Como no quiero alargar más lo de elegir camiseta, me quito la que llevo puesta y cojo la que me ofrece.

—*Suje* negro, buena elección —alaba.

Me pongo la camiseta y me miro al espejo.

—¿Bien? Dilo —pide, y se me acerca por detrás con una sonrisa de oreja a oreja—. Te gusta, ¿eh?

Le correspondo con una sonrisa escueta y me vuelvo para ver cómo me queda por detrás: apenas me llega por la cadera.

Entonces reparo en que en la espalda pone «SAINT»^[2].

—Vale —apruebo—, sí que me gusta. —Me doy la vuelta y la miro, seria—. Pero no tanto como para empezar a saquearte el armario, así que no te hagas ilusiones. Me gustan mis blusas, que quede claro.

—Yo no he dicho que no me guste tu ropa, Cam. —Sonríe, levanta la mano y me hace el tirachinas con el sujetador—. Tú estás como un puto queso todos los días, tía: me lo haría contigo sin dudarlo si no estuviera con Damon.

Me quedo boquiabierta.

—Estás enferma, Nat.

—Lo sé —reconoce mientras yo me centro de nuevo en el espejo y capto la sonrisa traviesa en su voz—. Pero es la verdad. Ya te lo he dicho otras veces, e iba en serio.

Me limito a sacudir la cabeza y sonrío mientras le cojo el cepillo del tocador. Natalie tuvo una novia una vez, durante una breve temporada que lo dejó con Damon, pero aseguró que «le ponían demasiado las pollas» (lo dijo ella, no yo) para pasarse la vida con una chica. Natalie no es ningún putón —te parte la cara si la llamas así—, pero sí la ninfómana de los sueños de cualquier novio, eso sin duda.

—Déjame que te pinte —propone, y se acerca conmigo al tocador.

—¡No!

Apoya las manos en las caderas de su cuerpo con forma de diábolo y me mira con los ojos muy abiertos, como si fuera mi madre y acabara de soltarle una contestación.

—¿Quieres que sea doloroso? —me pregunta entonces fulminándome con la mirada.

Me doy por vencida y me dejo caer en la silla del tocador.

—Está bien —respondo, y levanto la barbilla para dejar que me haga lo que quiera en la cara, que acaba de convertirse en su lienzo en blanco—. Pero nada de ponerme ojos de mapache, ¿eh?

Me agarra el mentón con firmeza.

—Tú calla —ordena borrando a duras penas una sonrisa e intentando parecer seria—. Un artista —explica con acento teatrero y haciendo una floritura con la mano libre— necesita silencio para trabajar. ¿Qué se ha creído que es esto?, ¿un salón de belleza de Detroit?

Cuando acaba conmigo, soy exactamente igual que ella. Salvo por las tetas enormes y el sedoso pelo castaño. El mío es de ese rubio por el que algunas chicas pagan una pasta en la peluquería, y me llega a media espalda. Admito que tuve suerte con el pelo. Natalie dijo que me quedaría mejor si me lo dejaba suelto, y eso fue lo que hice. No tuve elección. Me intimidó...

Y no acabé con cara de mapache, pero tampoco se quedó corta con la sombra de ojos oscura.

—Ojos oscuros con pelo rubio —aseguró mientras pasaba a ponerme el espeso rímel negro—. Muuuy sexy.

Y, por lo visto, lo de las sandalias con los dedos al aire no era buena idea, porque me obligó a quitármelas y a ponerme unas de sus botas de tacón puntiagudas, que sientan como un guante con los vaqueros ceñidos por dentro.

—Estás buenorra —afirma mirándome de arriba abajo.

—Y tú me debes una buena por esto —contesto.

—¿Que yo te debo una? —Ladea la cabeza—. No, guapa, de eso nada. Serás tú la que me deba algo antes de que esto termine, porque te lo vas a pasar teta y me vas a pedir que te lleve allí más veces.

Le hago burla de broma, cruzando los brazos y sacando cadera.

—Lo dudo mucho —replico—. Pero te daré el beneficio de la duda, y espero pasármelo bien por lo menos.

—Bien —contesta al tiempo que se pone las botas—. Y ahora, vámonos, que Damon nos está esperando.

2

Llegamos al Underground justo cuando cae la tarde, pero no antes de pasarnos por distintas casas en la camioneta tuneada de Damon. Paraba delante, se bajaba y no estaba dentro más de tres o cuatro minutos, y cuando volvía no decía ni mu. Al menos, no de para qué había entrado ni de con quién había hablado: las cosas normales que harían que esas visitas fuesen lógicas. Pero Damon no tiene mucho de normal ni de lógico. Lo quiero con locura; lo conozco desde hace casi tanto como a Natalie, pero nunca he podido aceptar que se drogue. Cultiva cantidades ingentes de hierba en el sótano, aunque él no fuma. De hecho, nadie salvo yo y varios de sus mejores amigos sospecharía que un cañonazo como Damon Winters cultiva, ya que casi todos los que hacen eso parecen blancos pobretones del sur y suelen peinarse como si vivieran entre la década de los setenta y los noventa. Y Damon dista mucho de parecer un blanco pobretón: podría ser el hermano pequeño de Alex Pettyfer. Y además dice que la maría no es lo suyo. No, a Damon lo que le va es la cocaína, y sólo cultiva y vende hierba para pagarse la coca.

Natalie finge que lo que hace Damon es completamente inofensivo. Sabe que no fuma, y dice que la hierba no es tan mala y que si otros la quieren fumar para relajarse, que no ve qué hay de malo en que su novio les eche una mano.

Sin embargo, se niega a reconocer que la cocaína le ha dado más marcha a su cara que a cualquier parte del cuerpo de ella.

—Vale, vas a pasártelo bien, ¿de acuerdo?

Natalie cierra la puerta trasera de un culazo después de que me baje y me mira como si fuera un caso perdido.

—No te pongas de nones e intenta divertirme.

Revuelvo los ojos.

—Nat, no voy a empeñarme en que no me guste —contesto—. Quiero pasármelo bien, de verdad.

Damon da la vuelta a la camioneta para unirse a nosotras y nos rodea la cintura con el brazo.

—Voy a entrar con dos pibones.

Natalie le da un codazo y sonrío fingiendo tener envidia.

—Cierra el pico, titi, o me voy a poner celosa.

Ahora la sonrisa es picarona.

Damon baja la mano de la cintura y le agarra el culo. Ella suelta un gemido escandaloso y se pone de puntillas para darle un beso. Me entran ganas de decirles que se vayan a una habitación, pero sería gastar saliva.

The Underground es el sitio de moda en Carolina del Norte, no muy lejos del centro, aunque no lo encontrarás en la guía telefónica. Sólo gente como nosotros sabe de su existencia. Un tal Rob alquiló un almacén abandonado hace dos años e invirtió alrededor de un millón del dinero del ricachón de su papi para convertirlo en una discoteca clandestina. Dos años después, el negocio sigue viento en popa. Desde entonces el sitio ha pasado a ser un lugar donde los dioses del sexo y la música de los alrededores pueden vivir el sueño del rock n' roll con fans y *groupies* chillones. Pero no es nada cutre. Por fuera tal vez parezca un edificio abandonado en una ciudad medio fantasma, pero el interior es como cualquier discoteca de rock duro de nivel, con luces estroboscópicas de colores que lanzan haces continuamente por todo el local, camareras con pinta de zorrón y un escenario lo bastante grande para que toquen dos grupos a la vez.

Para que el Underground siga siendo secreto, todo el que va tiene que aparcar en otra parte y llegar hasta allí andando, ya que una calle llena de coches a la puerta de un almacén «abandonado» lo delataría.

Aparcamos en la parte de atrás de un McDonald's cercano y caminamos alrededor

de diez minutos por la inquietante ciudad.

Natalie, que iba a la derecha de Damon, se pone en medio, pero es sólo para poder torturarme antes de entrar.

—Muy bien —observa, como si estuviera a punto de repasar una lista de cosas que debo y no debo hacer—. Si te preguntan, no estás con nadie, ¿vale? —Agita la mano delante de mis narices—. Nada de sacar cosas como lo del tío que te entró en el Office Depot.

—¿Qué hacía ella en el Office Depot? —pregunta entre risas Damon.

—Damon, el tío ese estaba por ella —responde Natalie, pasando del todo por alto el detalle de que yo estoy al lado—. Me refiero a que lo único que tenía que hacer era hacerle ojitos una vez y le habría comprado un coche. Y ¿sabes lo que le dijo ella?

Revuelvo los ojos y le aparto el brazo.

—Nat, eres una idiota. No fue así.

—Es verdad, nena —tercia Damon—. Si el tío trabaja en el Office Depot, no le comprará un coche a nadie.

Natalie le sacude en el hombro de broma.

—Yo no he dicho que trabajara allí; en cualquier caso, el tío parecía el hijo de... Adam Levine y... —hace girar la mano sobre la cabeza para que se le ocurra otro ejemplo famoso— Jensen Ackles, y aquí la mojigata esta le dijo que era lesbiana cuando le pidió el número de teléfono.

—Cierra el pico, Nat —espeto, molesta con esa manía que tiene de exagerar—. No se parecía a ninguno de esos dos tíos. Era un tipo de lo más normal que daba la casualidad de no ser un puto callo.

Ella me rechaza con un gesto y se dirige a Damon.

—Da lo mismo. El caso es que miente para espantarlos. No me cabe la menor duda de que estaría dispuesta a decirle a un tío que tiene clamidia y unas ladillas descontroladas.

Damon se ríe.

Me detengo en la oscura acera y cruzo los brazos, mordiéndome por dentro el labio inferior con nerviosismo.

Cuando se da cuenta de que ya no camino a su lado, Natalie viene por mí.

—Vale, vale. Es sólo que no quiero que la cagues, eso es todo. Lo único que te pido es que si alguien (que no sea un cuadro) te entra, no lo largues en el acto. No hay nada malo en hablar y conocerse. No te pido que te vayas a casa con él.

Me toca las narices que haga esto. ¡Me lo prometió!

Damon se le acerca, le rodea la cintura con las manos y hunde la boca en el esquivo cuello.

—Deja que haga lo que le apetezca, nena. No le des tanto la vara.

—Gracias, Damon —digo asintiendo de prisa.

Él me guiña un ojo.

Natalie frunce la boca y dice:

—Tienes razón. —Acto seguido, levanta las manos—. No diré nada más. Lo prometo.

«Como si fuera la primera vez que oigo eso...»

—Bien —contesto, y echamos a andar otra vez. Las botas ya me están destrozando los pies.

El matón de la puerta nos mira de arriba abajo, los enormes brazos cruzados.

Extiende la mano.

Natalie pone cara de ofendida.

—¿Cómo? ¿Es que ahora Rob cobra?

Damon se mete la mano en el bolsillo de atrás, saca la cartera y toquetea los billetes.

—Veinte por barba —gruñe el matón.

—¿Veinte? ¡¿Estás de coña?! —chilla Natalie.

Damon la aparta con delicadeza y pone tres billetes de veinte dólares en la manaza del tipo. Él se guarda el dinero en el bolsillo y se hace a un lado para dejarnos pasar. Yo entro primero, y Damon le pone la mano a Natalie en la parte baja de la espalda para que vaya delante de él.

Ella mira al matón con cara de desprecio al pasar.

—Seguro que se lo queda él —afirma—. Se lo preguntaré a Rob.

—Vamos —dice Damon, y cruzamos la puerta y enfilamos un pasillo largo, sombrío, con un único fluorescente tembloroso hasta llegar al ascensor industrial del fondo.

El metal da una sacudida cuando se cierra la puerta de la caja y bajamos ruidosamente al sótano, muchos metros más abajo. Sólo descendemos un piso, pero el aparato traquetea de tal modo que me da la sensación de que se va a soltar de un momento a otro y la caída será mortal. Del sótano llegan al ascensor el retumbar de unos tambores estruendosos y los gritos de universitarios borrachos y probablemente de un montón de gente que ha dejado los estudios, el ruido es mayor a medida que descendemos hacia las entrañas del Underground. El ascensor se detiene con estrépito y otro matón nos abre la puerta para que salgamos.

Natalie tropieza conmigo.

—Date prisa —insta, y me empuja de broma—. Creo que está tocando Four Collision. —Se hace oír a pesar de la música mientras nos dirigimos hacia la sala principal.

Coge de la mano a Damon y luego intenta agarrarme a mí, pero sé lo que pretende y no pienso meterme en medio de una horda de cuerpos sudorosos que no paran de dar botes con la mierda de botas que llevo.

—Vamos, venga —me pide, prácticamente me suplica. Acto seguido, una gran sonrisa se dibuja en su cara, y mi amiga me agarra la mano y tira de mí—. No seas infantil. Si alguien te molesta, yo misma me encargo, ¿te parece?

A mi lado, Damon me sonrío.

—Vale —contesto, y me uno a ellos, Natalie prácticamente desencajándome los dedos.

Vamos a la pista, y después de que durante un rato Natalie haga lo que haría cualquier amiga, pegarse a mí para que me sienta integrada, se relaja y se centra exclusivamente en Damon. Para el caso, podría hacérselo con él ahí mismo, delante de todo el mundo, pero nadie se fija. Y yo me fijo porque probablemente sea la única chica de todo el local que no está haciendo eso mismo con alguien. Así pues, aprovecho la oportunidad para escabullirme e ir a la barra.

—¿Qué te pongo? —pregunta el chico alto y rubio en cuanto me encaramo a un taburete.

—Un ron con cola.

Se dispone a prepararme la copa.

—Conque alcohol duro, ¿eh? —comenta mientras me llena el vaso de hielo—. Vas a tener que enseñarme el carnet. —Sonrío.

Frunzo la boca.

—Claro. Te lo enseño en cuanto tú me enseñes la licencia del bar —respondo con sorna, y él vuelve a sonreír.

Termina de prepararme la copa y me la pasa.

—La verdad es que no bebo mucho —añado, y tomo un sorbo de la pajita.

—¿Mucho?

—Sí, bueno, esta noche creo que me va a hacer falta. —Dejo el vaso y toqueteo la lima del borde.

—¿Por? —se interesa al tiempo que pasa un trozo de papel de cocina por la barra.

—Un segundo —levanto un dedo—, para que no haya malentendidos, te diré que no he venido a contarte mi vida: no me va el rollo del camarero que juega a ser psicólogo con los clientes. —Me basta y me sobra con mi psicóloga particular, Natalie.

Él se ríe y tira el papel en algún lugar de detrás de la barra.

—Bueno es saberlo, porque yo no soy de los que dan consejos.

Bebo otro sorbito, esta vez inclinándome sobre el vaso en lugar de cogiéndolo. El cabello suelto se me cae por la cara. Levanto la cabeza y me meto el pelo detrás de la oreja por un lado. La verdad es que no me gusta nada llevar el pelo suelto, es un rollo, no vale la pena.

—Bueno, pues para tu información te diré que mi mejor amiga, que no acepta un no por respuesta, me ha traído aquí a rastras; si no hubiera venido, probablemente me hubiese hecho algo bochornoso mientras estuviera dormida y me hubiese sacado una foto para chantajearme.

—Ya, es una de éstas —replica él, y apoya los brazos en la barra y entrelaza las manos—. Yo tenía un amigo así. Seis meses después de que mi novia me dejara tirado, se empeñó en llevarme a una disco a las afueras de Baltimore: a mí lo que me apetecía era quedarme en casa hundido en la miseria, pero al final resultó que salir esa noche era justo lo que necesitaba.

Vaya, estupendo, el tío piensa que me conoce o, al menos, que sabe lo que me pasa. Aunque, en realidad, no tiene ni idea. Puede que él cargue con lo de la ex que le salió rana —porque más tarde o más temprano por ahí pasamos todos—, pero el resto, el divorcio de mis padres; el hecho de que mi hermano mayor, Cole, fuera a la cárcel; la muerte del amor de mi vida..., no estoy dispuesta a contarle nada de todo eso a este tío. En cuanto se lo cuentas a alguien te conviertes en un llorica y empieza a sonar el violín más pequeño del mundo. Lo cierto es que todos tenemos problemas, todos pasamos malos momentos y sufrimos, y mi dolor no es nada en comparación con el de un montón de personas, así que no tengo ningún derecho a lloriquear.

—Creía que no eras de los que daban consejos. —Esbozo una dulce sonrisa.

Él se aparta de la barra y contesta:

—Y no lo soy, pero si sacas algo en limpio de mi historia, sé agradecida.

Sonríó satisfecha y hago como que bebo. La verdad es que no quiero achisparme, y desde luego no quiero emborracharme, sobre todo porque me da en la nariz que volveré a ser yo la que conduzca cuando volvamos a casa.

Con la idea de desviar la atención de mí, apoyo un codo en la barra y la barbilla en los nudillos y pregunto:

—Y ¿qué pasó esa noche?

El lado izquierdo de su boca dibuja una sonrisa y me dice, sacudiendo la cabellera rubia:

—Tuve sexo por primera vez desde que ella me dejó y recordé lo bien que se sentía uno al verse liberado de una persona.

No me esperaba esa respuesta. La mayoría de los tíos que conozco habría mentido y habría mencionado su fobia a las relaciones, sobre todo si me estuviera tirando los tejos. Me cae bien, este tío. Me cae bien, punto. No tengo ninguna intención de bajarme al pilón, como diría Natalie.

—Ya —contesto, intentando contener las verdaderas dimensiones de mi sonrisa—. Bueno, por lo menos eres sincero.

—Es lo suyo —replica mientras coge un vaso y se prepara un ron con cola para él—. He descubierto que de un tiempo a esta parte la mayoría de las chicas tiene tanto miedo al compromiso como los chicos, y si vas de frente desde el principio es más probable que no salgas escamado de los líos de una noche.

Asiento y cojo la pajita. No lo reconocería abiertamente ante él ni de coña, pero estoy completamente de acuerdo, e incluso me gusta escucharlo. No me había parado

a pensarlo mucho antes, pero, aunque es cierto que no quiero una relación ni de lejos, soy humana, y no me importaría tener un lío de una noche.

Pero no con él. Ni con nadie de este sitio. Vale, quizá sea demasiado cagona para tener un lío de una noche y la copa ya haya empezado a subírseme a la cabeza. Lo cierto es que nunca he hecho eso, y aunque la idea me pone, también me da yuyu. Sólo he estado con dos tíos: Ian Walsh, mi primer amor, con el que perdí la virginidad y que murió tres meses después en un accidente de coche, y Christian Deering, el capullo con el que acabé de rebote tras lo de Ian y que me puso los cuernos con una zorra pelirroja.

Por lo menos me alegro de que no le dijera esa ponzoñosa frase de dos palabras («te quiero»), porque en el fondo tenía el presentimiento de que cuando él me lo dijo no sabía de qué coño hablaba.

Aunque, por otro lado, quizá sí lo supiera, y por eso, después de llevar cinco meses saliendo, se liara con otra: porque yo no se lo dije a él.

Miro al camarero y veo que me sonrío, espera pacientemente a que diga algo. Este tío es bueno; o eso, o de verdad sólo intenta ser amable. Lo admito, es mono; no tendrá más de veinticinco años, y sus ojos, de un castaño claro, sonríen antes de que lo haga su boca. Me fijo en lo definidos que tiene los bíceps y el pecho bajo la camiseta ceñida que lleva. Y está moreno; es evidente que ha vivido la mayor parte de su vida cerca del mar.

Dejo de mirar cuando me doy cuenta de que se me está yendo la cabeza, imaginando cómo estará en bañador y sin camiseta.

—Soy Blake —dice—. El hermano de Rob.

«¿Rob? Ah, sí, el dueño del Underground».

Extiendo la mano y Blake la estrecha con delicadeza.

—Camryn.

Oigo la voz de Natalie por encima de la música antes de verla a ella. Se abre paso entre un grupo de personas que está alrededor de la pista y avanza hacia mí sin miramientos. Se fija en Blake en el acto y los ojos le empiezan a brillar, iluminándose con su enorme y descarada sonrisa. Damon, que va detrás cogido de su mano, se limita a dirigirme una mirada impasible. Me resulta de lo más extraño, pero me sacudo la sensación cuando Natalie pega su hombro al mío.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta con un dejo evidente de acusación en la voz.

Sonríe de oreja a oreja y nos mira varias veces a Blake y a mí antes de dedicarme toda su atención.

—Tomando una copa —respondo—. ¿Has venido a pedir algo o a controlarme?

—Las dos cosas —confiesa, y suelta la mano de Damon y comienza a tamborilear con los dedos sobre la barra, sonriéndole a Blake—. Vodka con lo que sea.

Blake asiente y mira a Damon.

—Para mí, un ron con cola —pide Damon.

Natalie me acerca los labios a la cabeza y noto el calor de su aliento en la oreja cuando me susurra:

—¡Jooder, Cam! ¿Sabes quién es?

Veo que Blake esboza una sonrisa sutil: la ha oído.

Noto que me pongo roja de vergüenza y le digo:

—Sí, se llama Blake.

—Es el hermano de Rob —silba ella, y vuelve a clavar la vista en él.

Miro a Damon con la esperanza de que lo pille y se la lleve a donde sea, pero esta vez él finge no darse cuenta. ¿Dónde está el Damon al que conozco, el que solía contar conmigo en todo lo relativo a Natalie?

Uy, seguro que se ha vuelto a mosquear con ella. Él sólo se comporta así cuando

Natalie ha abierto esa boca que tiene o ha hecho algo con lo que Damon no está de acuerdo. Sólo llevamos aquí una media hora. ¿Qué puede haber hecho en tan poco tiempo? Entonces caigo en la cuenta: estamos hablando de Natalie, y si hay alguien capaz de cabrear a un novio en menos de una hora y sin saberlo es ella.

Me bajo del taburete y la cojo del brazo, alejándola de la barra. Damon, que probablemente sepa lo que me propongo, se queda con Blake.

La música parece haber subido de volumen cuando el grupo que actúa en directo termina un tema y empieza el siguiente.

—¿Se puede saber qué has hecho? —le suelto, y hago que se vuelva para que me mire.

—¿Cómo que qué he hecho?

Apenas me hace caso, su cuerpo se mueve suavemente al ritmo de la música.

—Nat, lo digo en serio.

Finalmente se detiene y me mira a los ojos, escudriñando mi cara en busca de respuestas.

—¿Cabrear a Damon? —sugiero—. Estaba bien cuando llegamos.

Ella mira un instante a su novio, que sigue en la barra tomando la copa, y luego a mí, en los ojos una expresión de perplejidad.

—No he hecho nada..., bueno, no creo. —Levanta la vista con aire pensativo, tratando de recordar qué puede haber hecho o dicho. Se pone en jarras—. ¿Qué te hace pensar que está cabreado?

—La cara que tiene —arguyo, y lo miro a él y luego a Blake—, y no soporto que os peleéis, sobre todo cuando no me queda más remedio que pasar la noche con vosotros y tengo que tragarme otra vez toda esa mierda que pasó hace un año.

La expresión de perplejidad de Natalie se transforma en una sonrisa taimada.

—Pues yo creo que estás paranoica y que quizá intentes distraerme para que no diga nada de Blake y tú.

Ahora tiene esa mirada pícara suya que odio. Revuelvo los ojos.

—No somos «Blake y yo»; sólo estamos hablando.

—Hablar es el primer paso. Sonreírle —su sonrisa se ensancha—, que es lo que he visto que hacías cuando me acerqué, es el segundo. —Se cruza de brazos y saca la cadera—. Apuesto a que ya has hablado con él sin que haya tenido que sacarte las respuestas. Por favor, si hasta sabes cómo se llama.

—Teniendo en cuenta que quieres que me divierta y que conozca a algún tío, no sabes mantener la boca cerradita cuando parece que las cosas van como tú querías.

Natalie deja que la música vuelva a dictar su movimiento, levanta un poco las manos y empieza a mover las caderas de forma seductora. Yo sigo ahí como un pasmarote.

—No va a pasar nada —aseguro con gravedad—. Ya tienes lo que querías, estoy hablando con alguien y no voy a decirle que tengo clamidia, así que, te lo pido por favor, no montes el numerito.

Se da por vencida profiriendo un largo y hondo suspiro y deja de bailar un instante para decir:

—Supongo que tienes razón. Te dejaré con él, pero si te lleva a la planta de Rob, quiero detalles.

Me señala firmemente con el dedo, con un ojo entornado y los labios fruncidos.

—Vale —acepto para quitármela de encima—, pero no te hagas ilusiones, porque eso no va a pasar.

3

Una hora y dos copas después, estoy en «la planta de Rob» del edificio con Blake. Sólo me noto algo achispada, camino y veo perfectamente, así que sé que no estoy borracha. Pero sí alegre de más, y eso me fastidia un poco. Cuando Blake sugirió «ir un rato a un sitio más tranquilo», las alarmas de mi cabeza se dispararon: «No te vayas sola de una discoteca después de haberte tomado unas copas con un tío al que no conoces. No lo hagas, Cam. No eres idiota, así que no dejes que el alcohol te vuelva idiota».

Eso era lo que oía. Y escuché hasta que, en un momento dado, la contagiosa sonrisa de Blake y el hecho de que me hiciera sentir tan a gusto acallaron las voces y las alarmas tanto que dejé de oírlas.

—¿A esto es a lo que llaman «la planta de Rob»? —pregunto mientras miro el paisaje urbano desde la azotea del almacén. Todos los edificios de la ciudad están vivamente iluminados con luces azules, blancas y verdes. Los cientos de farolas bañan las calles de un brillo anaranjado.

—¿Qué esperabas? —contesta él cogiéndome de la mano, un gesto que hace que me estremezca para mis adentros, pero lo acepto—. ¿Un picadero de lujo con espejos en el techo?

Un momento..., eso es exactamente lo que pensaba —bueno, por decirlo de alguna manera—, pero entonces, ¿por qué coño he subido aquí con él?

Vale, ahora me estoy poniendo un poco nerviosa.

Creo que después de todo quizá sí esté algo bebida, de lo contrario no me estaría yendo por los cerros de Úbeda. Y me da pavor y casi hace que se me pase del todo el pedo pensar que acabaría yendo a un «picadero», el que sea, aun estando borracha. ¿Me está idiotizando el alcohol o está sacando a la luz algo que llevo dentro y que no quiero creer que está ahí?

Echo un vistazo a la puerta metálica que se abre en el muro de ladrillo y reparo en que entra luz. Blake la ha dejado abierta: es una buena señal.

Se dirige conmigo hacia una mesa de merendero de madera y me siento encima a su lado, nerviosa. El viento me despeina y hace que se me metan en la boca unos mechones de pelo. Me los aparto con un dedo.

—Me alegro de haber sido yo —afirma Blake, que contempla la ciudad con las manos metidas entre las rodillas; tiene los pies apoyados en el banco.

Encojo las piernas y me siento a lo indio, las manos en el regazo. Lo miro con aire interrogativo.

Él sonríe.

—Me alegro de haber sido yo el que te trajera aquí —aclara—. Una chica guapa como tú ahí abajo, con todos esos tíos. —Vuelve la cabeza para mirarme, sus ojos marrones parecen un tanto luminiscentes en la oscuridad—. Si fuera otro, podrías haber sido la víctima de una violación en un telefilme para tías.

Ahora estoy completamente sobria. Así, en dos segundos, es como si no hubiera bebido nada. Me pongo tiesa de golpe y respiro profunda, nerviosamente.

«¿En qué coño estaba pensando?!».

—No te preocupes —añade él sonriendo con suavidad y levantando las dos manos con las palmas hacia afuera—, jamás le haría a una chica nada que ella no quisiera, ni tampoco a una que se ha tomado unas copas y cree que es lo que quiere.

Tengo la impresión de que acabo de esquivar una bala letal.

Relajo un tanto la espalda y noto que puedo volver a respirar. Me refiero a que por supuesto que podría estar comiéndome más la cabeza para lograr que confíe en él, pero el instinto me dice que es de lo más inofensivo. No bajaré la guardia y tendré cuidado mientras esté aquí a solas con él, pero al menos puedo relajarme. Creo que, si intentara aprovecharse de mí, no habría anunciado así el peligro de que se diera tal

posibilidad.

Río un tanto sin aliento pensando en algo que ha dicho.

—¿Qué es eso que te hace tanta gracia? —Me mira, sonriente, expectante.

—Lo del telefilme para tías —contesto, y noto cómo a mi boca asoma una sonrisa leve, abochornada—. ¿Ves esa clase de pelis?

Él aparta la mirada, compartiendo mi vergüenza ajena.

—No —asegura—. Creo que tan sólo es una comparación de lo más normal.

—¿De veras? —lo pincho—. No sé. Eres el primer tío al que oigo meter lo de «telefilme para tías» en una frase.

Se ha puesto rojo, y me siento mal por alegrarme tanto de verlo.

—Pues no se lo digas a nadie, ¿vale?

Me mira haciendo un mohín.

Le sonrío y después miro las luces de la ciudad, confiando en truncar las posibles ilusiones que pueda haberse hecho en el transcurso de nuestra breve y juguetona conversación. Me da lo mismo lo majo o lo encantador o lo guapo que sea, no voy a caer rendida a sus pies. Es sólo que no estoy lista para nada que no sea lo que estamos haciendo ahora mismo: mantener una conversación inocente y cordial sin connotaciones sexuales ni compromisos. Es muy difícil tener eso con un tío, porque da la impresión de que siempre piensan que una simple sonrisa implica más de lo que es.

—Y, dime, ¿por qué estás sola? —pregunta.

—Ah, no... —sacudo la cabeza risueña y muevo un dedo—, mejor no entrar ahí.

—Venga, dame algo. Sólo estamos charlando. —Se vuelve por completo para mirarme y apoya un pie en la mesa—. De verdad que quiero saberlo. No es una táctica.

—¿Una táctica?

—Sí, como hurgar en tus problemas para dar con algo que finja interesarme y poder bajarte las bragas. Si quisiera bajarte las bragas, te lo diría directamente.

—Ya, así que no quieres bajarme las bragas. —Lo miro de reojo, con una media sonrisa.

Un tanto derrotado pero sin que desista por ello, suaviza la expresión y dice:

—En un momento dado, claro que querría. Estaría mal de la cabeza si no quisiera acostarme contigo. Pero si eso fuera todo lo que quisiera de ti y te hubiera traído aquí para eso, te lo habría dicho antes de que accedieras a subir.

Agradezco la sinceridad, y desde luego mi respeto hacia él aumenta, pero la sonrisa con que se me heló cuando dijo lo de «si eso fuera todo» lo que quisiera de mí. ¿Qué otra cosa podría querer de mí? ¿Una cita, que podría acabar en una relación? Eh..., no.

—Mira —contesto reulando un tanto y haciéndoselo saber—, no me interesa ninguna de las dos cosas, sólo quiero que lo sepas.

—Cualquiera, ¿de qué dos cosas? —Cae en la cuenta un segundo después. Sonríe y sacude la cabeza—. No pasa nada. En eso estoy contigo: de verdad que sólo te he traído aquí para charlar, por mucho que te cueste creerlo.

Algo me dice que si yo quisiera una de esas dos cosas, sexo o una cita, o las dos, Blake me lo concedería, pero se está echando atrás elegantemente, sin que parezca que ha sido rechazado.

—Respondiendo a tu pregunta —digo cediendo en beneficio de la conversación—, estoy sola porque he tenido unas cuantas malas experiencias y en este momento no quiero tropezar con la misma piedra.

Él asiente.

—Ya. —Deja de mirarme a los ojos y la brisa le revuelve el pelo rubio, apartándole el largo flequillo de la frente—. Por regla general, los tropezones son una mierda, al menos al principio. El proceso de aprendizaje en sí es una pesadilla. —Me mira de nuevo para ahondar en el tema—. Cuando llevas con alguien tanto tiempo, te

acostumbras a esa persona, ¿sabes? Es cómodo. Y una vez que nos instalamos en la comodidad, intentar dejarla aunque todo en ella sea horrible y enfermizo es como intentar que un gordo que no mueve el culo del sofá salga del salón lo bastante para que haga otra cosa.

Al darse cuenta de que quizá se esté poniendo muy profundo conmigo demasiado pronto, Blake añade para quitarle hierro al asunto:

—A los tres meses de estar con Jen, ya me sentía cómodo y cagaba cuando estaba ella en casa.

Suelto una risotada, y cuando reúno el valor suficiente para volver a mirarlo, veo que sonrío.

Empiezo a pensar que no ha superado lo de su novia, por mucho que intente convencerse de ello, así que procuro hacerle un favor centrando el doloroso tema en mí antes de que sea consciente de ello y su mundo se derrumbe de nuevo a su alrededor.

—Mi novio murió —cuento, principalmente por él—. En un accidente de coche.

Blake se queda de piedra y me mira, los ojos rebosantes de remordimiento.

—Lo siento, no quería...

Levanto la mano.

—No, no pasa nada, de verdad; tú no has hecho nada. —Después de que él asienta débilmente y espere a que continúe, prosigo—: Fue una semana antes de que termináramos el instituto.

Me pone la mano en la rodilla, pero sé que sólo lo hace para consolarme.

Empiezo a contarle lo que sucedió cuando oigo un fuerte golpe y Blake se cae de la mesa y se da contra el suelo. Ha sucedido tan de prisa que no he visto que Damon se le acercaba desde el lateral ni tampoco lo he oído cuando ha abierto la puerta metálica, a varios metros.

—¡Damon! —chillo mientras placa a Blake antes de que pueda levantarse y empieza a darle puñetazos en la cara—. ¡BASTA! ¡DAMON! ¡POR FAVOR!

A Blake le llueve otra tanda de puñetazos antes de que yo reaccione, me acerque a ellos e intente quitarle a Damon de encima. Me lanzo sobre su espalda y le agarro los brazos en movimiento por las muñecas, pero Damon está tan concentrado sacudiéndole que es como si me hallara a lomos de uno de esos toros mecánicos. Salgo despedida y aterrizo con fuerza en el hormigón con el culo y las manos.

Finalmente Blake se levanta, tras encajarle a Damon un buen puñetazo en la mejilla.

—¿Qué coño te pasa, tío?! —pregunta Blake mientras se pone en pie a duras penas. Se lleva una mano a la mandíbula, que se frota continuamente, como si intentara devolverla a su sitio. Le sale sangre de la nariz y tiene el labio superior roto e hinchado. La sangre parece negra en la oscuridad.

—¡Sabes perfectamente qué coño me pasa! —gruñe Damon, y pretende embestirlo de nuevo, pero corro hacia él y hago cuanto puedo para impedirselo. Me planto delante de él y le pongo las manos en ese pecho suyo duro como una roca.

—¡Para ya, Damon! Sólo estábamos hablando. ¿Se puede saber qué coño te pasa? —grito de tal modo que estoy forzando la voz.

Vuelvo la cabeza, las manos aún apoyadas con firmeza en el pecho de Damon, y miro a Blake.

—Lo siento mucho, Blake, lo... lo...

—No te preocupes —asegura con una expresión dura, de rechazo—. Me largo.

Da media vuelta y sale por la puerta metálica. Da un portazo y en el aire resuena un estruendo. Me vuelvo sobre mis talones con los ojos echando chispas y le doy un empujón en el pecho a Damon con todas mis fuerzas.

—¡Eres un capullo! No me puedo creer que hayas hecho eso —le chillo a cinco

centímetros de la cara.

Él frunce los labios, la respiración aún agitada debido a la pelea. Tiene los ojos oscuros muy abiertos, la mirada descarada y un tanto feroz. Parte de mí recela de él, pero la parte que lo conoce desde hace doce años borra ese recelo.

—¿Cómo te vas con una mierda de tipo al que acabas de conocer? Creía que eras más lista, Cam, aunque estuvieras pedo.

Me aparto de él y cruzo los brazos enfadada.

—¿Me estás llamando idiota? ¡Sólo estábamos hablando! —exclamo, y el pelo rubio me cae sobre los ojos—. Soy perfectamente capaz de distinguir a un capullo de un tío legal, y en este momento lo que tengo delante es un puto capullo.

Parece que aprieta los dientes tras los tensos labios.

—Me puedes llamar lo que te dé la gana, pero sólo te estaba protegiendo.

Lo dice con una calma asombrosa.

—¿De qué? —le grito—. ¿De una mala conversación? ¿De un tío que sólo quería hablar?

Damon esboza una sonrisa de suficiencia.

—Ningún tío quiere hablar solamente —asegura como si fuera un experto—. Ningún tío lleva a una chica como tú a la azotea de un puto almacén para hablar. Diez minutos más y te habría subido a esa mesa y se lo habría montado contigo. Aquí nadie te oiría gritar, Cam.

Trago el nudo que tengo en la garganta, pero de inmediato otro ocupa su lugar. Puede que Damon tenga razón. Puede que la personalidad sincera y herida de Blake me cegara de tal modo que me tragué una táctica con la que no contaba. Sí, claro que he imaginado esta clase de situaciones y he visto las típicas en televisión, pero puede que Blake probara algo nuevo conmigo... No, no lo creo. Me habría tumbado en la mesa si se lo hubiera pedido, pero el corazón me dice que, de lo contrario, no lo habría hecho.

Le doy la espalda a Damon, no quiero que me vea en la cara nada que pueda dejar traslucir que lo he creído durante un segundo. Estoy más que rebotada por cómo ha llevado el asunto pero no puedo odiarlo eternamente, porque lo cierto es que estaba cuidando de mí. Con la testosterona de macho alfa saliéndole por las orejas, sin duda, pero cuidando de mí, así y todo.

—Cam, mírame, por favor.

Espero unos segundos en plan rebelde antes de volverme con los brazos aún cruzados.

Damon me escruta con una mirada más dulcificada que antes.

—Lo siento, yo sólo... —Suspira y mira hacia un lado, como si lo que va a decir no pudiera decirlo mirándome de frente—. Camryn, no soporto la idea de que estés con otro tío.

Es como si acabaran de darme un puñetazo en el estómago. Incluso se me escapa un grito raro y abro los ojos de par en par.

Miro de reojo con nerviosismo hacia la puerta de metal y luego lo miro a él.

—¿Dónde está Natalie?

Tengo que borrar este tema de esta azotea. ¿Qué coño acaba de decir? No, no puede ser lo que ha parecido que era. Seguro que he oído mal. Sí, estoy achispada otra vez y no puedo pensar con claridad.

Damon se acerca a mí y me agarra de los codos. Siento la necesidad de apartarme de él de inmediato pero me quedo paralizada, apenas capaz de mover nada que no sean los ojos.

—Lo digo en serio —afirma bajando la voz hasta convertirse en un susurro desesperado—. Me gustas desde séptimo.

Otra vez el puñetazo en las tripas.

Al final consigo alejarme de él.

—No, no... —Sacudo la cabeza intentando entenderlo—. ¿Estás borracho, Damon? ¿O colocado? Algo te pasa. —Descruzo los brazos y levanto las manos—. Tenemos que ir a buscar a Natalie. No le diré nada de lo que me has dicho porque no te acordarás por la mañana, pero ahora tenemos que irnos, en serio. Ya.

Echo a andar hacia la puerta metálica, que ahora está cerrada, pero noto que la mano de Damon me rodea el bíceps y me obliga a volverme. Me quedo helada, y el recelo que me asaltó antes vuelve con toda su fuerza, anulando por completo los años que hace que lo conozco y confío en él. Me lanza una mirada más salvaje que la de antes, pero a la vez consigue mantener un inquietante aire de dulzura en los ojos.

—No estoy borracho, y no me he metido nada de coca desde la semana pasada.

El hecho de que se meta coca es más que suficiente para que sea imposible que me sienta atraída por él, pero siempre ha sido uno de mis mejores amigos, de modo que siempre he pasado por alto que se drogara. Sin embargo, ahora mismo está diciendo la verdad, y lo sé precisamente porque es muy amigo mío desde hace mucho tiempo.

Por primera vez me gustaría que estuviera colocado, ya que entonces podríamos olvidar que esto ha pasado.

Miro sus dedos apresándome el brazo y finalmente me doy cuenta de la fuerza con que me tiene agarrada y me asusto.

—Suéltame, Damon, por favor.

En lugar de aflojar la presión, noto que sus dedos me aprietan e intento zafarme. Él tira de mí y, antes de que pueda reaccionar, pega su boca a la mía, la mano libre instalándose en mi nuca e impidiéndome mover la cabeza. Trata de meterme la lengua en la boca, pero logro echar atrás la cabeza lo bastante como para propinarle un cabezazo. Se queda aturdido —igual que yo—, e instintivamente me suelta.

—¡Cam! ¡Espera! —oigo que me grita cuando salgo corriendo y abro de golpe la puerta de metal.

Oigo sus pasos furibundos tras los míos cuando baja a todo correr la ruidosa escalera metálica, pero me lo quito de encima cuando consigo meterme en el ascensor, cierro de golpe la reja y hundo el dedo con fuerza en el botón en el que pone «PRINCIPAL». El mismo matón que nos dejó entrar en la disco está en la puerta cuando salgo corriendo y lo medio empujo para que se aparte y pueda salir.

—Tranquilita, nena —me chilla mientras enfilo la acera y me alejo del almacén.

Llego hasta la estación de servicio Shell y llamo a un taxi.

4

El móvil me despierta a la mañana siguiente. Lo oigo vibrar en la mesilla de noche, junto a mi cabeza. En la pantalla pone «NATALIE» en negrita, y su rostro risueño, con los ojos muy abiertos, me mira. Verla termina de despertarme, por lo que me incorporo con rigidez de la cama y sostengo el teléfono en la mano, dejando que me vibre en la palma unos segundos más antes de reunir el valor necesario para cogerlo.

—¿Adónde te fuiste? —me chilla—. Por favor, Cam, desapareciste sin más y casi me da algo, y Damon estuvo perdido por ahí un rato y luego volvió y vi que Blake se iba con la puta cara toda ensangrentada y entonces caí y me di cuenta de a qué te referías cuando dijiste que Damon estaba mosqueado... —Finalmente respira—. Y le pregunté cincuenta veces qué había hecho o dicho o si era por lo que había pasado la otra semana en el restaurante, pero no me hizo ni caso y dijo que era hora de irse y...

—Natalie —la corto, mareada con tanta frase seguida—, tranquilízate, ¿quieres?

Retiro la manta y me levanto de la cama con el teléfono aún pegado a la oreja. Sé que tengo que hacerlo, contarle lo que hizo Damon. Tengo que hacerlo. No sólo no me perdonaría después cuando se enterara, sino que yo no me perdonaría a mí misma. Si la cosa fuera al revés, me gustaría que me lo contara.

Pero no por teléfono. Esto hay que hacerlo cara a cara.

—¿Tomamos café dentro de una hora?

Silencio.

—Eh..., claro, sí. ¿Estás segura de que estás bien? Casi me da un ataque de la preocupación. Pensé que te habían raptado o algo.

—Natalie, sí, estoy... —«estoy hecha una mierda»—, sí, estoy bien, ¿vale? Te veo dentro de una hora y, por favor, ven sola.

—Damon está en su casa, muerto —comenta, y le noto en la voz que sonrío—. Tía, anoche me hizo cosas que no sabía que fuera capaz de hacer.

Me estremezco al oír sus palabras. Son como entidades chillonas que me vociferan desde el otro extremo de la línea, pero debo fingir que no son más que palabras.

—Me refiero a que ni siquiera pude pensar en el sexo hasta que supe que estabas bien. Como no cogías el móvil, llamé a tu madre a eso de las tres y me dijo que estabas en la cama, durmiendo. Seguía muy preocupada, como te fuiste sin...

—Una hora —la interrumpo antes de que se vuelva a ir por la tangente.

Colgamos, y lo primero que hago es ver las llamadas perdidas que tengo: seis son de Natalie; pero las otras nueve, de Damon. Sin embargo, los únicos mensajes de voz me los dejó ella. Supongo que Damon no querría dejar ninguna prueba incriminatoria.

No es que necesite pruebas: Natalie y yo somos amigas íntimas desde que la muy cerda me robó la Barbie Corduroy Cool una noche que se quedó a dormir en mi casa.

Cuando llega, estoy nerviosa y me he bebido más de la mitad del café. Se desploma en la silla. Ojalá no sonriera tanto: hace que todo resulte mucho más difícil.

—Tienes muy mala cara, Cam.

—Lo sé.

Ella parpadea, aturdida.

—¿Cómo? ¿Nada de un «gracias» sarcástico seguido de tu famoso revolver de ojos?

«Por favor, deja de sonreír, Nat. Por favor, por una vez en tu vida tómate en serio mi extraño comportamiento, el hecho de que no sonría, mírame y ponte seria».

Naturalmente, no lo hace.

—Mira, te lo voy a soltar sin más, ¿vale?

Ahora sí: la sonrisa por fin empieza a borrarse.

Trago saliva y respiro hondo. Dios mío, no me puedo creer que haya pasado esto. Si fuera un tío cualquiera con el que se hubiera liado durante los breves períodos de tiempo que ella y Damon lo dejan, esto no sería tan difícil. Pero se trata de Damon, el

chico con el que lleva cinco años, entre cuyos brazos siempre vuelve a refugiarse cuando cortan o se pelean. Es el único tío del que ha estado enamorada de verdad.

—Cam, ¿qué pasa?

Presiente la gravedad de lo que voy a contarle y veo en sus ojos marrones que ya intenta averiguar si es algo que quiere oír o no. Creo que sabe que tiene que ver con Damon.

Veo que tiene un nudo en la garganta.

—La otra noche subí a la azotea con Blake...

En su cara de preocupación se dibuja de pronto una serie de sonrisas. Es como si aprovechara la oportunidad para enmascarar la inevitable noticia con algo con lo que tomársela a risa.

Pero la freno antes de que pueda comentar nada.

—Escúchame un minuto, ¿quieres?

Por fin la tengo. La naturaleza juguetona que siempre destila su cara desaparece.

Continúo:

—Damon pensó que Blake me había llevado a la azotea para hacérselo conmigo. Entró como una furia y se ensañó con él, lo puso fino. Y claro, Blake se cabreó y se fue y nos quedamos Damon y yo a solas.

Los ojos de Natalie ya delatan sus temores. Es como si supiera lo que voy a decir y ya hubiera empezado a odiarme en silencio por ello.

—Damon se me echó encima, Nat.

Sus ojos se achinan.

—Me besó y trató de decirme que está por mí desde séptimo.

Sé que el corazón se le ha acelerado, porque su respiración es entrecortada.

—Quería que lo supieras...

—Eres una cerda mentirosa.

Siento un nuevo puñetazo en las tripas, sólo que esta vez me corta la respiración por completo.

Natalie se levanta de golpe de la silla, se cuelga el bolso del hombro y me fulmina con unos ojos oscuros voraces enmarcados por un pelo también oscuro.

Sigo sin poder moverme, atónita con lo que me ha dicho.

—Te gusta Damon desde que empecé a salir con él —me escupe—. ¿Crees que no lo he visto todos estos años en tu forma de mirarlo? —Su boca se torna una línea dura—. Mierda, Camryn, siempre te pones de su parte, me das la paliza cuando tonteo con otros tíos. —Empieza a gesticular y a imitarme exagerando y nasalizando la voz—: Tienes novio, Nat... No te olvides de Damon, Nat... Deberías pensar en Damon. —Apoya con fuerza las manos en la mesa, haciendo que ésta se balancee precariamente antes de estabilizarse. Ni siquiera me muevo para coger el café, pero no se cae—. Aléjate de mí y aléjate de Damon. —Me señala con un dedo acusador—. O juro por Dios que te daré una paliza.

Se va y sale por las altas puertas de cristal, el sonido de la campanilla que hay sobre la puerta resuena en el local.

Cuando por fin salgo de mi estupor, me doy cuenta de que unos tres clientes me miran desde sus respectivas mesas. Hasta la chica del mostrador desvía la vista cuando la miro. Así que clavo los ojos en la mesa, dejando que los dibujos de la veta de la madera bailoteen, lo veo todo borroso. Apoyo la cabeza en las manos y me quedo sentada donde estoy durante una eternidad.

Hago ademán de llamarla dos veces, pero me obligo a no hacerlo y dejo el teléfono en la mesa.

¿Cómo ha pasado esto? Después de años siendo inseparables —por favor, ¡si hasta limpié la que armó cuando tuvo gastroenteritis!—, ahora me aparta como si fuera unos restos de comida mohosa. «Sólo está herida —me digo—. Lo que le pasa ahora

mismo es que no lo quiere admitir, y tengo que darle tiempo para que asimile la verdad. Entrará en razón, largará a Damon y me pedirá perdón y me llevará otra vez a rastras al Underground para que las dos nos busquemos un tío». Pero en realidad no me creo nada de lo que me estoy diciendo o, mejor dicho, la parte menos racional herida de mí no me permite ver más allá del enfado.

Un cliente pasa por delante, un hombre alto de cierta edad con un traje arrugado, y me mira de reojo antes de salir. Mi humillación es completa. Levanto la vista de nuevo y veo que me siguen mirando los mismos pares de ojos de antes, que ahora se apartan. Noto que me compadecen. Y odio que me compadezcan.

Cojo el bolso del suelo, me levanto y me lo echo al hombro de cualquier forma. Después salgo casi tan indignada como ha salido antes Natalie.

Ha pasado una semana y sigo sin saber nada de Natalie. Al final me vine abajo y probé a llamarla —varias veces—, pero siempre me saltaba el buzón de voz. Y la última vez que llamé había cambiado el mensaje: «Hola, soy Nat. Si eres un amigo —un amigo de verdad—, deja un mensaje y te llamaré. De lo contrario, no te molestes». Me entraron ganas de meter la mano en el teléfono y darle un puñetazo en la cara, pero me conformé con lanzarlo al otro lado de la habitación. Menos mal que compré también una funda protectora cuando compré el móvil, o estoy segura de que ya estaría en la tienda Apple soltando otro par de cientos de pavos para hacerme con otro.

Incluso me vine abajo y llamé a Damon. Es la última persona del planeta con la que me apetece hablar, pero es quien tiene la clave de mi amistad con Natalie. Triste pero, al parecer, cierto. No sé en qué estaba pensando: ¿que se mojaría y le contaría la verdad a Natalie? Sí, claro. Ni de coña.

Así que dejé de llamar. Evité adrede nuestra cafetería preferida y me conformé con la mierda que sirven en la tienda más cercana, y di un rodeo con el coche de más de tres kilómetros para ir a una entrevista de trabajo en Dillard's sólo para no pasar por delante del piso de Natalie.

Conseguí el trabajo: asistente de dirección —mi madre me echó un cable, es muy amiga de la señora Phillips, la que me contrató—, pero tengo tantas ganas de trabajar en unos grandes almacenes como de beber la mierda de café que me tomo todas las mañanas.

Y caigo en la cuenta cuando estoy sentada a la mesa de la cocina viendo cómo mi madre con su rubio playero inspecciona la nevera: ya no me mudo, ya no me voy a vivir con mi mejor amiga. Tendré que buscarme un piso para mí sola o quedarme aquí un poco más con mi madre hasta que Natalie entre en razón. Lo que podría ser nunca. O puede que tarde tanto que se me quiten las ganas de perdonarla y, cuando lo haga, la mande a paseo.

Tengo la sensación de que la habitación da vueltas.

—Esta noche salgo con Roger —anuncia mi madre tras la puerta de la nevera. Endereza la espalda y me mira, lleva demasiada sombra de ojos—. Conociste a Roger, ¿no?

—Sí.

La verdad es que no, o tal vez sí, pero confundo el nombre con los últimos cinco tíos con los que ha salido en el último mes. Se ha apuntado a uno de esos rollos raros de citas rápidas. Y desde luego lo suyo con esos tíos es rápido, así que en su caso supongo que la cosa es literal.

—Es majo. Es la tercera vez que salgo con él.

Me obligo a sonreír. Quiero que mi madre sea feliz, aunque ello signifique que se vuelva a casar, que es algo que me da un miedo horroroso. Quiero a mi padre —soy su niña—, pero lo que le hizo a mi madre no tiene perdón. Desde que se divorció, hace cuatro meses, mi madre es una extraña a la que sólo conozco a medias. Es como si

hubiera metido la mano en un cajón que lleva treinta años cerrado y sacara la personalidad que solía ponerse antes de que conociera a mi padre y nos tuviera a mí y a mi hermano Cole. Salvo que ya no le queda bien, pero ella hace lo imposible todos los días por llevarla.

—Ha comentado algo de un crucero. —La cara se le ilumina sólo de pensarlo.

Cierro el portátil.

—¿No crees que tres citas es un poco pronto para un crucero?

Ella frunce la boca y desecha la idea.

—No, cariño, yo opino que no. Tiene mucho dinero, así que para él es tan normal como invitarme a cenar.

Miro hacia otro lado y mordisqueo el borde del sándwich que me he preparado, aunque no tengo nada de hambre.

Mi madre revolotea por la cocina fingiendo limpiar. Por regla general, tiene a una señora que viene los miércoles, pero cuando hay un hombre rondando cree que pasar una bayeta por la encimera y perfumar la casa con ambientador es limpiar.

—Que no se te olvide lo del sábado —dice mientras comienza a meter los cacharros en el lavavajillas, toda una sorpresa.

—Ya, mamá. —Suspiro y sacudo la cabeza—. Pensaba que podría saltármelo esta vez.

Ella se yergue y me mira.

—Cariño, prometiste que irías —contesta desesperada, tamborileando con las uñas nerviosamente sobre la encimera—. Ya sabes que a mí no me gusta ir sola al calabozo.

—Se dice «cárcel», mamá. —Quito como si tal cosa unos trocitos de corteza de pan y los dejo en el plato—. Y no te pueden hacer nada, están todos encerrados, como Cole. Y es culpa suya.

Mi madre baja los ojos y una enorme bola de culpa al rojo se me instala en el estómago.

Suspiro hondo.

—Lo siento. No quería decir eso.

Sí que quería, pero no en voz alta ni a ella, porque le duele cada vez que hablo de mi hermano, Cole, y de sus cinco años de prisión por matar a un hombre en un accidente de coche cuando iba borracho. Pasó sólo seis meses después de que lan muriera en el accidente de coche.

Tengo la sensación de que pierdo a todo el mundo...

Me levanto y me planto ante la encimera mientras ella sigue llenando el lavaplatos.

—Iré contigo, ¿de acuerdo?

Mi madre esboza una sonrisa aún velada por una fina capa de dolor y asiente.

—Gracias, cariño.

Lo siento por ella. Me parte el corazón que mi padre la engañara después de veintidós años de matrimonio.

Aunque todos lo veíamos venir.

Y pensar que mis padres intentaron mantenernos separados a lan y mí cuando, a los dieciséis años, le confesé a mi madre que estábamos enamorados.

Los padres tienen la idea equivocada de que cualquiera que no haya cumplido los veinte no puede saber lo que es el amor, como si la edad para amar se determinara del mismo modo que la ley determina la edad legal a la que se puede beber. Piensan que el crecimiento emocional del cerebro de un adolescente no está lo suficientemente desarrollado para entender el amor, para saber si es de verdad o no.

Una auténtica gilipollez.

La verdad es que los adultos aman de distintas maneras, no de la única manera. Yo quería a lan en el ahora, su forma de mirarme, de hacer que sintiera mariposas en el

estómago, su manera de sujetarme el pelo cuando yo echaba las tripas después de comerme una enchilada en mal estado.

Eso es amor.

Adoro a mis padres, pero mucho antes de que se divorcieran, la última vez que mi madre se puso mala, todo lo que mi padre hizo por ella fue llevarle un antidiarreico y preguntarle dónde estaba el mando a distancia al salir.

En fin.

Supongo que mis padres la cagaron pero bien en algún punto del camino porque, por muy buenos que sean conmigo, por mucho que hagan por mí y por mucho que los quiera, acabé creciendo con un miedo cerval a que pudiera terminar como ellos: infeliz y fingiendo vivir una vida estupenda con dos hijos, un perro y una cerca de madera blanca. Aunque, en realidad, yo sabía que dormían dándose la espalda. Sabía que mi madre se planteaba a menudo cómo habría sido la vida si le hubiera dado otra oportunidad al chico del instituto del que estaba enamorada en secreto (leí el diario que escribía; lo sé todo sobre él). Sé que mi padre —antes de que engañara a mi madre con ella— pensaba mucho en Rosanne Hartman, la chica a la que llevó al baile del instituto (y su primer amor), que aún vive en Wiltshire.

Si alguien se engaña con cómo funciona el amor, con cómo es el verdadero amor, es la mayor parte de la población adulta.

Ian y yo no nos dimos un revolcón la noche que perdí la virginidad; esa noche hicimos el amor. Jamás creí que llegaría a decir esas tres palabras: hacer el amor, porque siempre sonaban cursis, como si fueran sólo cosa de adultos. Me daba vergüenza ajena cuando se lo oía decir a alguien, o cuando ese tío cantaba *Feel like makin' love* en la radio del coche de mi padre todas las mañanas en la emisora de rock clásico.

Pero puedo decirlo porque eso fue exactamente lo que pasó.

Y fue mágico e increíble e impresionante, y no hay nada que se le pueda comparar. Nunca lo habrá.

Ese sábado fui con mi madre a ver a Cole a la cárcel. Pero no dije gran cosa, como de costumbre, y Cole no me hizo el menor caso. No es que lo haga para ser odioso, sino que más bien es como si tuviera miedo de decirme algo porque sabe que sigo cabreada, dolida y decepcionada por lo que hizo. No fue algo puntual a lo que se pueda dar carpetazo etiquetándolo como «accidente trágico»; Cole era alcohólico antes de cumplir los dieciocho. Es la oveja negra de la familia. Fue un cabrón asqueroso que creció pasando períodos de tiempo en el reformatorio y matando a mis padres de preocupación cuando desaparecía durante semanas seguidas para hacer lo que le daba la real gana. La verdad es que sólo piensa en sí mismo.

Empecé el trabajo el lunes siguiente. Doy gracias por tener un empleo, ya que no quiero vivir del dinero de mi padre el resto de mi vida, pero cuando me vi allí con el trajecito de chaqueta y pantalón negro y la camisa blanca y los tacones, me sentí completamente fuera de lugar. No necesariamente por la ropa, sino porque... ése no es mi sitio. No sabría decir por qué, pero ese lunes y el resto de esa semana, cuando me levanté, me vestí y entré en esa tienda, noté un cosquilleo. No oía las palabras exactas que me decía la conciencia, pero era algo así como: «Ésta es tu vida, Camryn Bennett. Ésta es tu vida».

Miraba a los clientes que pasaban y lo único que veía era lo negativo: gente estirada que lucía bolsos caros y compraba productos absurdos.

Y ahí fue cuando caí en la cuenta de que todo cuanto hiciera a partir de ese punto daría los mismos resultados: «Ésta es tu vida, Camryn Bennett. Ésta es tu vida».

5

El día que todo cambió fue ayer.

Ese cosquilleo en el cerebro me obligó a levantarme. Y así lo hice. Me dijo que me pusiera las zapatillas, cogiera una bolsa pequeña con lo imprescindible y agarrara el bolso. Y así lo hice.

No tenía lógica ni finalidad alguna, salvo que sabía que tenía que hacer algo más que lo que estaba haciendo o no conseguiría salir de ésta. O acabaría como mis padres.

Siempre creí que la depresión estaba sobrevalorada; la gente usa la palabra indiscriminadamente (como esa palabra que empieza por A y no pienso volver a decirle a un tío en toda mi vida). Cuando estaba en el instituto las chicas solían hablar de lo «deprimidas» que estaban y de que sus madres las llevaban al psiquiatra para que las medicara, y luego se juntaban para ver qué pastillas tomaba cada una. Para mí, depresión equivalía a tres palabras: tristeza, tristeza, tristeza. Veía esos anuncios estúpidos con esos personajes como de dibujos animados que iban por ahí con cara mustia y una nube negra que descargaba continuamente lluvia sobre su cabeza y pensaba que con lo de la depresión cargan pero bien las tintas. Lo siento por la gente. Siempre lo he sentido. No me gusta ver que alguien lo pasa mal, pero reconozco que cada vez que oigo a alguien jugar la baza de la depresión revuelvo los ojos y me desentiendo.

No tenía la menor idea de que la depresión fuera una enfermedad grave.

Esas chicas del instituto no sabían lo que es de verdad estar deprimido.

No es solamente tristeza. Lo cierto es que la tristeza no tiene mucho que ver con ella. La depresión es dolor en su forma más pura, y yo haría lo que fuera por poder volver a sentir una emoción. Alguna, la que fuera. El dolor duele, pero cuando el dolor es tan intenso que ya no puedes sentir nada más es cuando empiezas a tener la sensación de que te estás volviendo loca.

Me preocupa un montón que la última vez que lloré fue aquel día en el instituto en el que me enteré de que Ian había muerto en el accidente. Lloré en brazos de Damon. De Damon, precisamente.

Pero ésta fue la última vez que derramé una lágrima, y de eso hace ya algo más de un año.

Después ya no fui capaz. No lloré ni cuando mis padres se divorciaron ni cuando condenaron a Cole ni cuando a Damon se le vio el plumero ni cuando Natalie me dio la puñalada por la espalda. No paro de pensar que un día de éstos me derrumbaré y me cogeré una buena llorera con la cara enterrada en la almohada. Que vomitaré de tanto llorar.

Pero ese día nunca llega, y yo sigo sin sentir nada.

Salvo esta sensación de romper con todo. Ese cosquilleo, aunque vago y parco, me obliga a obedecerlo. No sé por qué, no puedo explicarlo, pero está ahí y no puedo evitar hacerle caso.

Pasé la mayor parte de la noche en la estación de autobuses, esperando que el cosquilleo me dijera qué hacer.

Entonces me acerqué a la ventanilla.

—¿En qué puedo ayudarte? —dijo la mujer con cara inexpresiva.

Lo pensé un segundo y repuse:

—Voy a ver a mi hermana a Idaho, acaba de tener un niño.

Ella me miró con cara rara y, lo admito, sonó raro. No tengo ninguna hermana y no he ido nunca a Idaho, pero fue la primera mentira que se me ocurrió. Y la mujer se estaba comiendo una patata asada. Se veía detrás de la ventanilla, en un recipiente grasiento de aluminio con crema agria. Así que Idaho fue el primer estado que me vino a la cabeza. La verdad es que da lo mismo el sitio que elija, porque me da igual.

Pensé: cuando llegue a Idaho, sacaré otro billete a otra parte. Puede que a California. O a Washington. O puede que me dirija al sur para ver cómo es Texas. Siempre lo he imaginado como un paisaje vasto y árido con bares de carretera y sombreros de cowboy. Y dicen que los texanos tienen mala leche, o algo. Quizá me quiten la tontería a patadas con sus botas de cowboy.

No lo sentiré. Ya no siento nada, ¿vale?

Eso fue ayer, cuando decidí levantarme y largarme sin más, dejarlo todo. Siempre he querido hacerlo, dejarlo todo, pero jamás imaginé que sería así. Ian y yo, antes de que muriera, teníamos pensado vivir de manera distinta. Queríamos alejarnos de todo lo predecible, de todo lo que pudiera convertirnos en los zombis de la sociedad que se levantan a la misma hora todas las mañanas y repiten el día anterior. Queríamos recorrer el mundo con una mochila a la espalda: por eso se lo comenté a Natalie aquel día en la cafetería. Tal vez una parte de mí esperaba que compartiera la pasión por la idea que Ian y yo teníamos y que ella lo hiciera conmigo, pero, al igual que todo lo demás, no salió precisamente como yo esperaba.

—¿Te importa si me siento aquí? —pregunta en el pasillo del autobús una señora entrada en años que lleva un bolso verde lima apretado contra el pecho.

—No, claro —respondo sonriéndole débilmente.

La verdad es que no tengo ninguna gana de sonreír, pero lo último que quiero es darle algún motivo para que piense que soy una joven atormentada que necesita una buena dosis de consejos de una anciana.

Se acomoda en el asiento de al lado después de dejar arriba la bolsa de viaje. Está algo gorda, pero se mueve con agilidad. Y huele bien.

—Pareces joven —observa—. ¿Adónde vas?

—A Idaho.

—¿En serio? —Me sonrío, y eso hace que destaquen las profundas arrugas que rodean su boca—. Por cosas de familia, supongo: no creo que nadie vaya allí de vacaciones.

—Sí. Voy a ver a mi hermana.

Redondea un tanto los labios y asiente, como si archivara mis respuestas. Luego se pone a buscar algo en el bolso.

Miro hacia la alta ventana de plexiglás de mi lado y veo bajar y subir a los pasajeros en otros autobuses. Es mediodía, y en este momento estoy en Memphis. Me he pasado la mayor parte de la noche durmiendo; o, bueno, intentando dormir, pero sobre todo dando cabezadas hasta que un bache en la carretera o el dolor de cuello y espalda me despertaban cuando estaba hecha un ocho en el asiento. No conozco Memphis, pero debo decir que esta estación de autobuses me pone nerviosa. He visto a gente merodeando que me inspiraba poca confianza.

—Yo voy a Montana —cuenta la señora mientras se pone una pastillita blanca en la lengua—. Normalmente cojo el tren, pero esta vez decidí ir por otro sitio. Para ver un paisaje distinto.

—Viajará usted mucho —comento, mirándola.

—No mucho —niega ella—. Sólo una vez al año, para visitar a mi madre. Tiene noventa y ocho años.

—¡Caray!

—Pues sí. Esa mujer es cabezota como una mula. Ya ha tenido cáncer cinco veces y sigue viva. Siempre gana la batalla.

Le dirijo una sonrisa afectuosa.

—Pero, si no te importa, necesito echarme un buen sueñecito —afirma al tiempo que pega bien la espalda al asiento y apoya la cabeza—. En el último autobús no pegué ojo: el conductor estuvo todo el tiempo dando volantazos. —Levanta un dedo—. Ten cuidado en estos autobuses. Hay gente muy rara, y por lo general los conductores

andan faltos de descanso. Hay que controlarlos, procurar hablarles para que no se duerman, de lo contrario puedes acabar boca abajo al otro lado del quitamiedos en un montón de metal.

¿Por qué ha tenido que decir eso? Reprimo el recuerdo del accidente de Ian, que guarda un parecido inquietante con lo que acaba de contar ella, y asiento.

La mujer cierra los ojos, pero acto seguido los abre y me mira una vez más.

—Aunque con lo que de verdad tienes que andarte con cuidado es con la gente. Nunca se sabe con quién te puedes tropezar ni qué te reserva el destino.

—Lo tendré en cuenta —aseguro—. Gracias.

Tennessee se desliza desdibujado ante mi ventana. Cae la noche y también yo caigo dormida. No sueño; llevo sin soñar nada desde que Ian murió, pero probablemente sea mejor así. Si sueño, los sueños podrían despertar emociones, y lo de las emociones se acabó. Empiezo a acostumbrarme a esta sensación de que todo me da lo mismo. Aparte de unos pocos personajes turbios que rondan por las estaciones, ya no le tengo miedo a nada. Supongo que cuando todo te da lo mismo, ya no hay puto miedo que valga.

Antes tampoco hablaba tan mal.

La anciana y yo nos separamos en San Luis, y hasta Kansas voy todo el camino con los dos asientos para mí sola, con lo cual puedo tumbarme atravesada en lugar de toda recta y con la cara contra la ventana.

Todo tiene el mismo aspecto. Entre Carolina del Norte y Missouri, da la impresión de que lo único que cambia son las matrículas y las señales que dan la bienvenida a cada estado a los viajeros, pero más allá sólo hay más árboles y carretera. En todos los estados siempre hay un coche averiado en el arcén. Siempre hay un autoestopista y un tío con una camisa sin mangas que va con un bidón de gasolina desde su camión hasta la salida más próxima, donde se congregan todas las estaciones de servicio y los restaurantes de comida rápida. Y siempre, *siempre*, hay un único zapato en el arcén. No sé a qué se debe esto de los zapatos en la carretera. Nunca se ven unos pantalones o una camiseta, y muy de vez en cuando se ve un sombrero o unas gafas de sol. Pero lo de los zapatos desaparecidos... ¿Qué es lo que pasa con los zapatos?

Viajar en autobús es como estar en otro mundo.

Todos saben que cuando se suben va a ser para largo. Para bastante largo. Está abarrotado. Hay tanta gente junta que se puede oler cada colonia y desodorante distintos, y las diferentes clases de detergente y suavizante que utiliza cada cual. Y, por desgracia, también se puede oler a la gente que no usa colonia ni desodorante y que probablemente no haya lavado la ropa que lleva en varios días.

Hasta el momento, la verdad es que el viaje no se me está haciendo muy cuesta arriba. Sólo me fastidia cuando tengo que compartir espacio con alguien.

Mi siguiente autobús viene con un retraso de dos horas, así que cruzo la estación de Kansas, medio llena, en busca de un lugar donde sentarme que no esté demasiado cerca de nadie. Todas las estaciones de autobuses huelen igual, sobre todo a ese combustible tan fuerte que empieza a revolverme un poco el estómago. Me muevo en el duro asiento de plástico intentando ponerme cómoda, pero no hay manera. No muy lejos hay un par de teléfonos públicos, y por un instante se me pasa por la cabeza lo obsoletos que se han quedado. Meto maquinalmente la mano en el bolso para buscar el móvil, sólo para asegurarme de que sigue ahí.

Las dos horas de retraso se me hacen eternas, y cuando el siguiente autobús por fin entra en la estación, soy de los primeros que se levantan y se ponen en fila. Al menos los asientos del bus son blandos y podré ponerme más o menos cómoda otra vez.

El conductor, que va de azul marino y gris marengo de la cabeza a los pies, me coge el billete, rasga su parte y me entrega el resto. Tras ponerlo a buen recaudo en la

bolsa, me subo al autobús y voy mirando las dos filas de asientos hasta dar con el que me parece el adecuado. Me siento junto a la ventana, hacia la parte trasera, y me encuentro mejor en cuanto mi cuerpo se instala en la comodidad del acolchado. Suspiro, me pego la bolsa al estómago y cruzo los brazos encima. El conductor tarda unos diez minutos en convencerse de que tiene a todos los pasajeros que se supone que ha de tener en ese trayecto. Esta vez no hay mucha gente, y por suerte ningún niño chillón ni ninguna pareja repelente a la que le da lo mismo que sea de mal gusto darse el lote delante del personal. No hay nada malo en besarse en público —lan y yo lo hacíamos todo el tiempo—, pero cuando roza lo pornográfico es pasarse de la raya.

El conductor cierra las puertas, pero entonces tira de la palanca y se abren de nuevo con un chirrido. Se sube un tío con una bolsa negra al hombro. Alto, pelo corto castaño con estilo, camiseta azul marino ceñida y una especie de mueca que podría ser una sonrisa amable genuina o algo más descarado. «Gracias», le dice al conductor con despreocupación.

Aunque hay muchos asientos libres entre los que elegir, pongo la bolsa en el que está a mi lado por si decide que es el adecuado. No es muy probable, lo sé, pero soy esa de clase de chicas, las de los «por si acaso». Las puertas se cierran de nuevo mientras el chico avanza por el pasillo hacia mí. Me centro en la revista que cogí en la terminal y me pongo a leer un artículo sobre Brangelina.

Suspiro aliviada cuando pasa de largo y ocupa el par de asientos libres que quedan detrás.

Por fin, un autobús medio vacío en el que quizá hasta pueda dormir como es debido. Lo que, en realidad, es todo cuanto quiero hacer. Cuanto más tiempo paso despierta, más pienso en todas las cosas en las que no quiero pensar. No sé lo que estoy haciendo ni adónde voy, lo que sí sé es que quiero hacer lo que sea y llegar pronto.

Me duermo después de pasarme una hora mirando por la ventana.

La música amortiguada de unos cascos a todo volumen detrás de mí me despierta cuando ya ha oscurecido.

En un principio me quedo sentada, confiando en que él vea que la parte superior de mi cabeza, ahora despierta del todo, se mueve por encima del asiento y decida bajar la música.

Pero no lo hace.

Me estiro, me froto un músculo del cuello que me duele de haberme quedado dormida apoyada en el brazo y me vuelvo para mirarlo. ¿Estará dormido? ¿Cómo puede dormir alguien con la música a ese nivel? El autobús está completamente a oscuras a excepción de un par de luces de lectura tenues que iluminan libros y revistas desde la parte superior de los asientos y las lucecitas verdes y azules del salpicadero. El tío que va detrás de mí está envuelto en oscuridad, pero le veo un lado de la cara iluminado por la luna.

Lo pienso un segundo y acto seguido me pongo de rodillas en el asiento, me apoyo en el respaldo, extendiendo el brazo y le doy unos golpecitos en la pierna.

No se inmuta. Le doy con más fuerza, y entonces el chico se mueve y abre los ojos despacio y me mira, el estómago colgando sobre el asiento.

Él se quita los cascos, dejando que la música salga por los minúsculos auriculares.

—¿Te importaría bajarla un poco?

—¿La oías? —pregunta.

Enarco una ceja y respondo:

—Pues sí, está bastante alta.

Se encoge de hombros, le da al botón del volumen en el mp3 y la música se debilita.

—Gracias —digo, y vuelvo a sentarme.

Esta vez no me tumbo en los asientos en posición fetal, sino que me echo contra la ventana y apoyo en ella la cabeza. Cruzo los brazos y cierro los ojos.

—Oye.

Abro los ojos, pero sin mover la cabeza.

—¿Ya te has dormido?

Separo la cabeza de la ventana y al mirar veo al tío cerniéndose sobre mí.

—Acabo de cerrar los ojos —contesto—. ¿Cómo voy a estar dormida ya?

—Bueno, no sé —susurra—. Mi abuelo se quedaba dormido a los dos segundos de cerrar los ojos.

—¿Tenía narcolepsia?

Pausa.

—No, que yo sepa.

«Vaya, esto sí que es raro».

—¿Qué quieres? —pregunto también en voz baja.

—Nada —replica él, sonriéndome—. Sólo quería saber si ya te habías dormido.

—¿Por qué?

—Para volver a subir la música.

Tras pensarlo un segundo, descruzo los brazos, me incorporo del todo en el asiento y giro la cintura para verlo.

—¿Quieres esperar a que me haya dormido para volver a subir la música y despertarme otra vez?

No acabo de entenderlo.

Esboza una media sonrisa.

—Estuviste durmiendo tres horas y no te despertó —razona—. Así que supongo que no fue mi música lo que lo hizo, seguro que fue otra cosa.

Frunzo el ceño.

—Eh..., no, estoy bastante segura de que fue la música.

—Vale —contesta.

Se retira del asiento y dejo de verlo.

Espero unos segundos antes de cerrar los ojos por si esto se pone más raro y, al ver que no, vuelvo al país de los no sueños.

6

El sol radiante que entra por las ventanas del autobús me despierta a la mañana siguiente. Me incorporo para ver mejor, preguntándome si el paisaje habrá cambiado algo, pero no. Entonces reparo en la música que sale a todo volumen por los auriculares detrás de mí. Miro por encima del respaldo esperando verlo dormido como un tronco, pero me devuelve la mirada junto con una sonrisa del tipo *ya te lo dije*.

Revuelvo los ojos, me siento, cojo la bolsa y hurgo en ella. Empiezo a pensar que ojalá me hubiera traído algo para mantener la cabeza ocupada. Un libro. Un crucigrama. Algo. Exhalo un suspiro hondo y comienzo a jugar literalmente con los pulgares. Me pregunto en qué parte de Estados Unidos estaremos, si seguiré en Kansas, y decido que debe de ser así, ya que todos los coches que adelantan al autobús tienen matrícula de Kansas.

Cuando no encuentro nada interesante que mirar, presto más atención a la música de detrás.

«¿Es eso...? No, no puede ser».

Por los cascos del chico sale *Feel like makin' love*; lo sé de inmediato por el inconfundible solo de guitarra que conoce todo el mundo, aunque Bad Company no sea santo de su devoción. No es que no me guste nada el rock clásico, pero prefiero de lejos cosas más actuales. Soy feliz con Muse, Pink o The Civil Wars.

Me llevo un susto de muerte cuando veo los cascos colgando del respaldo del asiento y prácticamente en mi hombro. Pego una sacudida y una mano sale volando como para espantar lo que en un principio creo que es un bicho que se me ha posado encima.

—¿Qué coño...? —exclamo mirando al tío cuando se cierne de nuevo sobre mí.

—Pareces aburrida —replica—. Puedes cogerlos, si quieres. Quizá no sea la música que te va, pero te acabará gustando, te lo prometo.

Lo miro con la cara torcida en un ángulo raro. ¿Lo dice en serio?

—Gracias, pero no —le contesto, y hago ademán de volverme.

—¿Por qué no?

—Pues, para empezar, porque llevas varias horas con los chismes esos metidos en las orejas. Es un poco asqueroso.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? —Creo que estoy retorciendo más la cara—. ¿Es que no te parece bastante?

Esboza de nuevo esa media sonrisa, que con la luz del día veo que le dibuja dos hoyuelos minúsculos cerca de la comisura de los labios.

—Bueno —responde recuperando los cascos—, has dicho «para empezar», así que pensé que tal vez hubiera otra razón.

—Vaya, eres increíble —espeto, pasmada.

—Gracias.

Sonríe y le veo todos los dientes, blancos, rectos.

Desde luego no pretendía que fuera un cumplido, pero algo me dice que él también lo sabe.

Vuelvo a hurgar en la bolsa, aunque sé de antemano que no encontraré nada más que ropa, pero siempre es mejor que tratar con este tío raro.

Se deja caer en el asiento de al lado, justo antes de que otro pasajero pase en dirección al baño.

Me quedo helada, con una mano dentro de la bolsa, inmóvil. Puede que lo esté mirando, pero tengo que dejar que se me pase el susto para decidir cómo lo quiero tratar.

El tío mete la mano en su bolsa y saca un paquetito con una toallita húmeda, rasga la parte superior y saca la toallita. A continuación limpia a conciencia cada uno de los

cascos y me los ofrece.

—Como si fueran nuevos —afirma, y se queda esperando a que los coja.

Al ver que de verdad da la impresión de que intenta ser amable, bajo un tanto la guardia.

—Estoy bien, en serio. Pero gracias. —Me sorprende la rapidez con la que he olvidado el hecho de que se me haya sentado al lado sin preguntar.

—De todas formas, probablemente estés mejor así —asegura al tiempo que se mete en la bolsa el mp3—. No tengo a Justin Bieber ni a la loca esa que se viste con carne, así que supongo que estarás mejor sin ellos.

Muy bien, vuelvo a tener la guardia en alto. Venga, adelante.

Le suelto un gruñido y cruzo los brazos:

—En primer lugar, no me gusta Justin Bieber, y, en segundo lugar, Gaga no está tan mal. Es verdad que quizá abuse un poco de lo de escandalizar, pero algunas cosas tuyas me gustan.

—Es una música de mierda y lo sabes —responde él sacudiendo la cabeza.

Parpadeo dos veces porque estoy perpleja y, no sé qué decir.

Él pone la bolsa en el suelo y se retrepa en el asiento, apoyando una bota en el respaldo de delante, pero tiene las piernas tan largas que me da que está incómodo. Lleva unas botas de esas de currante que están de moda. Dr. Martens, creo. Mierda. ¡lan no se las quitaba. Desvío la mirada, no estoy de humor para continuar con esta conversación tan rara con este tío tan raro.

La anciana a la que conocí en Tennessee tenía razón.

Él me mira, la cabeza apoyada cómodamente en la áspera tapicería.

—Lo tuyo es el rock clásico —dice como si tal cosa, y acto seguido mira al frente—. Zeppelin, los Stones, Journey, Foreigner. —Deja caer la cabeza a un lado para mirarme de nuevo—. ¿Te suena alguno?

Hago una mueca de burla y de nuevo revuelvo los ojos.

—No soy idiota —aseguro, pero cambio de idea cuando me doy cuenta de que no se me ocurren muchos grupos de rock clásico y no quiero parecer idiota después de haber dicho con tanta elocuencia que no lo soy—. Me gusta... Bad Company.

Sonríe un tanto.

—Dime una canción de Bad Company y dejo de darte la paliza.

Ahora sí que estoy de los nervios intentando acordarme de una canción de Bad Company que no sea la que escuchaba él. No tengo la menor intención de mirar a la cara a este tío y decirle: *I feel like makin' love*.

Espera pacientemente, aún con esa sonrisa tuya.

—*Ready for love*^[3] —respondo, porque es la otra que se me ocurre.

—¿Lo estás? —inquire.

—¿Eh?

La sonrisa se vuelve más amplia.

—Nada —contesta apartando la mirada.

Me ruborizo. No sé por qué y tampoco quiero saberlo.

—Escucha —le digo—, si no te importa, es que estaba usando los dos asientos.

Él sonríe, esta vez sin esa sonrisilla de suficiencia en los ojos.

—No, claro —dice al tiempo que se levanta—. Pero si quieres el mp3, ya sabes dónde está.

Esbozo una sonrisa floja, aliviada hasta más no poder de que se vaya a su asiento sin discusiones.

—¿Adónde vas, por cierto?

—A Idaho.

Es como si sus vivos ojos verdes se iluminaran al sonreír.

—Yo voy a Wyoming, así que me da que vamos a compartir muchos autobuses.

Luego su rostro risueño se esfuma detrás de mí.

No voy a negar que es atractivo. El pelo corto despeinado, los brazos tonificados y los pómulos esculpidos, los hoyuelos y esa puta sonrisa estúpida que hace que desee mirarlo aunque no quiera. Pero lo cierto es que no es que me guste, ni nada: es un desconocido cualquiera en un autobús que va por una carretera a ninguna parte. De ningún modo me plantearía algo así. Y, aunque no lo fuera, aunque lo conociera desde hace meses, no me metería en semejante berenjenal. Nunca. Nunca más.

El interminable recorrido a través de Kansas parece durar más de lo que debería. Supongo que nunca pensé en lo grandes que son los estados en realidad. Uno mira un mapa y no es más que un papel que tiene delante con límites de formas caprichosas y líneas como venitas. Hasta Texas parece bastante pequeño cuando se mira así, e ir siempre en avión a todas partes contribuye a alimentar la ilusión de que el estado de al lado está a tan sólo una hora. Otra hora y media y tengo la espalda y el culo como si fueran trozos de carne tiesa, dura. No paro de moverme en el asiento, con la esperanza de encontrar alguna forma de sentarme que alivie el dolor, pero sólo consigo que se me resientan otras partes del cuerpo.

Comienzo a arrepentirme de esto sólo porque el viaje en autobús es un asco.

Escucho el crepitar de la radio y después la voz del conductor:

—Dentro de cinco minutos efectuaremos una parada —anuncia—. Tienen quince minutos para comer algo antes de que salgamos. Quince minutos. Ni uno más ni uno menos, así que si no están de vuelta para entonces, el autobús se irá sin ustedes.

La radio se apaga.

La información hace que todos los pasajeros se remuevan en sus asientos y cojan el bolso y demás pertenencias: nada como hablar de poder estirar las piernas después de horas en un autobús para despertar a todo el mundo.

Entramos en un lugar amplio donde hay aparcados varios tráileres y, en medio, una tienda, un lavadero de coches y un restaurante de comida rápida. Los pasajeros están de pie en el pasillo antes de que el autobús se detenga. Yo soy una de ellos. Tengo la espalda molida.

Salimos desfilando del autobús uno por uno, y nada más bajar agradezco sentir el hormigón bajo los pies y la suave brisa en la cara. Me da lo mismo que estemos donde Cristo dio las tres voces o que los surtidores de gasolina de la tienda estén tan pasados de moda que sé que los servicios probablemente den miedo; me alegro de estar en cualquier parte menos encerrada en ese autobús. Me deslizo prácticamente por el asfalto del aparcamiento hacia el restaurante (como una gacela torpe, herida). Primero voy al servicio, y cuando salgo varias personas hacen cola delante de mí. Echo un vistazo al menú intentando decidirme entre una porción grande de patatas fritas o un batido de vainilla: nunca me ha hecho mucha gracia la comida rápida. Cuando por fin salgo del restaurante con un batido de vainilla, veo que el tío del autobús está sentado en la hierba que separa los aparcamientos. Tiene las piernas dobladas y se está comiendo una hamburguesa. No lo miro cuando voy a pasar por delante, pero por lo visto eso no basta para que deje de incordiarne.

—Quedan ocho minutos para volver a esa lata —informa—. ¿De verdad te los vas a pasar ahí dentro?

Me detengo cerca de un arbolito al que sostiene a duras penas un palo clavado en el suelo al que está atado con una tela rosa.

—Sólo son ocho minutos —contesto—. No creo que lo note mucho.

Le da un mordisco enorme a la hamburguesa, lo mastica y se lo traga.

—Imagina que te enterraran viva —comenta, y bebe un trago de refresco—. No tardarías mucho en asfixiarte. Pero si te hubiesen encontrado ocho minutos antes, qué coño, un minuto, estarías viva.

—Si tú lo dices... —afirmo.

—No soy ningún apestado —replica, y da otro muerdo.

Supongo que he sido un poco borde. Vale que en cierto modo se lo merecía, pero la verdad es que no está siendo un plasta ni nada, así que no hay motivo para mantener todo el tiempo la guardia en alto. Si puedo evitarlo, mejor no hacer enemigos en este viaje.

—Ya —contesto, y me siento en la hierba frente a él a cierta distancia.

—Y ¿por qué Idaho? —pregunta, aunque mira su comida y todo cuanto lo rodea más de lo que me mira directamente a mí.

—Voy a ver a mi hermana —miento—. Acaba de tener un niño.

Él asiente y traga.

—¿Por qué Wyoming? —pregunto a mi vez, con la esperanza de no centrar la conversación en mí.

—Voy a ver a mi padre —dice—. Se muere. Un tumor en la cabeza que no tiene cura. —Pega otro mordisco. No da la impresión de que lo que acaba de contarme le importe mucho.

—Ah...

—No te preocupes —asegura, esta vez mirándome durante un breve instante—. Aquí no se va a quedar nadie. A mi viejo no le preocupa, y nos ha dicho que no nos preocupemos. —Sonríe y vuelve a mirarme—. Para ser exactos, nos dijo que si nos da por llorar o hacer alguna chorrada por el estilo nos borra del testamento.

Bebo un poco de batido de vainilla, sólo para hacer algo que me evite tener que responder a lo que me está contando. De todas formas no estoy segura de que pudiera hacerlo, la verdad.

Él bebe a su vez.

—¿Cómo te llamas? —pregunta dejando la bebida en la hierba.

Dudo si darle mi verdadero nombre.

—Cam —replico, decidiéndome por la versión corta.

—¿De qué es diminutivo?

No me esperaba la pregunta.

Dudo de nuevo, los ojos inquietos.

—Camryn —confieso. Supongo que con todas las mentiras de las que voy a tener que acordarme, quizá sea mejor decir la verdad al menos en lo del nombre. Es un dato poco importante del que no habré de recordar que debo mantener en secreto.

—Soy Andrew. Andrew Parrish.

Asiento y esbozo una sonrisa floja, no estoy dispuesta a revelarles que mi apellido es Bennett. Tendrá que conformarse con el nombre de pila.

Mientras se termina lo que le quedaba de hamburguesa y engulle unas patatas, lo escudriño con disimulo y reparo en el final de un tatuaje que asoma de ambas mangas de la camiseta. No tendrá más de veintitantos años, puede que ni eso.

—¿Cuántos años tienes?

Es una pregunta demasiado personal. Espero que no le dé una lectura que no tiene.

—Veinticinco —me responde—. ¿Y tú?

—Veinte.

Me mira como si sopesara esa información, vacila y frunce sutilmente los labios.

—Bueno, pues encantado de conocerte, Cam, de Camryn, de veinte años, que va a Idaho a ver a su hermana, que acaba de tener un niño.

Sonríe con la boca, pero no con la cara. Tardaré algún tiempo en que las sonrisas que le dirija sean genuinas. Las sonrisas genuinas a veces dan una impresión errónea. Por lo menos así puedo ser educada y amable, pero no la chica educada y amable que después de unas sonrisas anchas acaba en un maletero con el cuello rajado.

—Entonces, ¿eres de Wyoming? —me intereso, y bebo otro sorbo de batido.

Asiente.

—Sí, nací allí, pero mis padres se divorciaron cuando tenía seis años y nos fuimos a Texas.

Texas. Qué curioso. Puede que con tanto hablar de las botas de cowboy y de su fama me acabe topando con ellos. Y éste no tiene ninguna pinta de ser de Texas, al menos no responde a la idea estereotipada que la mayoría de la gente tiene de los texanos.

—Ahí es adonde volveré después de que haya visto a mi padre. ¿Y tú?

Vale, ¿mentir o no mentir? Bah, a la mierda. No es como si fuera un detective privado enviado por mi padre para obtener información. Siempre y cuando no le dé 1: mi apellido, y 2: direcciones ni teléfonos que pudieran llevarlo hasta mi casa (eso, si vuelvo a casa), y después acabar en el maletero de su coche con el cuello rajado. Creo que decirle la verdad en casi todo será mucho más fácil que intentar inventar una mentira apropiada para cada pregunta que me haga y después recordarlas todas. Esto va a ser un largo viaje en autobús, después de todo, y, como él dijo, vamos a compartir varios autobuses antes de que nuestros caminos se separen.

—Carolina del Norte —contesto.

Me mira.

—Pues no tienes pinta de ser de Carolina del Norte.

«¿Eh? Vale, esto sí que es raro».

—Y ¿qué pinta se supone que tiene que tener una chica de Carolina del Norte?

—Te lo tomas todo muy al pie de la letra —responde, risueño.

—Y tú no eres muy claro.

—Qué va —afirma con un gruñido inofensivo, cómico—, sólo soy abierto, y a veces la gente no puede con eso. Es como si le preguntas a ese tío de ahí si esos vaqueros te hacen el culo gordo y te dice que no. Si me lo preguntas a mí, te diré la verdad. Cualquier cosa que se salga de lo que se suele esperar descoloca a la gente.

—¿En serio?

Sigo tan perdida en lo que respecta a la personalidad de este tío como antes de que me dijera cómo se llama. Lo miro como si estuviera como una cabra y en cierto modo me intrigara.

—En serio —dice como si tal cosa.

Espero a que diga algo más, pero no lo hace.

—Eres muy raro —le suelto.

—¿Es que no me lo vas a preguntar?

—A preguntar, ¿qué?

Se ríe.

—Si creo que esos vaqueros te hacen el culo gordo.

Tuerzo el gesto.

—Casi mejor no... Eh... —A la mierda otra vez. Si va a andarse con juegucitos, no estoy dispuesta a quedarme de brazos cruzados y dejarlo ganar todas las manos. Le sonrío y respondo—: Sé que estos vaqueros no me hacen el culo gordo, así que no necesito tu opinión.

Una sonrisa de lo más atractiva asoma a su boca. Da otro trago al refresco, se pone de pie y me tiende la mano.

—Creo que se nos han acabado los ocho minutos.

Puede que sea porque sigo estando completamente perdida con la conversación entera, pero acepto la mano y me ayuda a levantarme.

—¿Ves cuántas cosas hemos aprendido el uno del otro en tan sólo ocho minutos, Camryn? —dice, y me mira y me suelta la mano.

Camino a su lado, pero manteniendo algo de distancia. Todavía no estoy segura de si sus astutas respuestas y ese aire de seguridad que se gasta me irritan o si todo ello me gusta más de lo que mi cerebro quiere admitir.

En el autobús, cada cual vuelve a ocupar el asiento que tenía. Yo dejé la revista que cogí en la última terminal en el mío, confiando en que no me lo quitara nadie, y Andrew también fue a los asientos de atrás. Me alegro de que no se haya tomado el hecho de que esté dispuesta a charlar con él como una invitación a sentarse a mi lado.

Pasan horas y no hablamos. Me acuerdo mucho de Ian y Natalie.

—Buenas noches, Camryn —me dice Andrew desde el asiento de atrás—. Puede que mañana me digas quién es Nat.

Me levanto de prisa y me asomo por el respaldo.

—¿Qué has dicho?

—Tranquila, mujer —contesta, y levanta la cabeza de la bolsa, que se ha puesto detrás a modo de almohada—. Hablabas dormida. —Suelta una risita—. La otra noche te oí reñir a alguien llamado Nat, por algo llamado Biosilk o una mierda parecida.

Veo que se encoge de hombros, aunque está tumbado con las piernas en el otro asiento, los brazos cruzados.

Genial. Así que hablo en sueños. Estupendo. Me pregunto por qué no me lo ha dicho nunca mi madre.

Me paro a pensar un momento en qué habré estado soñando y caigo en la cuenta de que quizá sí haya estado soñando, después de todo, y sencillamente no me acuerdo de nada.

—Buenas noches, Andrew —le digo, y me instalo en mi sitio tratando de ponerme cómoda.

Pienso un momento en cómo acabo de ver a Andrew, que parecía bastante a gusto, y decido probar a tumbarme igual que él. Me he planteado hacerlo varias veces, pero no quería ser maleducada sacando los pies al pasillo. Supongo que da lo mismo, así que cojo mi bolsa llena de ropa, me la pongo detrás de la cabeza y me tiendo en los dos asientos, como él. Ahora sí estoy cómoda. Ojalá lo hubiera hecho antes.

La voz del conductor del autobús informando de que dentro de diez minutos llegaremos a Garden City me despierta a la mañana siguiente.

—Asegúrense de coger todas sus pertenencias —añade el conductor por la radio— y no dejen basura en los asientos. Gracias por viajar por el gran estado de Kansas, espero volver a verlos.

Sonó falto de espontaneidad y emoción, pero supongo que yo sonaría igual después de decirles lo mismo a los pasajeros todos los días.

Me levanto del todo, cojo la bolsa del asiento y la abro para buscar el billete de autobús. Lo encuentro arrugado entre unos vaqueros y mi camiseta retro de Pitufina, lo abro y miro a ver cuál es mi próxima parada. Por lo visto, Denver está a unas seis horas y media, con dos paradas previstas. Mierda, ¿por qué elegí Idaho? Anda que... De todos los sitios del mapa elegí el mío dejándome llevar por una patata asada. Estoy haciendo todo este viaje y ni siquiera me espera nada cuando llegue allí. Salvo más carretera. No sé por qué coño no cojo la tarjeta de crédito y me saco un billete de avión a casa. No, todavía no estoy lista para hacer eso. No sé por qué, pero sé que aún no puedo volver.

No puedo.

Extrañada de que Andrew esté tan callado, me sorprende intentando verlo por el espacio minúsculo que queda entre los asientos, pero no veo nada.

—¿Estás despierto? —pregunto levantando la barbilla para que tal vez así me oiga detrás.

No me responde, así que me incorporo para mirar. Claro, tiene los cascos puestos. Me extraña un tanto que esta vez no oiga la música a través de los auriculares.

Andrew me ve y sonrío, levanta la mano y mueve el meñique como para darme los buenos días. Le señalo a mi vez con un dedo la parte delantera del autobús para que sepa que el conductor ha dicho algo. Él se quita los cascos y me mira, a la espera de

que le ponga palabras al gesto.

ANDREW
Unos días antes...

7

Hoy me ha llamado mi hermano desde Wyoming. Me ha dicho que a nuestro padre no le queda mucho. Se ha pasado los últimos seis meses entrando y saliendo del hospital.

«Si quieres verlo —ha dicho Aidan desde el otro lado de la línea telefónica—, será mejor que vengas ya».

He oído a Aidan. Lo he oído. Pero todo lo que me llega ahora mismo es que mi padre está a punto de palmarla. «Ni se os ocurra llorar por mí —nos dijo a mis hermanos y a mí el año pasado, cuando le diagnosticaron un tumor cerebral poco frecuente—. O te borro del testamento, muchacho».

Lo odié por ello, por decirme directamente que si lloraba por él, el único hombre por el que daría la vida, sería una nenaza. El testamento me importa una mierda. No pienso tocar lo que me deje. Puede que se lo dé a mi madre.

Cuando éramos pequeños, mi padre siempre fue un hueso duro de roer. Nos ponía firmes a mí y a mis hermanos, pero me gusta pensar que no salimos demasiado mal (que probablemente fuera lo que pretendía cuando nos ponía firmes). Aidan, el mayor, tiene un bar restaurante que va muy bien en Chicago y está casado con una pediatra. Asher, el menor, va a la universidad y quiere trabajar en Google.

¿Y yo? Me avergüenza decir que he hecho de modelo a escondidas unas cuantas veces para varias agencias de nivel, pero sólo porque el año pasado fue complicado. Justo después de enterarme de lo de mi padre. No podía llorar, así que lo pagué con mi Chevrolet Camaro de 1969: lo destruí con un bate de béisbol. Mi padre y yo habíamos puesto a punto ese coche desde cero. Fue nuestro proyecto padre e hijo, que empezó justo antes de que terminara el instituto. Pensé que si él no iba a estar, el coche tampoco tenía derecho.

Así que sí, trabajé de modelo.

Y no, no lo busqué en ningún momento. Esa clase de cosas me importan una mierda. Yo sólo estaba en el bar de Aidan, poniéndome pedo, cuando me descubrieron un par de cazatalentos. Supongo que les dio lo mismo que estuviera..., pues eso, pedo, porque me dieron su tarjeta, me ofrecieron una buena suma de dinero sólo por aparecer en su edificio de Nueva York y, después de pasarme tres semanas mirando el Camaro y arrepintiéndome de lo que le había hecho, me dije: «¿Por qué no?». Sólo ese cheque por presentarme podía cubrir parte de la carrocería. Así que me presenté. Y, a pesar de que el dinero que saqué de los pocos anuncios que rodé bastó para arreglar el coche, rechacé el contrato de cincuenta mil dólares que me ofreció LL Elite porque, como he dicho, ganarse la vida yendo por ahí en ropa interior no es lo mío. Por favor, si me sentí mal por aceptar los pocos trabajos que acepté. Así que hice lo que haría cualquier tío que coma carne roja y beba cerveza e intenté parecer más hombre y menos mariquita haciéndome unos tatuajes y trabajando de mecánico.

No es el futuro que mi viejo quería para mí pero, a diferencia de mis hermanos, hace mucho que aprendí que es mi futuro y mi vida y que no puedo vivir como otros quieren que viva. Dejé la universidad cuando me di cuenta de que estaba estudiando algo que me importaba una mierda.

¿Por qué la gente tiene la manía de hacer lo que hacen los demás?

Yo no soy así. Yo sólo quiero una cosa en la vida. No es dinero, ni fama, ni un rabo retocado con Photoshop en una valla publicitaria en Times Square ni una carrera universitaria que quizá me sirva de algo después o quizá no. No sé con seguridad lo que quiero, pero es algo que siento en las tripas. Está ahí, latente. Lo sabré cuando lo vea.

—¿En autobús? —repite Aidan, sin dar crédito.

—Sí —le confirmo—. Iré en autobús. Necesito pensar.

—Andrew, puede que papá no aguante —arguye, y me doy cuenta de que trata de guardar la compostura en la voz—. En serio, tío.

—Llegaré cuando llegue.

Deslizo el pulgar para poner fin a la llamada.

Creo que una pequeña parte de mí espera que se muera antes de que yo llegue, porque sé que me dará algo si se muere estando yo allí. Se trata de mi padre, el hombre que me ha criado y al que admiro. Y me dice que no llore. Siempre he hecho todo lo que me ha dicho y, como el buen hijo que siempre he intentado ser, sé que me aguantaré las lágrimas porque me lo ha pedido. Pero también sé que al hacerlo nacerá en mí algo más destructivo.

No quiero acabar como mi coche.

Una bolsa de deporte con algo de ropa, un cepillo de dientes, el móvil y el mp3 con mis canciones de rock clásico preferidas, otra huella que ha dejado en mí mi padre: «Toda esa música nueva que escucha la juventud hoy en día es una mierda, hijo —decía al menos una vez al año—. Pon a los Led, muchacho». Debo admitir que no rechacé por completo la música más reciente sólo porque mi padre lo hiciera. Pienso por mí mismo, ¿vale? Pero es cierto que crecí con una buena dosis de los clásicos y estoy muy orgulloso de ello.

—Mamá, eso no me hará falta.

Está llenando una bolsa con cierre de zip con alrededor de una docena de paquetitos de toallitas para las manos para que me lleve. Mi madre siempre ha estado obsesionada con los gérmenes.

Vivo entre Texas y Wyoming desde que tenía seis años. Al final comprendí que encajo mejor en Texas, porque me gustan el golfo y el calor. Tengo mi propio piso en Galveston desde hace ya cuatro años, pero la otra noche mi madre insistió en que me quedara con ella. Sabe cómo me siento por lo de mi padre y sabe que a veces puedo explotar cuando sufro o cuando estoy cabreado. El año pasado dormí una noche en el calabozo por moler a palos a Darren Ebbs después de que le arreara un puñetazo a su novia delante de mí. Y cuando me vi obligado a llevar a mi mejor amigo, *Maximus*, a que le pusieran una inyección letal debido a una insuficiencia cardíaca congestiva, me dejé hechas polvo las manos por dar rienda suelta a mis emociones en el árbol que hay detrás de mi casa.

Por regla general, no soy violento, sólo lo soy con capullos y, de vez en cuando, también conmigo mismo.

—Esos autobuses no son buenos —afirma mientras me mete la bolsita en la bolsa de deporte—. Yo cogí uno de vuelta antes de conocer a tu padre y estuve enferma una semana.

No discuto con ella, no tendría sentido.

—Sigo sin entender por qué no quieres coger un avión. Te plantarías allí mucho antes.

—Mamá —le digo, y le doy un beso en la mejilla—, sólo es algo que necesito hacer, como si tuviera que ser así o algo por el estilo. —La segunda parte en realidad no me la creo, pero se me ocurrió que se quedaría más tranquila si le daba algún argumento de peso, aunque sabe que sólo digo gilipolleces. Me acerco al armario de la cocina, lo abro y saco de la caja dos paquetitos de Pop Tarts de azúcar moreno y canela que echo a la bolsa—. Puede que el avión se estrelle.

—Eso no tiene gracia, Andrew. —Me mira con gravedad.

Sonrío y le doy un achuchón.

—No me pasará nada, y llegaré a tiempo para ver a papá antes de que... —dejo la frase ahí.

Mi madre me da un abrazo más fuerte que el que le di yo a ella.

Cuando llego a Kansas empiezo a plantearme si no tendría razón mi madre. Creí que el largo viaje me serviría para pensar, para aclararme las ideas y quizá averiguar qué estoy haciendo y qué haré cuando mi padre muera. Porque las cosas serán

distintas. Las cosas siempre cambian cuando alguien a quien quieres muere. Y, hagas lo que hagas de antemano, no puedes prepararte para afrontar esos cambios.

Lo único seguro es que uno nunca deja de preguntarse quién será el siguiente.

Sé que no podré volver a mirar a mi madre del mismo modo...

Creo que el viaje en autobús ha sido más una provocación que un tiempo para una reflexión seria. Tendría que haber sabido que pasar tiempo a solas con mis pensamientos no sería sano. Ya he decidido que he malgastado gran parte de mi vida, y estoy planteándome todas las cuestiones reveladoras: ¿qué pinto aquí? ¿Qué sentido tiene la vida? ¿Qué coño estoy haciendo? No he tenido ninguna epifanía, eso seguro, ni tampoco lo he visto todo claro de pronto cuando miraba por la ventana del autobús, absorbo en uno de esos momentos dramáticos de película. La única música de fondo de esta película es *Would?*, de Alice in Chains, y no es exactamente una canción para una epifanía.

El conductor ya está cerrando las puertas del autobús cuando me acerco y me ve.

Me dirijo hacia la parte trasera, con vistas a ocupar los dos asientos libres que hay detrás de la rubia mona que, estoy bastante seguro, es menor de edad y puede hacer que acabes en la cárcel si te la ligas. A ese respecto, siempre tengo el radar encendido, sobre todo después de que estuviera a punto de liarme con una chica a la que conocí en el Dairy Queen. Dijo que tenía diecinueve años, pero después me enteré de que tenía dieciséis y su padre iba camino de la piscina en la que estábamos para pegarme una paliza de muerte.

Mi padre dio en el clavo una vez: «En los tiempos que corren, no hay manera de distinguir a las de doce de las de veinte, hijo. Debe de ser algo que el gobierno está echando en el agua, así que ya puedes tener cuidado cuando necesites darte un revolcón».

Cuando me acerco a la chica del autobús, veo que pone su bolsa en el asiento del pasillo para que no me sienta en él.

Curioso. Vale que sí, que es mona y tal, pero hay alrededor de diez asientos libres en el bus, lo que significa que podré coger dos para ponerme como me dé la gana y echar un buen sueñecito, que me hace mucha falta.

Las cosas no salen según lo previsto y, varias horas después, justo cuando ha anochecido, sigo completamente despierto, mirando por la alta ventana de al lado con la música a toda pastilla. La chica de delante lleva como una hora grogui, y me he cansado de oírla hablar dormida; aunque casi no entendía lo que estaba diciendo, la verdad es que no quería saberlo. Es como espiar, escuchar los pensamientos de alguien cuando no tiene ni idea de lo que está haciendo. Prefiero escuchar mi música.

Cuando por fin me quedo dormido, abro los ojos al notar unos golpecitos en la pierna. Caray, es guapa incluso con todo el pelo aplastado en un lado de la cara y el resto envuelto en la oscuridad. Ni te acerques, Andrew. No tengo que recordarme que probablemente sea menor para impedir que haga algo que sé que no debería hacer; no, me lo recuerdo porque no quiero llevarme un chasco cuando averigüe que tengo razón.

Después de un breve intercambio sobre la posibilidad de que haya sido mi música lo que la ha despertado, la bajo y ella vuelve a acomodarse en su pequeño cubículo.

Cuando asomo la cabeza por el respaldo de su asiento para verla, me pregunto qué me ha llevado a hacerlo. Pero siempre me han ido los desafíos, y la actitud respondona que se gastó conmigo en una conversación que duró menos de cuarenta y cinco segundos bastó para estrecharle la mano en esta apuesta metafórica.

Nunca he podido resistirme a las actitudes respondonas.

Y nunca me echo atrás en un desafío.

A la mañana siguiente le ofrezco mi mp3, pero por lo visto está tan obsesionada con los gérmenes como mi madre.

Un hombre, tendrá cuarenta y pocos años, se ha sentado en el otro lado del autobús, tres asientos por delante de la chica. Vi cómo la miraba cuando me subí yo. Ella no sabía que la estaba observando, y resulta inquietante pensar cuánto tiempo llevará observándola antes de que me subiera o qué habrá estado haciendo sentado ahí solo en la oscuridad.

Desde entonces, no lo he perdido de vista. Está tan prendado de ella que dudo que sepa que lo he estado vigilando.

Sus ojos no paran de ir de ella al fondo del pasillo, a esa caja de cerillas que es el servicio. Casi oigo el ruido que hace la maquinaria de su cabeza.

Me pregunto cuándo intentará hacer su jugada.

En ese mismo momento se levanta.

Dejo mi asiento y me acomodo en el de al lado de ella. Lo hago con absoluta naturalidad. Noto los ojos de ella en mí, me mira preguntándose qué coño creo que estoy haciendo.

El hombre pasa de largo, pero no dejo que me vea los ojos, ya que ello revelaría que lo tengo fichado. En este preciso instante probablemente piense que estoy jugando a mi propio juego con la chica, que estoy haciendo mi propia jugada, y por ahora lo dejaré estar y probablemente lo intente más tarde.

Y más tarde le partiré la cara de un puñetazo.

Meto la mano en la bolsa y saco la bolsita de toallitas que me metió mi madre. Saco una, limpio a conciencia los cascos y se los ofrezco.

—Como si fueran nuevos —afirmo, y me quedo esperando a que los coja, pero sé que no lo hará.

—Estoy bien, en serio. Pero gracias.

—De todas formas, probablemente estés mejor así —aseguro al tiempo que me meto en la bolsa el mp3—. No tengo a Justin Bieber ni a la loca esa que se viste con carne, así que supongo que estarás mejor sin ellos.

A juzgar por la cara de fastidio que pone, la he cabreado. Me río para mí, ladeando la cabeza de tal forma que no vea que me río.

—En primer lugar, no me gusta Justin Bieber.

«Gracias a Dios».

—Y, en segundo lugar, Gaga no está tan mal. Es verdad que quizá abuse un poco de lo de escandalizar, pero algunas cosas tuyas me gustan.

—Es una música de mierda y lo sabes —cito a mi padre, sacudiendo la cabeza.

Pongo la bolsa en el suelo y me retrepo en el asiento, apoyando una bota en el respaldo de delante. Me pregunto por qué no me habrá dicho aún que me largue. Y esto también me preocupa. ¿Habría sido demasiado maja para decirle a ese hombre que se fuera de inmediato si se me hubiera adelantado? Es imposible que a alguien como ella le vaya alguien como él pero, admitámoslo, a veces las tías dejan que el gen de la pena excesiva salga ganando. Y en cuestión de segundos.

La miro de nuevo, apoyando la cara de lado en el asiento.

—Lo tuyo es el rock clásico —digo—. Zeppelin, los Stones, Journey, Foreigner. ¿Te suena alguno?

Ella revuelve los ojos.

—No soy idiota —asegura, y sonrío un tanto, pues ahí está de nuevo esa actitud respondona.

—Dime una canción de Bad Company y dejo de darte la paliza —la desafío.

Me doy cuenta de que está nerviosa, se muerde con suavidad el labio inferior y, al igual que el hecho de que hable dormida y la observen tipos con malas intenciones, probablemente ni siquiera lo sepa.

Espero pacientemente, incapaz de borrar la sonrisa de mi boca, ya que me divierte verla sufrir, intentando recordar todas las veces que ha ido en el coche con su familia

escuchando esa música, buscando un recuerdo que la saque del atolladero.

—*Ready for love* —responde al cabo, y me quedo impresionado.

—¿Lo estás? —pregunto, y en ese momento me asalta una sensación. No sé qué coño es, pero ahí está, haciéndome señas detrás de una pared, como cuando sabes que alguien te mira, pero no ves a nadie.

—¿Eh? —responde, la pregunta la ha pillado tan desprevenida como a mí después. A mi boca asoma una sonrisa.

—Nada —contesto apartando la mirada.

El perverso del servicio vuelve por el oscuro pasillo sin hacer ruido y va a su asiento, sin duda mosqueado al ver que estoy donde él quiere estar. Me alegro de que ella haya esperado a que el otro hubiera pasado de largo antes de pedirme por fin que me vaya para poder volver a tener los dos asientos para ella sola.

Después de ocupar mi sitio, me asomo por el lateral del asiento y pregunto:

—¿Adónde vas, por cierto?

Me dice que a Idaho, pero creo que la respuesta tiene miga. No podría asegurarlo, pero me da que o miente, lo cual probablemente no sea mala idea, puesto que no me conoce de nada, u oculta algo.

Lo dejo estar por ahora, le digo adónde me dirijo y me acomodo en mi asiento.

El tío que está tres asientos más allá ha vuelto a mirarla. Me entran ganas de reventarle la puta cabeza ahora mismo, solamente por mirar.

Horas después, el autobús hace una parada y el conductor nos da quince minutos para bajar, estirar las piernas y comer algo. Veo que la chica va a los aseos, yo soy el primero de la cola para pedir comida. Me sirven, salgo y me siento en la hierba, junto al aparcamiento. El perverso pasa de largo y vuelve al autobús.

Consigo hacer que la chica se siente conmigo. En un principio duda, pero por lo visto soy lo bastante simpático. Mi madre siempre me decía que yo, su hijo mediano, era el simpático. Supongo que tenía toda la razón.

Hablamos un minuto o dos del motivo por el que voy a Wyoming y de por qué ella va a Idaho. Sigo intentando desentrañar su enigma, qué es lo que tiene que no soy capaz de determinar, pero al mismo tiempo tratando de obligarme a no sentirme atraído por ella, porque es como si supiera que es menor de edad o que mentirá a ese respecto.

Sin embargo, parece más o menos de mi edad, algo más joven, pero tampoco mucho.

¡Joder! ¿Por qué me estoy planteando siquiera que pueda sentirme atraído por ella? Mi padre se muere mientras yo estoy aquí sentado en la hierba, a su lado. No debería estar pensando más que en mi padre y en lo que voy a decirle si consigo llegar a Wyoming antes de que muera.

—¿Cómo te llamas? —pregunto dejando la bebida en la hierba e intentando empujar los pensamientos relativos a la muerte de mi padre hacia otro lugar de mi cerebro.

Lo piensa un minuto, probablemente se pregunte si debe darme su verdadero nombre.

—Cam —replica al cabo.

—¿De qué es diminutivo?

—Camryn.

—Soy Andrew. Andrew Parrish.

Parece algo cortada.

—¿Cuántos años tienes?

Pregunta, y me pilla completamente por sorpresa. Puede que después de todo no sea menor, porque las menores, cuando quieren mentir sobre su edad, suelen evitar el tema a toda costa.

Ahora albergo esperanzas de que tal vez no sea menor de edad. Sí, la verdad es que quiero que no lo sea...

—Veinticinco —respondo—. ¿Y tú? —De repente me falta el aire.

—Veinte —afirma.

Sopeso la respuesta un instante, frunciendo los labios. No estoy seguro de si miente, pero puede que si paso más tiempo con ella en este viaje que al parecer nos ha unido acabe averiguando la verdad.

—Bueno, pues encantado de conocerte, Cam, de Camryn, de veinte años, que va a Idaho a ver a su hermana, que acaba de tener un niño.

Sonrío. Charlamos unos minutos más —ocho, para ser exactos— de esto y aquello y le vacilo un poco más, porque se lo merece por ser tan respondona.

A decir verdad, creo que le gusta cómo la trato. Noto que hay atracción. Aunque pequeña, la siento. Y no puede ser por la pinta que tengo —joder, ahora mismo probablemente la boca me huelva a perro muerto, y hoy no me he duchado—; si fuera por mi aspecto, a diferencia de la mayor parte de las chicas a las que les gusto, ya me habría rechazado. No quería que me sentara a su lado en el autobús. No se cortó al decirme que bajara la música, y ahí estuvo un poco sobrada. Se mosqueó cuando la acusé de tener la Bieber Fever^[4] (me cabrea que hasta yo sepa lo que significa: le echo la culpa a la sociedad), y me da que no tendría el menor problema en darme una patada en los huevos si la tocara de forma inadecuada. No es que vaya a hacerlo, joder, no. Pero está bien saber que es de esa clase de chicas.

Mierda, me gusta esta chica, sí.

Nos subimos al autobús y me vuelvo a mi asiento, sacando las piernas al pasillo, y entonces veo que sus zapatillas de deporte blancas asoman por el asiento y sonrío al pensar que he sido lo bastante interesante para que me copie alguna idea. Le echo un vistazo unos veinte minutos después y, como pensaba, está frita.

Subo la música y me quedo escuchándola hasta que yo también me quedo dormido. A la mañana siguiente, me despierto mucho antes que ella.

Asoma la cabeza por encima del asiento y le sonrío y muevo un dedo.

Es más guapa incluso de día.

CAMRYN

8

—Diez minutos —digo—, y estaremos fuera de esta lata.

Andrew sonrío, despega la espalda del asiento y se dispone a guardar el mp3.

No estoy muy segura de por qué me he sentido impulsada a decírselo.

—¿Has dormido mejor? —pregunta mientras cierra la cremallera de la bolsa.

—La verdad es que sí —respondo, y me llevo la mano a la nuca, donde esta vez no noto los músculos tensos—. Gracias por la idea involuntaria.

—De nada —contesta con una gran sonrisa.

—¿Denver? —pregunta, mirándome.

Supongo que me pregunta si es la próxima parada.

—Sí, a casi siete horas de distancia.

Andrew sacude la cabeza, al parecer tan poco contento con semejante cantidad de horas como yo.

Diez minutos después, el autobús entra en la estación de Garden City. Hay el triple de gente en esta estación que en la anterior, y eso me preocupa. Me abro camino por la terminal y voy directa al primer asiento que veo, ya que se ocupan de prisa. Andrew da la vuelta a la esquina, bajo la señal que indica dónde están las máquinas expendedoras, y vuelve con un Mountain Dew y una bolsa de patatas fritas.

Se sienta a mi lado y abre la lata de refresco.

—¿Qué? —pregunta, mirándome.

No era consciente de que lo he estado mirando con cara de asco mientras engullía el refresco.

—Nada —niego, apartando la vista—. Sólo que creo que es asqueroso.

Oigo su risa entre dientes a mi lado y, a continuación, la bolsa de patatas que se abre.

—Veo que hay un montón de cosas que te dan asco.

Lo miro de nuevo, colocándome la bolsa sobre las piernas.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste algo... que tuviera menos grasas malas?

Devora otra patata y se la traga.

—Como lo que me apetece. No serás una de esas vegetarianas esnobs que se quejan de que la comida rápida está llenando el país de gordos, ¿no?

—Pues no, no lo soy —afirmo—, pero creo que es posible que las vegetarianas esnobs tengan su parte de razón.

Come algunas patatas más y bebe un trago de refresco todo risueño.

—La comida rápida no engorda a la gente —asegura sin parar de masticar—. La gente toma sus propias decisiones. Los restaurantes de comida rápida sólo están sacando tajada de la estupidez de los americanos que deciden comer su comida.

—¿Estás diciendo que eres un americano estúpido? —inquiero, sonriente.

Se encoge de hombros.

—Supongo que lo soy cuando sólo puedo elegir entre máquinas expendedoras y hamburgueserías.

Revuelvo los ojos.

—Ya, como si fueras a elegir algo mejor si tuvieras la opción. No cuela.

Creo que mis respuestas son cada vez más agudas.

Él suelta una carcajada.

—Joder, pues claro que elegiría algo mejor. Preferiría un filete de cincuenta dólares a una hamburguesa que lleva un día hecha sin dudarlo, o una cerveza a un Mountain Dew.

Meneo la cabeza, pero no soy capaz de borrar la suave sonrisa de mi boca.

—Y tú, ¿qué sueles comer? —se interesa—. ¿Ensaladas y tofu?

—Uf —replico arrugando la cara—. No comería tofu ni de coña, y las ensaladas sólo son una moda para perder peso. —Espero un momento y le sonrío—. ¿En serio?

—Sí, claro, suéltalo —me pide.

Me mira como si fuera un bicho raro y mono que habría que estudiar.

—Espaguetis con albóndigas y sushi.

—¿Cómo? ¿Todo mezclado?

Aunque no dice nada, se ve que la idea le repugna. Tardo unos segundos en caer.

—Ah, no —niego mientras sacudo la cabeza—, eso también sería asqueroso, por cierto.

Sonríe aliviado.

—No me van mucho los filetes —añado—, pero supongo que me comería uno si me lo pusieran delante.

—Ah, así que me estás instando que te pida salir, ¿no?

Su sonrisa se ensancha.

Los ojos se me salen de las órbitas y me quedo con la boca abierta.

—¡No! —exclamo, casi ruborizándome—. Sólo estaba diciendo que...

Andrew se ríe y bebe otro trago.

—Lo sé, lo sé —asegura—. No te preocupes. Nunca me plantearía pedirte salir.

Abro los ojos y la boca más si cabe y me pongo roja como un tomate.

Él se ríe con más ganas incluso.

—Joder, tía —comenta, aún entre risas—, no eres muy rápida, ¿eh?

Frunzo el ceño.

Él también lo frunce, pero como sonriendo a la vez.

—A ver qué te parece —propone un tanto más serio—, si por casualidad en alguna de las paradas que hagamos tenemos la suerte de encontrar un asador donde puedan hacer un filete en los quince minutos que tendremos antes de que el bus nos deje tirados, te invito a uno y te dejo que decidas mientras nos comemos los filetes juntos en el autobús si es una cita o no.

—Pues, para tu información, te diré desde ya que no será una cita.

Esboza una sonrisa torcida.

—Entonces, no lo será —acepta—. No pasa nada.

Cuando creo que da por zanjado el tema, de repente añade:

—Pero si no es una cita, ¿qué sería?

—¿A qué te refieres? —pregunto—. Sería algo como de amigos, supongo. Ya sabes, dos personas que comen juntas.

—Ah, así que ahora somos amigos —suelta, los ojos brillantes.

Me pilla con la guardia baja. Es bueno. Lo pienso un momento, frunciendo la boca mientras reflexiono.

—Claro —decido—. Supongo que somos medio amigos, al menos hasta que lleguemos a Wyoming.

Me tiende la mano, que estrecho a regañadientes. Su apretón es suave pero firme; y su sonrisa, genuina y cordial.

—Entonces, amigos hasta Wyoming —confirma.

Y me estrecha la mano una vez y me la suelta.

No estoy segura de lo que acaba de pasar, pero no tengo la sensación de que haya hecho algo de lo que vaya a arrepentirme después. Supongo que no hay nada malo en tener un amigo viajero. Se me ocurren muchas más cosas que podría ser Andrew y podría ser peor. Pero parece inofensivo y reconozco que resulta interesante hablar con él. No es una anciana con ganas de contarme batallitas de cuando tenía mi edad ni un tío mayor que se haga ilusiones y aún crea que está igual de bueno que cuando tenía diecisiete años y hasta piense que tal vez yo pueda verlo como era antes. No, con Andrew me muevo en la zona de seguridad. Desde luego que sería mejor, por muchas razones, si fuera una chica, pero al menos tiene casi mi misma edad y no es en absoluto feo. No, Andrew Parrish es todo menos feo.

Lo cierto es que es atractivo, y creo que eso es lo único que me preocupa de toda esta situación.

Sabes de sobra que en realidad no importa lo que te está pasando, a quién acabas de perder, cuánto odias el mundo o lo poco apropiado que es sentirte atraído por alguien antes de que esa fase de recuperación haya llegado a unos niveles aceptables. Al fin y al cabo, eres humana, y en cuanto ves a alguien atractivo no puedes evitar fijarte en él. Es algo natural.

Actuar en consecuencia es otra historia, y ahí es donde echo el freno.

No va a ocurrir, pase lo que pase.

Pero sí, el hecho de que esté bueno me preocupa, porque significa que voy a tener que esforzarme mucho más para asegurarme de que nada de lo que diga o haga le dé una idea equivocada. Los tíos buenos saben que lo están. Lo saben incluso los que no van presumiendo de ello. Y también es algo natural que los tíos buenos asuman automáticamente que una sonrisa cándida o una conversación que se prolonga tres minutos sin que se haga un silencio incómodo son señales de que hay atracción.

Así que esta «amistad» me va a dar un montón de trabajo. Quiero ser maja, pero no demasiado. Quiero sonreír cuando sea necesario, pero debo tener cuidado y medir las sonrisas. Quiero reírme si algo que dice tiene gracia, pero no quiero que piense que es una risa de esas que dicen *cómo me pones*.

Sí, está claro que me va a dar trabajo. Después de todo, puede que hubiera sido mejor una anciana...

Andrew y yo esperamos en la terminal casi una hora antes de que el siguiente autobús entre en la estación. Y, como era de prever, esta vez no creo que vayamos a tener dos asientos para cada uno. La cola que hay para subir da la impresión de que quizá no haya sitio para todo el mundo. Dilema. Mierda. Andrew y yo de pronto somos amigos provisionales, pero no me atrevo a pedirle que se siente conmigo, ya que se podría considerar una de esas cosas que causan la impresión que no es. Así que, mientras la cola avanza a paso de tortuga y él va detrás de mí, confío en que tome la iniciativa y se siente a mi lado. Prefiero ir con él a ir con alguien con quien ni siquiera he hablado.

Echo a andar hacia el centro del autobús y, cuando veo dos asientos, dejo el de fuera y cojo el de la ventana.

Él se sienta a mi lado y, en el fondo, me siento aliviada.

—Como eres una chica, te dejo que te quedes con el de la ventana —observa mientras pone la bolsa en el suelo, entre los pies.

Sonríe.

Cuando el autobús se llena y empiezo a notar a nuestro alrededor el calor humano adicional que desprenden tantas personas hacinadas en este espacio, oigo que las puertas se cierran y el vehículo se pone en movimiento.

Ahora que tengo a alguien con quien hablar, el viaje ya no se me hace tan largo y penoso. Sólo será alrededor de una hora de conversación ininterrumpida sobre cuáles son sus grupos de rock clásico preferidos y por qué me gusta Pink y por qué su música es mucho mejor que la de Boston y Foreigner, que a mí me suenan igual. Este tema nos lleva veinte minutos de esa hora: Andrew es muy cabezota, claro que él dijo eso mismo de mí, así que puede que los dos seamos culpables. Y le cuento quién es Nat, aunque no entro en los detalles escabrosos de mi relación con ella.

Cuando cae la noche, me percato de que no ha habido un solo silencio incómodo entre nosotros desde que nos subimos al autobús y él decidió sentarse a mi lado.

—¿Cuánto te vas a quedar en Idaho?

—Unos días.

—Y ¿piensas volver en bus?

Curiosamente, ahora en la cara de Andrew no hay ni rastro de humor.

—Sí —respondo simplemente; no quiero ahondar mucho en ese tema, ya que aún no tengo las respuestas.

Lo oigo suspirar.

—No es asunto mío, pero no deberías viajar sola así —dice, mirándome, y noto que el espacio entre ambos se estrecha, dado que está tan cerca.

No lo miro.

—Bueno, es que tengo que hacerlo, por decirlo de alguna manera.

—¿Por qué? —quiere saber—. No intento ligar contigo ni nada, pero es peligroso que una chica joven y tan guapa como tú ande sola por esas estaciones de autobús de mierda de América.

Noto que sonrío, pero intento ocultarlo, en vano.

Lo miro.

—No intentas ligar conmigo pero me dices que soy guapa y prácticamente empleas en la misma frase eso de qué-hace-una-chica-como-tú-en-un-sitio-como-éste —comento.

Parece algo ofendido.

—Lo digo en serio, Camryn —asegura, y la sonrisa traviesa de mi cara se esfuma—. Podrían hacerte algo.

En un intento de salvar este momento incómodo, sonrío y contesto:

—No te preocupes por mí. Confío en mi capacidad de chillar como una loca si alguien me ataca.

Él sacude la cabeza y respira hondo, cediendo poco a poco a mis intentos de quitarle hierro al asunto.

—Háblame de tu padre —le pido.

La sonrisa que estaba a punto de esbozar desaparece de su cara, y sus ojos se apartan de mí. Sacar el tema como lo he hecho no ha sido casual. No sé, tengo la extraña sensación de que oculta algo. Cuando en Kansas mencionó de pasada que su padre se estaba muriendo dio la impresión de que ni se inmutaba. Pero está haciendo todo este recorrido, y en autobús, para ver a su padre antes de que muera, así que debe de quererlo. Lo siento, pero uno nunca se queda como si nada cuando alguien a quien quiere ha muerto o está a punto de morir.

No obstante, suena raro viniendo de mí, que soy incapaz de llorar.

—Es un buen hombre —explica Andrew, aún con la vista al frente.

Me da en la nariz que en este momento está recordando a su padre, que en realidad no ve nada delante salvo sus recuerdos.

Me mira y ahora sonrío, pero no es una sonrisa que intente encubrir un dolor, sino más bien una que atesora buenos recuerdos.

—En vez de llevarme a un partido de béisbol, mi padre me llevó a ver un combate de boxeo.

—¿En serio? —Noto que se me ilumina la sonrisa—. Cuenta.

Vuelve a mirar adelante, pero el afecto que refleja su rostro no desaparece en ningún momento.

—Mi padre quería que fuésemos luchadores... —Me mira—. No boxeadores o luchadores de verdad, aunque probablemente no le hubiese importado. Me refiero a luchadores en general..., ya sabes, en la vida. Metafóricamente hablando.

Asiento para que sepa que lo entiendo.

—Me senté junto al cuadrilátero, tenía ocho años, hipnotizado por aquellos dos hombres que se sacudían, y durante todo el tiempo mi padre no paró de hablarme, a gritos, para hacerse oír con toda la gente que había: «No le tienen miedo a nada, hijo —me explicó—. Y todos sus movimientos están calculados. Se mueven de una manera y o funciona o no funciona, pero aprenden algo de cada movimiento, de cada decisión».

Andrew me mira un instante y su sonrisa se borra, dejando una expresión indeterminada.

—Me dijo que un luchador de verdad no llora nunca, nunca deja que el peso de un golpe lo derribe. Salvo el último golpe, el inevitable, pero incluso entonces siempre se van como hombres.

Yo tampoco sonrío ya. No sabría decir exactamente qué le está pasando por la cabeza a Andrew ahora mismo, pero ambos compartimos la misma gravedad. Quiero preguntarle si está bien, porque es evidente que no, pero no me parece el momento adecuado. Resulta raro, porque no lo conozco lo bastante como para hurgar en sus emociones.

No digo nada.

—Seguro que piensas que soy idiota —suelta.

Pongo cara de sorpresa.

—No —replico—. ¿Por qué dices eso?

Recula acto seguido y le resta importancia a la seriedad de su propia pregunta, dejando que esa sonrisa arrolladora aflore de nuevo.

—Voy a verlo antes de que estire la pata —comenta, y las palabras que utiliza me chocan un tanto—, porque eso es lo que se hace, ¿no? Es lo que toca, un poco como cuando decimos «Jesús» cuando alguien estornuda o le preguntamos a alguien por el fin de semana cuando en realidad no nos importa una mierda.

«Joder, ¿de dónde sale todo esto?».

—Hay que vivir en el presente —afirma, y me quedo pasmada—. ¿No crees?
—Ladea la cabeza y vuelve a mirarme.

Tardo un instante en ordenar las ideas, pero así y todo no sé qué decir.

—Vivir en el presente —repito, y al mismo tiempo pienso en lo que yo creo: amar en el presente—. Supongo que tienes razón. —Pero sigo preguntándome qué piensa exactamente de eso.

Me retrepo en mi asiento y levanto la cabeza un poco para mirarlo con más detenimiento. Es como si de pronto tuviera un gran deseo de saberlo todo de eso en lo que cree. Saberlo todo de él.

—¿Qué es para ti vivir en el presente? —le pregunto.

Veo que una de sus cejas se crispa un instante y su expresión cambia, sorprendido con la seriedad de mi pregunta, o con mi grado de interés. O quizá con ambas cosas.

Endereza la espalda y levanta la cabeza a su vez.

—Pues simplemente que pensar y hacer planes es una gilipollez —afirma—. Si piensas en el pasado, no avanzas. Si pasas demasiado tiempo haciendo planes para el futuro, no haces más que retroceder o quedarte estancado en el mismo sitio toda tu vida. —Clava su mirada en la mía—. Vive en el momento —dice con absoluta seriedad—, donde todo es como debe ser, tómate tu tiempo, pon freno a tus malos recuerdos y llegarás adondequiera que vayas a llegar mucho más de prisa y topándote con menos baches en el camino.

El silencio entre ambos no es más que dos cabezas sopesando lo que acaba de decir. Me pregunto si pensará lo mismo que yo. Y también me pregunto, más de lo que estoy dispuesta a admitir, por qué tantos de sus pensamientos me hacen sentir como si tuviera delante un espejo cuando lo miro a él.

El autobús se desliza con pesadez por la carretera, siempre ruidosamente y rara vez con suavidad. Pero después de tanto tiempo resulta fácil olvidar lo desagradable que es viajar en autobús en comparación con el lujo que supone un coche. Y si se piensa más en los aspectos positivos que ofrece un viaje en autobús en lugar de en los negativos, es fácil olvidar que hay algo negativo en ello. A mi lado tengo sentado a un tío con unos ojos verdes maravillosos y una cara maravillosa y una forma de pensar maravillosa. Un viaje en autobús no es malo cuando la compañía es maravillosa.

No debería estar aquí...

ANDREW

No puedo creer que haya sacado el tema de mi padre. No es que me moleste, pero me sorprende que de verdad pareciera estar interesada. Que se acordara incluso. No se puso a preguntar en qué trabajo para calcular cuánto dinero puedo ganar ni a reír tontamente y ponerse roja y parecer idiota mientras alargaba la mano para tocarme los tatuajes y de paso sobarme a mí. Eso es algo que no me pone nada. Vale, sí, me pone cuando lo que uno busca es echar un polvo —lo facilita—, pero por algún motivo me alegré de que Camryn no lo hiciera.

¿Quién coño es esta chica?

Y ¿por qué estoy pensando en esto?

Se duerme antes que yo con la cabeza apoyada en la ventana. Resisto el impulso de observarla, al reparar en lo tierna e inocente que parece, lo que me hace ser tanto más primario, más protector.

Por lo visto, el perverso dejó de mirarla cuando vio que nos sentábamos juntos en la última terminal. Pensando como piensan los hombres, ahora probablemente la considere mi territorio, mi propiedad. Y eso es bueno, porque significa que la dejará en paz mientras yo ande cerca. Aunque lo cierto es que sólo estaremos juntos hasta Wyoming, y eso me pone malo. Confío en que el hombre cambie de autobús antes que Camryn y tengan que separarse. De aquí a Denver hay dos paradas más: espero con toda mi alma que Denver sea su destino y, en caso contrario, no lo perderé de vista hasta Wyoming.

A Idaho no iré. Antes mato a ese hijo de puta.

Aguzo la vista en la oscuridad y el silencio del bus. El tipo está dormido, la cabeza contra el asiento del pasillo. A su lado, junto a la ventana, hay una mujer, pero es demasiado mayor para llamar su atención. Le gustan jóvenes; probablemente, muy jóvenes. Me pone enfermo pensar en lo que tal vez le haya hecho ya a otra chica joven.

A pesar de que por regla general el autobús es ruidoso —el silbido del viento al golpear el metal, el crujido de los neumáticos al deslizarse veloces sobre la carretera, el runrún constante del gran motor que lo hace avanzar por la autopista—, reina el silencio. Casi es apacible. Todo lo apacible que puede ser un viaje en autobús.

Me pongo los cascos, enciendo el mp3 y lo pongo en modo aleatorio. ¿Qué será? ¿Qué será? Siempre dejo que la primera canción determine el humor. Tengo más de trescientas canciones en este chisme. Trescientos marcadores de humor distintos. Así y todo, pienso que mi mp3 no es objetivo, ya que la primera canción casi siempre es *Dust in the wind*, de Kansas, o *Going to California*, de Zeppelin, o algo de los Eagles.

Espero a que suene sin mirar la información de la lista de reproducción, como si fuese una especie de acertijo y no quisiera hacer trampas. Hombre, buena elección: *Dream on*, de Aerosmith. Apoyo la cabeza en el respaldo y cierro los ojos, sin darme cuenta hasta que ya lo estoy haciendo de que mi dedo está bajando con suavidad el volumen. Porque no quiero despertar a Camryn.

Abro los ojos y la miro, ahora abraza con tal fuerza la bolsa que debe de ser plenamente consciente de lo que está haciendo aun estando dormida como un tronco. Me pregunto qué llevará dentro, si habrá algo que pueda revelarme más cosas de ella. Si habrá algo que pueda decirme la verdad de ella.

No obstante, da lo mismo. Después de Wyoming no sabré nada de ella, y ella probablemente ni se acuerde de mi nombre. Pero sé que es mejor así. Llevo demasiado equipaje, y aunque sólo sea como amigo no tiene ninguna necesidad de cargar con él. No se lo desearía a nadie.

La melodía grave de la voz de Steven Tyler me arrulla hasta quedarme traspuesto. Salvo cuando suelta esos gritos agudos, en cuyo caso espero a que lo suelte del todo y luego me duermo el resto del tiempo.

—Tío, en serio —oigo decir a alguien.

Algo me empuja el hombro. Despierto y veo que Camryn me aparta con sus bracitos. La verdad es que es gracioso, esa mirada torcida en su cara de por la mañana y el hecho de que, por mucho que empuje, peso demasiado para que pueda moverme del todo.

—Lo siento —me disculpo, aún intentando despertar.

Me incorporo desorientado y me noto la nuca tiesa como un palo. No tenía intención de acabar con la cabeza apoyada en su brazo, pero no me da tanta vergüenza como finge darle a ella. Por lo menos estoy casi seguro de que finge. En realidad está haciendo un gran esfuerzo por no sonreír.

Voy a echarle una mano.

Le sonrío.

—¿Crees que tiene gracia? —pregunta, la boca entreabierta y las cejas fruncidas en la bonita frente.

—Pues la verdad es que creo que sí. —Mi sonrisa se ensancha y finalmente también ella sonríe—. Pero lo siento. De veras. —Lo digo de verdad.

Ella amusga un ojo y me mira de soslayo como para comprobar si soy sincero, que también tiene su punto.

Desvío la mirada y levanto los brazos para estirarme, lo que me hace bostezar.

—¡Qué asco! —exclama, y la palabra no me sorprende en absoluto—. Te huele la boca a perro muerto.

Una gran risotada acompaña mis palabras:

—Joder, tía, ¿y tú cómo sabes a qué huele un perro muerto?

Eso la hace callar. Me río otra vez y rebusco en la bolsa después de guardar en ella el mp3. Abro la pasta de dientes y me echo un pegote en la punta de la lengua, le doy unas buenas vueltas en la boca y me la trago. Naturalmente Camryn observa todo el proceso con cara de repugnancia, que es lo que yo pretendía.

Al parecer, el resto del autobús se ha despertado antes que yo. Me sorprende haber dormido tanto y sin haberme despertado al menos tres veces para encontrar otra postura cómoda, cosa que nunca consigo.

El reloj me dice que son las 9.02.

—¿Dónde estamos, por cierto? —pregunto mientras miro por la gran ventana de Camryn en busca de alguna señal en la autopista.

—A unas cuatro horas de Denver —me informa—. El conductor acaba de decir que hará otra parada dentro de diez minutos.

—Bien —respondo estirando una pierna en el pasillo—, necesito caminar un poco. Estoy todo tieso.

La pilló sonriendo, pero se vuelve hacia la ventana. «Todo tieso». Vale, así que también es una malpensada. Me río sólo de pensarlo.

La siguiente área de descanso no es muy distinta de las últimas, con una serie de estaciones de servicio a ambos lados de la autopista y dos restaurantes de comida rápida. No me puedo creer que por culpa de esta chica me esté debatiendo entre meterme en uno o no, como haría sin dudarlo de otro modo. Lo que no termino de saber es si es porque quiero demostrarle que puedo elegir algo mejor si tengo la opción o porque sé que me va a dar la chapa.

Un momento. ¿Quién coño es el que controla aquí la situación?

Está claro que ella. Mierda.

Bajamos del autobús, Camryn delante de mí, y después de rodear el vehículo se detiene y se vuelve, cruza los brazos, levanta la cabeza y frunce los labios.

—Bueno, ya que tú eres tan lista —le digo, y suena un poco infantil y lo admito—, a ver si encuentras algo sano (que no sepa a plástico mojado en mierda) en uno de estos sitios.

A su boca asoma una sonrisa.

—Te tomo la palabra —acepta el desafío.

Entro detrás de ella en la enorme tienda y va primero hacia las bebidas. Igual que la rubia de ese concurso (no sé cuál es porque no veo concursos, pero todo el mundo conoce a la rubia esa), Camryn mueve las manos delante de la nevera como si me diera a conocer el mundo de los zumos de fruta y el agua por primera vez.

—Empezaremos por una amplia variedad de zumos, como puedes ver —dice con voz de presentadora—. Cualquiera de estas cosas es mejor que un refresco. Tú dirás.

—Odio el zumo.

—No seas niño. Hay mucho donde elegir, estoy segura de que habrá algo que no te disguste.

Retrocede dos pasos para que vea la cantidad de agua embotellada con distintos sabores que se exhibe tras la puerta de al lado.

—Y tenemos agua —informa—, pero alguien como tú no me pega bebiendo una agua tan fina.

—No, es demasiado pija. —La verdad es que no tengo ningún problema en beber agua, pero me gusta el juego al que estamos jugando.

Ella sonrío, pero intenta mantener la seriedad.

Arrugo la nariz, frunzo los labios y miro la nevera de zumos y a ella alternativamente.

Dejo escapar un hondo suspiro, me acerco y, tras examinar las diferentes marcas y sabores y mezcla de sabores, me pregunto por qué hay tantas cosas con fresa o kiwi o con fresa y kiwi. No me gusta ninguna de esas dos cosas.

Finalmente abro una de las puertas de cristal y me decido por un zumo de naranja a secas.

Ella hace una especie de mueca.

—¿Qué? —pregunto, aún con la puerta abierta.

—El zumo de naranja no va muy bien con la comida.

Resoplo y la miro sin pestañear.

—Elijo algo y me dices que no es lo bastante bueno. —Me entran ganas de reír, pero intento hacer que se sienta culpable.

Y creo que funciona.

Frunce el entrecejo.

—Bueno, es que... es que en realidad es más un chute de vitamina C, hace que tengas más sed.

Da la sensación de que le preocupa que me haya ofendido, y eso es algo que me impresiona enormemente. Sonrío sólo para verla sonreír de nuevo.

Y ella me desarma con su sonrisa.

Vaya, es muy buena...

CAMRYN

Finalmente dejamos atrás Denver y nos acercamos al destino de Andrew, Wyoming. No puedo mentir y decir que no me preocupa. Andrew tenía razón al decir que es peligroso que viaje sola. Sólo intento entender por qué ese hecho no me importaba gran cosa antes de conocerlo. Puede que simplemente me sienta más segura con él al lado, porque tiene toda la pinta de poder reventar unas mandíbulas sin despeinarse. Mierda, quizá no debiera haber hablado con él; y desde luego no debiera haber dejado que se me sentara al lado, porque ahora como que me he acostumbrado a él. Cuando lleguemos a Wyoming y nos separemos volveré a mirar por la ventana para ver pasar el mundo sin saber dónde estaré a continuación.

—Dime, ¿tienes novia? —pregunto sólo para animar la conversación y no pensar en que volveré a estar sola dentro de unas horas.

Veo los hoyuelos de Andrew.

—¿Por qué quieres saberlo?

Revuelvo los ojos.

—No te hagas ilusiones, sólo es una pregunta. Si no me...

—No —responde—. Estoy felizmente solo.

Me mira, sonriendo, esperando, y tardo un segundo en entender qué espera.

Me señalo con nerviosismo, deseando haber sacado un tema menos personal.

—¿Yo? No, ya no. —Y como ahora me siento más segura, añado—: Yo también estoy felizmente sola y quiero seguir así. Digamos que... para siempre. —Debiera haberlo dejado en «felizmente sola» en lugar de salir de mi zona de seguridad y conseguir que parezca evidente.

Está claro que Andrew se da cuenta en el acto. Me da que es de esos a los que no se les escapan nunca las meteduras de pata de los demás. Y se crece con ellas.

—Lo tendré en cuenta —dice, risueño.

Gracias a Dios, lo deja ahí.

Apoya la cabeza en el respaldo y por un instante tamborilea con los pulgares y los rosados dedos contra los vaqueros. Le miro con disimulo los musculosos y morenos brazos e intento ver de una vez por todas qué son los tatuajes que lleva pero, como siempre, se los tapan casi por completo las mangas de la camiseta. Del de la derecha vi un poco más antes, cuando se agachó para atarse la bota. Creo que es un árbol. Del que queda ahora de mi lado, ni idea, pero sea lo que sea tiene plumas. Por el momento, ninguno de los tatuajes que le he visto tiene colores.

—¿Sientes curiosidad? —inquiere, y me asusto. No pensaba que me hubiera visto mirándolos.

—Supongo.

«Pues sí, la verdad es que siento mucha curiosidad».

Andrew se separa del asiento y se sube la manga del brazo izquierdo, dejando a la vista un fénix con una larga y preciosa cola de plumas que termina algo más allá de donde acaba la manga. Pero el resto del plumado cuerpo es lineal, lo que le da un aire más masculino.

—Es impresionante.

—Gracias. Me lo hice hará cosa de un año —explica al tiempo que se baja la manga—. Y éste —añade girando la cintura y subiéndose la otra manga (en primer lugar me fijo en cómo destacan los abdominales bajo la camiseta)— es mi árbol nudoso, a lo *Sleepy Hollow* (tengo fijación con los árboles retorcidos), y si te fijas bien..., ése es mi Chevrolet Camaro de 1969.

Clavo la vista en el punto del tronco al que señala su dedo.

—El coche de mi padre, en realidad, pero como se está muriendo, supongo que tendré que quedármelo. —Mira al frente.

Ahí está, ese atisbo minúsculo de dolor que mantuvo oculto antes cuando me habló

de su padre. Lo está pasando mucho peor de lo que deja traslucir, y en cierto modo me parte el corazón. No me imagino a mi madre o a mi padre en su lecho de muerte y a mí en un autobús de la compañía Greyhound yendo a verlos por última vez. Lo escudriño de lado y quiero decir algo para consolarlo, pero no creo que pueda. Por algún motivo, no creo que sea cosa mía. Al menos, no para sacar el tema.

—Tengo un par de ellos más —continúa, y me mira con la cabeza apoyada de nuevo en el asiento—. Uno pequeño aquí —vuelve el brazo derecho y me enseña una sencilla estrella negra en medio de la muñeca, justo debajo del arranque de la mano; me sorprende no haberla visto antes—. Y uno más grande en la parte izquierda de las costillas.

—¿Qué es el de las costillas? ¿Es muy grande?

Sus vivos ojos verdes brillan cuando sonrío con afecto, ladeando la cabeza para mirarme.

—Es bastante tocho, sí.

Veo que mueve las manos como si fuera a levantarse la camiseta para enseñármelo, pero cambia de opinión.

—Sólo es una mujer. No vale la pena desnudarse en un autobús para que lo veas.

Ahora sí que me entran más ganas de saber cómo es, sólo porque no quiere enseñármelo.

—¿Alguien conocido? —inquiero. Sigo mirándole el flanco, pensando que quizá cambie de idea y se suba la camiseta, pero no lo hace.

Niega con la cabeza.

—Qué va, nada de eso. Es Eurídice. —Mueve la mano como para desechar cualquier explicación adicional.

El nombre me suena a algo antiguo, puede que griego, y me resulta vagamente familiar, pero no soy capaz de situarlo.

Asiento.

—¿Te dolió?

Sonríe.

—Un poco. Bueno, la verdad es que donde más duele es en las costillas, así que sí, me dolió.

—¿Lloraste? —sonríe.

Suelta una risilla.

—No, no lloré, pero podría haberlo hecho perfectamente si hubiese decidido hacérmelo un pelín más grande. En total fueron unas dieciséis horas.

Lo miro con cara de pasmo.

—Madre mía, ¿estuviste dieciséis horas sentado?

Teniendo en cuenta lo que nos estamos extendiendo con este tatu, me pregunto por qué no me lo enseña. Puede que no sea muy allá y que el tatuador la cagara o algo.

—No del tirón —puntualiza—, fue a lo largo de unos días... Te preguntaría si tú tienes alguno, pero algo me dice que no —esboza una sonrisa sabihonda.

—Y no te equivocarías —contesto ruborizándome un tanto—, aunque sí he pensado en hacerme uno en alguna ocasión. —Levanto la mano y me rodeo la muñeca con el pulgar y el corazón—. Pensé en hacerme algo aquí, unas letras que digan libertad o algo en latín, pero está claro que no lo pensé mucho.

Sonríe y suspiro algo abochornada. Hablar de tatuajes con un tío que a todas luces sabe más del tema de lo que yo nunca sabré me intimida un poco.

Cuando voy a apoyar la mano de nuevo en el brazo, los dedos de Andrew se cierran en torno a mi muñeca. Me quedo aturdida un instante, incluso un extraño escalofrío me recorre el cuerpo, pero se desvanece de prisa cuando él empieza a hablar como si tal cosa.

—Un tatuaje en la muñeca de una chica puede ser muy elegante y femenino.

—Pasa la punta del dedo por el interior de la muñeca para indicar dónde debería estar. Me estremezco un tanto—. Algo en latín, muy sutil, justo aquí quedaría muy bien.

Luego me suelta con delicadeza y apoyo el brazo.

—Esperaba que dijeras que ni de coña te harías uno. —Se ríe y levanta la pierna apoyando el tobillo en la rodilla. Luego entrelaza los dedos y se retrepa para ponerse más cómodo.

Anochece de prisa, ahora el sol apenas asoma por el paisaje, bañándolo todo en un anaranjado y rosa y púrpura desvaídos.

—Supongo que no soy una persona predecible —le digo, risueña.

—No, supongo que no —repite sonriendo a su vez, y a continuación mira al frente con aire pensativo.

Al día siguiente, Andrew me despierta después de las 14.00 horas en la estación de autobuses de Cheyenne, Wyoming. Noto sus dedos dándome en las costillas.

—Ya hemos llegado —anuncia, y finalmente abro los ojos y aparto la cabeza de la ventana.

Sé que el aliento me huele a rayos porque noto la boca seca y con mal sabor, así que vuelvo la cabeza al bostezar.

El autobús se detiene chirriando en la terminal y, como de costumbre, los pasajeros se levantan del asiento y empiezan a coger las bolsas del compartimento de arriba. Yo me quedo sentada, sintiendo algo de miedo, y miro con detenimiento a Andrew. Es como si me fuera a dar un leve ataque de ansiedad, literalmente. Me refiero a que sabía que este momento llegaría, que Andrew se marcharía y yo volvería a estar sola, pero no esperaba sentirme como una niña pequeña asustada a la que hubieran echado al mundo para que se las arreglara sola sin nadie que la cuidara.

«¡Mierda, mierda y mierda!».

No me puedo creer que me haya permitido sentirme a gusto con él y, como resultado, ya no sea capaz de dominar mi miedo.

Tengo miedo de estar sola.

—¿Vienes? —me pregunta mirándome desde el centro del pasillo y extendiendo la mano.

Me sonrío con dulzura, sin hacer comentarios de listillo ni gastar bromas a mi costa porque, después de todo, es la última vez que nos veremos. No es que estemos enamorados ni nada por el estilo, pero algo extraño sucede cuando uno se pasa varios días con un desconocido en un autobús, conociéndolo y disfrutando de su compañía. Y cuando ese alguien no es tan distinto de ti y se comparte ese vínculo sin tener que contar por qué se sufre, la inevitable separación resulta más difícil.

Pero esto no puedo decírselo. Es una estupidez. Fui yo quien se metió en esto y tengo intención de apechugar. Me lleve adondequiera que acabe llevándome.

Le sonrío y le doy la mano. Y él camina delante de mí todo el pasillo sin soltarme la mano. Y percibo afecto en ese contacto, y me aferro a esa sensación mentalmente todo lo que pueda, para que de ese modo quizá me vea más segura cuando vuelva a encontrarme sola.

—Bueno, Camryn... —Me mira como si quisiera saber mi apellido.

—Bennett. —Sonrío e infrinjo mi propia norma.

—Bueno, Camryn Bennett, ha sido un placer conocerte en esta carretera a ninguna parte. —Se echa la bolsa al hombro y a continuación se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros. Los músculos de sus brazos se tensan—. Espero que encuentres lo que buscas.

Trato de sonreír, y lo consigo, pero sé que es algo a medio camino entre una sonrisa y un ceño fruncido. Me cuelgo el bolso de un hombro y la bolsa del otro y dejo caer los brazos.

—Lo mismo digo, ha sido un placer conocerte, Andrew Parrish —digo, aunque no

quiero decirlo. Quiero que viaje conmigo un poco más—. Hazme un favor, si no te importa.

Le he despertado la curiosidad, y ladea un tanto el mentón.

—Claro. ¿Qué clase de favor? ¿Sexual? —Los hoyuelos se le marcan cuando esos labios divinos empiezan a curvarse.

Me río un poco y bajo la vista, la cara como un tomate, pero dejo pasar el momento porque no es una petición hecha a la ligera. Así que suavizo la expresión y lo miro con verdadero afecto.

—Si tu padre no sale de ésta —empiezo, y él se demuda—, no te cortes y llora, ¿vale? Una de las peores sensaciones de este mundo es no poder llorar, al final... todo empieza a ser más negro.

Se me queda mirando un buen rato, en silencio, y después asiente, dejando que una pequeña sonrisa de gratitud asome únicamente en las profundidades de sus ojos. Extiendo la mano para despedirme y él la coge, pero la retiene un segundo más de lo normal y después tira de mí y me da un abrazo. Lo abrazo con fuerza, deseando poder decirle que me da miedo que me deje sola, pero sé que no debo.

«¡Sé fuerte, Camryn!».

Se separa, me saluda una última vez con esa sonrisa que he tardado tan poco en apreciar y después se aleja y sale de la terminal. Me quedo allí plantada lo que me parece una eternidad, incapaz de mover las piernas. Veo que se sube a un taxi y lo sigo con la mirada hasta que el coche arranca y lo pierdo de vista.

Otra vez sola. A casi dos mil kilómetros de casa. Sin destino, sin objetivo, sin más meta que encontrarme en este viaje que jamás imaginé que me atrevería a emprender. Y tengo miedo. Pero he de hacer esto. Debo hacerlo, porque necesito pasar este tiempo a solas, lejos de todo lo que me ha traído hasta aquí.

Al final me hago con el control de nuevo y me alejo de las altas ventanas de cristal para buscar asiento. Hay una parada de cuatro horas antes de que coja el siguiente autobús a Idaho, así que tengo que encontrar algo que me mantenga ocupada.

Primero me dirijo a las máquinas expendedoras.

Tras introducir las monedas en la ranura, voy a pulsar el botón para sacar la barrita de fibra —lo más parecido a algo saludable de toda la máquina—, pero de repente mi dedo da un brusco giro de ciento ochenta grados y le da a otro botón, y de la espiral cae una empalagosa barrita de chocolate..., repugnante, pura grasa. Cojo mi comida basura feliz y contenta y paso a la máquina de refrescos, dejando atrás la que tiene botellas de agua y zumos, y saco un refresco con burbujas de los que hinchan el estómago y estropean los dientes.

Andrew estaría muy orgulloso.

«¡Mierda! ¡Deja ya de pensar en Andrew!».

Cojo mi comida basura y busco un asiento para matar el tiempo.

Las cuatro horas se convierten en seis. Han anunciado la demora por megafonía, algo referente a que mi autobús en concreto viene con retraso debido a un fallo mecánico. Un coro de lamentos se alza en la terminal.

Genial. Simplemente genial. Estoy atascada en una estación de autobuses en mitad de ninguna parte y podría acabar pasando aquí la noche entera, intentando dormir en posición fetal en esta dura silla de plástico que ni siquiera resulta cómoda para sentarse.

O podría acercarme a la ventanilla y sacar otro billete de autobús a otra parte.

«¡Eso es! ¡Problema resuelto!».

Ojalá se me hubiera ocurrido antes y me hubiese ahorrado las seis horas que he perdido ya aquí. Es como si hubiera engañado a mi cerebro y le hubiese hecho creer que tenía que ir hasta el puñetero Idaho sólo porque ya había sacado el billete.

Cojo la bolsa y el bolso del asiento de al lado y me los echo al hombro mientras

cruzo la terminal, paso por delante de un montón de pasajeros contrariados que a todas luces no tienen la opción que tengo yo y me dirijo a la ventanilla.

—Estamos cerrando —dice la empleada al otro lado.

—Espere, por favor —pido apoyando los brazos en la ventanilla con exasperación—, es que necesito otro billete para otra parte. Me haría usted un favor enorme.

La mujer, mayor y de pelo hirsuto, arruga la nariz y parece morderse el carrillo. Suspira y teclea algo en el ordenador.

—Muchas gracias —le digo—. Es usted estupenda. ¡Gracias!

Ella revuelve los ojos.

Me pongo el bolso delante, lo apoyo en la ventanilla y busco de prisa para dar con mi carterita de cremallera.

—¿Adónde quiere ir? —pregunta.

Estupendo, otra vez la pregunta del millón. Miro alrededor en busca de alguna otra señal, como la de la patata asada de la terminal de Carolina del Norte, pero no veo nada evidente. La mujer empieza a ponerse más nerviosa conmigo y a mí me ponen más nerviosa las prisas y la situación.

—¿Señorita? —dice tras soltar un hondo suspiro. Mira el reloj de la pared—. Mi turno ha acabado hace quince minutos, y me gustaría irme a casa a cenar.

—Ya, lo siento mucho. —Saco la tarjeta de crédito de la cartera y se la doy—. Texas —digo, en un principio a modo de prueba, pero después me doy cuenta de que ha sonado bien—. Sí, cualquier sitio de Texas estaría bien.

La mujer enarca una ceja rojiza sin depilar.

—¿No sabe adónde va?

Asiento como una loca.

—Sí, claro, quería decir que cogeré el próximo autobús que salga hacia Texas. —Le sonrío con la esperanza de que se trague esa mierda y no sienta la necesidad de pedir que comprueben mi carnet de conducir porque resulto sospechosa—. Llevo aquí ya seis horas. Espero que lo entienda.

Me mira un rato largo, desconcertante, y a continuación me coge la tarjeta de crédito de los dedos y empieza a teclear de nuevo.

—El próximo autobús a Texas sale dentro de una hora.

—Estupendo. Cogeré ése —digo antes incluso de que pueda decirme adónde va exactamente.

Da lo mismo. Y ella tiene tanta prisa por llegar a casa que tampoco considera que sea importante. Si a mí me da igual, a ella más.

Cojo mi flamante billete nuevo y me lo guardo en el bolso, junto al otro. Cuando la ventanilla cierra son las 21.05, y noto que me invade una ligera sensación de alivio. Mientras vuelvo a mi sitio, busco en el bolso el móvil y lo saco para ver si tengo alguna llamada perdida o algún mensaje. Mi madre ha llamado dos veces y ha dejado un mensaje las dos, pero Natalie sigue sin llamar.

—Cariño, ¿dónde estás? —pregunta mi madre cuando la llamo—. He llamado a Natalie para ver si te habías quedado en su casa, pero no hay manera de dar con ella. ¿Te encuentras bien?

—Sí, mamá, estoy muy bien. —Camino delante de la silla con el móvil pegado a la oreja derecha—. Decidí ir a ver a mi amiga Anna, a Virginia. Me quedaré una temporada con ella, pero estoy bien.

—Pero Camryn, ¿y tu nuevo trabajo? —Parece decepcionada, sobre todo teniendo en cuenta que fue su amiga la que me dio la oportunidad y me contrató—. Maggie dijo que trabajaste una semana y luego ni te presentaste ni llamaste ni nada.

—Lo sé, mamá, y lo siento mucho, pero es que ese trabajo no era para mí.

—Pues lo menos que podrías haber hecho era ser educada y decírselo, avisarla

con dos semanas..., algo, Camryn.

Me siento fatal por cómo he llevado la situación y, por regla general, no habría hecho algo tan poco considerado, pero por desgracia todo fue producto de las circunstancias.

—Tienes razón —aseguro—, y cuando vuelva llamaré a la señora Phillips personalmente y le pediré disculpas.

—Es que no es propio de ti —arguye, y me preocupa que se acerque demasiado a los verdaderos motivos por los que me marché y a las cosas de las que me niego a hablar con ella—. Y luego irte a Virginia sin más, sin llamarme ni dejarme una nota. ¿Estás segura de que te encuentras bien?

—Sí, muy bien. No te preocupes, por favor. Te llamaré otra vez dentro de nada, pero ahora tengo que irme.

No es eso lo que quiere, y lo sé por cómo suspira, pero se da por vencida.

—Muy bien, pero ten cuidado. Te quiero.

—Yo también te quiero, mamá.

Miro el teléfono una vez más, confiando en que Natalie me haya enviado un mensaje y yo no lo haya visto. Reviso los mensajes de hace varios días, aunque sé perfectamente que si hubiera algún mensaje sin leer en el teléfono habría un circulito rojo en el icono que lo indicaría.

Acabo retrocediendo tanto sin darme cuenta que aparece Ian, y el corazón se me hiela en el pecho. Me detengo ahí y comienzo a deslizar el pulgar por su nombre para leer los mensajes que nos mandamos poco antes de que muriera, pero no soy capaz.

Me meto el teléfono en el bolso, enfadada.

Ahora recuerdo otro motivo por el que no me gustan los refrescos: me dan ganas de hacer pis. La idea de verme atrapada en ese autobús con una caja de cerillas minúscula por cuarto de baño en la parte trasera me obliga a ir directa a los aseos de la terminal. De camino, tiro el refresco a medias en la papelera.

Tras descartar los tres primeros cubículos porque están hechos un asco, me encierro en el cuarto y cuelgo el bolso y la bolsa en el gancho que hay en la parte superior de la puerta azul. Extiendo una buena capa de papel higiénico por el asiento para no pillar nada y hago mis necesidades de prisa. A continuación, viene la parte estratégica: con un pie subido al retrete para que el sensor impida que el agua se descargue automáticamente, me abrocho el botón del vaquero como puedo, cojo los bolsos del gancho y abro la puerta, todo ello aún con un pie apoyado hacia atrás en una postura extraña.

Luego pego un salto para apartarme justo antes de que salga el agua.

La culpa la tiene el programa «Cazadores de mitos»: después de ver el episodio de los gérmenes invisibles con los que te rocía el retrete al tirar de la cadena, pasé meses agobiada.

Los fluorescentes del servicio son más apagados que los de la sala de espera. Tengo uno parpadeando encima. En la pared de la esquina hay dos arañas escondidas detrás de telas con bichos muertos enredados. Este sitio huele que apesta. Me sitúo delante de un espejo, busco un lugar seco en la encimera para dejar los bolsos y me lavo las manos. Estupendo, no hay toallitas de papel. La única forma de secarme las manos es con ese odioso secador de pared, que no seca nada, sino que tan sólo esparce el agua. Me las seco un poco en los pantalones, pero le doy al gran botón plateado del secador, que cobra vida con un rugido. Me estremezco. Odio ese sonido.

Mientras finjo secarme las manos (porque sé que al final acabaré secándomelas en los vaqueros), una sombra en movimiento a mis espaldas me llama la atención en los espejos. Me vuelvo y al mismo tiempo el secador se apaga, envolviendo el cuarto en silencio de nuevo.

Hay un hombre en la puerta del aseo, mirándome.

Mi corazón reacciona y la garganta se me seca.

—Éste es el aseo de señoras.

Miro los bolsos en la encimera. ¿Tengo alguna arma? Sí, al menos metí una navaja, aunque de poco me va a servir cuando está lejos de mí en una bolsa con cremallera.

—Perdona, creí que era el de hombres.

«Bien, disculpas aceptadas, y ahora largo de aquí».

El tipo, que lleva unas zapatillas de deporte viejas y sucias y unos vaqueros con manchas de pintura en las perneras, se queda donde está. Esto no pinta bien. Si de verdad entró por equivocación, sin duda parecería más abochornado y ya habría dado media vuelta y se habría marchado.

Voy por mis bolsos a la encimera y veo con el rabillo del ojo que el tipo da unos pasos más hacia mí.

—No... no quería asustarte —asegura.

Abro la bolsa y busco la navaja dentro intentando no perderlo de vista.

—Te he visto en el autobús —dice, y sigue acercándose—. Me llamo Robert.

Vuelvo la cabeza para mirarlo.

—Mira, aquí no se te ha perdido nada. Éste no es un sitio para mantener una conversación, así que te sugiero que te largues. Ahora.

Por fin noto la forma de la navaja y la cojo, manteniendo la mano oculta en la bolsa. Bajo con el dedo la piececita metálica para que la hoja salga de la empuñadura y oigo que se abre con un clic.

El hombre se detiene a unos dos metros de mí y sonrío. Tiene el pelo negro

aceitoso y peinado hacia atrás. Sí, ahora lo recuerdo: lleva cogiendo los mismos autobuses que yo desde Tennessee.

«Dios mío, ¿me ha estado observando todo este tiempo?».

Saco la navaja de la bolsa y la sostengo con firmeza, dispuesta a utilizarla y dándole a entender que no vacilaré.

Él se limita a sonreír. Eso también me asusta.

El corazón me golpea con fuerza las costillas.

—Aléjate de mí —digo apretando los dientes—. O te juro por Dios que te rajo las putas tripas como a un cerdo.

—No te haré daño —afirma, aún con esa sonrisa inquietante—. Te pagaré, mucho, si me chupas la polla, sólo eso. Es lo único que quiero. Saldrás de aquí con quinientos dólares en el bolsillo y yo me quitaré esta imagen de la cabeza. Los dos saldremos ganando.

Me pongo a gritar a pleno pulmón cuando de pronto reparo en otra sombra oscura. Andrew va directo hacia el hombre, lo lanza contra un espacio de medio metro y luego sobre la larga encimera. Se da de espaldas contra uno de los espejos, que se rompe. Salen volando trozos por todas partes. Doy un salto hacia atrás y chilló, pegando la espalda al secador de manos, que vuelve a cobrar vida. La navaja se me ha caído de la mano en algún momento. La veo en el suelo, pero ahora mismo tengo demasiado miedo de moverme para cogerla.

De lo que queda del espejo gotea sangre cuando Andrew levanta al hombre de la encimera por la pechera de la camisa. Luego echa hacia atrás el brazo y le estampa el puño en la cara al tipo. Oigo un crujido nauseabundo y de la nariz le mana sangre. Andrew sigue golpeándole la cabeza, una y otra vez, un puñetazo ensangrentado tras otro, hasta que el hombre no es capaz de mantener la cabeza erguida, que empieza a caérsele y a rebotar. Pero Andrew no para, coge por los hombros al tipo, lo levanta del suelo y le golpea la espalda dos veces contra los azulejos.

Lo deja completamente fuera de combate.

Luego lo suelta, y el hombre cae al suelo. Oigo el ruido sordo de la cabeza al darse contra la baldosa. Andrew se queda plantado allí, sobre él, quizá para ver si se levanta, pero hay algo inquietantemente indómito en su postura y su expresión de furia cuando mira al hombre, que está inconsciente.

Aunque apenas puedo respirar, me las arreglo para decir:

—¿Andrew? ¿Estás bien?

Él reacciona y vuelve la cabeza bruscamente para mirarme.

—¿Qué? —Menea la cabeza y sus ojos se achinan en señal de incredulidad. Se me acerca—. ¿Que si estoy bien? ¿Qué clase de pregunta es ésa? —Me pone las manos en los brazos y me mira a los ojos—. ¿Estás tú bien?

Intento desviar la mirada, la intensidad de la suya es apabullante, pero su cabeza sigue a la mía, y me zarandea para obligarme a mirarlo.

—Sí... estoy bien —aseguro al cabo—, gracias a ti.

Andrew me aprieta contra ese pecho suyo duro como una roca y me estrecha entre sus brazos, prácticamente aplastándome.

—Deberíamos llamar a la poli —sugiere, despegándose de mí.

Asiento y me coge de la mano, me saca del aseo y enfila conmigo el lúgubre pasillo gris.

Cuando la policía llega, el tipo ya se ha esfumado.

Andrew y yo coincidimos en que probablemente se escabullera en cuanto nos fuimos nosotros. Debió de salir por la parte de atrás mientras Andrew llamaba por teléfono. Andrew y yo le damos a la policía una descripción del tipo y ponemos la denuncia. Los agentes felicitan a Andrew —con gesto un tanto ausente— por su intervención, pero en realidad él lo único que quiere es dejar de hablar con ellos.

Mi autobús a Texas salió hace diez minutos, así que vuelvo a estar colgada en Wyoming.

—Creía que ibas a Idaho —comenta Andrew.

Se me ha escapado que mi «bus a Texas» ha salido sin mí.

Me muerdo con suavidad el labio inferior y cruzo las piernas. Estamos sentados cerca de las puertas principales de la estación, observando el ir y venir de los pasajeros por las cristalerías.

—Bueno, ahora voy a Texas. —Es todo cuanto digo, aunque sé que me ha pillado y tengo la sensación de que dentro de nada estaré soltando parte de la verdad—. Pensé que te habías ido en el taxi —añado intentando cambiar de tema.

—Y me fui —asegura—, pero no estamos hablando de mí, Camryn. ¿Por qué ya no vas a Idaho?

Suspiro. Sé que no parará de preguntar hasta que me lo haya sacado, así que tiro la toalla.

—La verdad es que no tengo ninguna hermana en Idaho —admito—. Sólo estoy de viaje. No hay más, en serio.

Lo oigo soltar un bufido a mi lado.

—Siempre hay más. ¿Te has escapado de casa?

Finalmente lo miro.

—No, no me he escapado de casa, al menos no de manera ilegal, no soy menor de edad.

—Entonces, ¿de qué manera?

Me encojo de hombros.

—Es sólo que tenía que alejarme de casa por un tiempo.

—Así que te escapaste.

Resoplo y lo miro a esos intensos ojos verdes que me atraviesan.

—No me he escapado, sólo tenía que alejarme.

—Y te subiste a un autobús sola.

—Sí. —Empieza a fastidiarme tanta pregunta.

—Vas a tener que darme algo más —dice él sin aflojar.

—Mira, te agradezco más de lo que crees lo que has hecho, de veras. Pero no creo que el hecho de que me hayas salvado te dé derecho a meterte en mis asuntos.

El ligero aturdimiento de su cara refleja que lo he ofendido.

Me siento mal de inmediato, pero es la verdad: no estoy obligada a contarle nada.

Se da por vencido y mira al frente apoyando un tobillo en la otra rodilla.

—Vi a ese cerdo desde que me monté en el bus en Kansas —revela, captando toda mi atención—. Tú no te enteraste, pero yo sí, así que empecé a vigilarlo.

Todavía no me ha vuelto a mirar, pero yo sí a él mientras se explica.

—Vi que se subía a un taxi y se iba de aquí antes que yo, así que me pareció que podía dejarte sola. Pero de camino al hospital tuve un mal presentimiento. Le dije al taxista que me dejara en un restaurante y comí algo. Pero seguía sin poder quitármelo de la cabeza.

—Espera —lo corto—, ¿no has ido al hospital?

Me mira.

—No. Sabía que si iba... —aparta la vista de nuevo—, que no estaría en condiciones de hacer caso a ese mal presentimiento si tenía delante a mi padre moribundo.

Lo entiendo, y no digo más.

—Así que fui a casa de mi padre y le cogí el coche, estuve dando unas vueltas, y cuando no pude más volví aquí. Aparqué enfrente y esperé un rato. Y entonces llegó un taxi y ese tío se bajó.

—¿Por qué no entraste en vez de esperar en el coche?

Baja los ojos, reflexivo.

—No quería asustarte.

—¿Cómo ibas a asustarme? —Soy consciente de que sonrío un tanto.

Andrew me mira y veo que esa mirada juguetona y astuta empieza a asomar de nuevo.

Extiende las manos, las palmas hacia arriba.

—A ver, ¿un tío raro al que conociste en el bus que vuelve unas horas después para sentarse a tu lado? —Frunce el ceño—. Es casi tan chungo como lo de chúpame-la-polla-por-quinientos-dólares, ¿no crees?

Me río.

—No, no creo que se le parezca.

Intenta ocultar la sonrisa, pero se ablanda.

—¿Qué vas a hacer, Camryn? —Su expresión vuelve a ser seria, y mi sonrisa desaparece.

Niego con la cabeza.

—No lo sé; supongo que esperar aquí hasta que salga el siguiente bus a Texas y luego ir a Texas.

—¿Por qué Texas?

—¿Por qué no?

—¿En serio?

Me doy una palmada en los muslos.

—Porque aún no quiero volver a casa.

Ni se inmuta aunque le haya gritado.

—¿Por qué no quieres volver a casa aún? —pregunta tranquila y firmemente—. Y más te vale que lo sueltes, porque no pienso dejarte sola en esta maldita estación de autobuses, menos aún después de lo que ha pasado.

Cruzo los brazos con determinación y dirijo la mirada al frente.

—Pues en ese caso creo que te vas a pasar aquí un buen rato, hasta que me suba al autobús.

—No. Eso incluye no dejarte subir a otro autobús sola. Ni para ir a Texas ni al puto Idaho ni a ninguna parte. Es peligroso, y sé que eres una chica lista..., así que esto es lo que vamos a hacer...

Parpadeo varias veces, aturdida con su repentina arrogancia autoritaria.

Continúa:

—Esperaré aquí contigo hasta por la mañana, así tendrás bastante tiempo para decidir si prefieres que te saque un vuelo a tu casa o si quieres que venga a buscarte aquí alguien. Tú eliges.

Lo miro como si se hubiera vuelto loco.

Sus ojos me dicen: «Sí, lo digo muy en serio».

—No voy a volver a Carolina del Norte.

Andrew se levanta de la silla y se planta delante de mí.

—Muy bien, pues entonces me voy contigo.

Me quedo pasmada, mirando sus ojos intensos; sus perfectos pómulos parecen más marcados desde este ángulo, haciendo que su mirada sea más penetrante incluso. Noto una sensación extraña en el estómago.

—Es una locura —me río, pero sé que lo dice en serio, así que añado con más firmeza—: ¿Y tu padre?

Aprieta los dientes y su viva mirada se vuelve más melancólica.

Se dispone a apartar los ojos, pero una idea se lo impide.

—Entonces vente tú conmigo.

«¿Cómo? Ni de coña...»

Ahora mira esperanzado, más que con determinación. Vuelve a sentarse a mi lado

en la silla de plástico azul.

—Nos quedaremos aquí hasta por la mañana —sigue—, porque está claro que no te irías de una estación de autobuses de noche con un tío al que no conoces, ¿no?

Ladea la cabeza y me mira de reojo, una mirada inquisitiva.

—No —niego, aunque la verdad es que presiento que puedo fiarme de él: a ver, ¡ha impedido que me violaran! Y nada en él me inspira los temores que me invadieron cuando Damon hizo más o menos lo mismo. No, Damon tenía algo más sombrío en los ojos cuando me miró aquella noche en la azotea. Lo único que veo en los ojos de Andrew es preocupación.

Así y todo, no tengo intención de irme con él sin más ni más.

—Buena respuesta —aprueba; al parecer, satisfecho de que sea tan «lista» como esperaba que fuera—. Esperaremos a que sea de día y, sólo para que te quedes más tranquila, iremos en taxi al hospital en lugar de hacerte subir a mi coche.

Asiento, contenta de que haya pensado en eso. No voy a decir que no tuviera del todo clara esa parte ya. Me refiero a que me fío bastante de él, pero es como si quisiera asegurarse de que no lo haga, como si me enseñara una lección de un modo indirecto.

Me avergüenza admitir que tenga que «enseñarme» esas cosas.

—Y, luego, desde el hospital, volveremos aquí en taxi e iré contigo a donde quieras ir.

Me tiende la mano para que la estreche.

—¿Trato hecho?

Lo pienso un momento, confusa y al mismo tiempo completamente fascinada con él. Asiento de mala gana al principio y luego con más convicción.

—Trato hecho —contesto, y le doy la mano.

La verdad es que no sé muy bien si estoy convencida del todo. ¿Por qué lo hace? ¿Es que no tiene una vida en alguna parte? Seguro que en su casa no se siente tan mal como yo.

«¡Menuda locura! ¿Quién es este tío?».

Pasamos varias horas sentados juntos en la estación, hablando de cosas sin importancia, y sin embargo me encanta cada segundo de las conversaciones que mantenemos. De cómo caí y me tomé un refresco y por culpa del dichoso refresco acabé en el servicio con aquel tío; él le quita importancia riendo y me dice que lo que pasa es que mi vejiga no tiene mucho aguante. Cotilleamos en voz baja de los pasajeros que van y vienen: los que tienen pinta rara y los que parecen muertos, como si llevaran una semana viajando en autobús y no hubieran podido pegar ojo. Y hablamos un poco más de rock clásico, pero la discusión sigue tan en punto muerto como la primera vez, en el autobús.

Casi le da algo cuando le dije que sin lugar a dudas prefiero escuchar a Pink que a los Rolling Stones. Creo que mis palabras lo hirieron, literalmente. Se llevó esa gran mano suya al corazón y echó atrás la cabeza como si estuviera desolado y tal. Fue muy dramático. Y divertido. Intenté no reírme, pero me costó, sobre todo cuando su cara endurecida, exagerada prácticamente, estaba sonriendo también.

Y justo cuando nos disponíamos a marcharnos, después de que salió el sol, me paré a mirarlo un instante. Una ligera brisa le agitaba el estiloso pelo castaño. Ladeó la cabeza, sonriéndome e indicándome con la mano que me subiera al taxi.

—Vas a venir, ¿no?

Le dirigí una sonrisa cariñosa y asentí.

—Claro.

Y le di la mano y me subí al asiento trasero con él.

Lo que pensaba cuando lo miraba era que me había dado cuenta de que no había sonreído ni me había reído tanto desde antes de que muriera Ian. Ni siquiera Natalie

era capaz de despertar en mí verdadera euforia, a pesar de lo mucho que se esforzaba. Se tomó muchas molestias para ayudarme a salir de la depresión, pero nada de lo que hizo se acercó nunca a lo que Andrew ha conseguido en tan poco tiempo y sin tan siquiera intentarlo.

ANDREW

12

Se me hace un nudo en la garganta cuando ponemos el pie en el hospital, como si un muro de negrura se erigiera salido de ninguna parte y me engullera. Me detengo un segundo en la entrada y me quedo ahí plantado con los brazos caídos pesadamente a los lados. Entonces noto que Camryn me toca la muñeca.

La miro. Su sonrisa es tan dulce que me ablanda un poco. Lleva el pelo rubio recogido en una trenza despeinada que le cae con naturalidad por el hombro derecho; por la cara, de cualquier manera, unos mechones que se le han salido de la goma. Me apetece apartárselos delicadamente con un dedo, pero no lo hago. No puedo ir haciendo esa clase de gilipolleces. Necesito que se me pase esta atracción. Pero Camryn es distinta de otras chicas, y creo que ésa es precisamente la razón de que me esté costando tanto. Ahora mismo es lo último que necesito.

—Ya verás como no pasa nada —asegura.

Su mano deja mi muñeca al ver que ha captado mi atención. Le sonrío débilmente.

Enfilamos el pasillo hasta el ascensor y subimos a la tercera planta. Con cada paso, me entran ganas de dar media vuelta y marcharme. Mi padre no quiere que me emocione al entrar, y ahora mismo estoy a punto de explotar.

Quizá debería salir y darle unos puñetazos a unos árboles y soltarlo todo antes de entrar.

Nos detenemos en la sala de espera, donde hay algunas personas sentadas leyendo revistas.

—Te espero aquí —dice Camryn.

La miro.

—¿Por qué no entras conmigo?

Me gustaría mucho que lo hiciera. No sé por qué.

Camryn empieza a menear la cabeza.

—No... no puedo entrar ahí —afirma, ahora parece incómoda—. En serio, es que... es que no creo que sea apropiado.

Extiendo la mano, le cojo con delicadeza la bolsa y me la echo al hombro. No pesa mucho, pero da la impresión de que a ella empieza a molestarle.

—No pasa nada —aseguro—. Quiero que entres conmigo.

«¿Por qué estoy diciendo esto?».

Baja la vista al suelo y a continuación recorre con cautela el resto de la habitación antes de que sus ojos azules descansan de nuevo en mí.

—Vale —dice con un leve gesto de asentimiento.

Noto que esbozo una pequeña sonrisa e instintivamente le cojo la mano. Ella se deja hacer.

No es preciso que diga que me hace sentir bien, y me da la sensación de que a ella le satisface complacerme. Sin duda sabe que esto debe de ser un trago para cualquiera.

Vamos hacia la habitación de mi padre cogidos de la mano.

Ella me la aprieta una vez y me mira como para infundirme aliento. Luego abro la puerta de la habitación del hospital. Una enfermera alza la vista al vernos entrar.

—Soy el hijo del señor Parrish.

Ella asiente con solemnidad y sigue ajustando los aparatos y los tubos a los que está conectado mi padre. La habitación es el típico espacio anodino y estéril con las paredes de un blanco reluciente y el suelo de baldosas tan brillante que las luces que recorren los paneles del techo le arrancan destellos. Oigo un pitido constante e ininterrumpido procedente del electrocardiograma que hay junto a la cama.

Lo cierto es que todavía no he mirado a mi padre. Soy consciente de que lo estoy mirando todo en la habitación menos a él.

Los dedos de Camryn presionan los míos.

—¿Cómo está? —pregunto, aunque sé que es una pregunta tonta. Muriéndose, así es como está. Lo que pasa es que no soy capaz de decir nada más.

La enfermera me mira con cara inexpresiva.

—Pierde la conciencia y la recupera, como probablemente ya sepa usted.

«Pues no, la verdad es que no lo sabía».

—No se ha producido ningún cambio, ni bueno ni malo —añade mientras ajusta una vía que sale del dorso de la arrugada mano de mi padre.

Luego la mujer rodea la cama, coge un portapapeles de la mesilla y se lo mete debajo del brazo.

—¿Ha venido alguien? —quiero saber.

La enfermera asiente.

—Han estado viniendo familiares estos últimos días. Algunos se fueron hace una hora, pero supongo que volverán.

Probablemente Aidan, mi hermano mayor, y su mujer, Michelle. Y mi hermano menor, Asher.

La enfermera sale de la habitación.

Camryn me mira, apretándome la mano. Sus ojos sonrían con cautela.

—Me siento ahí y te dejo que veas a tu padre, ¿vale?

Asiento, aunque lo que me ha dicho como que se me ha ido de la cabeza como si fuese un recuerdo fugaz. Sus dedos se separan despacio de los míos, y Camryn se sienta contra la pared, en la silla de plástico desierta. Respiro hondo y me paso la lengua por los labios resecos.

Mi padre tiene la cara hinchada. Le salen tubos de la nariz, le suministran oxígeno. Me sorprende que no tenga aún respiración asistida, pero ello me da un atisbo de esperanza. Un ligero atisbo. Sé que no va a mejorar, eso ya nos lo han dejado claro. Lo que le queda de pelo se lo han afeitado. Se habló de intentar operarlo, pero cuando mi padre se enteró de que con eso no se salvaría, se quejó, cómo no: «No me vais a abrir la puta cabeza —zanjó—. ¿Quieres que suelte miles de dólares para que esos médicos de pacotilla me abran el puñetero coco? ¡Maldita sea, hijo! —Hablabla en concreto con Aidan—. ¡Tú no eres un hombre!».

Mis hermanos y yo estábamos dispuestos a hacer lo que fuera para salvarlo, pero él actuó a nuestras espaldas y firmó no sé qué cláusula según la cual cuando las cosas empeorasen nadie tendría derecho a tomar esas decisiones por él.

Fue mi madre la que informó al hospital de sus deseos días antes de que se fuera a realizar la operación y les facilitó los documentos legales. A nosotros nos disgustó, pero mi madre es una mujer lista y bondadosa, y ninguno de nosotros podría cabrearse con ella por lo que hizo.

Me acerco y miro el resto de su persona. Mi mano parece que tiene vida propia y lo siguiente que sé es que se desliza junto a la de él y la coge. Hasta eso parece raro, como si no debiera hacerlo. Si se tratara de otra persona, no tendría ningún problema en cogerle la mano. Pero se trata de mi padre, y es como si estuviera haciendo algo que no debo. Escucho su voz mentalmente: «A un hombre no se le coge la mano, hijo. ¿Se puede saber qué coño te pasa?».

De pronto, mi padre abre los ojos e instintivamente retiro la mano.

—¿Eres tú, Andrew?

Asiento, mirándolo.

—¿Dónde está Linda?

—¿Quién?

—Linda —repite, y sus ojos no terminan de decidir si quieren seguir abiertos—. Mi mujer, Linda. ¿Dónde está?

Trago saliva y miro a Camryn, que está sentada sin decir nada, observando.

Vuelvo con mi padre.

—Papá, Linda y tú os divorciasteis el año pasado, ¿no te acuerdas?

Tiene los ojos verde claro humedecidos. No son lágrimas, tan sólo humedad. Parece aturdido un momento y pega los labios, moviendo la seca lengua por la boca.

—¿Quieres agua? —pregunto, y voy a echar mano de la mesita alargada con ruedas que han apartado de la cama. En ella hay una jarra color rosa claro con agua junto a un vaso de plástico grueso con la tapa de quita y pon y una pajita en el centro.

Mi padre niega con la cabeza.

—¿Arreglaste a *Ms. Nina*? —pregunta.

Asiento de nuevo.

—Sí, está estupenda. Pintura nueva y llantas.

—Bien, bien —afirma moviendo un poco la cabeza.

Todo esto es raro, y sé que lo llevo escrito en la cara y en la postura. No sé qué decir o si debería intentar obligarlo a que beba un poco de agua o si debería sentarme y esperar a que vuelvan Aidan y Asher. Preferiría que se ocuparan ellos. No se me dan bien estas cosas.

—¿Quién es esa preciosidad? —se interesa mirando hacia la pared.

Me pregunto cómo alcanza a ver a Camryn, y entonces reparo en que la mira a través del alto espejo que tiene al otro lado, que refleja esa parte de la habitación. Camryn se queda algo helada, pero esa bonita sonrisa suya le ilumina la cara. Levanta la mano y lo saluda por el espejo.

A pesar de que tiene la cara abotargada, veo sonreír a mi padre.

—¿Es tu Eurídice? —pregunta.

Y los ojos se me salen de las órbitas. Espero que Camryn no lo haya oído, pero lo dudo. Mi padre alza una mano sin fuerza y le indica a Camryn que se acerque.

Ella se levanta y viene a mi lado. Le sonrío con tanta dulzura que hasta a mí me impresiona. Es un don innato. Sé que está nerviosa y que probablemente nunca se haya sentido tan incómoda como lo está ahora, en esta habitación, con un hombre que agoniza al que ni siquiera conoce, y sin embargo no se derrumba.

—Hola, señor Parrish —saluda—. Soy Camryn Bennett, una amiga de Andrew.

Los ojos de mi padre se mueven hacia mí. Conozco esa mirada: está comparando la respuesta con la cara que estoy poniendo, tratando de descifrar lo que significa para ella «amiga».

Entonces, de pronto, mi padre hace algo que no le he visto hacer nunca: me tiende la mano.

El gesto me deja frío.

Sólo cuando me doy cuenta de que Camryn me mira de reojo para que reaccione, me sacudo el aturdimiento y le cojo la mano con nerviosismo. La sostengo un rato largo, incómodo, y después mi padre cierra los ojos y vuelve a quedarse dormido. Retiro la mano cuando noto que la débil presión que ejercía la suya cesa.

Entonces, la puerta se abre y entran mis hermanos en compañía de la mujer de Aidan, Michelle.

Me separo de mi padre justo a tiempo, apartando conmigo a Camryn, sin darme cuenta de que he vuelto a agarrarle la mano hasta que Aidan baja la vista y repara en que nuestros dedos están entrelazados.

—Me alegro de que hayas llegado a tiempo —comenta Aidan, aunque sin duda con un dejo de desdén en la voz.

Sigue mosqueado conmigo por no haber cogido un avión y haber llegado antes. Pues tendrá que superarlo, cada cual lleva el dolor a su manera.

Así y todo, me da un abrazo, cogiéndome una mano que queda entre ambos y dándome unas palmaditas en la espalda con la otra.

—Ésta es Camryn —digo, mirándola.

Ella les sonrío, ha vuelto a la silla que hay contra la pared.

—Éstos son mi hermano mayor, Aidan, y su mujer, Michelle —los señalo vagamente—. Y ése es el enano, Asher.

—Capullo —responde Asher.

—Lo sé —admito.

Aidan y Michelle ocupan los otros dos asientos junto a una mesa y empiezan a repartir las hamburguesas con patatas fritas que acaban de comprar.

—El viejo sigue sin volver en sí —observa Aidan mientras se mete unas patatas en la boca—. No me hace ninguna gracia reconocerlo, pero no creo que lo vaya a hacer.

Camryn me mira. Los dos hemos hablado con mi padre hace un momento, y sé que está esperando a que les dé a los demás la noticia.

—Probablemente no —respondo, y veo que ella frunce el ceño, perpleja.

—¿Cuánto te vas a quedar? —quiere saber Aidan.

—No mucho.

—¿Por qué será que no me sorprende? —Le da un mordisco a su hamburguesa.

—No empieces a darme el coñazo, Aidan, no estoy de humor, y éste no es ni el puto momento ni el puto lugar adecuado.

—Vale, muy bien —replica él, sacudiendo la cabeza y moviendo la mandíbula para masticar la comida. Moja unas patatas fritas en un poco de ketchup que Michelle ha puesto en una servilleta entre ambos—. Haz lo que te dé la gana, pero ven al funeral.

No hay emoción en su cara. Sigue comiendo sin más.

Todo mi cuerpo se pone rígido.

—Mierda, Aidan —tercia Asher, detrás de mí—. ¿Quieres no hacer esto ahora? En serio, tío, Andrew tiene razón.

Asher siempre ha mediado entre Aidan y yo. Y siempre ha sido el más sensato. A Aidan y a mí se nos da mejor pensar con los puños. Él siempre ganaba cuando nos peleábamos de pequeños, pero lo que no sabía es que cada vez que me molía a palos me estaba entrenando.

Ahora estamos bastante igualados. Evitamos a toda costa pelearnos, pero soy el primero en reconocer que yo no me corto una mierda, cosa que él sí hace. Y lo sabe. Por eso está recluso ahora y utilizando a Michelle como distracción. Le quita un poco de ketchup de la comisura de la boca. Ella suelta una risita.

Camryn llama mi atención; lo más probable es que haya estado intentando hacerlo los últimos minutos, y por un instante pienso que lo que quiere decirme es que está a punto de marcharse, pero sacude la cabeza como diciéndome que me tranquilice.

Lo hago en el acto.

—Bueno, y vosotros, ¿cuánto tiempo lleváis saliendo? —pregunta Asher para reducir la tensión que hay en el ambiente. Se apoya en la pared cerca del televisor, cruzando los brazos.

Parecemos casi idénticos, el mismo pelo castaño y los putos hoyuelos. Aidan es el bicho raro de los tres: su pelo es mucho más oscuro, y en lugar de hoyuelos tiene un pequeño antojo en la mejilla izquierda.

—Ah, no, sólo somos amigos —replico.

Creo que Camryn se ha ruborizado, pero no lo sé a ciencia cierta.

—Pues debe de ser muy buena amiga para haber venido hasta Wyoming contigo —apunta Aidan.

Menos mal que no se está cebando. Si decidiera descargar su enfado conmigo en ella, tendría que partírla la cara.

—Sí —corroborra Camryn, y me atrapa en el acto la dulzura de su voz—, vivo cerca de Galveston; pensé que, ya que iba a ir en autobús, alguien debía acompañarlo.

Me sorprende que recuerde la ciudad en la que le dije que vivía.

Aidan asiente con gesto amable, las mejillas moviéndose mientras mastica.

—Está muy buena, tío —oigo que me susurra Asher por detrás.

Vuelvo la cabeza y le lanzo una mirada asesina para que cierre el pico. Sonríe, pero cierra el pico.

Mi padre hace un movimiento casi imperceptible, y Asher se acerca a la cama. Le da al viejo en la nariz de broma.

—Despierta. Hemos traído hamburguesas.

Aidan sostiene en alto su hamburguesa, como si nuestro padre pudiera verla.

—Y son buenas. Más vale que despiertes pronto o no quedará ninguna.

Mi padre no se mueve de nuevo.

Nos ha entrenado bien a los tres. Jamás se nos ocurriría revolotear alrededor de su cama con cara mustia. Y, cuando muera, Aidan y Asher probablemente pidan una pizza y compren una caja de cervezas y se queden de cháchara hasta que salga el sol a la mañana siguiente.

Yo no estaré ahí para verlo.

A decir verdad, cuanto más esté aquí, mayores serán las posibilidades de que muera antes de que me marche.

Hablo unos minutos más con mis hermanos y Michelle y después me acerco a Camryn.

—¿Lista?

Me coge de la mano y se levanta.

—¿Ya os vais? —pregunta Aidan.

Camryn se me adelanta y responde risueña:

—Volverá; sólo vamos a comer algo.

Intenta evitar una pelea antes de que empiece. Me mira, y yo, dispuesto a secundarla, me vuelvo hacia Asher y le digo:

—Llámame si hay algún cambio.

Él asiente, sin más.

—Adiós, Andrew —se despide Michelle—. Me alegro de volver a verte.

—Y yo a ti.

Asher nos acompaña hasta el pasillo.

—No vas a volver, ¿no? —inquieta.

Camryn se aleja de nosotros y echa a andar un poco por el pasillo para darnos tiempo.

Niego con la cabeza.

—Lo siento, Ash, es que no puedo con esto. No puedo.

—Lo sé, tío. —Sacude la cabeza—. A papá no le importaría, ya lo sabes. Preferiría que estuvieras tirándote a alguien o emborrachándote a que anduvieras revoloteando alrededor de su cama.

Aunque pueda parecer extraño, es la pura verdad.

También mira de reojo a Camryn después de decirlo.

—¿Sólo sois amigos? ¿De verdad? —me susurra con una sonrisa taimada.

—Sí, sólo somos amigos, así que cierra el puto pico.

Suelta una carcajada y me da unas palmaditas en el brazo.

—Te llamaré cuando tenga que ser, ¿vale?

Asiento, conforme. Con «cuando tenga que ser» se refiere a cuando mi padre haya muerto.

Asher levanta la mano para despedirse de Camryn.

—Encantado de conocerte.

Ella sonrío y mi hermano desaparece de nuevo en la habitación.

—Creo que deberías quedarte, Andrew. En serio.

Echo a andar más de prisa pasillo abajo y ella se mantiene a mi lado. Me meto las manos en los bolsillos. Siempre lo hago cuando estoy nervioso.

—Sé que probablemente pienses que soy un cabrón egoísta por irme, pero no lo

entiendes.

—Pues explícamelo —pide cogiéndome por el codo mientras seguimos andando—. No creo que estés siendo egoísta, creo que lo que pasa es que no sabes cómo llevar este dolor.

Intenta verme los ojos, pero no puedo mirarla. Sólo quiero salir de esta pena de muerte de ladrillo rojo.

Llegamos al ascensor y Camryn deja de hablar, pues dentro hay otras dos personas, pero en cuanto llegamos a la planta baja y las puertas de metal plateado se abren, vuelve a la carga.

—Andrew, para. Por favor.

Me detengo al oír su voz y ella me obliga a volverme. Me mira con tal cara de angustia que hace que me duela el alma. La larga trenza rubia aún le cae por el hombro derecho.

—Háblame —dice con más suavidad ahora que tiene mi atención—. Hablar no hace daño.

—¿De veras? Entonces, ¿qué tal si me explicas por qué de repente has decidido ir a Texas?

Eso le escuece.

CAMRYN

Sus palabras me cerraron la boca unos cinco segundos. Le suelto el codo.

—Creo que ahora mismo lo tuyo es ligeramente más importante que lo mío —opino.

—¿De veras? —pregunta—. ¿Que quieras ir por ahí sola en un autobús sin saber adónde coño vas y arriesgando tu vida no te parece que pueda ser tan importante?

Parece enfadado. Sé que lo está, pero tiene mucho que ver, si no todo, con que su padre se esté muriendo arriba y no sepa cómo dejarlo marchar. Lo siento por él, siento que lo hayan educado en la creencia de que no se pueden mostrar las emociones necesarias en una situación así, pues eso hará que sea menos hombre.

Yo tampoco puedo exteriorizar emociones, pero a mí no me educaron así, a mí me vino impuesto.

—¿Tú lloras? —quiero saber—. ¿Por otras cosas? ¿Has llorado alguna vez?

Él se burla.

—Claro. Todo el mundo llora alguna vez, hasta los tiarrones como yo.

—Vale, cuéntame una.

No tiene que pensarlo mucho.

—Una... película me hizo llorar una vez.

Pero de pronto parece cortado, es posible que se arrepienta de haber dado esa respuesta.

—¿Qué película?

No puede mirarme a la cara. Noto que el humor se distiende, a pesar de lo que ha creado la tensión.

—¿Importa algo? —pregunta.

Sonrí y me acerco a él.

—Bah, venga, tú dímelo... ¿Qué?, ¿acaso crees que me voy a reír de ti y llamarte nenaza?

Sonríe un tanto a pesar de que está rojo de la vergüenza.

—*El diario de Noa* —responde, tan bajo que casi ni lo oigo.

—¿Has dicho *El diario de Noa*?

—¡Sí! Lloré con *El diario de Noa*, ¿vale?

Me da la espalda y procuro con todas mis fuerzas no reírme. No creo que tenga gracia que llorara viendo *El diario de Noa*; lo gracioso es su reacción, de humillación, al admitirlo.

Finalmente me río. No puedo evitarlo, se me escapa sin más.

Andrew se vuelve sobre sus talones con los ojos abiertos a más no poder y durante un segundo me lanza una mirada asesina. Chillo cuando me agarra, lo hace como si fuera un saco de patatas y sale por la puerta del hospital.

Me río de tal modo que se me saltan las lágrimas. Lágrimas de risa, no las que dejé de derramar después de que lan muriera.

—¡Bájame! —le aporreo la espalda con los puños.

—Dijiste que no te reirías.

El hecho de que lo diga hace que me ría aún con más ganas. A carcajada limpia, dejando escapar unos ruiditos extraños que no sabía que podía hacer.

—Por favor, Andrew, bájame. —Le clavo los dedos en la espalda a través de la camiseta.

Finalmente noto que mis pies tocan el hormigón. Lo miro y dejo de reírme porque quiero que me hable. No puedo permitir que deje a su padre.

Pero él habla primero:

—Lo que pasa es que no puedo llorar con él ni por él, como ya te he dicho.

Le toco el brazo con suavidad.

—Pues no llores, pero al menos quédate.

—No voy a quedarme, Camryn.

Me mira profundamente a los ojos, y sólo por su forma de mirarme sé que no podré hacerlo cambiar de opinión.

—Te agradezco que intentes ayudar, pero en esto no puedo ceder.

Asiento de mala gana.

—Puede que en algún punto de este viaje que has accedido a emprender podamos contarnos las cosas que no queremos contar —afirma, y mi corazón, por algún motivo, reacciona al oír su voz.

Noto un hondo revoloteo en el pecho, justo en el centro.

Andrew me dedica una sonrisa radiante, esos ojos verdes suyos perfectos, el eje de su perfecta cara.

«Es impresionante...»

—Bien, ¿qué has decidido? —quiere saber, los brazos cruzados y la mirada inquisitiva—. ¿Te sacó un billete de avión de vuelta a casa o estás dispuesta a lanzarte a la carretera a ninguna parte, a Texas?

—¿De verdad quieres venir conmigo?

Es que no me lo puedo creer, y al mismo tiempo quiero que sea verdad más que nada en el mundo.

Contengo la respiración mientras espero a que responda.

Sonríe.

—De verdad, sí.

El revoloteo se vuelve reblandecimiento, y a mi cara aparece una sonrisa tan enorme que durante un buen rato no soy capaz de suavizarla.

—En esto de apuntarme sólo tengo una pega —advierde levantando un dedo.

—¿Cuál?

—Ir en ese puto autobús —replica—. Lo odio.

Suelto una risita y no puedo por menos que darle la razón a ese respecto.

—Y ¿cómo quieres que vayamos?

Un lado de su boca se curva en una sonrisa sabia.

—Podemos llevarnos el coche —propone—. Conduzco yo.

No lo pienso dos veces.

—Vale.

—¿Vale? —repite, y luego hace una pausa—. ¿Así de sencillo? ¿Te vas a meter en un coche con un tío al que casi no conoces y fiarte de que no te vaya a violar en alguna carretera solitaria? Creía que ya habíamos hablado de eso.

Ladeo la cabeza y cruzo los brazos.

—¿Qué diferencia hay entre eso y conocerte en la biblioteca y salir contigo una o dos noches después a solas en tu coche? —Tuerzo la cabeza al otro lado—. Todo el mundo es un desconocido al principio, Andrew, pero no todo el mundo conoce a un desconocido que lo salva de un violador y lo lleva a conocer a su padre moribundo prácticamente esa misma noche. Yo diría que pasaste la prueba de la fiabilidad hace un buen rato.

El lado izquierdo de su boca se eleva, trastocando la seriedad de mis sentidas palabras.

—Entonces este viaje, ¿es una cita?

—¿Qué? —me río—. ¡No! No era más que un ejemplo.

Sé que es consciente de ello, pero necesito decir algo que contribuya a desviar su atención de mis mejillas rojas.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Sonríe.

—Lo sé, sí, pero me debes una cena de «amigos» en compañía de un filete.

Dibuja unas comillas en el aire con los dedos cuando dice «amigos». La sonrisa no se borra de su cara.

—Te la debo, sí.

—Bueno, pues así queda —dice, y me coge del brazo y me lleva hacia el taxi que espera cerca del aparcamiento—. Iremos a la estación de autobuses por el coche de mi padre, pasaremos por su casa a coger unas cosas y nos pondremos en marcha.

Abre la puerta de atrás del taxi para que pase yo primero y la cierra después de acomodarse a mi lado.

El taxi arranca.

—Ah, creo que debería fijar unas cuantas normas básicas antes de que hagamos esto.

—Ah, ¿sí? —Vuelvo la cabeza y lo miro con curiosidad—. ¿Qué clase de normas básicas?

Él sonríe.

—Bueno, la número uno: mi coche, mi equipo de música. Estoy seguro de que no hace falta que diga más a ese respecto.

Revuelvo los ojos.

—Básicamente me estás diciendo que estaré atrapada contigo en un coche en un viaje por carretera y sólo podré escuchar rock clásico. Es eso, ¿no?

—Ya verás como te acaba gustando.

—No llegó a gustarme cuando era pequeña y tenía que aguantarme cuando mis padres la escuchaban.

—Número dos —continúa, levantando dos dedos y desechando mi argumento—. Tendrás que hacer lo que yo diga.

Lo miro otra vez, el ceño fruncido a más no poder.

—¿Eh? ¿Qué coño se supone que significa eso?

Su sonrisa se ensancha, se vuelve incluso pícara.

—Dijiste que te fiabas de mí, así que fíate en esto.

—Vas a tener que darme algo más. Lo digo en serio.

Se retrepa en el asiento y junta las manos entre las largas piernas, que tiene abiertas.

—Te prometo que no te pediré que hagas nada dañino, degradante, peligroso o inaceptable.

—Básicamente, que no me pedirás que te chupe la polla por quinientos dólares o algo por el estilo, ¿no?

Andrew echa la cabeza hacia atrás y suelta una risotada. Delante, el taxista se mueve inquieto en su asiento. Veo que sus ojos dejan el espejo retrovisor cuando alza la vista.

—No, desde luego que nada de eso: lo juro.

Aún se ríe.

—Vale, pero, entonces, ¿qué podrías pedirme?

Recelo, y mucho, de todo esto. Sigo confiando en él, lo reconozco, pero ahora también estoy un poco aterrorizada, en el sentido de que me da miedo despertar con un bigote pintado en la cara.

Me da unas palmaditas en el muslo.

—Si te hace sentir mejor, puedes mandarme a la mierda si no quieres hacer algo, pero espero que no lo hagas, porque quiero enseñarte a vivir de verdad la vida.

Vaya..., eso sí que me pilla con la guardia baja. Lo dice en serio, no hay ni rastro de humor en esas palabras, y nuevamente me siento fascinada por él.

—¿A vivir la vida?

—Haces demasiadas preguntas.

Me da unas cuantas palmaditas más y vuelve a poner la mano en el regazo.

—Bueno, si tú estuvieras en este lado del coche también harías muchas preguntas.

—Puede.

Entreabro la boca.

—Eres una persona muy rara, Andrew Parrish, pero está bien, me fio de ti.

Su sonrisa se vuelve más afectuosa cuando ladea la cabeza contra el asiento para mirarme.

—¿Alguna otra regla básica? —pregunto.

Levanta la vista con aire pensativo y se muerde el labio un instante.

—No. —Ladea la cabeza de nuevo—. Creo que eso es todo.

Me toca.

—Yo también tengo unas cuantas reglas básicas.

Alza la cabeza con curiosidad, pero deja las manos en el estómago, los fuertes dedos entrelazados.

—Adelante, dispara —dice risueño, preparado para cualquier cosa que pueda soltarle.

—Número uno: bajo ninguna circunstancia intentarás bajarme las bragas. Sólo porque sea amable contigo y esté dispuesta a..., bueno, a hacer la mayor locura que he hecho en mi vida, te advierto de antemano que no voy a ser tu próximo polvo, no me voy a enamorar de ti —ahora sonrío de oreja a oreja, lo que me distrae mucho— ni nada por el estilo. ¿Entendido?

Intento ser muy seria a este respecto. Mucho. Y lo he dicho en serio. Pero esa estúpida sonrisa suya como que me obliga a sonreír, y lo odio por ello.

Frunce la boca, reflexivo.

—Perfectamente entendido —accede, aunque me da que sus palabras ocultan algo.

Afirmo con la cabeza.

—Bien.

Me siento mejor ahora que me he explicado con claridad.

—¿Qué más? —pregunta.

Por un segundo se me olvida la otra regla básica.

—Ah, sí, la número dos es: nada de Bad Company.

Parece un tanto mortificado.

—Vamos a ver, ¿qué mierda de regla es ésta?

—Mi regla —digo, risueña—. ¿Algún problema? Puedes escuchar todo el rock clásico del mundo y a mí no se me permite nada que me guste, así que no veo qué hay de malo en esta pequeña cláusula —añado juntando prácticamente el pulgar y el índice para hacerle ver lo pequeñísima que es.

—Pues que sepas que no me gusta esa regla —refunfuña—. Bad Company es un grupo buenísimo. ¿Por qué no te gusta?

Parece dolido, y eso me encanta.

Frunzo la boca.

—¿En serio?

Probablemente me arrepienta de esto.

—Sí, claro que en serio —asegura cruzando los brazos—. Suéltalo.

—Hablan demasiado de amor. Es cursi.

Él suelta una nueva carcajada, y empiezo a pensar que al taxista le estamos dando el día.

—Me parece que alguien está resentido —comenta Andrew con una enorme sonrisa.

Efectivamente, me arrepiento.

Desvío la mirada porque no quiero que vea nada en mi cara que confirme que ha dado en el clavo. Al menos en lo tocante a mi ex, Christian, que me puso los cuernos. En su caso es resentimiento. En el de Ian, dolor cruel, en estado puro.

—Bueno, eso también lo arreglaremos —asegura como si tal cosa.

Lo miro.

—Hombre, gracias, doctor Phil^[5], pero no necesito ayuda con eso.

«¡Eh, espera un segundo! ¿Quién ha dicho que necesite que me arreglen nada?».

—¿Ah, no? —Andrew ladea el mentón, parece tener curiosidad.

—No —insisto—. Además, de algún modo, eso infringiría mi norma básica número uno.

Sonríe, estupefacto.

—Ah, así que supones automáticamente que iba a ofrecerme para ser tu conejillo de Indias.

Una risa suave hace que sus hombros suban y bajen.

«¡Ay!».

Procuro no parecer ofendida, pero, como no estoy segura de que me esté saliendo muy bien, empleo una táctica distinta.

—Confío en que no sea así —aseguro, pestañeando—. No eres mi tipo.

¡Sí! Vuelvo a tener la sartén por el mango. ¡Creo que se ha estremecido!

—Y ¿yo qué tengo de malo? —pregunta, pero no cuela, sé que mi comentario no le ha hecho daño. La gente no suele sonreír cuando se la ofende.

Me vuelvo del todo, apoyando la espalda en la puerta del taxi, y lo miro de arriba abajo. Sería una mentirosa redomada si dijera que no me gusta lo que veo. Todavía no he descubierto nada que haga que no sea mi tipo. A decir verdad, si no fuera porque no estoy por el sexo ni por las citas ni por las relaciones ni por el amor, Andrew Parrish es la clase de tío que me gustaría y por el que Natalie babearía directamente.

Lo llevaría en las tetas.

—No tienes nada de «malo» —puntualizo—. Es sólo que tiendo a acabar con chicos... formalitos.

Por tercera vez, Andrew echa la cabeza hacia atrás muerto de risa.

—¿«Formalitos»? —repite, aún riendo. Asiente varias veces y añade—: Ya, supongo que tienes razón al decir que no soy precisamente un tipo «formalito». —Levanta un dedo como para precisar algo—. Pero lo que más me interesa de lo que has dicho es que acabas con ellos. ¿Qué crees que significa?

¿Cómo ha terminado con la sartén por el mango? No lo he visto venir.

Espero que me dé una respuesta, aunque es él quien ha hecho la pregunta. Todavía sonrío, pero esta vez en esa sonrisa hay algo mucho más dulce y perceptivo, no la guasa de siempre.

No dice nada.

—No... no lo sé —contesto distraídamente, y lo miro—. ¿Por qué tiene que significar algo?

Él menea levemente la cabeza, pero mira al frente cuando el taxi entra en el aparcamiento próximo a la estación de autobuses. El Chevrolet Chevelle de 1969 del padre de Andrew es el único coche que sigue ahí. Les debe de ir de verdad el rollo de los coches retro.

Andrew paga al taxista y bajamos.

—Buenas noches —dice, y lo despide con la mano.

Termino haciendo casi todo el recorrido a la casa del padre de Andrew en un silencio contemplativo, pensando en lo que ha dicho, pero lo dejo cuando llegamos a la casa.

—¡Caray! —exclamo con la boca abierta cuando me bajo del coche—. Menuda casa.

Él cierra su puerta.

—Ya, mi padre tiene una empresa constructora y de proyectos y le va bien —comenta como si nada—. Venga, no quiero estar mucho aquí, no vaya a aparecer Aidan.

Recorro a su lado el sinuoso y ajardinado camino que lleva hasta la puerta de la

casa de tres plantas. Es un sitio tan lujoso e imaculado que no veo precisamente a su padre viviendo en él. Parece más bien un hombre sencillo, no alguien tan materialista como mi madre.

Mi madre se desmayaría en un sitio así.

Andrew va mirando las llaves e introduce la adecuada en la cerradura.

La puerta se abre con un clic.

—No es que quiera ser cotilla, pero ¿cómo es que a tu padre le gusta vivir en una casa tan grande?

El recibidor huele a popurrí de canela.

—Qué va, esto fue cosa de su ex mujer, no de él.

Lo sigo directo a la escalera, revestida de moqueta blanca.

—Era maja (Linda, la mujer a la que mencionó en el hospital), pero no podía lidiar con mi padre, y lo entiendo.

—Creí que ibas a decirme que se casó con él por su dinero.

Andrew sacude la cabeza mientras subimos.

—No, no fue nada de eso: es sólo que vivir con mi padre es difícil. —Se mete las llaves en el bolsillo delantero de los vaqueros.

Le miro de reojo el culo que le hacen esos pantalones mientras sube delante de mí. Me muerdo el labio inferior y me doy de bofetadas mentalmente.

—Ésta es mi habitación.

Entramos en el primer dormitorio de la izquierda. Está casi vacío, parece más un trastero, con unas cajas perfectamente apiladas contra una pared marrón topo, algunos aparatos para hacer ejercicio y una figura rara de un nativo americano en un rincón del fondo y medio envuelta en plástico. Andrew va hasta el vestidor y enciende un interruptor dentro. Me quedo en el centro de la habitación, los brazos cruzados, mirando e intentando no dar la impresión de que curioso.

—¿Has dicho que es tu habitación?

—Sí —responde desde el vestidor—, para cuando vengo de visita, o por si quisiera vivir aquí.

Me acerco al vestidor y lo veo examinando a conciencia una ropa que está colgada de forma muy parecida a como yo cuelgo la mía.

—Ya veo que también eres un maniático del orden.

Me dirige una mirada inquisitiva.

Señalo la ropa ordenada por colores y en perchas de plástico negras todas iguales.

—Qué va, no —aclara—. Es la empleada de mi padre, que entra aquí y hace esta mierda. A mí me da exactamente igual que la ropa esté colgada, y mucho menos por colores... Es demasiado..., un momento... —Se aparta de las camisetas y me mira con el rabillo del ojo—. ¿Tú haces esto con la ropa? —dice señalando las camisetas con un dedo que mueve de un lado a otro.

—Sí —afirmo, aunque me siento rara al reconocerlo—. Me gusta que todo esté ordenado y en su sitio.

Andrew se ríe y vuelve a revisar la ropa. Sin mirarla mucho, saca unas cuantas camisetas y unos vaqueros de las perchas y se los cuelga del brazo.

—¿No es estresante? —inquire.

—¿Qué? ¿Colgar bien la ropa?

Me sonrío y me pone en los brazos el montoncito de ropa.

La miro con cara rara y luego lo miro a él.

—Da lo mismo —replica, y señala algo detrás de mí—. ¿Te importaría meterla en esa bolsa de deporte que hay en el banco de pesas?

—No, claro —respondo, y la llevo hasta donde me indica.

Primero la dejo en el banco de plástico negro y luego cojo la bolsa, que cuelga de las pesas.

—Bueno, y ¿adónde vamos a ir primero? —pregunto mientras doblo la primera camiseta del montón.

Él sigue hurgando en el armario.

—No, no —dice desde dentro, la voz un tanto amortiguada—, no hay programa, Camryn. Nos subiremos al coche y conduciremos. Sin mapas ni planes ni... —Ha asomado la cabeza por el armario y se le oye mejor—. ¿Qué estás haciendo?

Alzo la vista, la segunda camiseta del montón medio doblada.

—Doblar la ropa.

Oigo dos ruidos sordos cuando tira al suelo unas zapatillas de deporte negras, sale del vestidor y se me acerca. Cuando se sitúa a mi lado, me mira como si yo hubiese hecho algo mal y me quita la camiseta a medio doblar.

—No seas tan perfecta, nena. Mételas sin más en la bolsa.

Lo hace como para demostrarme lo fácil que es.

No sé qué es lo que me llama más la atención: si su lección de desorganización o el mariposeo que he sentido en el estómago cuando me ha llamado «nena».

Me encojo de hombros y dejo que meta la ropa a su manera.

—Lo que llevas importa poco —asegura mientras vuelve al armario—. Lo que importa es adónde te diriges y qué haces mientras lo llevas.

Me lanza las zapatillas negras, una por una, y las cojo.

—Mételas también, si no te importa.

Hago lo que me dice, las meto en la bolsa de cualquier manera, horrorizada. Menos mal que las suelas están limpias, como si no las hubiera usado, de lo contrario habría tenido que decir algo.

—¿Sabes qué me parece sexy en una chica?

Está con un musculoso brazo levantado por encima de la cabeza mientras revisa unas cajas que hay en la balda superior del vestidor. Veo el final del tatuaje que tiene en el lado izquierdo, que asoma por debajo de la camiseta.

—Eh..., no estoy segura —respondo—. ¿Que lleve la ropa hecha un higo? —Arrugo la nariz.

—Que se levante y se ponga lo primero que pille —contesta mientras baja una caja de zapatos.

Vuelve sosteniéndola en la palma de la mano.

—Ese *look* de me-acabo-de-levantar-y-me-importa-una-mierda es sexy.

—Ya lo pilló —afirmo—. Eres de los que odian el maquillaje y el perfume y todo lo que hace que las chicas sean chicas.

Me pasa la caja de zapatos y, al igual que hice con la ropa, la miro con cierta cara de interrogación.

Él sonrío.

—Qué va, no es que lo odie, es sólo que creo que lo sencillo es sexy, es todo.

—¿Qué quieres que haga con esto?

Doy unos golpecitos con el dedo en la caja.

—Ábrela.

La miro con aire vacilante y luego lo miro a él. Asiente una vez para que la abra.

Levanto la tapa roja de la caja y me quedo mirando un puñado de CD con las carátulas originales.

—A mi padre le daba pereza poner un mp3 en el coche —empieza—, y cuando se va de viaje la señal de la radio no siempre es buena..., a veces es imposible encontrar una emisora decente.

Me coge la tapa de la caja de zapatos.

—Ésta será nuestra lista de reproducción oficial —dice, y exhibe una amplia sonrisa, dejando al descubierto los rectos y blancos dientes.

Yo no tanto. Hago una mueca y el gesto se me tuerce un poco.

Ahí está todo, todos los grupos que mencionó cuando lo conocí en el autobús y otros de los que no he oído hablar en la vida. Estoy casi segura de que habré escuchado el noventa por ciento de esa música. Lo que tengo delante son cosas que pusieron mis padres en un momento u otro. Pero, si me preguntaran el título de esta canción o de aquella o de qué disco es o qué grupo la canta, probablemente no lo supiera.

—Genial —observo, sarcástica, sonriéndole con el ceño fruncido y la nariz arrugada.

Su sonrisa se ensancha más aún. Creo que le encanta torturarme.

ANDREW

Está mona cuando la torturo. Porque le gusta.

No sé cómo me he metido en esto, pero sí sé que, por mucho que la conciencia me esté machacando los putos oídos diciéndome que la deje en paz, no puedo. No quiero.

Ya hemos ido demasiado lejos.

Sé que debería haberlo dejado en la estación de autobuses, sacarle un billete de avión en primera para que se sintiera obligada a utilizarlo al haber costado un dineral y pedirle un taxi para que la llevara al aeropuerto.

No debería haber permitido que se fuera conmigo, ya que ahora sé que no podré dejarla marchar. Primero tengo que enseñarle algunas cosas. Ahora es obligado. Tengo que enseñárselo todo. Al final es posible que acabe saliendo escamada, pero al menos podrá volver a su casa, a Carolina del Norte, con algún aliciente más en la vida.

Le cojo la caja de zapatos de las manos, le pongo la tapa y la dejo encima de la bolsa de deporte abierta. Me mira mientras abro el cajón de arriba de la cómoda y saco unos cuantos bóxers y pares de calcetines que también echo a la bolsa. Los artículos de higiene están en el coche, en la bolsa que me traje en el autobús.

Me echo la bolsa al hombro y miro a Camryn.

—¿Estás lista?

—Supongo —responde.

—¿Cómo que «supongo»? —pregunto acercándome a ella—. O lo estás o no lo estás.

Me sonrío con esos bonitos ojos azules cristalinos.

—Sí, estoy lista, segura.

—Bien, pero ¿por qué has dudado?

Ella sacude la cabeza levemente para decir que me equivoco.

—No ha sido duda —aclara—. Es sólo que todo esto es... extraño, ¿sabes? Pero en el buen sentido.

Da la impresión de que intenta desenmarañar algo en la cabeza. Está claro que tiene un buen berenjenal ahí dentro.

—Tienes razón —convengo—. Sí es algo extraño..., bueno, es muy extraño, porque no es normal, se sale de lo establecido. —La escudriño, obligándola a mirarme—. Pero de eso precisamente se trata.

Su sonrisa se ilumina, como si mis palabras le recordaran algo.

Asiente y dice con cierto aire de diversión e impaciencia:

—Entonces, ¿a qué estamos esperando?

Salimos al pasillo y justo antes de bajar la escalera me paro.

—Espera un segundo.

Se detiene en el arranque de la escalera y me vuelvo, paso por delante de mi cuarto y voy al de Aidan. Su habitación es tan triste como la mía. Veo su guitarra acústica apoyada contra la pared del fondo, voy hacia ella, la cojo por el mástil y la saco.

—¿Tocas la guitarra? —pregunta Camryn mientras bajamos la escalera.

—Sí, algo.

CAMRYN

Andrew lanza la bolsa al asiento trasero junto con su otra bolsa, más pequeña, y la mía y mi bolso. Sin embargo, trata algo mejor la guitarra, que deja con cuidado sobre el asiento. Nos subimos al coche negro retro (con dos franjas blancas paralelas que atraviesan el capó por el centro) y cerramos la puerta a la vez.

Me mira.

Lo miro.

Mete la llave en el contacto y el Chevelle cobra vida con un rugido.

No puedo creer que esté haciendo esto. No siento miedo ni estoy preocupada ni tengo la sensación de que debería ponerle fin a esto ahora mismo e irme a casa. Creo que estoy haciendo bien; por primera vez en muchísimo tiempo siento que mi vida vuelve a estar encarrilada, sólo que va por un camino muy diferente, uno que no sé adónde me llevará. No puedo explicarlo..., sólo puedo decir lo que he dicho: que creo que estoy haciendo bien.

Andrew pisa el acelerador cuando entramos en el acceso de la 87 en dirección sur.

Me gusta ver cómo conduce, la naturalidad con que lo hace incluso cuando acelera para adelantar a unos cuantos conductores lentos. No da la impresión de que intente fardar cuando zigzaguea entre los coches, sino tan sólo que es un acto reflejo. Me sorprende mirándole de reojo de vez en cuando el musculoso brazo derecho mientras su mano controla el volante. Y mientras recorro con la vista el resto de su anatomía, vuelvo a preguntarme de inmediato cómo será ese tatuaje que oculta bajo la camiseta azul marino que tan bien le sienta.

Hablamos de todo un poco durante un rato: de que la guitarra es de Aidan y que Aidan probablemente se ponga hecho una furia si se entera de que Andrew se la ha llevado. Pero a él le da lo mismo.

—Una vez me robó los calcetines —argumentó Andrew.

—¿Los *calcetines*? —repetí con cara de perplejidad.

Y él me miró con una expresión que decía: «A ver, calcetines, guitarras, desodorante..., lo que es de uno es de uno».

Me entró la risa, me seguía pareciendo ridículo, pero me resultó fácil pasárselo.

También entablamos una conversación profunda sobre el misterio de los zapatos descabalados que se encuentran en los arcones de las autopistas de todo Estados Unidos.

—La novia que se cabreó y tiró las cosas de su novio por la ventanilla —aventuró Andrew.

—Sí, es una posibilidad —admití—, pero creo que muchos de ellos son de autoestopistas, porque casi todos están hechos polvo.

Me miró con cara rara, como si esperase el resto.

—¿Autoestopistas?

Asentí.

—Sí, andan mucho, así que me imagino que se les gastan en seguida los zapatos. Van caminando, les duelen los pies y ven un zapato (probablemente es uno de los que tiró esa novia enfadada) —lo señalo para incluir su teoría—, y al ver que está en mejor estado que los que llevan puestos, se lo quedan y dejan uno suyo.

—Eso es una tontería —espetó él.

Abro la boca con aire ofendido.

—¡Podría ser! —Me río, y le doy en el brazo.

Él me sonrío sin más.

Y seguimos dándole vueltas y más vueltas, los dos inventando una teoría más absurda incluso que la anterior.

No recuerdo cuál fue la última vez que me reí tanto.

Finalmente llegamos de nuevo a Denver casi dos horas más tarde. Es una ciudad muy bonita, con esas vastas montañas de fondo que parecen nubes blancas en los

picos, extendidas por el radiante horizonte azul. Aún es bastante temprano y el sol ya pega con fuerza.

Cuando llegamos al corazón de la ciudad, Andrew reduce la velocidad a sesenta por hora.

—Tú me dirás por dónde —pide cuando nos dirigimos a otro acceso.

Mira hacia tres direcciones y luego a mí.

Pillada desprevenida, mis ojos sopesan las distintas rutas, y cuanto menos falta para que tengamos que decidir por dónde meternos, más despacio conduce él.

Cincuenta y cinco kilómetros por hora.

—¿Y bien? —inquire, en los vivos ojos verdes un leve atisbo de burla.

¡Estoy tan nerviosa...! Es como si me pidieran que decidiera qué cable cortar para desactivar una bomba.

—¡No lo sé! —grito, pero mis labios esbozan una amplia y nerviosa sonrisa.

Treinta kilómetros por hora. La gente nos pita, y un tipo en un coche rojo pasa zumbando y nos enseña el dedo corazón.

Veinte kilómetros por hora.

¡Ahhh! ¡No soporto la espera! Me entran ganas de reír a carcajadas, pero la risa está atrapada en la garganta.

Bocinazos. Bocinazos. «¡Que te den!», «¡Quita de en medio, capullo!».

A Andrew le resbala, no deja de sonreír en ningún momento.

—¡Por ahí! —exclamo al final levantando la mano y señalando la salida del este. Suelto una carcajada y me escurro en el asiento para que nadie más pueda verme, de la vergüenza que me da.

Andrew pone el intermitente y se sitúa en el carril de la izquierda con facilidad, entre dos coches. Pasamos en ámbar el semáforo, justo antes de que se ponga en rojo, y en cuestión de segundos estamos en otra autopista y Andrew pisa el acelerador. No tengo idea de adónde nos dirigimos, sólo que vamos hacia el este, pero sigue estando en el aire adónde exactamente.

—No ha sido tan difícil, ¿a que no? —dice mirándome de reojo con una sonrisa.

—Bastante divertido —contesto, y dejo escapar una risotada estridente—. Has cabreado bien a esa gente.

Le quita importancia encogiéndose de hombros.

—Todo el mundo tiene demasiada prisa. Dios te libre si respetas el límite de velocidad, puede que te linchen.

—Pues sí —convengo, y miro al frente por el parabrisas—. Aunque tengo que confesar... que por regla general yo soy una de ellos. —Me da vergüenza admitirlo.

—Ya, a veces yo también.

De pronto se hace el silencio, y es el primer momento así en que los dos reparamos. Me pregunto si él pensará lo mismo, si se preguntará cosas de mí y querrá preguntar igual que yo siento curiosidad por saber tantas cosas de él. Es uno de esos momentos inevitables, que casi siempre abren la puerta de la etapa en que dos personas empiezan de verdad a conocerse.

Es muy distinto de cuando estábamos juntos en el autobús. Entonces creíamos que el tiempo con el que contábamos era limitado y que, si no íbamos a volver a vernos, no había ninguna razón para que nos metiéramos en el terreno de lo personal.

Pero las cosas han cambiado, y todo lo que nos queda es lo personal.

—Cuéntame más cosas de tu mejor amiga, Natalie.

Mantengo los ojos fijos en la carretera varios segundos largos y tardo en contestar, porque no estoy segura de qué parte contar de ella.

—Eso si aún es tu mejor amiga —añade Andrew, presintiendo la animosidad.

Lo miro.

—Ya no lo es. Su novio le tiene sorbido el seso, a falta de una explicación mejor.

—Estoy seguro de que tienes una explicación mejor —afirma mirando de nuevo la carretera—. Puede que lo que pase es que no quieras explicarlo.

Tomo una decisión.

—No, sí que quiero explicarlo, en serio.

Parece satisfecho, pero se muestra respetuoso.

—La conozco desde segundo —empiezo—, y no pensé que nada pudiera acabar con nuestra amistad, pero me equivocaba de medio a medio. —Sacudo la cabeza, indignada, sólo de pensarlo.

—Bueno, y ¿qué pasó?

—Escogió a su novio en vez de a mí.

Creo que se esperaba una explicación mejor, y yo pretendía darle más, pero salió como salió.

—¿La hiciste elegir? —pregunta con una ceja ligeramente arqueada.

Me vuelvo para mirarlo.

—No, qué va, para nada. —Profiero un suspiro largo y pesado—. Damon (su novio) me pilló a solas una noche, intentó besarme y me dijo que le gustaba. Y después Natalie me llamó cerda mentirosa y me dijo que no quería volver a verme.

Andrew hace uno de esos gestos afirmativos largos y contundentes para demostrar que ahora lo entiende.

—Una chica insegura —determina—. Probablemente lleve con él bastante tiempo, ¿no?

—Sí, unos cinco años.

—Esa amiga tuya te cree, ¿sabes?

Lo miro con aire de confusión.

Y él asiente.

—Te cree. Piénsalo, te conoce casi desde siempre. ¿De verdad crees que tirarías por la borda una amistad así porque no te creyó?

Sigo confusa.

—Pero lo hizo —digo sin más—. Eso es exactamente lo que hizo.

—No —opina él—, no es más que una reacción, Camryn. No quiere creerlo, pero en el fondo sabe que es verdad. Sólo necesita tiempo para pensarlo y ver las cosas como son. Ya cambiará de idea.

—Pues cuando lo haga puede que a mí ya no me interese.

—Puede —contesta, pone el intermitente derecho y cambia de carril—, pero no creo que seas de éstas.

—¿De las que no perdonan? —digo.

Él asiente.

Adelantamos a toda velocidad a un tráiler que va a paso de tortuga y nos situamos delante.

—No lo sé —dudo, ya no tengo ninguna seguridad—, ya no soy la de antes.

—Y ¿cómo eras antes?

De eso tampoco estoy segura. Tardo un segundo en dar con la forma de no mencionar a Ian.

—Antes era divertida y abierta y... —me río de pronto al recordar— solía meterme desnuda en un lago helado en invierno.

En el atractivo rostro de Andrew se dibuja una sonrisa curiosa, enérgica.

—Caray —dice—, lo estoy viendo...

Le doy otra vez en el brazo sin dejar de sonreír. Él finge que le duele, pero sé que no es así.

—Era para recaudar fondos para el hospital de mi ciudad —explico—, lo hacen todos los años.

—¿¡Desnuda?! —Parece completamente perplejo, además de sonreír al pensarlo.

—A ver, no desnuda del todo —preciso—, pero con una camisetita y unos pantalones cortos en pleno invierno es como si fueras desnuda.

—Mierda, cuando llegue a casa creo que me apuntaré para recaudar fondos para el hospital —asegura dando una palmada en el volante—. No sabía lo que me estaba perdiendo.

Reprime un poco la sonrisa y me mira.

—Y ¿por qué ya no lo haces?

«Porque Ian fue quien me convenció de que lo hiciera y con quien lo hice dos años».

—Lo dejé hace alrededor de un año..., una de esas cosas que uno acaba dejando.

Me da que no se cree que la cosa termine ahí, así que paso a algo distinto para despistarlo.

—¿Y tú? —pregunto, volviéndome para dedicarle toda mi atención—. Cuéntame alguna locura que hayas hecho.

Andrew frunce la boca, pensativo, la vista puesta en la carretera. Adelantamos a otro tráiler y nos ponemos delante. Hay menos tráfico a medida que nos vamos alejando de la ciudad.

—Una vez fui subido en el capó de un coche en marcha..., pero más que una locura fue una estupidez.

—Sí, es bastante estúpido.

Levanta la mano izquierda y deja a la vista la cara interna de la muñeca.

—Me caí del puto coche y me abrí la muñeca a lo bestia.

Observo la cicatriz de cinco centímetros que le recorre la piel desde la base del pulgar hasta el brazo.

—Salí rodando por la carretera. Me abrí la cabeza. —Señala la parte posterior derecha de la cabeza—. Me dieron nueve puntos, además de los dieciséis de la muñeca. No lo volveré a hacer.

—Eso espero —digo con seriedad, aún intentando verle la cicatriz entre el pelo castaño.

Cambia de mano en el volante y me coge la muñeca, situando su dedo índice sobre el mío para guiar el movimiento.

Me acerco a él, dejando que su mano dirija la mía.

—Justo... aquí —dice cuando la encuentra—. ¿La notas?

Su mano se separa de la mía, pero la observo un instante.

Volviendo a centrarme en su cabeza, alzo la vista y paso la punta del dedo por una tira lisa desigual que se nota con claridad en el cuero cabelludo y a continuación aparto el corto cabello con los dedos. La cicatriz medirá unos tres centímetros. Le paso el dedo una vez más y lo retiro a regañadientes.

—Imagino que tendrás un montón de cicatrices —comento.

Él sonríe.

—No demasiadas; tengo una en la espalda de cuando Aidan me dio con una cadena de bicicleta, la hacía girar como si fuera un látigo.

Hago una mueca de dolor y aprieto los dientes.

—Y cuando tenía doce años y llevaba a Asher en el manillar de la bici me di contra una piedra. La bici salió despedida y nos lanzó a los dos sobre el hormigón. —Se señala la nariz—. Yo me partí la nariz, pero Asher se rompió un brazo y tuvieron que darle catorce puntos en el codo. Mi madre creyó que habíamos sufrido un accidente de coche y estábamos mintiendo para salvar el culo.

Sigo mirando esa nariz perfecta: no veo ninguna señal de que se la haya partido.

—También tengo una cicatriz rara con forma de L en el muslo, por dentro —continúa, y se señala la zona—. Pero ésa no te la voy a enseñar. —Sonríe y apoya ambas manos en el volante.

Me ruborizo, porque la verdad es que sólo he tardado dos segundos en imaginármelo bajándose los pantalones para enseñarme la marca.

—Me alegro —afirmo, y me inclino hacia el salpicadero para levantarme un poco la camiseta de Pitufina. Veo que me mira y noto algo en el estómago, pero lo paso por alto—. Un año, de acampada —cuento—, me tiré al agua desde unos peñascos y me di con una piedra: casi me ahogo.

Andrew frunce el entrecejo, estira la mano y desliza un dedo por la pequeña cicatriz de la cadera. Un escalofrío me recorre la espalda y la nuca, como si algo helador me corriera por la sangre.

También lo paso por alto, en la medida que puedo.

Dejo que la camiseta vuelva a su sitio y me apoyo en el asiento.

—Pues me alegro de que no te ahogaras. —Sus ojos se animan junto con su cara.

Le sonrío.

—Sí, habría sido una mierda.

—Pues sí.

Me despierto después de que haya oscurecido, cuando Andrew reduce la velocidad al pasar por un peaje. No sé cuánto he dormido, pero la sensación es de haberlo hecho toda la noche, a pesar de estar aovillada en el rincón del asiento con la cabeza contra la puerta. Debería intentar masajearme un par de músculos tensos, como cuando iba en el autobús, pero me siento bien.

—¿Dónde estamos? —pregunto mientras me tapo la boca con la mano para ocultar el bostezo.

—En Wellington, Kansas, en mitad de ninguna parte —responde—. Has dormido un buen rato.

Me desperezco del todo y dejo que los ojos y el cuerpo terminen de despertar. Andrew se mete por otra carretera.

—Supongo que sí, mejor de lo que dormí en el bus desde Carolina del Norte hasta Wyoming.

Miro las resplandecientes letras azules del equipo de música del coche: las 22.14. Suena una canción, el volumen bajo. Me recuerda a cuando lo conocí en el autobús. Sonríe para mis adentros, me da que se aseguró de bajar el volumen en el coche mientras yo dormía.

—¿Y tú? —me intereso volviéndome para mirarlo; la oscuridad le sume parte de la cara en la sombra—. Me siento rara diciéndotelo, porque es el coche de tu padre, pero si quieres puedo conducir yo.

—Pues no te sientas rara —repite—, sólo es un coche. Una joya antigua por la que mi padre sería capaz de colgarte de un ventilador si se enterara de que la has conducido, pero yo no tendría ningún problema en que lo hicieras.

Hasta en la sombra veo que la parte derecha de su boca dibuja una sonrisa traviesa.

—Bueno, ya no estoy muy segura de querer hacerlo.

—Se muere, ¿te acuerdas? ¿Qué iba a hacer?

—No tiene gracia, Andrew.

Él lo sabe. Soy plenamente consciente del juego al que está jugando consigo mismo, siempre buscando algo que lo ayude a lidiar con lo que está pasando, pero sin conseguirlo. Me pregunto cuánto más podrá seguir así. Las bromas desafortunadas se acabarán agotando, y no sabrá qué hacer.

—Pararemos en el próximo motel —informa mientras entra en otra carretera—. Dormiré un poco.

Me mira de reojo.

—En habitaciones distintas, por supuesto.

Me alegro de que haya liquidado esa parte tan de prisa. Puede que esté cruzando Estados Unidos a solas con él y no sea la mejor idea, pero no creo que además pueda compartir habitación con él.

—Muy bien —apruebo, y estiro los brazos delante con los dedos entrelazados—. Necesito darme una ducha y cepillarme los dientes durante una hora seguida.

—Ahí sí que no tengo nada que objetar —bromea.

—Oye, que a ti tampoco es que te huela el aliento a rosas.

—Lo sé —reconoce, se lleva una mano ante la boca y echa el aliento—. Es como si me hubiera comido el guiso de mierda que prepara mi tía todos los años por Acción de Gracias.

Suelto una risotada.

—Mala elección de palabras —apunto—. ¿Guiso de mierda? ¿En serio? —Lo pienso un instante y noto una arcada.

Andrew también se ríe.

—Pues podría serlo perfectamente. Quiero a mi tía Deana, pero desde luego lo

suyo no es la cocina.

—Me recuerda a mi madre.

—Debe de ser una mierda —comenta mirándome de reojo—. Criarte a base de fideos y comida de microondas.

Sacudo la cabeza.

—No, aprendí a cocinar. No como comida basura, ¿recuerdas?

La tenue luz gris de las farolas de la calle ilumina el rostro risueño de Andrew.

—Ya, es verdad —contesta—, nada de hamburguesas sangrientas ni patatas fritas grasosas para Miss Tortitas de Arroz.

Pongo cara de asco, poniendo en duda su teoría sobre las tortitas de arroz.

Minutos después entramos en el aparcamiento de un pequeño motel de dos plantas, de esos cuyas habitaciones dan al exterior en lugar de a un corredor interior. Nos bajamos y estiramos las piernas —Andrew estira las piernas, los brazos, el cuello, básicamente el cuerpo entero—, luego cogemos las bolsas del asiento de atrás. La guitarra la deja.

—Cierra la puerta —pide, señalándola.

Entramos en el vestíbulo y nos recibe un olor a bolsas de aspiradora llenas y café.

—Dos individuales contiguas, si es posible —pide Andrew mientras se saca la cartera del bolsillo trasero.

Me echo el bolso delante y saco la carterita con cremallera.

—Yo me pago la mía.

—No, ya pago yo.

—En serio, no, déjame pagar.

—He dicho que no, ¿vale? Así que guárdate la cartera.

Lo hago de mala gana.

La mujer de mediana edad con el pelo rubio entrecano recogido en un moño desaliñado nos mira con cara inexpresiva. Se pone a teclear en el ordenador para ver qué habitaciones hay disponibles.

—¿Fumadores o no fumadores? —inquire mirando a Andrew.

Veo que sus ojos le recorren los musculosos brazos mientras él saca la tarjeta de crédito.

—No fumadores.

Tap, tap, tap. Clic, clic, clic. Ya el teclado, ya el ratón.

—Las únicas individuales que me quedan juntas son una de fumador y una de no fumador.

—Vale —acepta Andrew mientras le da una tarjeta.

Ella se la coge de entre los dedos sin perder de vista ni uno solo de los movimientos de su mano hasta que ésta desaparece de su vista bajo el mostrador.

«Zorra».

Después de pagar y de que nos dé la llave de las habitaciones, salimos al coche y Andrew coge la guitarra del asiento trasero.

—Debería haberte preguntado antes de venir aquí —observa mientras caminamos a la par—, pero si tienes hambre puedo subir la calle y traerte algo de comer.

—No, estoy bien. Gracias.

—¿Estás segura?

Me mira.

—Sí, no tengo nada de hambre, pero, si me entra, sacaré algo de la máquina.

Andrew desliza la llave por la ranura de la primera puerta y aparece una luz verde. Después la puerta se abre.

—Pero esas cosas sólo tienen azúcar y grasa —advierte, recordándome la conversación que mantuvimos en su momento sobre la comida basura.

Entramos en la habitación, que es bastante anodina, con una cama sencilla contra

un cabecero de madera afianzado a la pared. La colcha es marrón, fea, y me produce terror. El cuarto en sí huele a limpio y no está mal, pero nunca he dormido en un motel sin quitar antes la colcha de la cama. A saber qué tendrá o cuándo fue la última vez que la lavaron.

Andrew respira hondo para oler bien la habitación.

—Ésta es la de no fumadores —asegura, y echa un vistazo como para inspeccionarla—. Es la tuya.

Deja la guitarra en el suelo, apoyada en la pared, y entra en el pequeño cuarto de baño, enciende la luz, comprueba que el ventilador funciona y luego se acerca a la ventana, al otro lado de la cama, y prueba el aire acondicionado. Después de todo, estamos a mediados de julio. A continuación va a la cama, retira con cuidado la colcha y examina las sábanas y las almohadas.

—¿Qué buscas?

Responde sin mirarme:

—Me aseguro de que está limpia. No quiero que duermas en una cama de mierda.

Me pongo roja como un tomate y ladeo la cara para que no me vea.

—Es un poco pronto para acostarse —dice mientras se aparta de la cama y coge la guitarra—, pero estoy cansado del viaje.

—Hombre, es que en teoría no has dormido desde que nos bajamos del bus en Cheyenne.

Dejo el bolso y la bolsa a los pies de la cama.

—Es verdad —replica—. Lo que significa que llevo en pie unas dieciocho horas. Joder, no me he dado ni cuenta.

—Es por el cansancio.

Va hacia la puerta, apoya la mano en el pomo plateado y la abre. Yo me quedo plantada a los pies de la cama. Es un momento raro, pero no dura mucho.

—Bueno, pues te veo por la mañana —informa desde el umbral—. Estoy aquí al lado, en la 110, así que si necesitas algo dilo, llama a la puerta o da unos golpes en la pared.

Su cara es toda amabilidad y sinceridad.

Asiento y sonrío a modo de respuesta.

—Bueno, pues buenas noches —me dice.

—Buenas noches.

Y se va, cerrando la puerta con suavidad al salir.

Después de pensar en él distraídamente un segundo, reacciono y busco algunas cosas en la bolsa. Ésta será la primera ducha que me dé en un par de largos días. Se me cae la baba sólo de pensarlo. Saco unas bragas limpias, mis pantalones cortos blancos de algodón preferidos y una camiseta de la universidad con rayas rosas y azules en las mangas tres cuartos. Luego doy con el cepillo de dientes, la pasta y el Listerine y me dirijo con todo ello al cuarto de baño. Me desvisto, contenta de quitarme una ropa con la que llevo días y que dejo amontonada en el suelo. Me miro al espejo. Dios mío, ¡estoy horrible! El maquillaje se me ha ido, ya casi no llevo rímel. De la trenza se me han salido más mechones rebeldes de pelo rubio, que tengo pegado en un lado de la cabeza todo enmarañado.

No puedo creer que vaya por ahí con Andrew con esta pinta.

Me quito la goma para soltarme la trenza y me paso los dedos por el pelo. Primero me lavo los dientes y me dejo en la boca el Listerine de menta hasta mucho después de que deja de picar.

La ducha me sienta divinamente. Me quedo una eternidad, dejando que el agua caliente me acribille hasta que no la aguanto más y empiezo a notar que me quedo dormida de pie. Lo lavo todo. Dos veces. Porque puedo y porque hace mucho que no lo hacía. Finalmente me paso la cuchilla, encantada de deshacerme de la pelambreira

asquerosa que empezaba a tener en las piernas. Y por último cierro los chirriantes grifos y echo mano de la toalla blanca del motel que alguien ha doblado pulcramente y ha dejado en una repisa sobre el retrete.

Oigo la ducha en la habitación de al lado, la de Andrew, y me sorprende aguzando el oído. Me lo imagino allí, sólo duchándose, sin que haya nada sexual o perverso en ello, aunque no sería nada difícil imaginar algo así. Pienso en él en general, en lo que estamos haciendo y por qué. Pienso en su padre y me parte el corazón nuevamente saber lo mal que lo está pasando Andrew y que no pueda hacer nada para ayudarlo. Al cabo, me obligo a volver a mí, a mi vida y a mis preocupaciones, que no son nada en comparación con las de Andrew.

Espero que no me vea obligada a contarle mis problemas y las cosas que me llevaron a emprender ese viaje en autobús a ninguna parte, porque me sentiré idiota y egoísta. Mis problemas no son nada en comparación con los suyos.

Me meto en la cama con el pelo mojado, desenredándomelo con los dedos. Enciendo la tele —no estoy nada cansada, ya que he venido dormida casi todo el trayecto desde Denver—, echo un vistazo a los canales y al final me decido por una película cualquiera en la que aparece Jet Li. Más por tener algo de fondo que por otra cosa.

Mi madre ha llamado cuatro veces y ha dejado cuatro mensajes.

Sigo sin saber nada de Natalie.

—¿Qué tal te va en Virginia? —pregunta mi madre—. Espero que te lo estés pasando genial.

—Sí, esto está genial. ¿Y tú?

Mi madre suelta una risita en el otro extremo del teléfono que me repele instintivamente. Está con un hombre. Por favor, espero que no esté hablando conmigo metida en la cama, desnuda, con un tío chupándole el cuello.

—He sido buena, cariño —asegura—. Sigo con Roger, el próximo fin de semana nos vamos al crucero del que te hablé.

—Qué bien, mamá.

Otra risita.

Arrugo la nariz.

—Bueno, cariño, tengo que irme (¡para, Roger!). —Más risas. Voy a vomitar—. Sólo quería saber cómo estabas. Llámame mañana, anda, y me pones al día, ¿vale?

—Vale, mamá. Te quiero.

Colgamos y dejo caer el teléfono en la cama. Luego me recuesto en las almohadas, pensando en el acto en que Andrew está en la habitación de al lado. Puede que tenga la cabeza apoyada en la misma pared. Hago un nuevo barrido por los canales, hasta pasar por lo menos cinco veces por cada uno, y me doy por vencida.

Me pongo más cómoda y observo la habitación.

El sonido de la guitarra de Andrew me saca del ensimismamiento, y me incorporo despacio para oírlo mejor. Es algo tranquilo, entre la reflexión y el lamento. Y, cuando llega el estribillo, el tempo aumenta un pelín, sólo para volver al lamento en la frase siguiente. Es precioso.

Lo escucho los quince minutos siguientes y luego se hace el silencio. Nada más oírlo, apagué la tele, y ahora todo lo que oigo es un goteo continuo del lavabo y un coche que entra de vez en cuando en el aparcamiento del motel.

Me duermo y vuelve el sueño:

Esa mañana no me llegó la serie habitual de mensajes de Ian antes de levantarme. Probé a llamarlo, pero el teléfono sonó y sonó y no saltó el buzón de voz. Y cuando llegué al instituto, Ian no estaba.

Todo el mundo me miraba cuando iba por los pasillos. Algunos no podían hacerlo a la cara. Jennifer Parsons rompió a llorar cuando pasé por delante de su taquilla, y otro

grupo de chicas, animadoras, me miraron con cara de rechazo, como si tuviera algo contagioso. Yo no sabía qué estaba pasando, pero era como si hubiese entrado en una extraña realidad paralela. Nadie me decía nada, pero estaba más que claro que todo el puñetero instituto sabía algo que yo ignoraba. Y era malo. Nunca he tenido enemigos, sólo a veces algunas de las animadoras se ponían celosas porque Ian me quería y no les dirigía la palabra. ¿Qué puedo decir? Ian Walsh estaba más bueno que el quarterback estrella, y a nadie, ni siquiera a Emily Derting, la chica más rica del instituto Millbrook, le importaba que Ian no tuviera mucho y que aún lo llevaran en coche al instituto sus padres.

Así y todo, Ian le gustaba.

Le gustaba a todo el mundo.

Seguí hasta mi taquilla, confiando en ver pronto a Natalie para que quizá ella pudiera decirme qué estaba pasando. Remoloneé en la taquilla más que de costumbre, esperando que apareciera. Fue Damon quien me encontró y me contó lo que había sucedido. Me llevó aparte, al hueco donde estaban los surtidores de agua. El corazón me aporreaba el pecho. Supe que algo iba mal cuando me levanté esa mañana, antes incluso de que me diera cuenta de que no tenía ningún mensaje de Ian. Me sentí... rara. Fue como si lo supiera...

—Camryn —dijo Damon, y supe en ese mismo instante que lo que iba a contarme era serio, porque él y Natalie siempre me llaman Cam—. Ian tuvo un accidente anoche...

Noté que me faltaba el aire, y me llevé las dos manos a la boca. Las lágrimas me abrasaban la garganta y me corrían por la cara.

—Ha muerto esta mañana temprano, en el hospital.

Damon hacía un gran esfuerzo para contármelo, pero el dolor de su cara era inconfundible.

Clavé la vista en él lo que me pareció una eternidad, hasta que no pude tenerme en pie y me derrumbé en sus brazos. Lloré y lloré hasta enfermar, y finalmente Natalie nos encontró y entre los dos me llevaron a ver a la enfermera.

Despierto de la pesadilla sudando, con el corazón desbocado. Aparto la sábana y me siento en mitad de la cama con las piernas encogidas, pasándome las manos por la cabeza, y profiero un largo suspiro. Dejé de tener ese sueño hace mucho. De hecho, fue el último sueño que recuerdo haber tenido. ¿Por qué ha vuelto?

Me asusta un ruidoso aporreamiento en la puerta.

—¡DESPIERTA, BELLA DURMIENTE! —exclama armoniosamente Andrew desde el otro lado.

Ni siquiera me acuerdo de cuándo volví a quedarme dormida después del sueño. El sol entra por una rendija entre las cortinas, concentrándose en la moqueta color café justo debajo de la ventana. Me levanto y, después de quitarme de la cara el pelo alborotado, voy a abrir la puerta antes de que despierte a todo el motel.

Me mira embobado cuando abro.

—Joder —dice repasándome con la mirada—, ¿qué coño intentas hacerme?

Me miro, tratando de sacudirme la pereza del todo, y me doy cuenta de que llevo puestos los pantaloncitos blancos de algodón y la camiseta sin sujetador. Dios mío, los pezones se me marcan en la camiseta, ¡son como dos faros! Cruzo los brazos e intento no mirarlo a los ojos cuando entra sin más.

—Iba a decirte que te vistieras —continúa, sonriendo mientras entra en la habitación con las bolsas y la guitarra—, pero la verdad es que si quieres puedes ir tal y como estás.

Meneo la cabeza, ocultando la sonrisa que asoma a mi cara.

Se deja caer en la silla que hay al lado de la ventana y deja sus cosas en el suelo. Lleva unos pantalones cargo cortos color café que le llegan justo por debajo de la

rodilla, una camiseta gris oscura lisa y esas zapatillas de deporte bajas, negras, con calcetines de esos que no se ven o sin calcetines. Me fijo en el tatuaje del tobillo: parece una especie de dibujo celta circular, justo sobre el hueso. Y está claro que tiene piernas de corredor, las pantorrillas desarrolladas y los músculos marcados.

—Espera que me prepare —pido mientras voy hacia la bolsa, que está en el mueble alargado donde descansa el televisor en el otro extremo.

—¿Cuánto vas a tardar? —pregunta, y capto un dejo de interrogación en su voz.

Al recordar lo que dijo en casa de su padre, pienso primero lo que voy a contestar y sopeso mis opciones: ¿mi media hora de siempre o el *me pongo lo primero que pille y listo?*

Él me ayuda a resolver el dilema:

—Tienes dos minutos.

—¿Dos minutos? —repito.

Él asiente, risueño.

—Ya me has oído: dos minutos. —Levanta dos dedos y los mueve—. Accediste a hacer lo que yo dijera, ¿recuerdas?

—Ya, pero pensé que sería alguna locura del tipo hacer un calvo desde un coche en marcha o comer bichos.

Enarca una ceja y mete la barbilla como si acabara de darle dos ideas.

—Con el tiempo le enseñarás el culo a alguien desde un coche y te comerás un bicho, todo se andará.

«¿Qué coño acabo de hacer?».

Echo la cabeza hacia atrás en señal de oposición y vergüenza y me llevo las manos a las caderas.

—Si te crees que voy a... —Me doy cuenta de que su sonrisa ahora es algo más del tipo colegial pícaro, me miro y caigo en que los brazos ya no me cubren los pezones, que se marcan orgullosos a través de la fina camiseta. Suelto un bufido y me quedo con la boca abierta—. ¡Andrew!

Él baja la cabeza fingiendo estar avergonzado, pero lo único que consigue con esa forma de mirarme con los párpados caídos es parecer más zorro aún.

«Es que es un bombonazo...»

—Eh, que eres tú la que prefiere quejarse de las reglas básicas a quitar de mi vista tu delantera: debería advertirte de que mis ojos tienen vida propia.

—Sí, y apuesto a que no es lo único tuyo que tiene vida propia. —Sonríe y cojo la bolsa para, a continuación, entrar descalza en el cuarto de baño y cerrar la puerta.

Cuando me miro en el espejo veo que mi sonrisa es como una de esas fotos de estudio cursis de los ochenta.

Vale, dos minutos. Me pongo el sujetador y los vaqueros pitillo de prisa y corriendo, dando saltitos para que me pasen del culo. Cremallera. Botón. Me cepillo los dientes a fondo. Un poco de Listerine. Enjuague. Gárgaras. Lo escupo. Me desenredo el pelo y me hago una trenza de cualquier manera que dejo caer sobre el hombro derecho. Un poco de base y una capa ligera de polvos. Rímel negro, porque el rímel es el elemento más importante del arsenal de maquillaje. Lápiz de la...

¡POM! ¡POM! ¡POM!

—¡Tus dos minutos han terminado!

Me pinto los labios de todas formas y me quito el exceso con un poco de papel higiénico.

Sé que Andrew está sonriendo al otro lado de la puerta, y cuando la abro un segundo más tarde compruebo que tenía razón: está con los dos brazos levantados por encima de la cabeza, apoyados en la jamba. Al tener los brazos en alto, la camiseta se le ha subido, dejando a la vista parte de la marcada tableta de chocolate. Una fina línea de vello le baja desde el ombligo y se pierde bajo los pantalones cortos.

—¿Lo ves? Mírate. —Silba mientras me impide el paso, pero está claro que de nosotros dos no es a mí a quien miro—. Lo sencillo es sexy.

Lo empujo, aprovechando la oportunidad perfecta para ponerle las manos en el pecho, y me deja pasar.

—No sabía que intentaba estar sexy para ti —afirmo de espaldas mientras meto en la bolsa la ropa con la que he dormido.

—Vaya, pero mírala —continúa—: sencilla, sexy y desorganizada. Me siento orgulloso.

Ni siquiera me he dado cuenta: he metido la ropa en la bolsa sin tan siquiera pensar en doblarla. Así que lo de mi manía del orden no es clínico; sólo soy de las que creen que lo son por ser metódicas en algunas cosas. Así y todo, doblar la ropa y tratar de ser cuidadosa es algo que he hecho desde que tenía unos once años.

ANDREW

Hablando de frustración sexual a primera hora de la mañana... Voy a tener que cortarme un poco con ella o empezará a pensar que es lo que en realidad ando buscando. En cualquier otro momento, con cualquier otra chica, ya habría salido de la cama para tirar el condón en el cuarto de baño, pero con Camryn es distinto. Duro (sí, la coña es intencionada), pero voy a tener que procurar dejar el flirteo. Este viaje es importante, para los dos. Sólo tengo un intento para hacer las cosas bien, y no quiero cagarla.

—¿Y? ¿Qué toca ahora en este viaje espontáneo? —pregunta.

—Lo primero es desayunar —decido al tiempo que cojo mis bolsas—, pero supongo que no sería espontáneo si tuviera un plan.

Ella coge el móvil de la mesilla, mira a ver si tiene algún mensaje o alguna llamada y se lo mete en el bolso.

Nos vamos.

Entra en escena la Camryn cabezota, quejica:

—Por favor, Andrew. No puedo comer en esos sitios —dice desde su asiento.

La población es pequeña, y casi todos los locales son de comida rápida o no están abiertos tan pronto.

—En serio —insiste, poniendo una carita que hace que me den ganas de cogérsela entre las manos y ponerla perdida de babas hasta que chille y finja que es lo más asqueroso del mundo—. A no ser que quieras a una compañera de viaje coñazo, que vaya sujetándose el estómago porque tiene náuseas y se esté quejando a la hora siguiente, será mejor que no me hagas comer eso, y menos aún tan pronto.

Echo la cabeza hacia atrás y aprieto los labios mientras la miro.

—Vamos, no seas exagerada.

Aunque empiezo a pensar que no lo está siendo.

Camryn sacude la cabeza, apoya el codo en la puerta del coche y se lleva el pulgar a los labios.

—Que no, que lo digo en serio: siempre que como comida rápida me pongo mala. No intento ser difícil, de verdad, me supone un problema cuando salgo por ahí con mi madre o con Natalie, porque tienen que molestarse en encontrar un sitio para comer que no me deje hecha polvo.

Vale, así que no es un cuento.

—Está bien, lo último que quiero es que te pongas enferma —río con ligereza—, así que avanzaremos un poco y ya encontraremos otra cosa por el camino. Dentro de unas horas habrá más sitios abiertos.

—Gracias.

Sonríe dulcemente.

«De nada...»

Dos horas y media después, estamos en Owasso, Oklahoma. Camryn mira el inmenso logo amarillo y negro del restaurante y creo que sopesa si quiere comer ahí o no.

—En realidad sólo hay un sitio para desayunar —digo mientras aparco—, sobre todo en el sur: es un poco como los Starbucks, hay un Waffle House a cada paso.

Ella asiente.

—Creo que podré con esto. ¿Tienen ensaladas?

—A ver, me he conformado con no obligarte a comer comida grasienta —ladeo la cabeza y me vuelvo en el asiento—, pero de ensaladas, nada.

Ella frunce los labios y se muerde la boca. Luego dice, asintiendo:

—Vale, no me pediré una ensalada, aunque las ensaladas pueden llevar pollo y un montón de cosas buenas que alguien como tú ni se imaginaría.

—No. Así que déjalo —aseguro con resolución, y acto seguido lo demuestro

echando un tanto la cabeza hacia atrás—. Vamos, ya he esperado un buen rato para comer. Me muero de hambre. Y cuando tengo hambre, me pongo de mal humor.

—Ya estás de mal humor —farfulla.

La cojo del brazo y tiro de ella. Intenta ocultar que se ha ruborizado.

Me encanta el olor del Waffle House: huele a libertad, a estar en carretera y saber que el noventa por ciento de la gente que come a tu lado también está en esa carretera. Camioneros, viajeros, aventureros: quienes no viven la vida monótona de la esclavitud social.

El restaurante está prácticamente lleno. Camryn y yo nos acomodamos en un reservado cerca de la parrilla más alejada de las grandes ventanas. El jukebox de rigor —símbolo de la cultura del Waffle House— está contra una de esas ventanas.

La camarera nos recibe con una sonrisa, de pie con una libreta en una mano y un boli en la otra listo para escribir, la punta sobre el papel.

—¿Café?

Miro a Camryn, que está inspeccionando la carta que tiene delante, en la mesa.

—Yo tomaré un té helado —pide.

La camarera lo anota y me mira.

—Café.

Asiente y va por las bebidas.

—Hay cosas que tienen buena pinta —opina Camryn mientras escudriña la carta con una mejilla apoyada en un puño. Va deslizando el dedo índice por el plástico y se detiene en la minúscula sección de ensaladas—. ¿Lo ves? Mira —alza la vista hacia mí—, tienen ensalada de pollo a la parrilla y ensalada de pollo con manzana y pacanas.

No puedo resistirme a esa mirada esperanzada en sus grandes ojos azules.

Me ablando. Sí, me ablando.

—Pide lo que quieras —digo con una expresión afectuosa—. En serio, no te lo echaré en cara.

Ella pestañea dos veces, un tanto asombrada al ver que he cedido tan fácilmente, y luego sus ojos me sonríen. Cierra la carta y la deja en el soporte de la mesa cuando la camarera vuelve con las bebidas.

—¿Sabéis ya lo que vais a pedir? —pregunta después de servirnos las bebidas. La punta del bolígrafo, como si nunca se moviera de ese sitio, sigue contra la libreta, a la espera de entrar en acción.

—Yo voy a tomar la tortilla Fiesta —pide Camryn.

Descubro una sonrisilla en su boca mientras sus ojos eluden los míos.

—¿Tostada o biscote? —pregunta la camarera.

—Biscote.

—¿Sémola, tortitas de patata o tomates?

—Tortitas de patata.

La mujer apunta el resto de Camryn y se centra en mí.

Espero un segundo y digo:

—Para mí la ensalada de pollo con manzana y pacanas.

La sonrisa de Camryn desaparece en el acto. Se queda helada. Le guiño un ojo y dejo la carta detrás de la de ella.

—Viviendo al límite, ¿eh? —comenta la camarera. Y arranca la hoja de arriba.

—Por hoy —le digo, y sacude la cabeza y se aleja.

—¿Qué coño...? —espeta Camryn, las manos extendidas con las palmas hacia arriba.

No se decide entre sonreír o mirarme con cara rara, así que acaba haciendo un poco de las dos cosas.

—Ya que tú estás dispuesta a comer algo por mí, supongo que yo puedo hacer lo mismo por ti.

—Sí, es sólo que no creo que vayas a tener suficiente con esa ensalada.

—Probablemente tengas razón —admito—, pero lo justo es justo.

Camryn hace un leve gesto de burla y apoya la espalda en el asiento.

—No será tan justo si luego empiezas a quejarte de que tienes hambre cuando estemos de nuevo en la carretera: tú mismo has dicho que te pones de mal humor cuando tienes hambre.

La verdad es que no podría ponerme de mal humor con ella, pero tiene razón: con la ensalada no tendré bastante. Y la lechuga me produce gases: está claro que no le hará ninguna gracia ir conmigo en el coche si me como esa mierda. Pero puedo hacerlo. Sólo espero poder comérmelo todo sin que alguna de las cien quejas que podría lanzar y que ya tengo en la punta de la lengua me delate.

Esto debería ser interesante.

Varios minutos después, la camarera le trae la comida a Camryn y me deja delante el sacrilegio que he pedido. Nos sirve más bebida, pregunta si necesitamos algo más y se va a atender a los otros clientes.

Camryn ya me está escudriñando.

Mira su plato, coloca el biscote al otro lado de las tortitas de patata y le da la vuelta al plato para dejar la tortilla delante. Yo cojo el tenedor y le doy unas cuantas vueltas a la ensalada, fingiendo, igual que ella, que la estoy preparando.

Nos miramos un instante, como si esperásemos a que el otro diga algo. Ella frunce los labios. Yo frunzo los labios.

—¿Y si cambiamos? —propone.

—Sí —respondo sin dudar, y nos cambiamos la comida.

A nuestra cara asoman sendas expresiones de alivio.

No es lo que habría pedido yo, pero es mejor que la lechuga.

A media comida —bueno, en su caso, porque yo ya he terminado—, pido una porción de tarta de chocolate y más café. Y seguimos hablando de la que era su mejor amiga, Natalie, de que Natalie es una bisexual tetuda que tiende a exagerar. Al menos es lo que saco en claro de lo que Camryn me cuenta de ella.

—Y ¿qué pasó después de lo del cuarto de baño? —quiero saber mientras como un poco de tarta.

—Después de eso no volví a entrar con ella en un servicio público —responde—. Nat no tiene vergüenza.

—Parece divertida —opino.

Camryn está pensativa.

—Lo era.

La estudio en silencio. Está absorta en algún recuerdo mientras pincha el último trozo de pollo de la ensalada. Mi tenedor hace ruido cuando tomo una decisión y lo dejo en el plato. Me limpio con la servilleta y salgo del reservado.

—¿Adónde vas?

Ella me mira.

Yo simplemente sonrío y me dirijo hacia el jukebox, junto a la ventana. Introduzco el dinero y echo un vistazo a los títulos. Al cabo escojo una canción y pulso los botones correspondientes. Mientras vuelvo empieza a sonar *Raisins in my toast*^[6].

Las tres camareras y el cocinero me lanzan una mirada furibunda, implacable. Me limito a sonreír.

Camryn está completamente inmóvil en el asiento, la espalda rígida, los ojos fijos en mí, y luego, cuando empiezo a hacer como que canto esa canción que parece de los años cincuenta, se escurre en el asiento, la cara más roja de lo que nunca se la he visto.

Me siento, sin parar de mover las caderas.

—Dios, Andrew, por favor, no la cantes.

Hago un esfuerzo ímprobo para no reírme, pero sigo cantando la canción con una sonrisa enorme estampada en la cara. Ella entierra la suya entre las manos, los menudos hombros cubiertos por una fina camiseta blanca, bajando y subiendo al reprimir la risa. Chasqueo los dedos al compás de la música como si llevara el pelo engominado y, cuando llega la voz aguda, la imito, la cara contraída al exagerar la emoción. Y también doy las notas más graves, bajando la barbilla al pecho y poniéndome serio. No paro de chasquear los dedos. Cuanto más me meto en la canción, tanta más emoción empiezo a ponerle. Y a la mitad, Camryn no puede contenerse más: suelta tal risotada entre dientes que se le saltan las lágrimas.

Para ahora se ha escurrido tanto en el asiento que tiene la barbilla casi a la altura del borde de la mesa.

Cuando la canción termina —para alivio de los empleados—, recibo un aplauso de la anciana que está sentada en el reservado detrás de Camryn. A nadie más le importa, pero a juzgar por la cara que pone Camryn cabría pensar que el restaurante entero está escuchando y riéndose de nosotros. Tiene mucha coña. Y ella es tan mona cuando se siente abochornada...

Apoyo los codos en la mesa y extendiendo los brazos, las manos entrelazadas.

—Vamos, que tampoco ha sido para tanto, ¿no? —me río.

Ella se pasa el dedo de lado por debajo de los ojos para quitarse el pequeño borrón negro que instintivamente sabe que tiene. Mientras se calma aún suelta alguna risotada más.

—Tú tampoco tienes vergüenza —asegura, riendo una vez más.

—Lo he pasado fatal, pero creo que me hacía falta.

Camryn se quita las zapatillas y pone los pies descalzos en el asiento del coche.

Volvemos a estar en la carretera, la dirección marcada únicamente por el dedo índice de ella. Nos dirigimos hacia el este por la 44, da la impresión de que vamos a atravesar la mitad inferior de Missouri.

—Me alegro.

Enciendo el reproductor de CD.

—Ah, no —bromea Camryn—, me pregunto cuánto nos vamos a remontar a los setenta esta vez.

Ladeo la cabeza y le sonrío.

—Esta canción es buena —afirmo mientras subo un poco el volumen y después tamborileo con los pulgares sobre el volante.

—Sí, la conozco —dice apoyando la cabeza en el asiento—. *Wayward son*.

—Casi —corrijo—: *Carry on wayward son*.

—Para el caso... no hacía falta que me corrigieras —apunta ella, fingiendo estar ofendida, aunque no le sale demasiado bien.

—Y ¿qué grupo es? —pregunto para ponerla a prueba.

Hace una mueca.

—No lo sé.

—Kansas —respondo, enarcando una ceja con aire intelectual—. Uno de mis preferidos.

—Dices lo mismo de todos. —Frunce los labios y pestañea.

—Puede —reconozco—, pero es verdad que las canciones de Kansas tienen mucha emoción. *Dust in the wind*, por ejemplo. No se me ocurre una canción mejor que hable de la muerte. Hace que se te quite el miedo.

—¿Hace que se te quite el miedo a morir? —pregunta ella, nada convencida.

—Sí, supongo. Es como si Steve Walsh fuera la muerte y te estuviera diciendo que no hay nada que temer. Joder, si pudiera escoger una canción para morir, ésa sería la primera de la lista.

Camryn parece desanimada.

—Demasiado morboso para mi gusto.

—Si lo miras así, supongo.

Ahora me mira de frente, los dos pies subidos al asiento, las piernas encogidas y el hombro y la cabeza apoyados en el respaldo. Y esa trenza dorada suya que tanto le suaviza el aspecto siempre en el lado derecho.

—*Hotel California* —propone—. The Eagles.

La miro. Estoy impresionado.

—Ésa es una canción clásica que me gusta.

Me hace sonreír.

—¿En serio? Es muy buena, de las que acojonan. Me hace sentir que estoy en una de esas viejas películas de terror en blanco y negro. Buena elección.

La verdad es que estoy muy impresionado.

Tamborileo un poco más con los pulgares sobre el volante al ritmo de *Carry on wayward son* cuando oigo un ruido sordo y un aleteo continuo que hace que deje muy despacio la carretera y pare en el arcén.

Camryn ya ha bajado los pies y mira alrededor del coche intentando descubrir qué es el ruido.

—¿Hemos pinchado? —pregunta, aunque suena a: «Hala, qué bien, hemos pinchado».

—Pues sí —contesto, aparco el coche y apago el motor—. Menos mal que llevo una rueda de repuesto en el maletero.

—¿Una de esas ruedas enanas y feas?

Me río.

—No, una de tamaño natural, con su llanta y todo, y prometo que hará juego con las otras tres.

Parece un poco aliviada, hasta que se da cuenta de que le estaba haciendo burla, y me saca la lengua y se pone bizca. No estoy seguro de por qué eso me ha dado ganas de montármelo con ella en el asiento de atrás, pero cada cual a lo suyo, supongo.

Pongo la mano en la puerta y ella vuelve a subir los pies al asiento.

—¿Por qué te pones tan cómoda?

Camryn me mira, sorprendida.

—¿Qué quieres decirme con eso?

—Ponte las zapas —pido al tiempo que las señalo con la cabeza—, mueve el culo y sal a ayudarme.

Abre más los ojos y se queda sentada como si esperara a que me ría y le diga que es coña.

—No... no sé cambiar una rueda —confiesa cuando se da cuenta de que no lo es.

—Sí que sabes cambiar una rueda —la corrijo, y se queda todavía más pasmada—. Lo has visto hacer cientos de veces en la vida real y en las películas. Confía en mí, ¿vale? Todo el mundo sabe hacerlo.

—No he cambiado una rueda en mi vida. —Adelanta el labio inferior.

—Bueno, pues lo vas a hacer hoy —sonrío y abro la puerta sólo un poco para que el tráiler que viene hacia nosotros no se la lleve por delante.

Unos segundos más de incredulidad y Camryn se pone las zapatillas de deporte y cierra la puerta al salir.

—Ven aquí. —Le hago una señal y viene a la parte posterior del coche conmigo. Señalo la rueda pinchada, la trasera del lado del acompañante—. Si hubiera sido una de las del lado por el que pasan los coches, tal vez te hubieses librado.

—¿De verdad me vas a hacer cambiar una rueda?

Creía que ya lo habíamos dejado claro.

—Sí, nena, de verdad te voy a hacer cambiar una rueda.

—Pero en el coche hablaste de ayudarte, no de que fuera a hacer yo todo el

trabajo.

Asiento.

—Bueno, técnicamente me vas a ayudar, pero... tú ven.

Se acerca al maletero y yo saco la rueda de repuesto y la dejo en el suelo.

—Coge el gato y la llave de cruz del maletero y tráemelos.

Hace lo que le pido, farfullando algo así como que se va a poner las manos «perdidas de negro». Reprimo mi fuerte impulso de reírme de ella mientras hago rodar la rueda para acercarla a la pinchada y la dejo tumbada. Otro tráiler pasa zumbando, el viento hace que el coche se meza con suavidad.

—Esto es peligroso —asegura ella al tiempo que deja a mis pies el gato y la llave—. ¿Y si un coche se sale de la carretera y nos da? ¿Es que no ves «World's dumbest»?

«Joooder, ¿es que también ve ese programa?».

—Pues sí que lo veo, mira tú por dónde —respondo—, y ahora ven aquí y pongámonos manos a la obra. Si eres tú la que se agacha para que no te vean los coches, será menos probable que nos atropellen.

—¿Por qué va a ser menos probable así? —inquire con el entrecejo fruncido.

—Porque si te quedas ahí de pie con lo buena que estás, probablemente también yo me saldría de la carretera por mirarte.

Ella revuelve los ojos y se agacha para coger la llave.

—Mierda —refunfuña mientras intenta soltar las tuercas de la rueda—. Están demasiado apretadas.

Se las aflojo un poco, pero dejo que sea ella la que las quite del todo. No pierdo de vista el tráfico que viene de frente, sin que se me note que me está poniendo nervioso. Si miro yo, será más fácil que la coja a tiempo y nos quite a los dos de en medio que de la otra manera.

Ahora toca el gato. Le echo una mano, le enseño cómo funciona y le indico cuál es el mejor lugar para ponerlo, aunque parecía saberlo sin mi ayuda. Al principio el gato se le resiste, pero le coge el tranquillo de prisa y levanta un tanto el coche. Le miro el culo, porque sería idiota, o gay, si no lo hiciera.

Y entonces, de repente, sin que hayamos visto antes un amago de trueno o de rayo, empieza a llover a cántaros.

Camryn dice a gritos que se va a poner como una sopa y se olvida por completo de la rueda. Se levanta de golpe y echa a andar hacia la puerta, pero se detiene en seco cuando cae en la cuenta de que probablemente no sea buena idea intentar subir con el gato soportando el peso del coche.

—¡Andrew!

Está completamente empapada, se tapa la cabeza con las manos como si eso fuera a protegerla de la lluvia. Yo me parto de risa.

—¡Andrew!

Está tan furiosa que resulta ridículo.

La cojo por los hombros y digo, la lluvia azotándome la cara:

—Ya acabo yo con la rueda.

Me cuesta mantener la seriedad. No puedo.

En cuestión de minutos, la rueda nueva está en su sitio y meto la pinchada, junto con el gato y la llave, en el maletero.

—Espera —pido cuando Camryn va a subirse al coche ahora que es seguro.

Para. Tirita en mitad de la lluvia, está chorreando. Cierro con fuerza el maletero y me acerco a ella. El agua me entra en las zapatillas, lo noto porque no llevo calcetines, y le sonrío con la esperanza de que eso la haga sonreír.

—No es más que agua.

Ella se ablanda un poco, sin duda buscando que le levante la moral.

—Ven aquí. —Le tiendo la mano y ella la coge.

—¿Qué? —pregunta tímidamente.

Tiene la trenza calada, los pocos mechones sueltos que siempre le caen por la cara los tiene pegados a la frente y en un lado del cuello. La llevo hasta la parte de atrás y me subo al maletero. Camryn se queda ahí plantada mientras la lluvia la envuelve. Extiendo nuevamente la mano y ella la agarra, vacilante. Tiro de ella. Luego se sube al techo del coche conmigo, durante todo el tiempo mirándome como si fuera un loco al que no puede resistirse.

—Túmbate —le pido en voz alta para que me oiga con el ruidoso martilleo de la lluvia mientras apoyo la espalda en el techo y dejo que los pies me cuelguen sobre el parabrisas.

Sin preguntas ni peros —aunque en cierto modo lleva ambas cosas escritas claramente en la cara—, se tiende a mi lado.

—Esto es una locura —exclama—. Estás loco.

Debe de gustarle la locura, porque me da que quiere estar aquí arriba conmigo.

Echando por la ventana ese plan mío de antes, lo de controlarme con ella, extendiendo el brazo izquierdo e instintivamente Camryn apoya en él la cabeza.

Me cuesta aceptarlo. No me lo esperaba. Pero me alegro de que lo haya hecho.

—Ahora abre los ojos y mira —pido; yo ya lo estoy haciendo.

Un camión más pequeño pasa a toda velocidad, seguido de algunos coches, pero ninguno de los dos se da cuenta. Pasa otro tráiler y el viento zarandea un poco el coche, pero eso tampoco nos importa.

En un primer momento, Camryn hace una mueca cuando el agua se le mete en los ojos, pero los abre, de vez en cuando los entorna e intenta ocultar la cara en mi brazo para protegerla de la lluvia, sin parar de reír con suavidad en todo el tiempo. Se obliga a mirar hacia arriba, pero esta vez cierra los ojos y entreabre la boca. Le miro los labios, veo cómo le corre la lluvia por ellos, cómo sonrío y se estremece cuando las gotas le entran hasta la garganta. Cómo levanta los hombros cuando intenta esconder el rostro, sonriendo, riendo y chorreando.

La observo tanto que se me olvida que está lloviendo.

CAMRYN

Cuando conseguí mantener los ojos abiertos lo bastante, me quedé mirando la lluvia que me acribillaba. Nunca la he visto así, mirando al cielo, y aunque puse tantas caras que apenas veía, cuando lograba mirar era preciosa. Como si cada una de las gotas que se precipitaban hacia mí fuese independiente de las otras miles, y durante un momento suspendido en el tiempo, la veía y distinguía sus delicadas facetas. Veía las nubes grises que se cernían sobre mí y notaba las sacudidas del coche cuando el viento que generaba el tráfico lo golpeaba. Tiritaba, aunque con el calor que hace uno podría meterse en el agua. Sin embargo, nada de lo que vi, sentí u oí resultó tan cálido y fascinante como la proximidad de Andrew.

Chillo y me río cuando corremos al coche minutos después.

Cierro dando un portazo y después se oye la puerta de Andrew.

—Estoy helada. —Suelto una risa temblorosa mientras meto los brazos entre los pechos con los dedos entrelazados con fuerza y la barbilla apoyada en ellos.

Andrew, la sonrisa tan ancha que le llena la cara entera, se estremece y pone la calefacción.

Trato instintivamente de olvidar que me apoyé en su brazo o, para empezar, que él me lo ofreció. Creo que él también intenta olvidarlo, o por lo menos no hacerlo patente.

Se frota las manos, procurando entrar en calor mientras el aire caliente sale por los respiraderos. Me castañetean los dientes.

—Llevar ropa mojada es lo peor —comento, tiritando.

—Sí, ahí estoy contigo —conviene, y tira del cinturón de seguridad y se lo abrocha.

Yo hago lo mismo, aunque, como de costumbre, después de pasar tanto tiempo en el coche acabaré quitándomelo para encontrar otra postura cómoda.

—Me noto los dedos de los pies pegajosos —observa mirándose las zapatillas.

Arrugo la cara entera, y él se ríe, se las quita y las lanza a la parte de atrás.

Decido seguir su ejemplo, ya que, aunque no voy a decirlo, yo también tengo los pies viscosos.

—Necesitamos encontrar un sitio para cambiarnos —sugiero.

Andrew arranca y me mira.

—Ahí tienes el asiento de atrás —propone, risueño—. No miraré, lo juro. —Levanta las manos a modo de garantía y luego agarra de nuevo el volante, volviendo a la carretera cuando el tráfico se lo permite.

Me burlo.

—No, mejor espero hasta que encontremos un sitio.

—Como quieras.

Sé de sobra que miraría. Y la verdad es que no me importaría mucho...

El limpiaparabrisas se mueve a un lado y a otro a toda velocidad, y llueve tanto que cuesta ver la carretera. Andrew deja la calefacción encendida hasta que el coche empieza a parecerse a una sauna y la baja tras asegurarse primero de que me parece bien.

—Conque *Hotel California*, ¿eh? —pregunta sonriéndome con esos hoyuelos marcados. Presiona el botón para cambiar de CD y sigue presionando hasta que encuentra la canción adecuada—. Vamos a ver cuánto sabes.

Sus manos vuelven al volante.

La canción empieza como la recordaba, con esa guitarra inquietante, lenta y evocadora. Nos miramos, dejando que la música se mueva por y entre nosotros, esperando a que empiece la letra. Luego, al mismo tiempo, levantamos las manos como si marcásemos en el aire uno, dos, tres al compás y nos ponemos a cantar con Don Henley.

Nos metemos a fondo en ella, frase tras frase, y a veces paramos, él me deja cantar una frase y luego él canta otra. Y cuando llega el primer estribillo, cantamos juntos a

pleno pulmón, prácticamente gritando la letra al parabrisas. Entornamos los ojos y movemos la cabeza, y yo finjo que no me avergüenza mi voz. Luego llega la segunda estrofa y lo de turnarnos se empieza a enredar un poco, pero nos lo estamos pasando en grande y sólo nos equivocamos un par de veces. Y decimos «1969» a voces a la vez. Luego, las ganas de cantar se nos pasan un poco y dejamos que la música inunde el coche. Pero cuando llega el simbólico segundo estribillo y la canción se ralentiza y se hace más evocadora, nos ponemos serios de nuevo y cantamos juntos cada palabra, mirándonos. Andrew llega a la palabra «excusas» con tal perfección que siento escalofríos en los brazos. Y los dos «apuñalamos» a «la bestia» clavándonos el puño en el costado y metiéndonos en el papel.

Y así fue el viaje a donde fuera durante unas cuantas horas.

Canté tanto con él que se me irritó la garganta.

Naturalmente, todo rock clásico con algo de principios de los noventa de vez en cuando: Alice in Chains y Aerosmith sobre todo, y nada de ello me fastidió lo más mínimo. Lo cierto es que me encantó todo y me encantó el recuerdo que iba creándome. Un recuerdo con Andrew.

Encontramos un área de descanso al salir de la autopista en Jackson, Tennessee, y hacemos buen uso de ella. Vamos a los aseos a cambiarnos la ropa mojada, con la que llevamos más de lo que creíamos. Supongo que ir de cachondeo en el coche, con mi nada brillante voz y con él fingiendo que le encanta, hizo que no pensáramos en nada más.

Se viste antes que yo y ya me está esperando en el coche cuando salgo con lo único limpio que me quedaba en la bolsa: los pantalones cortos de algodón blancos y la camiseta de la universidad con los que me gusta dormir. Sólo metí un sujetador, y casualmente lo llevaba cuando me calé, así que sigue completamente mojado. Así y todo, me lo he dejado puesto, porque no pienso meterme con él en el coche sin sujetador.

—Que conste que no llevo estos pantalones por ti —aclaro, señalándolo con gravedad mientras me subo al coche.

Él sonríe.

—Tomo nota —contesta, y hace como que lo apunta.

Levanto el culo del asiento y me tiro un poco de los pantalones para que no se me metan tanto y me tapen un poco más los muslos. Me voy a quitar las chanclas, pero veo que la alfombrilla está empapada, así que decido dejármelas puestas. Menos mal que los asientos son de piel.

—Voy a tener que comprarme más ropa —comento.

Andrew lleva otros vaqueros, las botas negras Dr. Martens y una camiseta lisa gris, el color más claro que la otra. Como todo lo demás, le sienta bien, pero creo que echo de menos las pantorrillas musculosas y morenas y el tatuaje celta negro y gris del tobillo.

—¿Por qué trajiste sólo eso? —pregunta, los ojos puestos en la carretera—. Que no es que me queje, ¿eh?

Le sonrío.

—Supongo que porque no sabía adónde iba y no quería ir por ahí cargando con un montón de mierda.

—Ya, lógico.

El sol brilla en Tennessee, y ahora nos dirigimos hacia el sur. En el otro carril el tráfico está paralizado porque hay obras en la carretera, y ambos manifestamos cuánto nos alegramos de no estar en ese lado de la carretera. Al final, la luz cae tras el paisaje y el crepúsculo baña los arrozales y los algodinales en una bruma púrpura. Siempre hay algún campo inmenso a ambos lados de la autopista, perdiéndose en la distancia.

Llegamos a Birmingham, Alabama, poco después de las siete.

—¿Dónde quieres que pare para comprar ropa? —pregunta mientras avanzamos por una calle llena de semáforos y estaciones de servicio.

Me yergo en el asiento y echo un vistazo, tratando de ver los letreros iluminados en busca de algún sitio aceptable.

Andrew señala al frente.

—Ahí hay un Walmart.

—Supongo que me vale —acepto, y él gira a la izquierda en el semáforo y nos dirigimos al aparcamiento.

Nos bajamos, y lo primero que hago es sacarme las bragas del trasero.

—¿Te ayudo?

—¡No! —me río.

Sorteamos juntos el mar de coches del aparcamiento, las chanclas dándome en los talones. Reniego de mí misma de inmediato, sé que tengo una pinta espantosa, con una trenza sucia y enmarañada cayéndome por el hombro y con estos pantaloncitos mínimos que no paran de metérseme por el culo. Ya no llevo ni rastro de maquillaje, pues mi comunión con la lluvia acabó con él. Mantengo la vista fija en el brillante suelo blanco mientras caminamos por la tienda, evitando mirar a alguien.

Nos dirigimos primero a la sección de señora y cojo unas cuantas cosas sencillas: dos pares más de pantalones cortos de algodón, que, aunque son cortos, no lo son tanto como los que llevo puestos, que se me meten entre las piernas, y un par de camisetitas estampadas con el cuello de pico. Resisto el deseo de ir a la sección de bragas y sujetadores. Creo que por ahora me las arreglaré con lo que tengo.

Luego sigo a Andrew hasta la zona que hay junto a la parafarmacia, donde están las vitaminas, los medicamentos para el resfriado, la pasta de dientes y otras cosas por el estilo.

Vamos directos al pasillo de las maquinillas y la espuma de afeitar.

—Hace una semana que no me afeito —dice mientras se frota la barbita que le ha ido creciendo en los últimos días.

A mí me resulta atractiva, pero con o sin ella sigue siendo atractivo, así que no me quejo.

¿Por qué iba a hacerlo, en cualquier caso?

Yo también cojo un paquete de cuchillas, así como espuma de afeitar Olay, que viene en un bote dorado. Luego, en el siguiente pasillo, echo mano de una botellita de enjuague bucal, porque tener enjuague de sobra nunca está de más. Me cambio el bolso de brazo, ya que los artículos empiezan a acumularse en el otro. Vamos al siguiente pasillo y me hago con un pack de champú y un suavizante, que intento llevar en equilibrio en las manos junto con lo demás, pero Andrew me lo coge. También coge el enjuague.

Vamos donde los medicamentos y nos encontramos a una pareja de mediana edad delante del jarabe para la tos, leyendo las etiquetas.

Andrew dice como si tal cosa, sin bajar la voz:

—Nena, ¿has encontrado la cosa esa para los hongos vaginales?

Abro los ojos de par en par y me quedo helada delante del paracetamol.

Él coge del estante un bote de ibuprofeno.

La pareja finge no haber oído lo que ha dicho, pero sé que lo han oído.

—Aunque, ¿estás completamente segura de que eso es lo que te causa los picores? —continúa, y tengo las mejillas tan calientes que literalmente me abrasan.

Esta vez, la pareja mira con disimulo.

Andrew me mira de reojo partiéndose de risa mientras finge leer etiquetas.

Me entran ganas de darle, pero decido seguirle el juego.

—Sí, amor, la he encontrado —digo con la misma naturalidad que él—. ¿Y tú? ¿Has visto si tienen condones extra pequeños?

La mujer vuelve la cabeza y lo mira directamente, de arriba abajo, y luego me mira a mí antes de seguir con las etiquetas.

Andrew aguanta el tipo; en cierto modo sabía que lo haría. Me sonrío sin más, disfrutando cada segundo de esto.

—Los de talla única sirven para todos, nena —asegura—. Ya te he dicho que se llenan más cuando te molestas en ponerla dura.

Un ruido extraño sale de mi boca, seguido de una risotada.

La pareja se va del pasillo.

—Eres lo peor —le digo, aún riéndome. El bote de espuma de afeitar se estrella contra el suelo cuando se me cae del brazo, y me agacho para recogerlo.

—Tú tampoco eres tan inocente.

Andrew coge un tubo de pomada antibiótica, que agarra con la misma mano que el ibuprofeno, y vamos hacia la caja. Añade dos paquetes de cecina a la cinta y uno de caramelos Tic Tac. Y yo, gel antiséptico para las manos en tamaño viaje, un tubo de Chap Stick para los labios y un paquete de cecina.

—Vaya, vaya, así que envalentonándonos, ¿eh? —dice al ver la carne.

Sonríó satisfecha y pongo el separador de plástico gris entre sus cosas y las mías.

—No —contesto—. Me encanta la cecina. Si contuviera material radiactivo, la seguiría comiendo.

Él sonrío sin más, pero después le dice a la cajera que sus cosas y las mías van juntas mientras se saca la tarjeta de crédito de la cartera.

—No, esta vez no —protesto mientras pongo el brazo en la cinta junto al separador. Miro a la cajera y meneo la cabeza para que no sume mis cosas a las de él—. Yo pago lo mío.

La mujer me mira y luego mira un instante a Andrew, como si esperara su turno.

Cuando él empieza a discutir, levanto el mentón con aire severo y afirmo:

—Lo mío lo pago yo, y punto. No hay más que hablar.

Él revuelve los ojos y se da por vencido. Introduce la tarjeta en la máquina.

Cuando volvemos al coche, Andrew rasga la parte superior de uno de sus paquetes de cecina y se mete un trozo en la boca.

—¿Estás seguro de que no quieres que conduzca un poco? —pregunto.

Él dice que no, las mandíbulas triturando con ganas el duro trozo de carne.

—Buscaremos otro motel para pasar la noche.

Traga la carne y se mete otro pedazo en la boca. Arranca el coche y nos vamos.

Encontramos un motel a unos kilómetros, lo cogemos todo y nos lo llevamos a nuestras enormes habitaciones puerta con puerta. Moqueta de cuadros verde en ésta, con pesadas cortinas verde oscuro a juego y una colcha de flores verde oscuro. Enciendo el televisor en el acto, sólo para que dé algo de luz y vida al ambiente oscuro y sombrío.

Andrew ha vuelto a pagar las habitaciones, poniendo como excusa que me salí con la mía cuando pagué en Walmart para salirse con la suya.

Echa un vistazo a la habitación primero, como hizo la otra vez, y luego se deja caer en la butaca que hay junto a la ventana.

Yo dejo mis cosas en el suelo, quito la colcha de la cama y la lanzo a un rincón.

—¿Tiene algo raro? —pregunta mientras se pone cómodo en la butaca y abre las piernas.

Parece agotado.

—No, es que me dan miedo. —Me siento en el extremo de la cama, me quito las chanclas y cruzo las piernas a lo indio. Uno las manos en el regazo, porque como aún llevo los pantaloncitos de algodón blancos me siento algo expuesta con las piernas abiertas así.

—Dijiste: «Como no sabía adónde iba»... —recapitula Andrew.

Alzo la vista y tardo un segundo en entender a qué se refiere: en el coche, cuando mencioné la razón por la que no había traído más ropa. Entrelaza los dedos, descansando las manos en el estómago.

No contesto en el acto, y la respuesta que le doy es vaga:

—Es que no lo sabía.

Andrew despega la espalda del asiento y se echa hacia adelante, los brazos apoyados en los muslos, las manos unidas bajo las rodillas. Ladea la cabeza y me mira. Sé que vamos a tener una de esas conversaciones en las que no puedo prever si aceptaré o eludiré sus preguntas. Dependerá de lo bueno que sea sacándome las respuestas.

—No soy ningún experto en esto —dice—, pero no te veo subiéndote sola a un autobús, ¡un autobús!, con un bolso y una bolsita y sin la menor idea de adónde vas sólo porque tu mejor amiga te dio una puñalada traperera.

Tiene razón: no me fui por lo de Natalie y Damon, ellos sólo eran parte de la historia.

—No, no fue por ella.

—¿Entonces?

No quiero hablar del tema; al menos, no creo que quiera. Una parte de mí intuye que puedo contarle cualquier cosa, y como que quiero hacerlo, pero la otra parte me dice que vaya con tiento. No he olvidado que sus problemas tienen más peso que los míos, y me sentiría idiota y quejica y egoísta contándoselo.

Miro la tele en vez de a él y finjo que me interesa algo.

Se pone de pie.

—Imagino que sería bastante chungo —aventura mientras se acerca a mí—, y quiero que me lo cuentes.

¿Bastante chungo? Estupendo, acaba de empeorarlo; aunque se lo contara, al menos antes no me hubiese planteado que se esperara algo terrible. Ahora que sé que se lo espera, es como si debiera inventarme algo.

No lo voy a hacer, está claro.

Noto que la cama se mueve cuando se sienta a mi lado. Todavía no puedo mirarlo, mis ojos siguen clavados en la tele. Noto el agujonazo de la culpa y también un cosquilleo cuando pienso en lo cerca que está. Pero sobre todo es culpa.

—He dejado que te salgas con la tuya y no me cuentes nada mucho tiempo —arguye. Apoya de nuevo los codos en los muslos y se sienta como estaba sentado en la butaca, con las manos unidas entre las piernas—. En algún momento tendrás que contármelo.

Lo miro y replico:

—No es nada en comparación con todo por lo que tú estás pasando. —Lo dejo ahí y me centro de nuevo en el televisor.

«Por favor, deja de meter las narices, Andrew. Quiero contártelo más que cualquier otra cosa en el mundo porque, en cierto modo, sé que lo entenderás, que harás que todo sea mejor. —¿Qué estoy diciendo?—. Pero, por favor, deja de meter las narices».

—¿Lo comparas? —inquieta, despertando mi curiosidad—. Así que crees que, como mi padre se muere, lo que quiera que te empujó a hacer lo que hiciste no es para tanto, ¿no?

Lo dice como si sólo pensarlo fuera ridículo.

—Sí —admito—, eso es exactamente lo que pienso.

Frunce el ceño y mira un instante la tele antes de volverse hacia mí.

—Pues es una auténtica gilipollez —suelta como si tal cosa.

Vuelvo la cabeza bruscamente.

Él continúa:

—¿Sabes?, hay una expresión que nunca me ha gustado nada: «otros están peor

que tú». Supongo que si quieres mirarlo de esa manera, como si fuera una competición, claro, mejor estar bien que ciego, pero esto no es una puta competición, ¿estamos?

¿Me pregunta porque quiere saber cómo me siento o es ésa su forma de decirme cómo son las cosas con la esperanza de que lo pille?

Me limito a asentir.

—El dolor es dolor, nena.

Cada vez que me llama «nena» me fijo más en eso que en cualquier otra cosa de lo que dice.

—Que el problema de una persona sea menos traumático que el de otra no significa que tenga que dolerle menos.

Supongo que tiene razón, pero sigo sintiéndome egoísta.

Me toca la muñeca y bajo la vista, sus dedos masculinos cerrándose alrededor de mi mano. Me dan ganas de besarlos; el deseo que siento ha logrado salir a la superficie, pero trago saliva y lo obligo a bajar a la boca del estómago, que lleva los últimos segundos temblando por su cuenta.

Retiro la mano y me levanto de la cama.

—Camryn, escucha, no quería decir nada con eso. Sólo intentaba...

—Lo sé —contesto con suavidad mientras cruzo los brazos y me vuelvo hacia él. Está claro que es uno de esos momentos de no-eres-tú-soy-yo, pero no voy a soltarle eso.

Al notar que se levanta, me vuelvo con cuidado y veo que coge sus bolsas y la guitarra, que estaba contra la pared.

Se dirige hacia la puerta.

Quiero detenerlo, pero no puedo.

—Te voy a dejar para que duermas algo —dice con dulzura.

Asiento, pero no digo nada, ya que temo que, si lo hago, el cerebro me traicionará y acabaré metiéndome más en esta peligrosa historia con Andrew que me resulta más evidente cada día que paso con él.

Me odio por haber dejado que se fuera, pero tenía que ser así. No puedo hacer esto. No puedo dejarme caer en el mundo que es Andrew Parrish, aunque mi corazón y mis deseos me digan que lo haga. No es sólo que tenga miedo de que vuelvan a hacerme daño —todo el mundo pasa por esa etapa, y puede que yo ni siquiera haya salido de ella aún del todo—, es que es mucho más.

No me conozco.

No sé lo que quiero ni cómo me siento ni cómo debería sentirme, y tampoco creo que lo haya sabido nunca. Sería una egoísta si dejara entrar en mi vida a Andrew. ¿Y si se enamora o quiere algo de mí que no pueda darle? ¿Y si añado un corazón roto a la muerte de su padre? No quiero tener su dolor sobre mi conciencia.

Me vuelvo de repente y miro de nuevo la puerta, recordando el aspecto que tenía Andrew justo antes de cruzarla.

Puede que esto ni siquiera sea nada. Menuda creída estoy hecha, pensar tan siquiera que pueda enamorarse de mí. Puede que sólo quiera una amiga con derecho a roce o un rollo de un día.

Mi cerebro bulle con un sinfín de pensamientos caóticos, de los cuales tengo la sensación de que ninguno es bueno y sé que todos son posibles. Voy al espejo y me miro, miro a los ojos a una chica que me da que conozco, pero con la que nunca me he llevado bien. Me siento al margen de mí misma, de todo.

«¡Mierda!».

Aprieto los dientes y estrello las manos contra el mueble del televisor. Luego cojo unos pantalones cortos de algodón negros, mi nueva camiseta blanca en la que pone *Je t'aime*, las letras rodeando la torre Eiffel, y me voy a la ducha. Paso una eternidad debajo del agua, no porque me sienta sucia, sino porque estoy hecha una mierda. Sólo puedo pensar en Andrew. Y en Ian. Y en por qué siento esta extraña e irritante necesidad de pensar en los dos a la vez.

Después de que el agua caliente me quite la primera capa de piel, salgo, cojo la toalla y me seco desnuda el pelo delante del espejo. Después me dirijo a la habitación para vestirme, porque no he cogido bragas limpias. Por último me peino el pelo medio seco y dejo que termine de secarse al aire, metiéndomelo detrás de las orejas y apartándomelo de la cara.

Oigo que Andrew está tocando la guitarra de nuevo al otro lado de la pared. El televisor sigue berreando y me cabrea, así que me acerco y lo apago para poder oír mejor la música.

Me quedo quieta unos segundos, escuchando las notas que atraviesan la pared y se cuelan dolorosamente en mis oídos. No es una melodía triste, pero por algún motivo me resulta doloroso escucharla.

Al cabo, cojo la llave de mi habitación, me pongo las chanclas y salgo.

Después de pasarme la lengua nerviosamente por los labios secos, respiro hondo, trago saliva y levanto la mano para llamar con suavidad a su puerta.

La guitarra para y unos segundos después la puerta se abre.

Él también se ha duchado. Aún tiene el pelo castaño mojado, algunos mechones un poco despeinados por delante, sobre la frente. Me mira, sin camiseta y con nada más que unos cargo cortos negros. Intento no mirarle los abdominales morenos ni las venas que le recorren los brazos y que en cierto modo parecen más pronunciadas ahora que se le ve el resto de la piel.

«Ay, Dios... ¿Y si me voy?...»

No, he venido a hablar con él y eso es lo que voy a hacer.

Por primera vez le veo el tatuaje del costado izquierdo y me entran ganas de preguntarle por él, pero lo dejo para más tarde.

Me sonrío con dulzura.

—Empezó hará cosa de un año y medio —digo sin preámbulos—, una semana antes de que acabara el instituto... Mi novio murió en un accidente de coche.

Su dulce sonrisa se borra y sus ojos se ablandan, dejándome ver una compasión que demuestra que lo siente por mí, y en su justa medida, sin que parezca falso o exagerado.

Abre del todo la puerta y entro. Lo primero que hace antes incluso de que me sienta en el extremo de la cama es ponerse una camiseta. Quizá no quiera que me dé la impresión de que intenta distraerme o flirtear, sobre todo cuando he venido a contarle algo que a todas luces es doloroso. Lo respeto más si cabe por eso. Ese gesto pequeño, aparentemente insignificante, dice mucho de él, y, aunque puede que sea una lástima que haya ocultado ese cuerpo, me parece bien. No es a eso a lo que he venido.

Creo...

En sus ojos verdes hay una especie de tristeza auténtica, mezclada con un aire meditabundo. Apaga la tele y se sienta a mi lado, igual que hizo en mi cama, y me mira, esperando pacientemente a que continúe.

—Nos enamoramos cuando teníamos dieciséis años —empiezo, mirando al frente—, pero esperé dos años (¡dos años!) —lo miro una vez para destacar la importancia del hecho— para que me acostara con él. No conozco a ningún adolescente que esté dispuesto a esperar tanto para bajarle las bragas a una chica.

Andrew pone cara de *en eso tienes razón*.

—Antes de Ian tuve un par de novios que no me duraron mucho, pero eran tan... —alzo la vista absorta, en busca de la palabra— corrientes. Si quieres que te diga la verdad, empecé a pensar que había un montón de gente corriente antes de cumplir los doce.

Andrew parece reflexivo; las cejas, un tanto fruncidas.

—Pero Ian era distinto. Lo primero que me dijo cuando nos conocimos y tuvimos nuestra primera conversación de verdad fue: «Me pregunto si el océano huele distinto al otro lado del mundo». Al principio me reí, porque pensé que era raro decir algo así, pero después me di cuenta de que esa simple frase hacía que fuera diferente de todas las personas a las que conocía. Ian estaba al otro lado del espejo, veía al resto de nosotros yendo arriba y abajo, haciendo lo mismo todos los días, tomando el mismo camino, como hormigas en una granja de hormigas.

»Yo siempre he sabido que quería algo más en la vida, algo diferente, pero sólo empecé a tener las cosas claras cuando lo conocí a él.

Andrew sonríe con ternura y comenta:

—Segura y madura antes de los veinte: toda una rareza.

—Ya, supongo que sí —admito, y lo miro y me río—. No creerías la cantidad de veces que Damon o Natalie o incluso mi madre y mi hermano, Cole, me tomaban el pelo con lo «profunda» que era. —Dibuja unas comillas en el aire al decir lo de «profunda» y revuelvo los ojos.

—Ser profundo es bueno —observa, y lo miro de reojo tímidamente, ya que noto la atracción, aunque la tiene bien a raya en beneficio de la conversación. Pero luego su sonrisa se desvanece y su voz baja un tanto al añadir—: Así que, cuando perdiste a Ian, perdiste a tu alma gemela.

Mi sonrisa también se desvanece, y apoyo las manos en el borde de la cama y hundo el cuerpo entre los hombros.

—Sí. Después del instituto pensábamos dar la vuelta al mundo con la mochila a cuestas, o quizá sólo ir a Europa, pero estábamos decididos; por lo menos, eso estaba entre nuestros planes. —Miro a Andrew de frente—. Sabíamos que no queríamos ir a la universidad y acabar trabajando en lo mismo durante cuarenta años: queríamos trabajar donde fuera, probarlo todo mientras estábamos por ahí.

Andrew se ríe.

—La verdad es que es muy buena idea —conviene—. Una semana de camarera en un bar, viviendo de las propinas que te saques, y la siguiente, en una ciudad o en un pueblo distintos, haciendo la danza del vientre en la calle con los turistas echándote dinero en un bote al pasar.

Mis hombros caídos se mecen suavemente al reírme. Me ruborizo y lo miro.

—Lo de camarera, seguro, pero ¿la danza del vientre? —Niego con la cabeza—. Eso no tanto.

Él sonríe y dice:

—Bah, seguro que lo bordabas.

Aún con la cara caliente, al rojo, miro adelante de nuevo y dejo que se me pase el bochorno.

—A los seis meses de haber muerto Ian —continúo— mi hermano Cole mató a un hombre cuando conducía borracho, y ahora está en la cárcel. Y después mi padre le puso los cuernos a mi madre y se divorciaron. Mi nuevo novio, Christian, me puso los cuernos a mí, y lo que pasó con Natalie ya lo sabes.

Es todo. Le he contado todo lo que, junto, me impulsó a salir corriendo. Pero no puedo mirarlo porque siento que no debería haberlo hecho, es como si él pensara para sus adentros: «Vale, ¿y el resto?».

—Es un montón de mierda con la que cargar —afirma, y levanto de nuevo la vista cuando noto que se recoloca en la cama a mi lado. Huelo su aliento a menta, ahora que se ha vuelto por completo para mirarme—. Tienes todo el derecho del mundo a sentirte herida, Camryn.

No digo nada, pero le doy las gracias con los ojos.

—Creo que ahora entiendo por qué no me costó mucho convencerte de que hicieras este viaje conmigo —razona.

Su rostro es inescrutable. Espero que no piense que lo estoy utilizando para emular esa parte de mi vida que tenía planeada con Ian. Toda esta situación, el viaje por carretera, parece similar, incluso me lo parece a mí ahora que lo pienso, pero no podría alejarse más del motivo por el que me fui con Andrew. Estoy con él porque quiero estar con él.

En este momento me doy cuenta de que no he estado pensando tanto en Ian y Andrew porque intente encontrar a Ian en Andrew... Creo que es un sentimiento de culpa..., puede que intente sustituir por completo a Ian.

Me levanto de la cama y me sacudo esos pensamientos.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —pregunta él detrás de mí—. Cuando termine este viaje, ¿qué piensas hacer con tu vida?

El corazón se me endurece en el pecho. Ni una sola vez a lo largo de este viaje con Andrew, ni tan siquiera antes de conocerlo, cuando salí de Carolina del Norte, he pensado en otra cosa que no sea el presente. No es que tratara de no pensar en el futuro, sino que sencillamente no pensaba en ello. La pregunta de Andrew me hace ser consciente de ese hecho, y ahora me siento aterrorizada por dentro. Nunca he querido una dosis de esa realidad, estaba satisfecha con mis ilusiones.

Me vuelvo, los brazos cruzados. Los bonitos ojos de Andrew me miran intensamente.

—No..., no lo sé, la verdad.

Él parece un tanto sorprendido, su mirada se torna más contemplativa y distraída.

—Todavía puedes ir a la universidad —dice; me da ideas para que me sienta mejor, supongo—. Y eso no implica que después tengas que buscarte un trabajo y quedarte en él hasta que te mueras. Qué coño, todavía puedes recorrer Europa si quieres.

Se levanta conmigo. Sé que se está calentando la cabeza mientras pasea por la moqueta verde oscuro.

—Eres increíble —afirma, y el corazón me da un vuelco—, eres inteligente, y está claro que eres más resuelta que la mayoría de las chicas; creo que podrías hacer cualquier cosa que te propusieras. Mierda, sé que todo esto suena tópico, pero en tu caso no podría ser más cierto.

Me encojo de hombros.

—Supongo que sí —contesto—, pero no tengo ni la más remota idea de lo que quiero hacer; sólo sé que no quiero ir a casa a averiguarlo. Creo que tengo miedo de que, si vuelvo, me ahogue en la misma mierda de la que logré salir cuando me subí a aquel bus el otro día.

—Dime una cosa —pide Andrew de pronto, y lo miro fijamente—, ¿qué parte de los demás es la que más te frustra?

«¿Me frustra?».

Me paro a pensarlo un segundo, la vista clavada en la lámpara de latón de la pared, junto a la cama.

—No... no estoy segura.

Se acerca a mí y me agarra con dos dedos del codo para que vuelva a sentarme con él, cosa que hago.

—Párate a pensarlo —continúa—, basándote en lo que me has contado, ¿cuál es la diferencia entre ellos y tú?

No me gusta nada tardar en resolver algo de lo que, al parecer, él ya tiene una idea. Me miro las manos en el regazo y me devano los sesos hasta que doy con la única respuesta que creo que podría ser adecuada, pero así y todo insegura:

—¿Las expectativas?

—¿Es una pregunta o la respuesta?

Me doy por vencida.

—La verdad es que no lo sé... Es decir, me siento... limitada con los demás, menos con Ian, claro.

Él asiente y escucha, me deja hablar sin interrumpirme mientras sigo teniendo la respuesta en la punta de la lengua.

Luego, como salidas de ninguna parte, llegan las respuestas:

—Nadie quiere hacer lo que yo quiero hacer —aclaro, y mi explicación empieza a desarrollarse más de prisa ahora que me siento más segura con la respuesta—. Como lo de vivir libremente y no seguir el camino trillado, ¿sabes? Nadie quiere salirse de su zona de seguridad para hacer eso conmigo porque no es algo que haga la mayoría de la gente. Tenía miedo de decirles a mis padres que no quería ir a la universidad porque eso era lo que esperaban que hiciese. Acepté un empleo en unos grandes almacenes porque mi madre esperaba que me llenara de algún modo. Iba todos los sábados con mi madre a ver a mi hermano a la cárcel porque ella esperaba que fuera, porque se trata de mi hermano y debería querer verlo aunque no fuera así. Natalie intentaba liarme a toda costa con tíos porque pensaba que no era normal que estuviese sola.

»Creo que durante toda mi vida he tenido miedo de ser yo misma.

Vuelvo la cabeza para mirarlo.

—En cierto modo, era así incluso con Ian.

Aparto la vista de prisa, porque la verdad es que esta última parte no esperaba decirlo en voz alta. Ha salido sin más, mientras la idea tomaba forma en mi cabeza a toda velocidad.

Andrew pone cara de interrogación, pero al mismo tiempo no sabe si tantearme. No estoy segura de si debería explicarme.

Él asiente.

Por lo visto, decide que no es cosa suya ahondar en ese tema en concreto.

Se muerde la mejilla. Lo observo un instante intentando en todo momento reprimir la clara atracción que siento por él, aunque cada vez me resulta más difícil hacerlo. Le

miro los labios y me pregunto cómo sabrán. Y luego me obligo a apartar la mirada: estoy volviendo a hacerlo. Ahora mismo. Tengo miedo de decirle lo que quiero. O al menos, lo que creo que quiero.

—Andrew... —digo, y su rostro reacciona serenamente al oírme pronunciar su nombre.

«Piénsalo, Cam —me digo—. ¿Estás segura de que es esto lo que quieres?».

—¿Qué? —pregunta.

—¿Alguna vez has tenido un lío de una noche?

Es como si acabara de escapárseme el mayor secreto que jamás me hubieran contado estando ante un micrófono en una habitación llena de gente. Pero lo he soltado. No estoy completamente segura de que sea lo que quiero, pero lo tengo en la cabeza y lleva ahí rondando algún tiempo. Recuerdo vagamente haberlo pensado cuando estaba en la azotea con Blake.

Veo que el rostro de Andrew se queda desprovisto de toda emoción, y es como si no supiera qué decir. El corazón se me para en el acto y me entran ganas de vomitar. ¡Sabía que no debería haberlo dicho! Pensaré que soy una zorra o algo por el estilo.

Me levanto de la cama de un salto.

—Lo siento... Dios mío, pensarás que soy una...

Él me agarra por la muñeca.

—Siéntate.

Lo hago de mala gana, pero no puedo mirarlo. Me muero de vergüenza.

—¿Qué te pasa? —pregunta.

—¿Cómo?

Lo miro.

—Lo estás haciendo ahora mismo —dice con el entrecejo fruncido.

—Haciendo, ¿qué?

Se pasa la lengua por los labios, suspira como si se hubiera llevado un chasco y finalmente contesta:

—Camryn, empezaste a decirme algo que tal vez te hayas planteado una o dos veces y, justo cuando reuniste el valor para decir lo que pensabas, diste un giro de ciento ochenta grados y te arrepentiste. —Me mira a los ojos, los suyos rebosantes de intensidad y conocimiento y de algo más que no soy capaz de determinar aún—. Hazme la pregunta de nuevo y esta vez espera a que responda.

Aguardo, escudriñando su tensa mirada, que me pone nerviosa. O puede que lo que me ponga nerviosa sea yo misma.

Trago saliva y digo:

—¿Alguna vez has tenido un lío de una noche?

Su expresión no cambia, ni pone caras raras.

—Sí, he tenido unos cuantos, aquí y allá.

Ahora espera a que yo diga algo, aunque todavía no estoy segura de cómo conseguir sentirme cómoda en esta conversación que se está desarrollando con tan poca fluidez. Es como si supiera que me avergüenzo por dentro, pero para que aprenda la lección me va a hacer hablar en lugar de ser mi psicoanalista, que es lo que lleva siendo desde que entré en su habitación.

Enarca un poco las cejas como diciendo: «¿Y bien?».

—Bueno, sólo me lo preguntaba... porque yo nunca lo he hecho.

—¿Por qué no? —inquieta con absoluta naturalidad.

Bajo la vista y acto seguido la subo y lo miro para que no me regañe.

—No sé, es un poco como de guarra, supongo.

Andrew ríe, y eso me sorprende.

Finalmente le quita importancia a mi sufrimiento.

—Si una chica lo hiciera *mucho* —subraya la palabra con una sonrisilla—, sería un

poco guarra, está claro. Una o dos veces, no sé... —mueve las manos a la altura de los hombros, como si les diera vueltas mentalmente a los números, sin decidirse—, no hay nada malo en ello.

¿Por qué no se aprovecha de la situación ahora mismo? Empiezo a flipar un poco para mis adentros, me pregunto por qué sigue en plan psicoanalista en lugar de intensificar el flirteo e ir directo al grano.

—Ah, vale...

No soy capaz de decirlo. Es que yo no soy así, no puedo hablar con naturalidad de nada sexual. Sólo puedo hacerlo vagamente con Natalie.

Andrew suspira y hunde los hombros.

—¿Quieres acostarte conmigo?, ¿tener un lío de una noche conmigo?

Él sabía que yo no iba a soltarlo, así que se ha dado por vencido y lo ha hecho por mí.

La pregunta, aunque evidente para ambos, me deja sin respiración. Que haya sido él el que la haya formulado me abochorna y me mortifica tanto o quizá más que si lo hubiese hecho yo.

—Puede...

Se levanta, me mira y dice:

—Lo siento, pero mi interés por ti no va por ahí.

El mayor golpe de mi vida me acaba de dar en el estómago. Las manos se me agarrotan y se aferran al borde del colchón, haciendo que sienta absolutamente paralizados los brazos hasta los hombros. Lo único que quiero hacer ahora mismo es salir corriendo por esa puerta, encerrarme en mi habitación y no volver a mirar a Andrew a la cara jamás. No porque no quiera verlo, sino porque no quiero que él me vea.

No he sentido tanta vergüenza en toda mi vida.

Y esto es lo que he conseguido por decir lo que pienso.

No sé si aceptarlo como escarmiento u odiar a Andrew por haberme empujado a hacerlo.

En un abrir y cerrar de ojos, me levanto de la cama y echo a andar hacia la puerta lo más de prisa que puedo.

—Camryn, espera.

Sigo moviéndome, más de prisa incluso cuando lo siento acercarse, y agarro el pomo, abro la puerta y echo a correr por el pasillo.

—Por favor, espera un puto minuto —pide, siguiéndome, y percibo la creciente irritación en su voz.

No le hago caso, meto la mano en el bolsillito trasero de los pantalones, saco la llave y la introduzco en la puerta. Entro y me dispongo a cerrar, pero Andrew ha conseguido entrar.

La puerta se cierra.

—¿Quieres hacer el favor de escucharme? —Prueba una vez más, exasperado.

No quiero mirarlo, pero lo miro.

Cuando finalmente me vuelvo, le veo unos ojos muy abiertos, intensos y sinceros.

Se acerca a mí y me coge con cuidado por los brazos. Luego se inclina hacia adelante y me besa delicadamente. Me relajo, pero sigo demasiado confusa para reaccionar como es debido. Confusa, aturdida y con el corazón a mil.

Andrew se aparta y me mira, la sinceridad reflejada en su cara. Ladea la cabeza... sonriendo.

—¿Qué tiene esto de gracioso? —pregunto con aspereza, e intento alejarme de él.

Aún me tiene cogida por los brazos, y me obliga a dirigirle mi mirada humillada, que empieza a traslucir resentimiento.

—He dicho que mi interés por ti no va por ahí, Camryn, porque... —para, escrutándome, mirando mis labios un instante, como si decidiera si besarlos de nuevo o no— porque no eres la clase de chica con la que podría acostarme sólo una vez.

Sus palabras me liberan de mis pensamientos y mi acelerado corazón aletea tras las costillas. Soy incapaz de entender lo que acaba de decirme y, en lugar de intentar averiguar exactamente a qué se refiere, me tranquilizo como buenamente puedo y procuro recuperar parte de la compostura que perdí al salir como una furia de su habitación.

—Mira —dice situándose a mi lado y deslizándose una mano por la cintura.

El mero roce de sus dedos en mi piel hace que esa parte de mi cuerpo se estremezca. ¿Qué coño me está pasando? Me gusta mucho..., es decir, ahora mismo tengo la sensación de que no hay vuelta atrás, de que me obligaría a ser una guarra esta noche sólo para retenerlo en la habitación. Pero lo que no entiendo es por qué me da que quiero de él más que sexo...

—¿Camryn?

Su voz me devuelve a lo que quiera que tratara de decirme hace unos instantes. Hace que me siente en la cama y a continuación se agacha delante de mí en el suelo. Me mira a los ojos.

—No voy a tener un lío de una noche contigo pero, si me dejas, haré que te corras.

Una minúscula sacudida eléctrica va desde mi vientre hasta un punto situado entre las piernas.

—¿Qué?... —No puedo decir nada más.

Él sonríe con dulzura, los hoyuelos marcándose un poco más. Apoya los brazos en mis muslos desnudos y me pone las manos en los costados.

—Sin compromiso —asegura—. Te haré una paja y mañana por la mañana, cuando te despiertes, estaré en la habitación de al lado preparándome para ponerme en marcha contigo hacia nuestro próximo destino. Nada cambiará entre nosotros, ni siquiera bromearé con lo sucedido ni sacaré el tema. Será como si nunca hubiera pasado.

Casi no puedo respirar. Acaba de hacer que ese punto que tengo entre las piernas se me abulte sólo con unas palabras directas.

—Pero... ¿y tú? —consigo balbucear.

—Yo, ¿qué?

Aumenta ligeramente la presión de sus dedos. Finjo no darme cuenta.

—No lo veo... justo.

La verdad es que no sé ni lo que estoy diciendo. Sigo alucinando con lo que está pasando.

Andrew me sonrío, pasando por alto mi comentario, y de pronto se levanta del suelo y se mete entre mis piernas, haciendo que me mueva un poco hacia atrás en la cama. Se sienta delante de mí y me sube a horcajadas, una pierna a cada lado de él. Tengo los ojos como platos y casi me estoy desollando el labio inferior. Actúa con tanta naturalidad que ya sólo este hecho, que resulte tan inesperado, hace que me humedezca más aún.

Me abraza y se echa hacia adelante, rozándome la barbilla con la boca. Me recorren escalofríos de la cabeza a los pies. Luego me pega más a él y me susurra cerca de la boca:

—Es justo. Quiero que te corras y, créeme, seguro que sacaré algo de esto.

Oigo su risa, y lo miro a los ojos y no puedo resistir esa mirada. Si Andrew me dijera ahora mismo que me pusiera a cuatro patas, lo haría sin dudarlo.

Me roza con los labios el otro lado de la barbilla.

—Entonces, ¿por qué no te acuestas conmigo? —pregunto en voz queda, pero después intento decirlo con otras palabras—: Bueno, si quisieras hacerme... algo más...

Se retira y me pone tres dedos en la boca para que me calle.

—Sólo lo diré una vez —empieza, y sus ojos son insondables, rezuman intensidad—, pero no quiero que comentes nada cuando lo diga, ¿de acuerdo?

Asiento con nerviosismo.

Él espera, se pasa la lengua por los labios y dice:

—Si te follara, tendrías que dejar que fueras mía.

Una oleada de inmenso placer me recorre el cuerpo entero. Sus sorprendentes palabras me subyugan. El corazón me dice que diga una cosa; la cabeza, otra. Pero no sé qué coño me dicen el uno y la otra porque cada vez me resulta más imposible desoir la sensación que tengo entre las piernas.

Trago una saliva cada vez más escasa. Es como si cada parte de mí que por regla general genera su propia humedad hubiera dejado de funcionar porque toda la humedad se halla localizada en ese punto situado en el centro de mi cuerpo.

Sigo sin poder respirar.

Dios mío, ni siquiera me ha tocado aún y ¿ya me siento así?

¿Estoy soñando?

—¿Y si te hago una paja o algo?

Lo admito: todo esto me hace sentir culpable.

Él ladea la cabeza, risueño, y me dan ganas de besarlo con avidez.

—Te dije que no comentaras nada.

—Eh..., bueno, en realidad no he comentado lo que tú has dicho, sólo...

Andrew desliza los dedos por debajo del fino tejido de mis bragas y me toca. Dejo escapar un grito ahogado, olvidando lo que había empezado a decir.

—No digas nada —me pide con suavidad, aunque lo dice completamente en serio.

Cierro la boca y lanzo otro grito ahogado cuando introduce dos dedos dentro de mí y los deja ahí dentro, el pulgar presionándome la pelvis.

—¿Vas a estar calladita, Camryn?

Pronuncio temblorosa la palabra «sí» y me muerdo el labio inferior.

Luego él saca los dedos. Quiero pedirle que no los mueva de donde están, pero me ha dicho que me esté calladita de un modo que hace que enloquezca por él y me vuelva sumisa al mismo tiempo, así que no digo nada. Abro los ojos con cautela cuando me pasa los dedos húmedos por los labios y yo instintivamente los lamo, sólo un poco, hasta que él se los lleva a los suyos y pasa la lengua por lo que queda de mí. Me inclino hacia él, uniendo su boca a la mía, cerrando los ojos, quiero ver a qué sabe y a qué sé yo en él. Saca la lengua para tocar la mía, pero a continuación me tumba con cuidado en la cama, en lugar de darme el beso voraz del que tantas ganas tengo.

Me pone las dos manos en la cintura y me baja los pantalones y las bragas, que deja tirados por el suelo.

Luego sube y se tiende a mi lado, me rodea el cuerpo con un brazo y me mete la mano por dentro de la camiseta. No llevo sujetador. Me pellizca con suavidad un pezón, luego el otro, y mientras me va besando por la línea de la barbilla. Todo el vello de la nuca se me eriza cuando su lengua dibuja la curvatura de mi oreja.

—¿Quieres que te toque?

Noto su aliento cálido en mi cara.

—Sí —jadeo.

Me muerde el lóbulo de la oreja y su mano empieza a bajar por mi cuerpo, pero se detiene cerca del ombligo.

—Dime que quieres que te toque —me susurra al oído.

Casi no puedo abrir los ojos.

—Quiero que me toques...

Sigue bajando la mano y el corazón empieza a latirme con fuerza en el pecho, pero, cuando creo que me va a tocar, su mano pasa a la cara interior de mi muslo.

—Abre las piernas.

Las abro un tanto, pero él las separa más aún con la mano, los dedos empujando mi carne hasta que me veo completamente expuesta.

Se incorpora y se inclina sobre mi cuerpo, levantándome la camiseta para dejar a la vista mis pechos y, acto seguido, me mordisquea los pezones, primero uno y después el otro. A continuación les pasa por encima la punta de la húmeda lengua y los rodea con la boca, besándolos con avidez. Enredo mis dedos en su pelo, me entran ganas de agarrarlo y tirar de él, pero no lo hago. Andrew va bajando por mi pecho y, al llegar a las costillas, recorre cada una con la lengua antes de detenerse en el ombligo.

Me mira con ojos dominantes, los párpados caídos, y dice con los labios apoyados con suavidad en mi estómago:

—Tienes que decirme lo que quieres, Camryn.

Me lame el vientre tan despacio que tiemblo y se me pone la carne de gallina.

—No te lo daré a menos que me lo digas y hagas que me lo crea.

Tomo un aire que literalmente me sacude el pecho.

—Por favor, por favor, tócame...

—No te creo —dice con aire provocador.

Y me da un lametón en el clítoris. Sólo uno. Para y me mira desde el otro lado del paisaje de mi cuerpo, esperando.

Como tengo miedo de decir la palabra, la susurro, tan bajo que él finge no haberme oído:

—Por favor... quiero que me comas el coño.

—¿Qué dices? —inquiere, y me lame de nuevo el clítoris, esta vez un poco más, y me recorren una oleada de escalofríos—. No lo he oído bien.

Lo repito, levantando un poco la voz, aún demasiado cortada para decir la palabra prohibida, esa que siempre me ha parecido ordinaria, fea y únicamente apropiada para una peli porno.

Andrew me mete la mano entre las piernas y me separa los labios con dos dedos.

Me lame una vez. Sólo una. Los muslos empiezan a temblarme con más fuerza.

No sé cuánto más voy a poder esperar.

—Una mujer que sabe lo que quiere en el sexo y no tiene miedo de expresarlo pone mogollón, Camryn.

Me lame una vez más, los ojos bajos siempre vigilándome.

—Dime lo que quieres o no te lo daré.

Me lame de nuevo y no aguanto más.

Bajo las manos y lo agarro del pelo, empujando su cara hacia mis piernas todo lo que él me permite, y entonces digo, mirándolo a los ojos:

—Cómeme el coño, Andrew, ¡cómeme el puto coño!

Capto la sonrisa más oscura que le he visto jamás justo antes de que mis ojos se cierren y mi cabeza se eche hacia atrás cuando él empieza a lamerme, y esta vez no se detiene. Me chupa el clítoris con ganas y mete y saca los dedos a la vez, y creo que voy a desmayarme. No puedo abrir los ojos, los noto ebrios de placer. Adelanto las caderas y le doy unos buenos tirones de pelo, pero él ni se inmuta. Me lame más y más de prisa, y de vez en cuando frena para chuparme y pasarme el pulgar por el abultado clítoris antes de volver a meterme los dedos. Y cuando empiezo a notar que no puedo más e intento apartarme de su cara, él me agarra los muslos y me obliga a quedarme quieta hasta que me corro con furia, las piernas temblándome incontroladamente, mis manos cogiéndole la cabeza con todas mis fuerzas. Suelto un gemido y echo los brazos atrás, agarrando el cabecero con la punta de los dedos, intentando usarlo para hacer palanca y alejarme del azote de la lengua de Andrew. Pero él me sujeta con más firmeza, las manos bajo los muslos y sobre la cadera, la presión es tal que me hace daño, me clava los dedos en la piel, pero me gusta.

Cuando mi cuerpo tembloroso empieza a calmarse y la respiración agitada a normalizarse, aunque no es acompasada, Andrew también comienza a lamerme con más suavidad. Cuando mi cuerpo deja de moverse, me besa en la cara interna de los muslos y después justo debajo del ombligo antes de subir a mi boca, los brazos firmes, musculosos, apoyados en el colchón, a ambos lados de mi cuerpo. Sus labios carnosos, húmedos, descansan en mi cuello y a ambos lados de la barbilla primero y luego en la frente. Por último me mira un largo instante a los ojos, se inclina y me roza los labios.

Acto seguido, se levanta de la cama.

No puedo moverme.

Quiero estirar las manos para cogerlo y tirar de él para que se eche encima de mí, pero no puedo moverme. No sólo sigo recuperándome del orgasmo que acaba de regalarme, sino que mi cerebro aún se recupera de la experiencia al completo.

Lo miro, sin apenas levantar la cabeza de la almohada mientras se dirige hacia la puerta. Me mira una vez tras colocar la mano en el pomo.

Sin embargo, soy yo la primera en hablar:

—¿Adónde vas?

Sé adónde va, pero ha sido lo único que se me ha ocurrido decir para impedir que se marche de mi habitación.

Esboza una sonrisa dulce.

—A mi habitación —responde, como si yo debiera saberlo.

La puerta se abre y la luz del pasillo inunda el espacio a su alrededor, iluminando sus rasgos en la sombra. Quiero decir algo, pero no estoy segura de qué. Me incorporo y me siento con la espalda recta, los dedos toqueteando nerviosamente la sábana cerca de las rodillas.

—Bueno, te veo por la mañana —dice, y me dirige una última sonrisa elocuente justo antes de cerrar la puerta y de que la luz del pasillo se extinga.

Sin embargo, en mi habitación sigue habiendo bastante luz, ya que dejé encendida

la lámpara de la cama. Vuelvo la cabeza y pienso en la lámpara: ha estado encendida todo el tiempo. Siempre he sido tirando a tímida en la cama, e incluso con Ian, cuando me lo montaba con él, como mucho lo hacíamos con la luz de la tele, pero nunca con una luz intensa. Esta vez ni siquiera me he parado a pensarlo.

Y las palabras que han salido de mi boca... Nunca he dicho algo parecido antes. Desde luego, no la palabra que empieza por «C». Ni siquiera puedo pronunciarla ahora. Claro que solía decirle a Ian «Fóllame, por favor» o «Dame más», pero hasta ahí llegaba mi vocabulario porno.

¿Qué me está haciendo Andrew Parrish?

Sea lo que sea..., no creo que quiera que deje de hacerlo.

Me levanto de la cama, me pongo las bragas y los pantaloncitos y voy hacia la puerta, decidida a ir a su habitación y... no sé qué más.

Me paro antes de abrir la puerta y me miro los pies descalzos en la moqueta verde. No sé qué diría si fuera a su habitación, porque ni siquiera sé lo que quiero o lo que no quiero. Entonces deajo caer los brazos a los lados y profiero un hondo suspiro.

—«Como si no hubiera pasado» —lo imito con ironía—. Sí, no eres lo bastante buena para hacer que ése se corra.

ANDREW

20

Llevo despierto desde las ocho de la mañana. Me llamó mi hermano Asher, y tenía miedo de cogerlo porque pensé que me daría la noticia de mi padre. Sin embargo, sólo me llamaba para que supiera que Aidan está cabreado por haberme llevado su guitarra. Me importa una mierda. ¿Qué va a hacer?, ¿venir a Birmingham a pegarse por ella? Aidan lo que está es cabreado porque me largué de Wyoming mientras nuestro padre aún vive.

Y Asher quería controlarme.

—¿Te encuentras bien, tío? —me preguntó.

—Sí, la verdad es que estoy estupendamente.

—¿Estás siendo sarcástico?

—No —repuse—. Estoy siendo sincero contigo, Ash, lo estoy pasando de miedo.

—Es esa chica, ¿no? ¿Camryn? Se llamaba así, ¿no?

—Sí, se llama así, y sí, es la chica.

Sonreí para mis adentros, distraído por la vívida imagen de lo que pasó anoche, pero después sonreí sin más, pensando en Camryn en general.

—Bueno, ya sabes donde estoy si me necesitas —dijo Asher.

Y capté el mensaje mudo en su voz que quería transmitirme, pero que sabe muy bien que no debe mencionar más abiertamente. Le dije en su día que no volviera a hablar del tema o tendría que partírle la cara.

—Sí, lo sé, gracias, tío. Por cierto, ¿qué tal papá?

—Sigue igual que cuando te fuiste.

—Supongo que podría ser peor.

—Pues sí.

Colgamos y llamé a mi madre para que supiera que estaba bien. Un día más y habría llamado a la policía.

Me levanto y meto mis cosas en la bolsa de deporte. Al pasar por delante del televisor, aporreo la pared con la mano allí donde probablemente descansa la cabeza de Camryn al otro lado. Si no estaba despierta ya, con esto debería bastar. Bueno, vale, tal vez no, tiene el sueño profundo..., salvo, por lo visto, con la música. Me doy una ducha rápida, me cepillo los dientes y recuerdo que anoche la tuve en mi boca, y pienso que es una pena tener que lavarme los dientes. Aunque puede que vuelva a hacerlo más tarde. Si ella quiere, claro. Mierda, yo no tengo ningún problema al respecto, excepto que después tengo que ocuparme de mí mismo, pero tampoco pasa nada. Prefiero hacerlo a arriesgarme a que ella me toque. Sé que, cuando lo haga, todo habrá terminado. Para mí, por lo menos. Me gusta mucho, joder, pero sólo me lo haré con ella si la cosa es mutua. Y ahora mismo estoy seguro de que no sabe lo que quiere.

Me visto y me pongo las zapatillas negras; me alegro de que se hayan secado después del chaparrón. Me cuelgo del hombro las dos bolsas, cojo la guitarra de Aidan por el mástil, salgo al pasillo y me acerco a la puerta de al lado.

Oigo la tele dentro, eso me dice que debe de estar levantada.

Me pregunto cuánto tardará en derrumbarse.

CAMRYN

Oigo que Andrew llama a la puerta. Tomo aire con energía, lo retengo durante un largo y tenso minuto y lo suelto de golpe, moviendo un mechón de pelo que se me ha salido de la trenza: los preparativos necesarios para evitar que me derrumbe.

Como si nunca hubiera pasado, ¡y una mierda!

Finalmente abro la puerta y, cuando lo veo allí tan como si nada —y tan apetecible—, me derrumbo. Bueno, en realidad es más que me ruborizo a lo bestia, tanto que es como si me ardiera la cara. Bajo la vista al suelo, porque si miro sus ojos risueños un segundo más puede que se me derrita el cerebro.

Consigo mirarlo segundos más tarde.

Su sonrisa de labios apretados es más ancha ahora y mucho más reveladora.

«¡Eh! ¡Creo que esa expresión es igual que si hablaras de ello!».

Me mira de arriba abajo y, al ver que estoy vestida y lista para salir, echa hacia atrás la cabeza un tanto y dice con una enorme sonrisa:

—Vamos.

Cojo el bolso y la bolsa y salgo con él.

Nos subimos al coche y hago lo que puedo para no pensar en el mejor sexo oral que he tenido en mi vida: sacar cualquier tema de conversación. Hoy huele mejor que bien, el olor natural de su piel con un toque de jabón y algo de champú. Esto tampoco es que me ayude mucho.

—Dime, ¿sólo vamos a ir a moteles al azar y no parar en ningún otro sitio que no sea un Waffle House?

No es que me importe lo más mínimo, pero procuro encontrar «cualquier tema de conversación» y eso es lo que ha salido.

Él se abrocha el cinturón y arranca.

—No, lo cierto es que se me ha ocurrido una cosa. —Me mira de reojo.

—Ah, ¿sí? —pregunto, llena de curiosidad—. ¿Así que estás infringiendo la regla de la espontaneidad en el viaje y tienes un plan?

—A ver, técnicamente nunca fue una norma —puntualiza, subrayando el dato.

Salimos del aparcamiento y el Chevelle retro sale a la carretera ronroneando.

Andrew lleva los mismos cargo cortos negros que llevaba ayer, y echo un vistazo a esas pantorrillas duras como rocas, un pie presionando suavemente el acelerador. La camiseta azul marino le sienta a la perfección con ese pecho y esos brazos, el tejido más tenso alrededor de los bíceps.

—Bueno, y ¿cuál es el plan?

—Nueva Orleans —desvela, risueño—. Sólo está a unas cinco horas y media de aquí.

La cara se me ilumina.

—No he estado nunca en Nueva Orleans.

Sonríe para sí, como si le entusiasmara ser el primero que va a llevarme allí. Yo estoy igual de entusiasmada que él. Aunque la verdad es que me da lo mismo a donde vayamos, aunque sea a las nubes de mosquitos del Mississippi, siempre que Andrew esté conmigo.

Dos horas más tarde, después de agotar los temas al azar cuya única finalidad ha sido no hablar de lo que pasó anoche, decido ser yo quien rompa el hielo. Alargo la mano y bajo el volumen. Andrew me mira con curiosidad.

—Yo nunca había dicho cosas así, para que lo sepas —suelto.

Él sonríe y baja la mano por el volante, dejando que sean sus dedos los que lo manejen. Parece más relajado, el brazo izquierdo apoyado en la puerta de su lado, la pierna izquierda flexionada mientras el pie derecho sigue en el acelerador.

—Pero te gustó —replica—. Decirlo, me refiero.

«Mmm, no hubo nada anoche que no me gustara».

Sólo estoy algo roja.

—Sí, la verdad es que sí —admito.

—No me digas que nunca se te ha pasado por la cabeza decir cosas así cuando te lo estás montando con alguien —comenta.

Titubeo.

—Lo cierto es que sí. —Lo miro bruscamente—. Aunque no es que me pare a pensar en eso específicamente, sólo lo he pensado alguna vez.

—Y, si tenías ganas de hacerlo, ¿por qué no lo hiciste nunca?

Me formula las preguntas, pero estoy casi segura de que ya conoce las respuestas.

Me encojo de hombros.

—Supongo que porque era una cagada.

Ríe con ligereza y las manos vuelven a subir por el volante, cogiéndolo de manera más segura cuando llega un tramo de curvas en la carretera.

—Supongo que siempre me han parecido cosas que Dominique Starla o Cinnamon Dreams dirían en *Legalmente empalmado* o *Bolleras del viernes noche*.

—¿Has visto esas pelis?

Vuelvo la cabeza de golpe y profiero un grito ahogado.

—¡No! No... no sabía que fuesen de verdad, me lo estaba inventando...

La sonrisa de Andrew se vuelve juguetona.

—Yo tampoco sé si son de verdad —contesta, cediendo antes de que me muera de la vergüenza—, pero no lo dudaría. Y sé lo que quieres decir.

Mi cara se relaja.

—Aunque pone —añade—, que conste.

Me ruborizo un poco más. Podría dejarme el rubor puesto permanentemente, porque cuando estoy a su lado me ruborizo cada vez más cada día que pasa.

—Entonces, ¿crees que las estrellas del porno ponen? —me encojo por dentro, confiando en que responda que no.

Andrew frunce un tanto los labios y dice:

—En realidad, no; cuando lo hacen pone, pero de otra manera.

Frunzo el entrecejo.

—¿De qué manera?

—A ver, cuando lo hace... Dominique Starla —pilla el nombre al vuelo—, es para un tío cualquiera que quiere hacerse una paja detrás de un teclado.

Sus ojos verdes se posan en mí.

—Ese tío no está soñando con hacer con ella otra cosa distinta de tener su cara entre las piernas. —Mira de nuevo a la carretera—. Pero cuando alguien..., no sé..., una chica dulce, atractiva, en absoluto guarra lo hace, el tío probablemente esté pensando en mucho más que en tener su cara entre las piernas. Probablemente ni siquiera esté pensando en eso, al menos a un nivel más profundo.

Sin duda capto el significado secreto que esconden sus palabras, cosa que probablemente él también sepa.

—Me volvió loco —dice mirándome de reojo lo bastante para que nuestras miradas se crucen—, para tu información.

Pero entonces desvía la vista por completo y finge concentrarse más en la carretera. Puede que no quiera que lo acuse de «hablar de ello», aunque sea yo la que ha empezado esta conversación. Asumo toda la culpa y no me arrepiento.

—¿Y tú? —pregunto interrumpiendo el breve silencio—. ¿Alguna vez has tenido miedo de probar algo en el sexo que tenías ganas de probar?

Se para a pensar un momento y contesta:

—Sí, cuando era más pequeño, tendría unos diecisiete años, pero sólo tenía miedo de probar cosas con chicas porque sabía que eran...

—Que eran, ¿qué?

Sonríe con suavidad, apretando los labios, y me da la sensación de que se va a

establecer una especie de comparación.

—A las chicas más pequeñas, al menos con las que yo iba, les daba asco cualquier cosa que se saliera de lo convencional. Probablemente fuesen como tú en cierto modo; en el fondo les ponía algo que no fuera la postura del misionero, pero eran demasiado tímidas para admitirlo. Y a esa edad era arriesgado decir: «Oye, deja que te la meta por detrás», porque lo más probable es que ella se acojonara viva y pensara que eras un perverso sexual.

Me río.

—Sí, creo que tienes razón —reconozco—. Cuando era adolescente me daba auténtico asco cuando Natalie me contaba cosas que dejaba que le hiciera Damon. La verdad es que no empecé a pensar que estaban bien hasta que perdí la virginidad, a los dieciocho, pero... —mi voz se va apagando al pensar en Ian—, pero incluso entonces seguía estando demasiado nerviosa. Quería...

Me pone nerviosa estar admitiéndolo ahora.

—Vamos, dilo —insta él, pero sin guasa—. A estas alturas deberías saber que no puedes darme largas.

Eso me desconcierta (y hace que me dé un vuelco el corazón). ¿Es la verdad que llevo escrita en la frente, que tengo miedo de causarle mala impresión? Sonríe con ternura, como para asegurarme que nada de lo que le diga le causará mala impresión.

—Vale, si te lo digo, ¿me prometes que no pensarás que es una invitación?

Puede que lo sea, aunque ni yo misma esté muy segura aún, pero desde luego no quiero que él lo piense. No en este momento, quizá nunca. No lo sé...

—Lo juro —replica, los ojos serios y en absoluto ofendidos—, no lo pensaré.

Respiro hondo.

Puf, no me puedo creer que esté a punto de contarle esto. Nunca se lo he contado a nadie; bueno, salvo a Natalie, y de manera indirecta.

—Agresión. —Hago una pausa, todavía me da corte seguir—. La mayoría de las veces que sueño despierta con el sexo suelo...

¡Sus ojos sonríen! Cuando he dicho «agresión», se ha producido una reacción en sus rasgos. Es casi como si..., no, seguro que no.

Su mirada se suaviza cuando cae en la cuenta.

—Continúa —pide sonriendo tiernamente de nuevo.

Y lo hago porque por algún motivo tengo menos miedo de terminar que hace unos segundos:

—Suelo soñar con que me... maltratan.

—Te pone el sexo duro —afirma sin inmutarse.

Asiento.

—Me pone la fantasía, pero nunca lo he experimentado, al menos no del modo en que pienso en ello.

Parece un tanto sorprendido, ¿o acaso satisfecho?

—Creo que es a lo que me refería cuando te dije que siempre acabo con tíos formalitos.

Acabo de caer en la cuenta de algo: Andrew sabía antes que yo a qué me refería en realidad cuando le conté en Wyoming que acababa con tíos formalitos. Sin darme cuenta, básicamente expresé que acabar con ellos era mala suerte, algo que no quería. Puede que Andrew en realidad no supiera qué quería decir con «formalitos» hasta ahora, pero sabía antes que yo que no era algo que yo quisiera.

Sin embargo, quería con locura a Ian, y ahora mismo me siento fatal por pensar estas cosas. Ian era formalito en el sexo, y la idea de pensar mal de él me hace sentir culpable.

—Así que te gusta que te tiren del pelo y... —empieza a decir inquisitivamente, pero lo deja ahí cuando ve mi expresión combativa.

—Sí, pero con más agresividad —sugiero, con la idea de que sea él quien lo diga para no tener que hacerlo yo. Empiezo a ponerme nerviosa otra vez.

Ladea la barbilla y enarca un tanto las cejas.

—¿Qué?... Espera, ¿qué grado de agresividad?

Trago saliva y rehúyo su mirada.

—Imposición, supongo. No estoy hablando de violación ni nada extremo por el estilo, pero creo que sexualmente hablando tengo una personalidad muy sumisa.

Ahora es Andrew el que no puede mirarme.

Me vuelvo lo suficiente para ver que sus ojos están un poco más abiertos que segundos antes y rebosantes de velada intensidad. La nuez se le desliza con suavidad al tragar saliva. Ahora tiene las dos manos sobre el volante.

Cambio de tema:

—Técnicamente no has llegado a contarme qué tenías miedo de pedirle a una chica que hiciera. —Sonríe con la esperanza de recuperar el ambiente juguetón de antes.

Él se relaja y sonrío asimismo al mirarme.

—Sí que te lo he dicho —responde, y añade después de una pausa extraña—: sexo anal.

Algo me dice que no es de eso de lo que de verdad tenía miedo. No pondría la mano en el fuego, pero creo que lo de mencionar el sexo anal no es más que una cortina de humo. Pero, de nosotros dos, ¿por qué iba a ser él quien tuviera miedo de admitir la verdad? Es él quien básicamente me está ayudando a que me sienta más a gusto con mi sexualidad. Es él de quien yo pensaba que no tenía miedo de admitir nada, pero ahora ya no estoy tan segura.

Ojalá pudiera leerle el pensamiento.

—Pues tanto si lo crees como si no, Ian y yo lo probamos una vez, pero me dolió un montón, y no hace falta que subraye que he dicho «una vez» de la manera más literal posible —explico, mirándolo.

Andrew se ríe.

Luego mira las señales de la carretera y parece tomar mentalmente una decisión rápida en cuanto a nuestra ruta. Dejamos una carretera por otra. A ambos lados se extienden más campos. Algodón, arroz y maíz y a saber qué más. La verdad es que no sé qué es la mayoría, sólo distingo las plantas más claras: el algodón es blanco y el maíz alto. Conducimos durante horas y horas, hasta que el sol empieza a ponerse y Andrew se mete en el arcén. Las ruedas se detienen con un rechinar de grava.

—¿Nos hemos perdido? —inquiero.

Él se inclina en el asiento hacia mí y abre la guantera. El codo y la cara interna del antebrazo me rozan la pierna al hacerlo. Saca un mapa de carreteras bastante sobado. Está mal doblado, como si después de abrirlo no lo hubieran dejado como estaba en un principio. Lo extiende sobre el volante, examinándolo con atención y pasando el dedo sobre él. Se muerde la parte derecha de la boca y hace un ruidito inquisitivo con los labios.

—Nos hemos perdido, ¿no?

Me dan ganas de reírme, no de él, sino tan sólo de la situación.

—Por tu culpa —afirma, y trata de ponerse serio, pero no lo consigue al ver que sus ojos sonrían.

Suelto un bufido.

—Y ¿se puede saber por qué es culpa mía? —pregunto—. Eres tú el que conduce.

—Si no me distrajeras tanto hablando de sexo y de deseos secretos y de pornografía y de la zorra esa, Dominique Starla, me habría dado cuenta de que me metía por la 20 en lugar de seguir por la 59, que era lo que debía hacer. —Da en el centro del mapa con el dedo y sacude la cabeza—. Hemos ido dos horas en dirección contraria.

—¿Dos horas? —Esta vez me río y estampo una mano en el salpicadero—. Y ¿te das cuenta ahora?

Espero no estar hiriéndole el ego. Además, no es que esté enfadada o decepcionada: podríamos ir diez horas en dirección contraria y no me importaría.

Parece dolido. Estoy casi segura de que es un paripé, pero aprovecho la oportunidad para arriesgarme a hacer algo que he querido hacer desde que nos subimos juntos al techo del coche bajo la lluvia en Tennessee: me desabrocho el cinturón y me deslizo hasta su asiento. Él parece sorprendido pero no dice nada, y me invita a hacerlo levantando el brazo para que pueda meterme debajo.

—Sólo te estoy tomando el pelo con lo de que nos hayamos perdido —aseguro apoyando la cabeza en su hombro. Noto cierta reticencia, pero al final me rodea con el brazo.

Así me siento de maravilla. De auténtica maravilla...

Finjo no ser consciente de lo a gusto que estamos los dos ahora mismo y actuar con el mismo desenfado de antes. Miro el mapa con él, pasando el dedo por una ruta distinta.

—Podemos ir por aquí —propongo, el dedo bajando al sur— e ir a Nueva Orleans directamente por la 55, ¿no? —Ladeo la cabeza para verle los ojos, y el corazón me da un vuelco cuando me percato de lo cerca que está su cara de la mía. Sin embargo, me limito a sonreír, esperando a que me responda.

Me sonrío, pero me da que no ha escuchado mucho de lo que he dicho.

—Sí, tomaremos la 55.

Sus ojos escrutan mi cara y rozan un instante mis labios.

Cojo el mapa y comienzo a doblarlo. Luego subo otra vez el volumen. Andrew me retira el brazo para meter la marcha.

Cuando salimos, deja la mano en mi muslo, pegado al suyo, y pasamos así un buen rato; la única vez que mueve la mano es para controlar mejor el volante en una curva cerrada o para cambiar la música, pero siempre vuelve a ponérmela encima.

Y yo siempre quiero que lo haga.

21

—¿Estás seguro de que seguimos en la 55? —pregunto mucho después, cuando ya ha oscurecido y parece que hace una eternidad que no vemos ningún faro yendo o viniendo en ningún sentido.

Todo cuanto veo son sembrados y árboles y alguna que otra vaca.

—Sí, nena, seguimos en la 55. Me he asegurado.

Nada más decirlo, pasamos por delante de otra señal que indica: «55».

Me despego del brazo de Andrew, contra el que llevo una hora apoyando la cabeza, y empiezo a estirar los brazos, las piernas y la espalda. Después me inclino y me masajeo las pantorrillas. Creo que cada músculo de mi cuerpo se ha endurecido como cemento alrededor de los huesos.

—¿Te apetece bajar a estirar un rato las piernas? —se interesa Andrew.

Lo miro, la cara sumida en la sombra; una luz azulada le baña la piel. Su marcada mandíbula parece más pronunciada en la oscuridad.

—Sí —confieso, y me acerco al salpicadero para ver mejor el paisaje por el parabrisas. No podía ser de otra manera: campos y árboles y (anda, otra vaca), qué otra cosa me esperaba. Pero entonces me fijo en el cielo: me arrimo más al salpicadero y alzo la vista a las estrellas, envueltas en la negrura infinita, y reparo en lo bien que se ven y en cuántas hay cuando no existe contaminación lumínica en muchos kilómetros.

—¿Quieres salir a dar un paseo? —pregunta, aún esperando el resto de mi respuesta.

Se me ocurre una cosa, y le dedico una sonrisa radiante y asiento.

—Sí, creo que es una buena idea: ¿llevas una manta en el maletero?

Me mira con curiosidad un instante.

—Pues sí, tengo una ahí atrás, en la caja donde guardo las demás cosas de emergencia..., ¿por qué?

—Sé que puede parecer tópico —empiezo—, pero es algo que siempre he querido hacer: ¿alguna vez has dormido bajo las estrellas? —Me siento un poco idiota al hacer la pregunta, supongo que porque es un poco tónica, y hasta el momento nada en Andrew se acerca ni remotamente a lo tópico.

A su cara asoma una sonrisa afectuosa.

—La verdad es que no, nunca he dormido bajo las estrellas: ¿te estás poniendo romántica conmigo, Camryn Bennett? —me mira de reojo con aire juguetón.

—¡No! —me río—. Vamos, lo digo en serio. Es que creo que es la ocasión perfecta. —Muevo las manos hacia el parabrisas—. Mira esos campos de ahí.

—Ya, pero no podemos plantar una manta en mitad de un campo de algodón o de maíz —argumenta—, y la mayor parte del tiempo en esos sitios el agua te llega por los tobillos.

—No en los que están llenos de hierba y minas de vaca —preciso.

—¿Quieres dormir donde cagan las vacas? —lo dice como si tal cosa, pero con humor.

Suelto una risita.

—No, sólo en la hierba. Vamos... —Y añado, burlona—: No te asustará un poco de caca de vaca, ¿no?

—¡Ja, ja, ja! —Sacude la cabeza—. Camryn, un montón de mierda de vaca no es un poco de caca de vaca.

Vuelvo a pegarme a él y apoyo la cabeza en su regazo mientras alzo la vista y lo miro haciendo pucheros.

—Por favor... —hago ojitos.

E intento desesperadamente no pensar en el sitio donde tengo apoyada la cabeza.

ANDREW

Me derrito, joder, ¡me derrito!, cuando me mira así. ¿Cómo voy a decirle que no? Tanto si se trata de dormir junto a un montón de mierda de vaca como si es debajo de un paso elevado junto a un borracho sin techo: dormiría en cualquier parte con ella.

Pero ése es el problema.

Creo que se convirtió en un problema desde el segundo en que decidió sentarse a mi lado en el coche. Porque ahí fue cuando Camryn cambió, cuando creo que empezó a pensar que quiere más de mí que sexo oral. Puede que le hiciera ese trabajito en Birmingham, pero no puedo permitir que quiera más. No puedo dejar que me toque y no puedo acostarme con ella.

Claro que me gusta, me gusta en todos los sentidos, pero no soportaría romperle el corazón... Ese cuerpo menudo suyo, eso es otra historia, podría soportar romperlo. Pero si deja que la haga mía, al final lo que pasará es que le romperé el corazón (el suyo y el mío).

Es más duro aún desde que me habló de su ex...

—Por favor —dice otra vez.

A pesar de que me estoy sometiendo al tercer grado, le paso el dedo por la cara y digo con mucha suavidad:

—Vale.

Nunca he sido de los que atienden a razones cuando estaba en juego algo que quería, pero con Camryn me sorprende mandando a tomar viento a la razón mucho más de lo habitual.

Diez minutos más conduciendo y veo un campo que parece un mar de hierba liso, infinito. Aparco el coche a un lado de la carretera. Estamos literalmente en mitad de ninguna parte. Salimos y cerramos las puertas dejándolo todo en el coche. Abro el maletero y busco en la caja de primeros auxilios la manta enrollada, que huele a coche viejo y un poco a gasolina.

—Huele que apesta —confirmo al llevármela a la nariz.

Camryn se inclina y arruga la nariz al olerla.

—Bah, me da lo mismo.

A mí también me lo da. Estoy seguro de que ella hará que huela mejor.

Sin pensarlo siquiera, le cojo la mano y bajamos una pequeña loma, saltamos una acequia y subimos por el otro lado hasta llegar a la cerca baja que separa el campo de nosotros. Empiezo a buscar la manera más fácil de que ella la salve, pero un segundo después sus dedos dejan los míos y se pone a saltar la puñetera cosa.

—¡Date prisa! —insta al caer al otro lado en cuclillas.

No puedo borrar la sonrisa de mi cara.

Salto la cerca, aterrizo a su lado y echamos a correr por el campo: ella como una gacela elegante, yo como el león que la persigue. Oigo el golpeteo de sus chanclas contra los pies al correr y veo cómo se le iluminan los mechones de pelo rubio alrededor de la cabeza con la brisa. Llevo la manta en una mano mientras voy detrás de ella; dejo que vaya unos pasos por delante por si se cae: así podré reírme de ella primero y después ayudarla a levantarse. La oscuridad es absoluta, sólo la luz de la luna baña el paisaje. Pero hay suficiente luz para ver dónde ponemos los pies y no caer en un hoyo o tropezar con un árbol.

Y no veo ninguna vaca, lo que significa que éste podría ser un campo sin mierdas, y eso es un punto a su favor.

Nos alejamos tanto del coche que lo único que aún veo es el destello reflectante de las llantas plateadas.

—Creo que esto está bien —opina Camryn, y se detiene sin resuello.

Los árboles más próximos están a unos treinta metros en cualquier dirección.

Levanta los brazos y echa hacia atrás la cabeza, dejando que la brisa la acaricie. Tiene una sonrisa tan grande en la cara, los ojos cerrados, que tengo miedo de decir

algo e interrumpir su momento con la naturaleza.

Desenrollo la manta y la extiendo en el suelo.

—Dime la verdad —pide, y me coge de la muñeca para que me siente en la manta con ella—, ¿nunca has pasado la noche con una chica bajo las estrellas?

Niego con la cabeza.

—Es la verdad.

Me da que le gusta. Veo que me sonrío mientras un airecillo se cuele entre ambos y hace que los mechones sueltos le den en la cara. Camryn se aparta algunos de los labios con la mano, deslizando el dedo tras ellos con cuidado.

—La verdad es que no soy de los que dejan pétalos de rosa en la cama.

—¿No? —pregunta, algo sorprendida—. Pues yo creo que probablemente seas un tío muy romántico.

Me encojo de hombros. ¿Está tanteando el terreno? Creo que sí.

—Supongo que todo depende de lo que consideres romántico —aclaro—. Si una chica espera una cena con velas y música de Michael Bolton de fondo, obviamente se ha equivocado de tío.

Camryn suelta una risita.

—Es que eso es pasarse un poco —opina—, pero apuesto a que tienes tus gestos románticos.

—Supongo —contesto, aunque en este momento no se me ocurre ninguno, sinceramente.

Me mira con la cabeza ladeada.

—Eres uno de éstos —dice.

—Uno, ¿de quiénes?

—Uno de esos tíos a los que no les gusta hablar de sus ex.

—¿Quieres que te hable de mis ex?

—Claro.

Se tumba de espaldas, dejando dobladas las piernas desnudas, y da unos golpecitos en la manta a su lado.

Me tiendo junto a ella en la misma posición.

—Háblame de tu primer amor —pide.

Me da en la nariz desde ya que no deberíamos tener esta conversación, pero, si es de lo que quiere hablar, haré cuanto pueda para contarle lo que desea saber.

Supongo que es justo, ya que ella me ha contado lo suyo.

—Bueno —empiezo mirando al cielo cuajado de estrellas—, se llamaba Danielle.

—Y ¿la querías?

Camryn me mira volviendo la cabeza.

Yo sigo observando las estrellas.

—Sí, la quería, pero no podía ser.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

Me pregunto por qué quiere saber esto; a la mayoría de las chicas que conozco les cambia el humor y les da un ataque de celos que hace que me entren ganas de taparme los huevos con las manos cuando la charla se centra en las ex.

—Dos años —respondo—. Lo dejamos los dos, empezamos a ver a otra gente y supongo que nos dimos cuenta de que no nos queríamos tanto como pensábamos.

—O puede que os desenamorarais.

—No, lo cierto es que nunca estuvimos enamorados.

La miro.

—¿Cómo supiste ver la diferencia? —quiere saber.

Me paro a pensarlo un momento mientras escudriño sus ojos, a unos treinta centímetros de los míos. Huelo la pasta de dientes de canela con la que se ha cepillado esta mañana cuando respira.

—No creo que uno llegue a desenamorarse realmente de alguien —asevero, y veo en sus ojos que está reflexionando al respecto—. Creo que, cuando te enamoras, cuando te enamoras de verdad, el amor es de por vida. El resto no es más que experiencia y desengaños.

—No sabía que fueras tan filosófico. —Sonríe—. Que sepas que eso se considera romántico.

Por regla general, es ella la que se ruboriza, pero esta vez me ha pillado. Procuero no mirarla, aunque no me resulta fácil.

—Entonces, ¿de quién has estado enamorado? —quiere saber.

Estiro las piernas, cruzando los pies, y entrelazo las manos sobre el estómago. Miro al cielo y veo con el rabillo del ojo que Camryn hace otro tanto.

—¿En serio?

—Claro —asegura—, siento curiosidad.

Clavo la vista en un grupo brillante de estrellas y replico:

—Pues de nadie.

Deja escapar un leve resoplido.

—Vamos, Andrew, pensaba que ibas a ser sincero.

—Y lo soy —digo, mirándola—. Varias veces creí estar enamorado, pero... De todas formas, ¿por qué estamos hablando de esto?

Camryn ladea la cabeza de nuevo, ya no sonríe. Parece algo triste.

—Supongo que estaba volviendo a usarte como psicoanalista.

Mi mirada se vuelve introspectiva.

—¿A qué te refieres?

Ella mira hacia otro lado, y la bonita trenza rubia le cae del hombro sobre la manta.

—Es que empiezo a pensar que quizá yo no lo estuviera... No, no debería decir eso.

Ya no es la Camryn feliz y risueña con la que llegué aquí corriendo.

Me incorporo, me apoyo en los codos y la miro con curiosidad.

—Deberías decir lo que sientes siempre que tengas la necesidad de hacerlo. Puede que decirlo sea exactamente lo que necesitas.

No me mira.

—Pero me siento culpable sólo de pensarlo.

—El sentimiento de culpa es un asco, pero ¿no crees que precisamente si lo estás pensando es porque podría ser verdad?

Ladea nuevamente la cabeza.

—Tú dilo. Si después de decirlo crees que no está bien, ya lo encararás, pero si te guardas esa mierda, la incertidumbre será peor que la culpa.

Contempla otra vez las estrellas. Yo también, sólo para darle más tiempo para que lo piense.

—Puede que ni siquiera estuviera enamorada de Ian —se plantea—. Sí que lo quería, y mucho, pero si estaba enamorada de él..., creo que quizá ahora seguiría estándolo.

—Ésa es una buena observación —afirmo, y esbozo una sonrisa tenue con la esperanza de que ella también lo haga. No me gusta nada verla ceñuda.

Tiene la mirada inexpresiva, contemplativa.

—Y ¿qué te hace pensar que nunca estuviste enamorada de él?

Ella me mira, escudriñando mi rostro, y contesta:

—Que cuando estoy contigo ya no pienso mucho en él.

Me tumbo de inmediato y clavo la vista en el negro cielo. Probablemente pudiera contar todas esas estrellas si lo intentara, solamente como distracción, pero tengo a mi lado una distracción mucho mayor de lo que podrían serlo todas las estrellas del universo.

Debo parar esto, y pronto.

—Es que soy una compañía muy buena —bromeo, risueño—. Y vi ese culito tuyo meneándose en la cama la otra noche, así que, sí, comprendo que tiendas más a pensar en mi cabeza entre tus piernas que en cualquier otra cosa.

Sólo intento que cambie de humor, que vuelva a estar alegre, aunque eso signifique que me dé un cachete y me acuse de romper la promesa de *como si nunca hubiera pasado*.

Y me da, justo después de levantarse y apoyarse como yo en los codos.

Se ríe.

—¡Qué asqueroso!

Me río con ganas; echaría la cabeza hacia atrás si no la tuviera apoyada en el suelo.

Luego se me acerca más, apoyada en un codo mientras me mira. Noto la suavidad de su pelo en el brazo.

—¿Por qué no quisiste besarme? —pregunta, y me sorprende—. Cuando me lo hiciste anoche no me besaste, ¿por qué?

—Sí que te besé.

—No fue un beso propiamente dicho —puntualiza.

Y está tan cerca de mis labios que me entran ganas de besarla ahora, pero no lo hago.

—No sé cómo me siento al respecto... No me gusta cómo me siento, pero no estoy segura de cómo debería sentirme.

—Pues no deberías sentirte mal, hasta ahí llego —digo, siendo todo lo vago que puedo.

—Pero ¿por qué? —insiste, y su expresión empieza a endurecerse.

Me doy por vencido y digo:

—Porque besar es algo muy íntimo.

Camryn ladea la cabeza.

—Así que no me vas a besar por el mismo motivo por el que no me vas a follar, ¿es eso?

Se me pone dura en el acto. Espero de verdad que no se dé cuenta.

—Sí —respondo, y antes de que pueda decir nada más se me sienta encima a horcajadas.

Mierda, si no sabía que se me ha puesto dura como una roca, está claro que ahora ya lo sabe. Tiene las rodillas desnudas apoyadas en ambos lados de la manta y se echa hacia adelante, los brazos sosteniendo el peso de su cuerpo, y me da algo cuando roza mis labios con los suyos. Me mira a los ojos y me suelta:

—No intentaré hacer que te acuestes conmigo, pero quiero que me beses. Sólo un beso.

—¿Por qué? —inquiero.

Es necesario, y mucho, que se me quite de encima. Mierda..., no ayuda mucho que ahora mismo tenga la polla entre los cachetes de su culo. «Si se mueve hacia atrás unos centímetros...»

—Porque quiero saber lo que se siente —me susurra en la boca.

Subo las manos por sus piernas y las dejo en la cintura, donde la rodeo con los dedos. Huele tan puñeteramente bien... Tenerla así es genial, y eso que sólo está sentada encima. Ni siquiera atisbo a entender cómo sería sentirla dentro de mí; la idea me vuelve loco.

Entonces la noto apoyarse en mí a través de la ropa, las menudas caderas moviéndose con suavidad, sólo una vez, para convencerme, y luego para y se queda donde está. La tengo a punto de estallar, y es doloroso. Sus ojos estudian mi cara y mis labios, y lo único que me apetece es arrancarle la ropa y metérsela.

Ella se inclina y apoya sus labios en los míos, deslizando la cálida lengua en mi reacia boca. Mi lengua se mueve contra la suya despacio, saboreándola primero, sintiendo su humedad tibia cuando empieza a enredarse con la mía. Respiramos hondo en la boca del otro e, incapaz de resistirme a ella o negarle ese beso que me pide, le cojo la cara entre las manos y la aprieto con fuerza contra mí, fundiendo mis labios con los suyos con voracidad. Camryn gime en mi boca, y la beso con más intensidad, pasándole un brazo por la espalda y acercando a mí el resto de su cuerpo.

Y entonces el beso se interrumpe. Nuestros labios descansan juntos un largo instante hasta que ella se aparta y me mira con una expresión enigmática que no he visto nunca, una que le hace a mi corazón algo que nunca he sentido antes.

Luego se demuda y la expresión se desvanece en la negrura, sustituida por algo confuso y herido, pero ella intenta ocultarlo sonriéndome.

—Con un beso así probablemente no tengas que acostarte nunca conmigo —asegura con una sonrisa juguetona como para ocultar algo más profundo.

No puedo evitar reírme; es un poco ridículo, pero dejaré que crea lo que quiera.

Se aparta y se tumba de nuevo a mi lado, descansando la cabeza en sus manos entrelazadas.

—Son bonitas, ¿no?

Miro las estrellas con ella, pero en realidad no las veo; sólo puedo pensar en ella y en ese beso.

—Sí, son bonitas.

«Como tú...»

—¿Andrew?

—¿Sí?

Mantenemos la vista fija en el cielo.

—Quería darte las gracias.

—¿Por qué?

Tras una pausa, Camryn contesta:

—Por todo: por hacerme meter tu ropa en la bolsa de cualquier manera en lugar de doblarla y por bajar la música en el coche para que no me despertara o por cantar canciones de pasas. —Ladea la cabeza y yo hago lo mismo. Entonces me mira a los ojos y añade—: Y por hacerme sentir viva.

Una sonrisa me alegra la cara, aparto la mirada y replico:

—Bueno, todo el mundo necesita que alguien lo ayude a volver a sentirse vivo de vez en cuando.

—No —niega ella con gravedad, y la miro de nuevo—, no he dicho «volver», Andrew; por hacerme sentir viva por primera vez.

Mi corazón reacciona al oír sus palabras, y no puedo responder. Pero tampoco puedo dejar de mirarla. La razón me dice otra vez a gritos que pare esto antes de que sea demasiado tarde, pero no puedo. Soy demasiado egoísta.

Camryn sonrío con dulzura y yo sonrío a mi vez. Después los dos miramos nuevamente las estrellas. La calurosa noche de julio es perfecta, con una ligera brisa que recorre el vasto espacio y ni una sola nube en el cielo. Hay miles de grillos y ranas y algunos chotacabras cantando en la noche. Siempre me ha gustado escuchar a esos pájaros.

El silencio se ve roto de pronto por la voz estridente de Camryn, y ella sale de la manta más de prisa que un gato de una bañera.

—¡Una serpiente! —señala con una mano mientras se tapa la boca con la otra—. ¡Andrew! ¡Está ahí! ¡Mátala!

Pego un salto cuando veo algo negro que se desliza por el extremo de la manta. Retrocedo de prisa para mantenerme a distancia y luego me dispongo a darle un pisotón.

—¡No-no-no-no! —chilla Camryn, moviendo las manos—. ¡No la mates!

La miro confuso.

—Pero si acabas de pedirme que la mate.

—No lo decía literalmente.

Sigue flipando, la espalda ligeramente arqueada como para proteger el resto de su cuerpo de la serpiente, lo cual es para partirse.

Levanto las manos con las palmas hacia arriba.

—Entonces, ¿quieres que haga como que la mato? —me río y sacudo la cabeza, es muy graciosa.

—No, es sólo que... ya no voy a poder dormir ahí. —Me coge del brazo—. Vámonos, anda.

Tiembla como una hoja, e intenta no reírse y llorar a la vez.

—Vale —accedo, y me agacho para coger la manta ahora que la serpiente ya no está. La sacudo con una mano, puesto que Camryn me agarra el otro brazo como si le fuera la vida en ello. Le doy la mano y echamos a andar en dirección al coche.

—Odio las serpientes, Andrew.

—Ya lo veo, nena.

Hago un gran esfuerzo para no reírme.

Mientras cruzamos el campo, empieza a tirar de mí un poco, cogiendo ritmo. Suelta un grito cuando un pie casi descalzo pisa un inofensivo montículo de tierra blanda, y veo que podría desmayarse antes de que lleguemos al coche.

—Ven aquí —le digo deteniéndola en mitad de la carrera.

La sitúo detrás y la ayudo a subir a mi espalda, me rodea la cintura con las piernas y yo le agarro los muslos.

A la mañana siguiente Camryn me despierta al mover la cabeza, que tiene apoyada en mi regazo en el asiento delantero del coche.

—¿Dónde estamos? —pregunta, levantándose.

El sol entra por las ventanillas del vehículo y se remansa en el interior de su puerta.

—A una media hora de Nueva Orleans —respondo, y me llevo una mano a la espalda para masajearme un músculo tenso.

La noche anterior nos pusimos en carretera de nuevo después de salir del campo, y teníamos pensado llegar a Nueva Orleans, pero estaba tan cansado que casi me quedé dormido al volante. Ella ya se había dormido. Así que aparqué a un lado de la carretera, eché la cabeza hacia atrás y me quedé frito. Podría haber dormido más cómodo solo en el asiento trasero, pero preferí estar agarrotado por la mañana si eso significaba encontrarme a su lado cuando me despertase.

Hablando de agarrotamientos...

Me restriego los ojos y me muevo un poco para ejercitar algunos músculos. Y para asegurarme de que tengo los calzoncillos lo bastante sueltos por delante para que mi evidente erección no sea un tema de conversación.

Camryn se estira y bosteza, luego levanta las piernas y apoya los pies descalzos en el salpicadero, haciendo que los pantaloncitos se le suban por los muslos.

No es una idea muy buena a primera hora de la mañana.

—Debías de estar muy cansado —afirma mientras se deshace la trenza con los dedos.

—Sí, si hubiera intentado conducir más, tal vez hubiésemos acabado empotrados en un árbol.

—Vas a tener que dejarme conducir, Andrew, o...

—¿O qué? —le sonrío—. ¿Te pondrás a lloriquear y apoyarás la cabeza en mi regazo y me dirás «por favor»?

—Anoche funcionó, ¿no?

Touché.

—A ver, no me importa que conduzcas. —La miro de reojo y arranco—. Prometo que después de Nueva Orleans, vayamos a donde vayamos, te dejaré coger el volante un rato, ¿vale?

Una sonrisa dulce, comprensiva, le ilumina la cara.

Me incorporo a la carretera después de que un monovolumen pase a toda velocidad, y Camryn vuelve a pasarse los dedos por el pelo. Luego empieza a hacerse una trenza a la espalda como es debido, tan de prisa y sin tener que mirar que no acabo de entender cómo puede hacer algo así.

No obstante, mis ojos no paran de volver a sus piernas desnudas.

Tengo que dejar de hacer esto como sea.

Ladeo la cabeza y miro por mi ventana, de la ventana al parabrisas y así sucesivamente.

—También tenemos que encontrar una lavandería, y pronto —advierde, y se enrolla la goma en el extremo del pelo—. Ya no tengo ropa limpia.

He estado esperando una oportunidad para colocarme bien el paquete y, cuando empieza a buscar algo en el bolso, la aprovecho.

—¿Es verdad... —pregunta mientras me mira con una mano metida en el bolso. Aparto mi mano de la entrepierna pensando que voy a lograr que parezca que sólo me estoy estirando los pantalones para estar más cómodo cuando añade—: que a todos los tíos se les pone dura por la mañana?

Los ojos se me salen de las órbitas. Me limito a mirar por el parabrisas.

—No todas las mañanas —respondo, aún tratando de no mirarla.

—¿Algo así como los martes y los viernes, entonces?

Sé que sonrío, pero me niego a confirmarlo.

—¿Hoy es martes o viernes? —añade, chinchándome.

Al final, la miro de reojo.

—Es viernes —digo sin más.

Camryn suelta un bufido.

—No soy un zorrón —asegura, bajando las piernas del salpicadero—, y estoy segura de que tú tampoco lo crees, dado que eres el que me ha animado a ser más abierta con mi sexualidad y con lo que quiero...

Deja la frase a medias. Es como si esperara que confirme lo que acaba de decir, como si siguiera preocupándole lo que pueda pensar de ella.

La miro a los ojos.

—No, no pensaría nunca que eres un zorrón a menos que fueras por ahí tirándote a un montón de tíos, claro que en ese caso yo estaría en la cárcel porque tendría que partirlas la puta cara a todos. Pero no, ¿por qué lo dices?

Se ruboriza, y juro que los hombros casi le llegan a las mejillas.

—Es que pensaba...

Sigue sin estar segura de si quiere decirlo, sea lo que sea.

—¿Qué te he dicho, nena? Di lo que se te pase por la cabeza.

Camryn ladea la barbilla y me mira con ternura.

—Pues que como tú hiciste algo por mí, pensé que quizá yo pudiera hacer algo por ti. —Casi al instante cambia de parecer, como si siguiera preocupándole lo que yo pueda pensar—. Sin compromiso, claro. Será como si no hubiera pasado nunca.

«¡Mierda! ¿Cómo es que no lo he visto venir?».

—No —espeto en el acto.

Ella se estremece.

Suavizo la expresión y la voz.

—No puedo permitir que hagas algo así por mí, ¿vale?

—Mierda, y ¿por qué no?

—Es que no puedo... Dios, claro que quiero, no sabes cómo, pero es que no puedo.

—Eso es una estupidez.

Se está mosqueando de verdad.

—Un momento...

Me dirige una mirada inquisitiva e inclina la cara.

—¿Te pasa algo ahí abajo?

Me quedo boquiabierto.

—Ehhh..., ¿no? —respondo con los ojos muy abiertos—. Mierda, aparco y te lo enseño.

Camryn echa la cabeza hacia atrás, se ríe y luego se pone seria otra vez.

—Así que no te vas a acostar conmigo, no vas a dejar que te haga una paja y tuve que obligarte a que me besaras.

—No me obligaste.

—Tienes razón —admite—. Te seduje para que lo hicieras.

—Te besé porque quise —aseguro—. Quiero hacer de todo contigo, Camryn, ¡créeme! En unos pocos días he imaginado más posturas contigo de las que aparecen en el *Kamasutra*. Quiero... —Me doy cuenta de la fuerza con la que estoy agarrando el volante.

Ella parece dolida, pero esta vez no me ablando.

—Te lo dije —pruebo con tacto—, no puedo hacer eso contigo o...

—O tendré que dejar que sea tuya —termina la frase enfadada—, sí, me acuerdo de lo que dijiste, pero ¿qué significa exactamente eso de que «sea tuya»?

Creo que Camryn sabe exactamente lo que quiere decir, pero desea estar segura.

Un momento..., está jugando conmigo; o es eso, o aún no sabe lo que quiere,

sexualmente o en general, y se muestra tan confundida y reacia como yo.

CAMRYN

Pasó la prueba. Mentiría si dijese que no quería acostarme con él o satisfacerlo de otras formas igual que él hizo conmigo: claro que quiero hacer todas esas cosas con él. Pero lo que de verdad quería ver era si mordería el anzuelo. Y no lo mordió.

Y ahora me tiene aterrorizada.

Me aterroriza lo que siento por él. No debería sentirlo, y me odio por ello.

Dije que nunca lo haría. Me prometí a mí misma que no lo haría...

Con la idea de devolver cierta normalidad y desenfado a nuestra conversación, le sonrío dulcemente. Lo único que quiero hacer es retirar la oferta y volver a como estábamos antes de que sacara el tema, pero sabiendo lo que sé ahora: Andrew Parrish me respeta y quiere de mí cosas que creo que no puedo darle.

Encojo las piernas y apoyo los pies en el asiento de piel. No quiero que responda a mi última pregunta: ¿qué significa dejar que sea suya? Espero que olvide que lo he preguntado. Ya sé lo que significa, o al menos eso creo: ser suya es estar con él, como estaba con Ian. Sólo que en el fondo creo que en el caso de Andrew podría enamorarme de él, enamorarme de verdad. Con mucha facilidad. Ya ni siquiera puedo soportar la idea de estar lejos de él. Cuando sueño despierta, todas las caras han sido sustituidas por la de Andrew. Y temo el día que termine nuestro viaje, cuando deba volver a Galveston o a Wyoming y dejarme.

¿Por qué me asusta? Y ¿de dónde ha salido tan de repente esta extraña sensación en la boca del estómago?

—Lo siento, nena. Lo siento de verdad. No pretendía hacerte daño. De veras.

Lo miro y sacudo la cabeza con fuerza.

—No me has hecho daño. Por favor, no pienses que me has hecho daño.

—Continúo—: Andrew, la verdad es que... —respiro hondo. Ahora le cuesta mantener la vista fija en la carretera—, la verdad es que..., bueno, en primer lugar no voy a mentir y decir que hacerte disfrutar no es algo que no haría; lo haría. Pero quiero que sepas que me alegro de que me hayas rechazado.

Creo que lo entiende. Lo veo en su cara.

Sonríe con dulzura y me tiende la mano. La cojo, me arrimo a él y me pasa el brazo por el hombro. Levanto la barbilla para mirarlo y le pongo la mano en el muslo.

Me parece tan guapo...

—Me asustas —confieso al final.

Esa frase despierta una leve reacción en sus ojos.

—Dije que nunca haría esto, tienes que entenderlo. Me prometí que no volvería a acercarme nunca a nadie.

Noto que su brazo se endurece en el mío y que su corazón late más de prisa, golpeando con fuerza contra mi garganta.

Luego una sonrisa asoma a su cara y dice:

—¿Estás enamorada de mí, Camryn Bennett?

Me pongo como un auténtico tomate, mis labios se vuelven una línea dura y hundo más la cara en su duro pecho.

—Aún no —respondo, risueña—, pero estoy en ello.

—Mientes más que hablas —espeta él, y me aprieta un poco más el brazo.

Me besa en el pelo.

—Ya, lo sé —afirmo con la misma guasa que él, y luego mi voz se va apagando—. Lo sé...

Veo Nueva Orleans por primera vez desde lejos: el lago Pontchartrain y luego el extenso paisaje de casitas, viviendas unifamiliares y bungalows. Me impresiona: desde el estadio Superdome, que siempre sabré reconocer después de verlo en las noticias cuando lo del *Katrina*, hasta los gigantescos, amplios robles que son escalofriantes y bellos y vetustos, y la gente que arrastra los pies por las calles del barrio francés, aunque creo que la mayoría son turistas.

Y a medida que avanzamos me hipnotizan los familiares balcones, que recorren por completo a lo largo muchos de los edificios. Son exactamente iguales que en la tele, salvo por el Mardi Gras, que no es ahora, y no hay nadie enseñando las tetas o lanzando collares desde los balcones.

Andrew me sonrío al ver lo mucho que me emociona estar aquí.

—Ya me está encantando —aseguro, y vuelvo a acurrucarme con él después de pasarme los últimos minutos con la cara prácticamente pegada a la ventana para verlo bien todo.

—Es una gran ciudad.

Está radiante, orgulloso. Me pregunto qué relación tendrá con este sitio.

—Intento venir todos los años —informa—, normalmente por el Mardi Gras, pero cualquier época del año es buena, creo.

—Así que sueles venir cuando hay tetas —le guiño un ojo.

—Me has pillado —dice, y levanta ambas manos del volante en señal de rendición.

Cogemos dos habitaciones en el Holiday Inn, desde el que podemos ir a pie hasta la famosa Bourbon Street. He estado a punto de decirle que esta vez cogiera una única habitación con dos camas, pero me he frenado: «No, Camryn, así no haces más que alimentar el deseo. No te metas en una habitación con él. Para esto mientras puedas».

Y, durante un momento, mientras estábamos el uno al lado del otro en recepción, cuando el recepcionista nos preguntó si podía ayudarnos, Andrew se quedó parado y a mí me invadió una sensación muy rara debido a ello. Pero al final cogimos dos habitaciones contiguas, como de costumbre.

Me dirijo a la mía y él se va a la suya. Nos miramos en el pasillo, cada cual con su llave en la mano.

—Me voy a meter a la ducha —dice sosteniendo la guitarra en una mano—, pero ven cuando estés lista.

Asiento y nos sonreímos antes de desaparecer en las habitaciones.

No llevo ni cinco minutos y oigo que el móvil me vibra en el bolso. Creyendo que es mi madre, lo saco, dispuesta a decirle que sigo viva y me lo estoy pasando bien, pero veo que no es ella.

Es Natalie.

La mano se me queda helada en el teléfono mientras miro la pantalla resplandeciente. ¿Lo cojo o no? Será mejor que me decida de prisa.

—¿Hola?

—¿Cam? —dice Natalie, cautelosa, desde el otro extremo.

Aún no soy capaz de articular palabra. No sé si ha pasado bastante tiempo como para fingir que no la perdono o si debería ser maja.

—¿Estás ahí? —pregunta cuando no digo nada más.

—Sí, Nat, estoy aquí.

Suspira y hace ese ruidito extraño que hace siempre que tiene miedo de decir o hacer algo.

—Soy una cerda asquerosa —suelta—. Lo sé, y soy una malísima amiga, y ahora mismo debería estar arrastrándome a tus pies para pedirte perdón, pero..., bueno, ése era el plan, pero tu madre me dijo que estabas en... ¿Virginia? ¿Qué coño estás haciendo en Virginia?

Me desplomo en la cama y me quito las chanclas.

—No estoy en Virginia —le cuento—, pero no se lo digas a mi madre ni a nadie.

—Y entonces, ¿dónde estás? Y ¿dónde llevas metida más de una semana?

Caray, ¿sólo ha sido una semana? Es como si llevara al menos un mes con Andrew en la carretera.

—Estoy en Nueva Orleans, pero es una larga historia.

—Eh..., ¿perdona? —inquire, sarcástica—. Tengo muchísimo tiempo.

Al comprobar lo de prisa que me irrita, suspiro y digo:

—Natalie, has sido tú la que me ha llamado. Y, si mal no recuerdo, fuiste tú la que me llamó cerda mentirosa y no me creyó cuando te conté lo que hizo Damon. Lo siento, pero ahora mismo no creo que sea lo mejor que vuelvas a ser de repente mi mejor amiga y finjamos que no pasó nada.

—Lo sé, tienes razón, y lo siento. —Hace una pausa para ordenar las ideas y oigo de fondo que se abre un refresco. Bebe un sorbo—. No fue que no te creyera, Cam, es que estaba muy dolida. Damon es un cabrón. Lo dejé.

—¿Por qué? ¿Porque lo pillaste in fraganti en lugar de creer a tu mejor amiga desde segundo cuando te dijo que era un cerdo?

—Me lo merecía —admite—, pero no, no lo pillé poniéndome los cuernos. Es sólo que me di cuenta de que echaba de menos a mi mejor amiga y de que había cometido el peor delito que se puede cometer dentro del Código de Mejores Amigos. Al final se lo solté, y claro, mintió, pero seguí dándole la tabarra porque quería que lo admitiera. No porque necesitase que me lo confirmara, es que..., Cam, yo sólo quería que me dijera la verdad. Quería que saliera de él.

Percibo el dolor en su voz. Sé que lo dice de verdad e intento perdonarla del todo, pero no estoy preparada para hacerle saber que la perdono lo bastante para empezar a hablarle de Andrew. No sé qué pasa, pero es como si la única persona que existiera en este momento en mi mundo fuese Andrew. Quiero a Natalie con toda mi alma, pero no estoy lista todavía para que lo sepa. No estoy lista para compartir a Andrew con Natalie. Ella siempre se las arregla para... quitarle valor a una experiencia, por decirlo de alguna manera.

—Escucha, Nat —contesto—, no te odio, y quiero perdonarte, pero me va a llevar algún tiempo. Me hiciste mucho daño.

—Lo entiendo —asegura, pero también capto la desilusión en su voz. Natalie siempre ha sido impaciente, de las que necesitan gratificación inmediata.

—Bueno, y ¿estás bien? —se interesa—. No sé qué se te ha perdido en Nueva Orleans, con la cantidad de sitios que hay. ¿Es época de huracanes?

Oigo la ducha en la habitación de Andrew.

—Sí, estoy muy bien —replico, pensando en Andrew—. Si quieres que te diga la verdad, Nat, nunca me he sentido más viva ni más feliz que en esta semana.

—Dios mío..., ¡es un tío! Estás con un tío, ¿a que sí? Camryn Marybeth Bennett, pedazo de cerda, más te vale que no me ocultes esas cosas.

Eso era exactamente a lo que me refería con lo de quitarle valor a la experiencia.

—¿Cómo se llama? —Profiere un grito ahogado, como si la respuesta a los misterios del mundo acabara de caerle en el regazo—. ¡Te lo has tirado! ¿Está bueno?

—Natalie, por favor. —Cierro los ojos y finjo que es una veinteañera madura en lugar de una chica que sigue anclada en la época del instituto—. No voy a hablar de esto contigo ahora mismo, ¿vale? Dame unos días y te llamo y te cuento cómo me va pero, por favor...

—¡Vale! —exclama, accediendo, pero sin pillar la indirecta de que tiene que moderar un poco su entusiasmo—. Mientras estés bien y no me sigas odiando, vale.

—Gracias.

Al cabo, baja de su nube de cotilleo subido de tono.

—De verdad que lo siento, Cam. No me cansaré de decirlo.

—Lo sé. Te creo. Y cuando te llame más adelante ya me contarás qué pasó con Damon. Si quieres.

—De acuerdo —conviene—, me parece bien.

—Ya hablaremos en otro momento..., y ¿Nat?

—¿Sí?

—Me alegro mucho de que hayas llamado. Te he echado mucho de menos.

—Y yo a ti.

Colgamos y me quedo mirando el móvil un minuto hasta que Natalie se desvanece y entra en escena Andrew. Tal y como he dicho: ahora, cuando sueño despierta, todas las caras han pasado a ser la cara de Andrew.

Me doy una ducha y me pongo unos vaqueros que todavía no he lavado pero que no huelen mal, así que supongo que por ahora valen. Pero, si no lavo mi ropa pronto, tendré que volver a ir de compras. Me alegro de haber metido doce pares de bragas en la bolsa.

Empiezo a maquillarme y hago lo de siempre, pero a medio camino apoyo las manos en el lavabo y me miro al espejo, intentando ver lo que ve Andrew. Casi me ha visto en mis peores momentos: sin maquillaje, con ojeras después de llevar despierta tanto tiempo en carretera, con mal aliento, el pelo revuelto y sucio: sonrío al pensar en ello y lo imagino a mi lado, ahora mismo, en el espejo. Veo su boca enterrada en la curvatura de mi cuello y sus duros brazos rodeando mi cuerpo por detrás, sus dedos contra mis costillas.

Llaman a la puerta y dejo de soñar despierta.

—¿Estás lista? —pregunta Andrew cuando le abro.

Entra en la habitación.

—¿Adónde vamos? —inquiero mientras vuelvo al cuarto de baño, donde tengo el maquillaje—. Y necesito ropa limpia, en serio.

Viene detrás de mí y me asusta un tanto, ya que casi es como el sueño que estaba teniendo hace unos instantes. Empiezo a ponerme rímel, inclinándome sobre el lavabo hacia el espejo. Entorno el ojo izquierdo mientras me pongo el rímel en el derecho y Andrew me mira el culo. No se anda con disimulos: quiere que vea que está siendo malo. Levanto la vista al techo y sigo con el rímel, pasando al otro ojo.

—Hay una lavandería en la duodécima planta —informa.

Me rodea la cadera con las manos y me mira en el espejo con una sonrisa traviesa y el labio inferior entre los dientes.

Me vuelvo.

—Pues ése será el primer sitio al que iremos —decido.

—¿Qué? —parece decepcionado—. No, quiero salir, dar una vuelta por la ciudad, tomar unas cervezas, escuchar algo de música. No quiero hacer la colada.

—Vamos, deja de quejarte —le suelto, y me centro de nuevo en el espejo mientras saco la barra de labios de la bolsa—. Ni tan siquiera son las dos de la tarde. No serás de los que desayunan cerveza, ¿no?

Se estremece y se lleva la mano al corazón, fingiendo estar herido.

—¡Pues claro que no! Yo espero por lo menos hasta la hora de comer.

Sacudo la cabeza y lo echo del cuarto de baño, con esa sonrisa que es toda dientes y hoyuelos, y a continuación cierro la puerta dejándolo fuera.

—¿A qué ha venido eso? —me dice.

—¡Tengo que hacer pis!

—No habría mirado.

—Ve a buscar la ropa sucia que tengas a tu habitación, Andrew.

—Pero...

—¡Ahora, Andrew! O después no salimos.

Me lo imagino adelantando el labio inferior, aunque desde luego no es lo que está haciendo. Está agujereando la puñetera puerta con su sonrisa.

—Vale —accede.

Y oigo que la puerta de la habitación se abre y se cierra.

Cuando termino en el cuarto de baño, cojo la ropa sucia, la meto en la bolsa y me pongo las chanclas.

Primero hacemos la colada, y allí mismo voy doblándolo todo después de sacarlo de la secadora en lugar de meterlo de cualquier manera en las bolsas. Él se dispone a protestar, pero esta vez me salgo con la mía. Luego nos vamos al centro y me lleva a todas partes, incluso al cementerio de San Luis, donde las tumbas no están bajo tierra; nunca había visto nada igual. Bajamos juntos Canal Street hacia el World Trade Center, donde encontramos un ansiado Starbucks. Hablamos una eternidad mientras tomamos café, y le cuento que me ha llamado Natalie. Y hablamos, y hablamos de ella y de Damon, al que Andrew no ha tardado en detestar.

Más tarde pasamos por delante de un asador al que intenta hacerme entrar con él, sacando a relucir el trato que hicimos en el autobús. Sin embargo, no tengo ni pizca de hambre, y trato de explicar a un quejicoso Andrew privado de carnaza que, si quiere que disfrute de un filete, tengo que estar preparada para darme ese festival.

Y nos topamos con un centro comercial: The Shops, en Canal Place, y me entusiasma la idea de entrar después de llevar una semana con la misma ropa aburrida.

—Pero si acabamos de hacer la colada —objeta él al entrar—. ¿Para qué necesitas más ropa?

Me cuelgo el bolso del otro hombro y cojo a Andrew del codo.

—Si vamos a salir esta noche, quiero encontrar algo chulo que sea medianamente presentable —explico mientras tiro de él.

—Pero lo que llevas es total —arguye.

—Sólo quiero unos vaqueros nuevos y un top —me justifico. A continuación, me detengo y lo miro—. Puedes ayudarme a escogerlo.

Eso capta su atención.

—Muy bien —responde, risueño.

Vuelvo a tirar de él.

—Pero no te hagas muchas ilusiones —puntualizo, y le doy un tirón del brazo para recalcarlo—: he dicho que puedes ayudarme, no que vayas a elegirlo tú.

—Te habrás dado cuenta de que hoy te estás saliendo con la tuya en casi todo —señala—. Deberías saber, nena, que sólo te dejaré hacerlo hasta que empiece a jugar mis cartas.

—Y ¿qué cartas crees que tienes que jugar exactamente? —pregunto con seguridad, pues creo que se está tirando un farol.

Frunce la boca cuando lo miro de reojo, y mi seguridad empieza a flaquear.

—No olvides que aún debes hacer lo que yo diga —recuerda con aplomo.

Adiós a la confianza.

Sonríe, y ahora es él quien me tira del brazo hacia sí.

—Y, dado que ya me has dejado que te lo coma una vez —añade, y mis ojos se abren como platos—, creo que podría pedirte que te tumbaras y abrieras las piernas y tendrías que obedecer, ¿estamos?

Apenas puedo echar un vistazo para ver si lo ha oído alguien. No lo ha dicho precisamente en voz baja, pero tampoco lo esperaba.

Entonces afloja el paso, se inclina hacia mí y me dice al oído:

—Si no dejas que me salga con la mía en algo más sencillo pronto, puede que me vea obligado a torturarte otra vez con la lengua entre tus piernas. —Noto su aliento en mi oreja, algo que, unido a esas palabras capaces de humedecerme, hace que un escalofrío me recorra el cuello—. La pelota está en tu tejado, nena.

Se aparta y me dan ganas de borrarle esa sonrisa de la cara con un bofetón, aunque luego pienso que probablemente le gustara.

¿El dilema? ¿Dejar que se salga con la suya en algo sencillo o seguir saliéndome con la mía y que me «torture» más tarde? Hummm... Creo que soy más masoca de lo

que pensaba.

Cae la noche y me preparo para salir. Llevo unos vaqueros nuevos ceñidos, un top palabra de honor muy sexy de color negro que se me ciñe en la cintura y los zapatos de tacón más chulos que he visto en mi vida en un centro comercial.

Andrew me mira boquiabierto en el umbral.

—Debería jugar mi carta ahora mismo —afirma al entrar.

Esta vez me he hecho dos trenzas flojas, una por cada lado, me llegan justo por encima del pecho. Y siempre me dejo unos mechones de pelo rubio sueltos para que caigan por la cara, porque siempre he pensado que les sentaban bien a otras chicas, así que, ¿por qué no a mí?

Da la impresión de que a Andrew le gusta: me pasa las manos por cada una de ellas.

Me ruborizo por dentro.

—Joder, nena, estás de muerte.

—Gracias...

«Dios mío, ¿y esta... risita tonta que me acaba de salir?».

Yo también lo miro de arriba abajo, y aunque vuelve a llevar vaqueros y una camiseta sencilla y sus Dr. Martens negras, es el tío más bueno que he visto en mi vida, lleve lo que lleve.

Salimos, y en el ascensor y en el vestíbulo algunos tipos mayores vuelven la cabeza para mirarme. Andrew está inflado como un pavo, lo veo. Camina a mi lado radiante, y eso hace que me ponga roja.

Primero nos pasamos por el d.b.a. y estamos alrededor de una hora viendo tocar a un grupo. Pero cuando me piden el carnet y vemos que no me van a dejar beber, Andrew me lleva a otro sitio más abajo.

—Es una lotería —afirma cuando nos acercamos al bar cogidos de la mano—. En la mayoría te piden el carnet, pero de vez en cuando hay suerte y les da lo mismo si parece que tienes veintiún años.

—Cumpló veintiuno dentro de cinco meses —afirmo, y le aprieto la mano al pasar por un concurrido cruce.

—Cuando te conocí, en el autobús, me dio miedo de que tuvieras diecisiete.

—¿Diecisiete?!

Espero con toda mi alma no parecer tan joven.

—Oye —añade mirándome de reojo—, que he visto a chicas de quince años que parece que tienen veinte. Ya no hay manera de saberlo.

—Pero ¿crees que parece que tengo diecisiete años?

—No, yo te echaría unos veinte —responde—, sólo era un comentario.

Menos mal.

El bar es algo más pequeño que el otro, y la gente, una mezcla de recién licenciados y treintañeros. Hacia el fondo hay varias mesas de billar juntas y la luz es tenue, centrada sobre todo en los billares y en el pasillo que sale a mi derecha, que lleva a los aseos. Hay mucho humo, a diferencia del otro sitio, donde no había en absoluto, pero no me molesta mucho. No me gusta el tabaco, pero supongo que es natural que en un bar haya humo. Casi parecería desnudo sin él.

De los altavoces del techo sale un rock conocido. Hay un pequeño escenario a la izquierda donde suelen tocar los grupos, pero esta noche no toca ninguno. Sin embargo, eso no merma el ambiente festivo, porque apenas oigo lo que me dice Andrew con la música y los gritos de la gente.

—¿Sabes jugar al billar? —me dice acercándoseme al oído.

—He jugado algunas veces —vocifero—. Pero se me da fatal.

Me tira de la mano y vamos hacia las mesas y la luz más viva, abriéndonos paso con cuidado entre la gente, que está por todas partes.

—Siéntate aquí —me dice, y puede bajar la voz un poco ahora que los altavoces están delante—. Ésta será nuestra mesa.

Me siento a una mesita redonda apoyada contra una pared. Sobre mi cabeza y a la izquierda hay una escalera que conduce a una segunda planta que queda al otro lado. Aparto el cenicero lleno de colillas con la punta del dedo cuando se acerca una camarera.

Andrew está hablando con un tío a unos metros, junto a las mesas de billar, probablemente, para jugar una partida.

—Lo siento —se disculpa la camarera, y coge el cenicero y lo cambia por uno limpio, que deja boca abajo. A continuación pasa una bayeta húmeda por la mesa y levanta el cenicero para limpiar debajo.

Le sonrío. Es una chica guapa de pelo negro que probablemente acabe de cumplir los veintiuno, y sostiene una bandeja en una mano.

—¿Qué vas a tomar?

Sólo tengo una oportunidad para actuar como si me hubieran hecho esa pregunta un montón de veces y que no me pida el carnet, así que respondo casi en el acto:

—Tomaré una Heineken.

—Que sean dos —dice Andrew, que se acerca con un taco en la mano.

La camarera reacciona al verlo y lo mira de nuevo, y al igual que antes él en el ascensor conmigo, me inflo como un pavo. Ella asiente y me mira como diciendo: *menuda suerte tienes guapa*, antes de marcharse.

—Ese tío tiene una partida más, luego la mesa es nuestra —anuncia él, y se sienta.

La camarera vuelve con dos cervezas que nos deja delante.

—Llamadme si necesitáis algo —dice antes de volver a irse.

—No te ha pedido el carnet —constata Andrew, echándose adelante en la mesa para que no lo oiga nadie.

—No, pero eso no significa que no me lo acaben pidiendo: me pasó una vez en un bar en Charlotte; Natalie y yo estábamos prácticamente borrachas cuando nos lo pidieron y nos echaron.

—Pues, en ese caso, disfruta mientras puedas —sonríe, se acerca la cerveza a los labios y da un sorbo rápido.

Yo hago lo mismo.

Empiezo a arrepentirme de haber traído el bolso, ya que ahora tengo que cargar con él, pero, cuando nos toca jugar, lo dejo en el suelo bajo la mesa. Estamos en una especie de antro, así que no me preocupa demasiado.

Andrew me lleva a donde están los tacos.

—¿En qué puedo servirte? —pregunta moviendo las manos a lo largo del soporte—. Tienes que escoger uno con el que te sientas cómoda.

Va a ser divertido: está convencido de que me está enseñando algo.

Me hago la tímida y la que no tiene ni idea, mirando los tacos como el que miraría los libros de una estantería, y cojo uno. Paso las manos por él y lo sujeto como si fuera a darle a una bola, para ver qué tal es. Sé que ahora mismo parezco la típica rubia tonta, pero eso es exactamente lo que pretendo.

—Supongo que éste me vale —digo encogiéndome de hombros.

Andrew coloca las bolas en el triángulo, alternando lisas con rayadas hasta que todo está como debe, y a continuación desliza el triángulo por la mesa para llevarlo hasta su sitio. Lo levanta con cuidado y lo introduce en un hueco que hay bajo la mesa.

Asiente.

—¿Quieres abrir?

—No, abre tú.

Sólo quiero verlo todo sexy, concentrado e inclinado sobre la mesa.

—Vale —asiente, y coloca la bola blanca. Pasa unos segundos untando de tiza el

taco y luego deja la tiza a un lado de la mesa.

—Si ya has jugado, sabrás cuáles son las normas básicas —dice, y vuelve a colocarse delante de la bola blanca. Apunta a la bola con el taco—. Lógicamente, sólo se le da a la bola blanca.

Tiene su gracia, pero ésta se la ha buscado.

Asiento.

—Si las tuyas son las rayadas, tienes que meter en las troneras sólo las rayadas: si les das a las lisas me estarás ayudando a ganarte.

—¿Y la bola esa negra? —señalo la número 8, situada hacia el centro.

—Si metes ésa antes de que hayas metido todas las rayadas, pierdes —informa haciendo una mueca—. Y si metes la blanca, pierdes el turno.

—¿Eso es todo? —pregunto mientras le doy vueltas al taco en un trozo de tiza.

—Por ahora, sí —replica.

Supongo que está dejando pasar las otras normas básicas.

Andrew da unos pasos atrás y se inclina sobre la mesa, arquea los dedos en el fieltro azul y apoya el taco estratégicamente entre los dedos índice y corazón. Desliza el taco adelante y atrás un par de veces para afinar la puntería, para y lo estrella contra la bola blanca, que a su vez dispersa el resto por la mesa.

«Buena apertura, amor», me digo.

Mete dos: una rayada y una lisa.

—¿Qué va a ser? —pregunta.

—¿Cómo que qué va a ser? —sigo haciéndome la tonta.

—¿Lisas o rayadas? Te dejo elegir.

—Ya —respondo como si empezara a pillarlo—. Me da lo mismo; me quedo con las rayadas, creo.

Nos alejamos un poco de la forma adecuada de jugar la bola 8, pero estoy segura de que lo hace por mi bien.

Me toca, y rodeo la mesa en busca del disparo perfecto.

—¿Anunciamos el tiro o qué?

Andrew me mira con aire de curiosidad. Tal vez debería haber dicho algo así como: «¿Puedo darle a cualquiera de mis bolas?». Seguro que aún no me ha pillado.

—Tú elige cualquier bola rayada que creas que puedes meter y a por ella.

Bien, por lo visto se la sigo colando, al pobre.

—Un momento, ¿no vamos a apostar nada? —pregunto.

Parece sorprendido, pero la sorpresa se torna artimaña.

—Claro, ¿qué quieres apostar?

—Quiero recuperar mi libertad.

Andrew frunce el ceño, pero después sus exquisitos labios dibujan una sonrisa de nuevo cuando cae en la cuenta de que supuestamente no sé jugar al billar.

—Bueno, me duele un poco que quieras recuperarla —asegura, cambiando de mano el taco con un extremo apoyado en el suelo—, pero, claro, acepto la apuesta.

—Y, cuando creo que el trato está hecho, añade levantando un dedo—: Pero, si gano, lo de hacer lo que yo diga subirá de nivel.

Ahora soy yo quien arquea una ceja.

—¿Cómo que subir de nivel? —pregunto de reojo, recelando.

Andrew deja el taco contra la mesa y apoya las manos en el borde, acercándose a la luz. Su amplia sonrisa, la mera intención que hay detrás, hace que un escalofrío me recorra la espalda.

—Entonces, ¿apostamos o no? —quiere saber.

Estoy casi segura de que puedo ganarlo, pero ahora mismo estoy cagada de miedo. ¿Y si es mejor que yo y pierdo la apuesta y acabo comiendo bichos o sacando el culo por la ventanilla del coche? Ésas eran las cosas que quería evitar que me obligara a

hacer; no he olvidado en ningún momento que dijo «todo se andará». Desde luego que podría negarme a hacer lo que me pidiera, me lo aseguró antes de salir de Wyoming, pero lo único que pretendía era no tener que pasar por ello.

O... un momento..., ¿y si es de naturaleza sexual?

Bueno, la cosa está en marcha..., casi espero que gane.

—Trato hecho.

Sonríe con picardía y se aparta de la mesa, llevándose el taco.

Un grupito de tíos y dos chicas acaban de terminar la partida en la mesa de al lado y varios se han puesto a mirarnos.

Me inclino sobre la mesa, sitúo el taco más o menos como ha hecho Andrew antes, lo deslizo unas cuantas veces adelante y atrás entre los dedos y le doy a la bola blanca en el centro. La bola 11 golpea la 15 y la 15 la 10, y ambas van a parar dentro en una esquina.

Andrew me mira, el taco aún en vertical entre los dedos, delante de él.

Enarca una ceja.

—¿Ha sido la suerte del principiante o me la has dado con queso?

Sonríe y me coloco en el otro lado de la mesa para efectuar mi siguiente tiro. No respondo. Me limito a sonreír levemente, la mirada fija en la mesa. Decidiendo a propósito el tiro más próximo a Andrew, me adelanto sobre la mesa frente a él (bajando la vista con disimulo para asegurarme de que no les enseñe las tetas a los tíos que miran enfrente) y calculo el disparo antes de golpear con fuerza la bola 9 e introducirla en la tronera lateral.

—Me has engañado —comenta Andrew detrás de mí—, y me estás provocando.

Me enderezo y lo miro risueña mientras me dirijo al extremo de la mesa.

Yerro el tiro a propósito. La disposición de la mesa es casi perfecta, y lo cierto es que podría ganar fácilmente, pero no quiero que la victoria sea fácil.

—Eh, nena, eso no —dice él, acercándose—, no me vengas ahora con los tiros por compasión: podrías haber colado la 13 sin problemas.

—Se me resbaló el dedo —respondo mirándolo tímidamente.

Él sacude su bonita cabeza y entorna los ojos, sabe perfectamente que estoy mintiendo.

Finalmente nos ponemos manos a la obra: él mete tres bolas de manera impecable, una detrás de otra, antes de fallar la 7. Yo meto otra. Y él otra más. Y así sucesivamente, tomándonos nuestro tiempo con cada disparo, pero los dos fallando de vez en cuando para que el juego continúe.

Ahora ha llegado el momento de la verdad. Me toca, y en la mesa sólo quedan su bola 4, la blanca y la 8. La 8 está unos quince centímetros demasiado lejos de un tiro perfecto a la esquina en cualquier dirección, pero sé que puedo hacer que rebote en un lateral para que vuelva a este lado y meterla en el izquierdo.

Se han puesto a mirar otros dos tíos, sin duda por la forma en que voy vestida (los he estado oyendo hablar todo el tiempo en voz baja de mis «tetas y el culo», sobre todo cuando me agacho para tirar), pero no dejo que me distraigan. Aunque me he dado cuenta de que Andrew los mira mucho, y me pone que esté celoso.

Apunto y digo:

—Tronera izquierda.

Me sitúo en un lado y me agacho hasta que mis ojos están a la altura de la mesa para ver si estoy en línea de tiro. Enderezo la espalda y, tras comprobar nuevamente la alineación de la bola blanca y de la 8 desde otro ángulo, acto seguido me inclino sobre la mesa. Uno. Dos. Tres. La cuarta vez que deslizo el taco hacia atrás golpeo con suavidad la blanca, que le da a la 8 en el ángulo adecuado y la envía contra el lado derecho de la mesa, donde rebota unos centímetros y entra limpiamente en la tronera izquierda.

Los tíos que miran desde el otro lado hacen varios ruiditos de moderado entusiasmo como si no los oyera.

Andrew está enfrente; en su boca, una ancha sonrisa.

—Eres buena, nena —alaba mientras coloca las bolas de nuevo—. Supongo que ahora eres libre.

No puedo evitar percatarme de que parece algo triste al respecto. Puede que su cara sonría, pero no puede ocultar la decepción que reflejan sus ojos.

—Bah —replico—, no quiero esa libertad, a menos que se trate de comer bichos o sacar el culo por la ventana del coche. Creo que me gusta que controles el resto.

Andrew sonrío.

Jugamos otra partida, que él gana limpiamente, y después decido volver a nuestra mesa a sentarme antes de que los zapatos nuevos me hagan ampollas. Voy por la segunda Heineken y casi ni la siento aún. Me tomaré otra para ponerme a tono.

—¿Juegas una, tío? —pregunta un chico que se acerca a Andrew justo cuando va a sentarse conmigo.

Él me mira y le indico que adelante.

—Ve, estoy bien. Voy a ver los mensajes y a descansar un poco.

—Vale, nena —responde—, pero, si quieres que nos vayamos antes de que termine, dímelo y nos vamos.

—No te preocupes —le aseguro, animándolo—, ve a jugar.

Me sonrío y vuelve al billar, que está a menos de cinco metros. Cojo el bolso de debajo de la mesa, lo planto delante y busco el móvil.

Lo que sospechaba: Natalie me ha llenado el teléfono de mensajes, dieciséis en total, pero por lo menos no me ha llamado. Mi madre tampoco ha llamado, pero recuerdo que se iba al crucero ese con su nuevo novio este fin de semana. Espero que se lo esté pasando bien. Espero que se lo esté pasando tan bien como yo.

Empieza a sonar otra canción por los altavoces del techo y me doy cuenta de que ahora hay el triple de gente en el bar que cuando entramos. Aunque Andrew no está tan lejos, sólo lo veo mover los labios cuando le dice algo al tío con el que está jugando al billar. La camarera vuelve y le pido otra cerveza. Se va a buscarla, dejándome con la reina de los mensajes. Natalie y yo chateamos un poco: qué ha hecho hoy y adónde va a ir esta noche, pero sé que sólo es hablar por hablar, que en realidad se muere de ganas de saber más de lo que estoy haciendo en Nueva Orleans con este «tío misterioso», a quién se parece (no qué aspecto tiene, porque ella siempre compara a los tíos con famosos), y si ya me he «bajado al pilón». Lo dejo todo en vaguedades para atormentarla. Después de todo, se lo merece. Además, todavía no estoy lista para hablar de Andrew con ella. A decir verdad, ni con ella ni con nadie. Es como que, si hablo de él, aunque sea sólo para confirmar que existe y que estoy con él, toda esta experiencia se desvanecerá en la nada. La gafaré. O despertaré y me daré cuenta de que Blake me echó algo en una de las copas que me sirvió aquella noche antes de que subiera a la azotea con él y todo este viaje con Andrew no es más que una alucinación.

—Soy Mitchell —dice una voz acompañada de un fuerte olor a whisky y colonia de hombre barata.

El tío es de complexión media, musculoso, pero no demasiado. Tiene los ojos inyectados en sangre, igual que el rubio que está a su lado.

Sonrío por sonreír y miro de reojo a Andrew, que viene hacia mí.

—No estoy sola —digo amablemente.

El musculoso mira la otra silla y luego de nuevo a mí como para hacer ver que no hay nadie.

—¿Camryn? —dice Andrew, tras ellos—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —contesto.

El musculoso se vuelve y lo ve.

—Ha dicho que está bien —suelta, y percibo su tono desafiante.

No he querido decir: «Estoy bien, déjame, Andrew», y él lo sabe, pero por lo visto estos tíos no.

—Está conmigo —aclara él procurando no alterarse, aunque probablemente sólo lo haga por mí: ya tiene en los ojos esa inconfundible mirada agresiva.

El rubio se ríe.

El musculoso me mira otra vez; en una mano, una botella de Budweiser.

—¿Es tu novio o algo?

—No, pero somos...

El musculoso me dirige una sonrisa burlona y mira de nuevo a Andrew, cortándome.

—No eres su novio, así que lárgate, tío.

De agresiva acaba de pasar a furia asesina. Andrew no va a aguantar mucho más. Me levanto.

—Puede que la chica quiera hablar con nosotros —aventura el musculoso, y bebe otro trago de cerveza. No parece borracho, sino sólo achispado.

Andrew se acerca más y ladea la cabeza mirando al tío. Luego me mira a mí.

—Camryn, ¿quieres hablar con ellos?

Sabe que no quiero, pero ésta es su forma de echar vinagre a la herida que está a punto de infligirle a ese tío.

—No.

Andrew redondea la barbilla, y veo que está que bufa cuando se encara con el musculoso y le espeta:

—Lárgate de una puta vez o te rompo los dientes.

El grupito que rodeaba las mesas de billar se está reuniendo a cierta distancia.

El rubio, el más listo de los dos, le pone una mano en el hombro.

—Venga, tío, vámonos.

Y señala hacia donde se supone que estaban sentados antes.

El musculoso le aparta la mano y se aproxima más a Andrew.

Y ya está liada.

Andrew retrocede con el taco y se lo estampa al tío en el pecho, levantándolo y cortándole la respiración. El tío da un traspié hacia atrás, está a punto de darse con mi mesa, pero intenta agarrarse al borde para no caerse. Pego un grito y cojo el bolso justo antes de que caiga con él. Mi cerveza se estrella contra el suelo. Antes de que el tío pueda levantarse, Andrew está encima, descargando una lluvia de puñetazos sobre su cara.

Me aparto más y me acerco al extremo de la escalera, pero más gente se arrima para mirar, creando una barrera detrás de mí.

El rubio se lanza contra Andrew por detrás y lo coge del cuello para separarlo de su amigo. Entonces yo me tiro encima de él, dándole en la cara con mi endeble puño, el bolso enredándoseme en el hombro e impidiendo que le acierte, ya que no deja de moverse. Pero Andrew se zafa del rubio con facilidad, se revuelve y le encaja una patada justo en mitad de la espalda que lo tira al suelo de bruces.

Entonces me coge de la muñeca.

—Quítate de en medio, nena.

Me empuja hacia la masa y se centra otra vez en los dos tíos en un abrir y cerrar de ojos.

El musculoso ha conseguido levantarse, pero no por mucho tiempo, ya que Andrew le da dos puñetazos rápidos en ambos lados del mentón y un gancho que lo hace sangrar. Veo caer al suelo un diente ensangrentado. Me asusto. El tipo cae de espaldas sobre otra mesita, que también se lleva consigo arrancándola de su base de metal. Y cuando el rubio vuelve por Andrew, el tío con el que antes estuvo jugando al billar interviene y se encarga de él, dejándole el musculoso a Andrew.

Cuando los porteros logran abrirse paso entre el gentío para poner fin a la pelea, Andrew ya le ha puesto los dos ojos morados al musculoso, que además sangra por la nariz. El tipo tropieza y se lleva la mano a la nariz cuando el portero lo coge por el hombro y tira de él hacia la gente.

Andrew aparta la mano del otro portero, que viene detrás.

—Ya lo he pillado —amenaza, y levanta una mano para decirle que lo deje en paz. Con la otra se seca un hilo de sangre de la nariz—. Ya me voy, no hace falta que nadie me eche.

Corro hacia él y me agarra de la mano.

—Camryn, ¿estás bien? ¿Te han dado?

Me mira por todas partes, los ojos feroces y descontrolados.

—No, estoy bien. Vámonos.

Me aprieta la mano, me arrima a él y nos abrimos paso entre la gente, que se aparta al vernos pasar.

Cuando salimos al aire nocturno, la música que sale del bar cesa una vez que la puerta se cierra. Los dos idiotas de la pelea ya están fuera, bajando por la calle, el musculoso aún con la mano en la ensangrentada cara. Estoy segura de que Andrew le ha partido la nariz.

Él me para en la acera y me coge por los brazos.

—No me mientas, nena, ¿te han hecho daño? Juro por Dios que si te han hecho algo, voy a por ellos.

Me está derritiendo, llamándome «nena». Y esa mirada preocupada, feroz en los ojos... Sólo quiero besarlo.

—De veras —aseguro—, estoy bien. Incluso le di a uno unas cuantas veces cuando se te echó encima por detrás.

Me quita las manos de los brazos y me coge la cara, mirándome de arriba abajo como si no me creyera.

—No me han hecho nada —digo por última vez.

Me besa con fuerza en la frente.

A continuación me agarra la mano.

—Vamos al hotel.

—No —objeto—, nos lo estábamos pasando bien, y por culpa de esta mierda se me ha bajado el pedo.

Ladea la cabeza y suaviza la mirada.

—Entonces, ¿adónde quieres ir?

—Vayamos a otro bar —sugiero—. No sé, a uno más tranquilo quizá.

Andrew profiere un hondo suspiro y me aprieta la mano. Luego vuelve a mirarme de arriba abajo: primero los pies, las uñas pintadas asomando de la punta de los zapatos, y luego el resto del cuerpo hasta llegar al ceñido top negro sin tirantes, que no estaría de más que me colocara bien.

Libero la mano y me lo subo un poco para que vuelva a su sitio.

—Me encanta verte así —afirma—, pero reconoce que es un imán para gañanes.

—Es que no me apetece volver al hotel sólo para cambiarme el top.

—No, no tienes que hacerlo —responde, y me coge de nuevo la mano—. Pero si quieres que vayamos a otro sitio, vas a tener que hacerme un favor, ¿vale?

—¿Qué?

—Fingir que eres mi novia —dice, y una sonrisilla aflora a mis labios—. Al menos así nadie se meterá contigo, o será menos probable que lo haga. —Tras una pausa, me mira y añade—: A menos que quieras que te entren los tíos.

No tardo ni un segundo en negar con la cabeza.

—No. No quiero que me entre ningún tío. Si es un flirteo inocente, vale (hace milagros con mi autoestima), pero nada de gañanes.

—Bueno, entonces, hecho. Esta noche eres mi atractiva novia, lo que significa que más tarde te llevaré a la habitación y te haré chillar un poco.

Ahí está otra vez esa sonrisa juvenil suya que tanto me gusta.

Ahora noto un hormigueo entre las piernas. Trago saliva y disimulo entornando los ojos con aire juguetón.

Me alegro de volver a verle los hoyuelos en lugar de esa expresión iracunda —aunque tremendamente sexy— que le consumía los rasgos hace un momento.

—Por mucho que me guste (y gustar es quedarse corto), no volveré a dejar que me hagas eso.

Parece dolido y algo asombrado.

—¿Por qué no?

—Porque, Andrew, es que..., bueno, que prefiero que no lo hagas. Ven aquí.

Le pongo las manos en el cuello y lo acerco a mí. Luego lo beso con ternura, dejando que después mis labios se detengan en los suyos.

—¿Qué haces? —inquire mirándome a los ojos.

Le sonrío con dulzura.

—Estoy metiéndome en el personaje.

Sonríe. Luego me obliga a volverme y me pasa el brazo por la cintura mientras vamos hacia Bourbon Street.

ANDREW

25

Quizá pueda hacer esto con Camryn. ¿Por qué tengo que torturarme y negarme lo que más quiero cuando es el momento adecuado, cuando me he ganado el derecho a tener lo que quiera? Puede que las cosas salgan de otra manera y no le haga daño. Podría volver a ver a Marsters. ¿Y si la dejo escapar y no vuelvo a verla y después Marsters se da cuenta de que la ha cagado?

«¡Joder! Excusas».

Camryn y yo fuimos a otros dos bares del barrio francés, y en los dos pensaron que tenía veintiún años. Sólo en uno le pidieron el carnet, y supongo que, como su cumpleaños es en diciembre, la camarera decidió hacer la vista gorda.

Pero ahora está borracha y no sé si podrá ir andando al hotel.

—Llamaré un taxi —propongo mientras la sujeto en la acera.

Parejas y grupos de personas entran y salen del bar, detrás de nosotros, algunos dando tumbos.

Le rodeo con fuerza la cintura con el brazo, y Camryn alza una mano y me la echa al hombro por delante: casi no puede mantener la cabeza levantada.

—Creo que lo del taxi es buena idea —afirma con los ojos pesados.

Se va a quedar frita o va a vomitar de un momento a otro. Sólo espero que aguante hasta llegar al hotel.

El taxi nos deja delante del hotel, y la ayudo a salir de la parte de atrás, al final cogiéndola en brazos, porque ya casi no puede andar sola. La llevo al ascensor con las piernas colgando sobre un brazo y la cabeza apoyada en mi pecho. La gente nos mira.

—¿Qué?, ¿de juerga? —pregunta un hombre en el ascensor.

—Sí —asiento—, no todos aguantamos igual el alcohol.

El ascensor efectúa su primera parada y el hombre se baja cuando las puertas se abren. Dos plantas más arriba, la saco y la llevo a su habitación.

—¿Dónde tienes la llave, nena?

—En el bolso —responde con un hilo de voz.

Por lo menos, es coherente.

Sin soltarla, le cojo el bolso y lo abro. En circunstancias normales bromearía sobre la cantidad de mierda que lleva en ese chisme y si dentro hay algo que pueda morderme, pero sé que no está para bromas. Se encuentra fatal.

Va a ser una noche larga.

La puerta se cierra tras nosotros, la llevo directa a la cama y la acuesto.

—Me siento fatal —se queja.

—Lo sé, nena. Ahora tienes que dormir la mona.

Le quito los zapatos y los pongo en el suelo.

—Creo que voy a... —Deja caer la cabeza por un lado de la cama y empieza a vomitar.

Agarro la papelera, que está contra la mesilla, y pillo la mayor parte, pero me da que la camarera se va a cabrear por la mañana. Camryn suelta todo lo que tiene en el estómago, cosa que me sorprende, porque hoy no ha comido mucho. Para y se deja caer en la almohada. Las lágrimas, provocadas por la vomitona, le caen por la comisura de los ojos. Intenta mirarme, pero sé que está demasiado ida para enfocar.

—Hace mucho calor —se queja.

—Ya —respondo, y me levanto para poner el aire acondicionado a tope.

Luego voy al cuarto de baño, empapo una toallita en agua fría y la escurro. Vuelvo a la habitación, me siento a su lado en la cama y le refresco la cara con la toalla.

—Lo siento mucho —farfulla—. Debería haber parado después del chupito de vodka. Y ahora te toca a ti limpiar la vomitona.

Le enfrío las mejillas y la frente un poco más, apartándole los mechones de pelo suelto que tiene pegados a la cara, y después le paso la toalla por la boca.

—Nada de disculpas —le digo—, te lo pasaste bien, y es lo que importa. —Y añadido, risueño—: Además, ahora puedo aprovecharme de ti lo que me dé la gana.

Intenta sonreír y levantar la mano para darme en el brazo, pero está demasiado débil hasta para eso. Su amago de sonrisa se vuelve un tanto angustiado, y el sudor le perla la frente en el acto.

—Ay, no... —Se levanta de la cama—. Tengo que ir al baño —anuncia, y me agarra para ponerse de pie, así que la ayudo.

La llevo al cuarto de baño, donde prácticamente se lanza sobre el retrete, agarrándose con las dos manos a la porcelana. La espalda se le arquea y cae cuando le entran las arcadas, y llora más.

—Deberías haberte comido ese filete conmigo, nena.

Estoy detrás de ella, asegurándome de que las trenzas no resultan heridas en el fuego cruzado, con la toalla fría en la nuca. Sufro por ella, sólo de ver la violencia con la que se contrae su cuerpo y sin que llegue a salir apenas nada. Sé que después de esto le dolerán la garganta, el pecho y las tripas.

Cuando termina, se tumba en el frío suelo de baldosas.

Intento ayudarla a levantarse, pero ella protesta en voz baja:

—No, por favor..., quiero quedarme aquí; el suelo está más fresco.

Su respiración es superficial y su piel ligeramente morena tiene un color tan enfermizo como el de un enfermo de pulmonía. Cojo una toalla limpia, la empapo y sigo limpiándole la cara, el cuello y los hombros. Luego le desabrocho los pantalones y se los quito con cuidado, aliviándole el estómago y las piernas de la presión, pues son muy ceñidos.

—No te preocupes, no voy a abusar de ti —bromeo, pero esta vez ella no contesta.

Se ha quedado frita de lado, la cara contra el suelo.

Sé que si la muevo ahora mismo probablemente se despierte y le entren otra vez las arcadas, pero no quiero dejarla de ese modo, tumbada junto al retrete. Así que me tiendo a su lado y le paso la toalla por la frente, los brazos y los hombros durante horas, hasta que al final me quedo dormido con ella.

Nunca pensé en dormir adrede en un cuarto de baño junto a un retrete estando sobrio, pero cuando dije que dormiría con ella en cualquier parte iba en serio.

CAMRYN

La puerta de mi habitación se abre. Un sol radiante entra por una pequeña abertura de la cortina que hay al otro lado, frente a mí. Me asusto como un vampiro al verla, entornando los ojos lo bastante para evitarla. Tardo un segundo en darme cuenta de que estoy metida en la cama con el top que llevaba por la noche y las braguitas púrpura. La cama sólo tiene la sábana en la que estoy tumbada y una encimera que huele a recién lavada y parece estarlo. Supongo que vomité en la otra. Ésta se la habrá pedido Andrew a la camarera.

—¿Te encuentras mejor? —pregunta Andrew, que entra en la habitación con una cubitera de hielo en una mano y un montón de vasos de plástico y una botella de Sprite en la otra.

Se sienta a mi lado, lo deja todo en la mesilla de noche y abre el Sprite.

Tengo la cabeza como un bombo y sigo con la sensación de que podría vomitar otra vez de un momento a otro. Odio las resacas. Prefiero caerme borracha perdida y romperme la nariz o lo que sea a tratar con una resaca de esta magnitud; es tan mala que no se diferencia mucho de un coma etílico. Al menos, según Natalie, que lo sufrió una vez y lo describió como «que te cague encima el mismísimo Satán a la mañana siguiente».

—No, ni pizca —respondo al cabo, y mis propias palabras me lanzan oleadas de dolor a la parte posterior de la cabeza y alrededor de los oídos. Aprieto los ojos cuando empiezo a ver la habitación doble.

—Ésta es gorda, nena —comenta Andrew, y noto una toalla fría en el cuello.

—¿Puedes cerrar esa cortina, por favor?

Se levanta en el acto y oigo que va hacia ella y luego el sonido del grueso tejido al moverse hasta que la pone en su sitio. Pego las desnudas piernas al pecho, agarrando la sábana para taparme un poco, y me tumbo en posición fetal contra la mullida almohada.

Andrew le quita el plástico a uno de los vasos y oigo cómo cae en él el hielo. Luego vierte el Sprite y a continuación oigo en su mano el movimiento de un bote de pastillas.

—Tómate esto —aconseja, y noto que la cama se mueve cuando él vuelve a sentarse y me apoya el brazo en la pierna.

Abro los ojos despacio. Ya hay una pajita asomando del vaso de plástico, así que no tendré que incorporarme mucho en la cama para dar un sorbo. Extiendo el brazo y cojo tres comprimidos de ibuprofeno de la palma de su mano, me los meto en la boca y después bebo el Sprite suficiente para tragármelos.

—Por favor, dime que no dije o hice nada humillante en los bares anoche.

Sólo puedo mirarlo a través de las rendijas de mis ojos.

Presiento que sonrío.

—La verdad es que sí —responde, y casi me da algo—. Le dijiste a un tío que estabas felizmente casada conmigo y que íbamos a tener unos cuatro hijos (o puede que dijeras cinco, no me acuerdo), y luego se acercó una tía a tirarme los tejos y te levantaste de la silla hecha una furia y la trataste como si fuera una mierda: casi me muero de risa.

Ahora sí que creo que voy a vomitar.

—Andrew, más te vale que estés mintiendo. ¡Qué vergüenza!

La cabeza me duele más. No creí que pudiera empeorar.

Lo oigo reír con suavidad y abro los ojos un poco más para verle mejor la cara.

—Claro que estoy mintiendo, nena.

Me pasa la toallita por la frente.

—La verdad es que te comportaste muy bien, incluso aquí conmigo.

Veo que me recorre el cuerpo con la mirada.

—Lo siento, tuve que quitarte la ropa; la verdad es que personalmente disfruté de la oportunidad, pero lo hice porque era mi deber. Había que hacerlo, ya sabes.

Ahora finge seriedad, y no puedo evitar sonreír.

Cierro los ojos y duermo un par de horas más, hasta que la camarera llama a la puerta.

Me pregunto si Andrew se habrá apartado mucho de mi lado.

—Sí, pase, la llevaré a la habitación de al lado para que pueda usted limpiar.

Una señora de cierta edad con el cabello pelirrojo mal teñido entra en la habitación, lleva puesto el uniforme de las camareras. Andrew se acerca a mi cama.

—Vamos, nena —dice, y me coge en brazos con la sábana aún enroscada en la cintura—, dejemos que esta señora limpie.

Probablemente pudiera ir andando sola, pero desde luego no voy a protestar. Prefiero estar donde estoy.

Al pasar por delante del bolso, que lo tengo en el mueble de la tele, hago ademán de cogerlo, y Andrew se para a agarrarlo y lo lleva junto conmigo. Apoyo la cabeza en su pecho y le echo los brazos al cuello.

Se detiene en el umbral y mira a la limpiadora.

—Siento la porquería que hay junto a la cama —señala la dirección con una mueca—. Le dejaremos una buena propina.

Sale conmigo y me lleva a su habitación.

Lo primero que hace después de dejarme en su almohada es echar las cortinas.

—Espero que para esta noche estés mejor —observa mientras camina por la habitación como si buscara algo.

—¿Qué pasa esta noche?

—Otro bar —contesta.

Encuentra el mp3 junto al asiento de la ventana y lo deja donde el televisor, junto a su bolsa.

Me quejo:

—No, Andrew, no quiero ir a otro bar esta noche. No volveré a probar una gota de alcohol en toda mi vida.

Lo pillo sonriéndome desde el otro lado de la habitación.

—Todo el mundo dice lo mismo —asegura—. Y esta noche no te dejaría beber si decidieras hacerlo. Necesitas por lo menos una noche entre resaca y resaca si no quieres acabar antes de tiempo en Alcohólicos Anónimos.

—Bueno, espero estar lo bastante bien para hacer algo aparte de pasarme el día entero en la cama..., pero ahora mismo las perspectivas no son muy buenas.

—Tienes que comer, sí o sí. Aunque pensar ahora mismo en comida probablemente te dé ganas de vomitar, si no comes algo estarás todo el día hecha una mierda, te lo aseguro.

—Es verdad —digo, sintiendo náuseas—. Sólo de pensarlo me dan ganas de vomitar.

—Unos huevos con tostadas —sugiere, volviendo conmigo—, algo ligero, ya sabes cómo va esto.

—Sí, lo sé —replico con cara inexpresiva, y me gustaría chasquear los dedos y estar bien.

A media tarde me siento mejor; no estoy al cien por cien, pero sí lo bastante recuperada para dar una vuelta por Nueva Orleans con Andrew en tranvía e ir a unos cuantos sitios que no logramos ver ayer. Después de conseguir comerme unos huevos y dos tostadas, nos subimos a la línea de tranvía Riverfront, fuimos al acuario Audubon y caminamos por un túnel de casi diez metros de longitud con agua y peces a nuestro alrededor. Y dimos de comer a periquitos y vimos plantas y animales de la selva tropical. Damos de comer a rayas y nos hacemos fotos juntos con los móviles, de esas que hacen que parezcamos idiotas, sujetando el teléfono con los brazos extendidos. Después miré con calma las fotos que sacamos, con las mejillas pegadas y sonriendo a la cámara como si fuésemos una pareja normal y corriente pasándose de muerte.

Una pareja normal y corriente..., pero no somos una pareja, y soy consciente de que tenía que recordármelo.

La realidad es un asco.

Pero también lo es no saber lo que se quiere. No, la verdad es que sí sé lo que quiero. Ya no puedo obligarme a dudarlo, pero sigo teniendo miedo. Tengo miedo de Andrew y del dolor que podría causarme si llegara a hacerme daño, porque me da que no podría soportarlo. Ya me resulta insoportable y ni siquiera me ha hecho nada aún.

Seguro que me he metido en un buen lío.

Cuando vuelve a caer la noche en Nueva Orleans y los fiesteros salen de sus moradas, cruzamos el Mississippi en transbordador y luego Andrew me lleva andando hasta un bar llamado Old Point. Me alegro de que decidiera ponerme las chanclas negras en lugar de los tacones nuevos. Andrew insistió, sobre todo porque iríamos a pie.

—Nunca me voy de Nueva Orleans sin venir a este sitio —cuenta mientras camina a mi lado cogiéndome de la mano.

—Entonces, ¿eres asiduo?

—Sí, podría decirse que sí; de los asiduos de una o dos veces al año, en cualquier caso. He tocado aquí algunas veces.

—¿La guitarra? —aventuro mirándolo con curiosidad.

Nos cruzamos con un grupo de cuatro personas que vienen de frente y me pego más a Andrew para dejarles sitio en la acera.

Él me suelta la mano para rodearme la cintura.

—Toco la guitarra desde que tenía seis años. —Me sonrío—. A los seis no era muy bueno, pero en algún momento hay que empezar: no toqué nada que mereciera la pena ser escuchado hasta que tenía unos diez.

Suelto un silbido, impresionada.

—Lo bastante joven para ser un talento, diría yo.

—Supongo que sí. De pequeños yo era «el músico», y Aidan, «el arquitecto», porque solía construir cosas.

Me mira de reojo.

—Una vez construyó en el bosque una casa inmensa en un árbol. Y Asher era «el del hockey». A mi padre le encantaba el hockey, casi más que el boxeo, pero sólo casi.

Me mira otra vez de reojo.

—Asher dejó el hockey después del primer año: sólo tenía trece años. —Se ríe un tanto—. Era más cosa de mi padre que suya. En realidad a Asher lo que le gustaba hacer era enredar con la electrónica: intentó comunicarse con extraterrestres mediante un artilugio que construyó con cosas que encontró por casa después de ver la película *Contact*.

Nos reímos los dos.

—¿Y tu hermano? —pregunta él—. Sé que me dijiste que está en la cárcel, pero antes, ¿cómo te llevabas con él?

Se me pone cierta cara de vinagre.

—Cole era un hermano mayor increíble hasta que fue a octavo y comenzó a juntarse con la morralla del barrio: Braxton Hixley. Siempre he odiado a ese tío. En cualquier caso, Cole y Braxton empezaron a drogarse y a hacer toda clase de estupideces. Mi padre probó a encerrarlo en una institución para jóvenes problemáticos para que recibiera ayuda, pero Cole se escapó y se metió en más líos. Y a partir de ahí la cosa fue a peor. —Miro adelante, ya que viene más gente de frente por la acera—. Y ahora está donde se merece.

—Puede que vuelva a ser el hermano mayor que recuerdas cuando salga.

—Puede —digo encogiéndome de hombros, ya que lo dudo mucho.

Llegamos al final de la acera, y en la esquina de Patterson y Olivier está el Old Point, que por fuera parece más una casa de dos plantas histórica con un apartamento añadido al lado. Pasamos por debajo del viejo letrero alargado, donde junto a la construcción hay un par de mesas y sillas de plástico con varias personas que fuman y hablan a voz en grito.

Dentro suena un grupo de música.

Andrew sujeta la puerta después de que salga una pareja y me da la mano. No es un sitio grande, pero resulta acogedor. Miro los altos techos y reparo en las numerosas fotografías, matrículas, cervezas, banderines de colores y viejos letreros que ocupan cada centímetro del espacio. Varios ventiladores cuelgan bajos del techo de madera. Y a mi derecha se encuentra la barra en la que, como en cualquier otro bar, hay un televisor en la pared del fondo. Aunque hay bastante gente, tras la barra una mujer levanta la mano y al parecer saluda a Andrew.

Él le sonríe y le devuelve el saludo con dos dedos, como para decirle: «Estoy contigo dentro de dos minutos».

Da la impresión de que todas las mesas están ocupadas, y se ve gente bailando en la pista. El grupo que toca al fondo es muy bueno, hacen una mezcla de rock y blues, o algo por el estilo. Me gusta. Hay un hombre negro rasgueando una guitarra plateada sentado en un taburete y uno blanco cantando con un micro afianzado delante de la correa de la guitarra. A la batería hay un tipo corpulento, y en el escenario se ve un teclado, aunque nadie lo toca.

Al mirar al suelo descubro un perro negro greñudo que me mira y menea el rabo. Me agacho y lo rasco detrás de las orejas. Satisfecho, el animal se acerca a su dueño, que está sentado a la mesa que tengo al lado, y se tumba a sus pies.

Tras esperar unos minutos, Andrew ve que tres personas se levantan de una mesa no muy lejos de donde toca el grupo y tira de mí para ir a ocuparla.

Aún me encuentro algo mal debido a la resaca, y la cabeza no ha dejado de dolerme del todo, pero sorprendentemente el ruido que hay en este sitio no lo empeora.

—Ella no bebe —le dice Andrew amablemente a la chica que estaba en la barra después de señalarme.

La mujer en cuestión se ha abierto paso entre la gente y ha llegado a nuestra mesa antes de que yo me siente.

La camarera, con el pelo castaño claro metido detrás de las orejas, tendrá unos cuarenta y pocos años, y su sonrisa es tan grande cuando abraza con fuerza a Andrew que empiezo a preguntarme si será su tía o una prima.

—Han pasado diez meses, Parrish —comenta mientras le da palmaditas en la espalda con las dos manos—. ¿Dónde coño te has metido?

Me sonrío.

—Y ¿a quién tenemos aquí?

Le dirige a Andrew una mirada traviesa, pero yo noto algo más en su sonrisa: que da algo por sentado, tal vez.

Andrew me da la mano y me levanto para que me presenten como es debido.

—Ésta es Camryn —dice—. Camryn, ésta es Carla; trabaja aquí desde hace por lo menos seis de mis espantosas actuaciones.

Carla lo empuja en el pecho, riendo, y me mira.

—Que no te mienta —lo apunta con el dedo y enarca las dos cejas—, este muchacho sabe cantar.

Me guiña un ojo y me estrecha la mano:

—Encantada de conocerte.

Le sonrío igualmente.

¿Que canta? Creía que tocaba la guitarra en este sitio, no sabía que también cantara. Supongo que no me sorprende. En cierto modo, ya me demostró que sabía cantar en Birmingham, cuando dio esa nota en las «excusas» de *Hotel California*. Y a veces, cuando íbamos en el coche, se le olvidaba que estaba yo —o no le importaba— y se dejaba llevar en varios temas de rock clásico que salían por los altavoces.

Sin embargo, no esperaba que hubiese actuado en alguna parte. Qué lástima que no haya traído la guitarra, me encantaría verlo actuar esta noche.

—Bueno, pues me alegro de volver a verte —afirma Carla, y acto seguido señala al hombre negro del escenario—. Eddie se va a alegrar cuando se entere de que estás aquí.

Andrew asiente y sonrío mientras Carla salva la pequeña multitud y vuelve a la barra.

—¿Quieres un refresco o algo?

Hago un gesto de rechazo con la mano.

—No, estoy bien.

Él sigue de pie, y cuando el grupo deja de tocar comprendo por qué. El tipo negro de la guitarra plateada ve a Andrew y sonrío mientras deja el instrumento contra el taburete y se acerca. Se abrazan más o menos como Carla y él antes, y yo me levanto otra vez para que me presente. Le estrecho la mano a Eddie.

—¡Parrish! Cuánto tiempo —dice Eddie con su denso acento cajún—. ¿Qué hace?, ¿un año?

Carla también sonaba algo cajún, pero no tanto como Eddie.

—Casi —contesta, radiante, Andrew.

Parece encantado de estar aquí, como si esas personas fueran miembros de la familia a los que hubiera perdido de vista hace tiempo y con los que nunca hubiera reñido. Incluso su sonrisa es más afectuosa y atractiva que antes. De hecho, al presentarme a Carla y a Eddie, su sonrisa iluminó el local. Me sentí como si fuera la chica a la que por fin decidió traer a casa para presentársela a la familia y, a juzgar por sus miradas cuando me presentó, ellos sintieron lo mismo.

—¿Vas a tocar hoy?

Tomo de nuevo asiento y miro a Andrew, con la misma curiosidad por escuchar la respuesta que al parecer Eddie. Éste tiene en la risueña cara una mirada que dice *no aceptaré un no por respuesta*, las arrugas alrededor de sus ojos y su boca más marcadas.

—Es que no he traído la guitarra.

—Vaya —Eddie sacude la cabeza—, ¿qué pretendes?, ¿tomarme por tonto? —Señala el escenario—. Aquí hay un montón de guitarras —asegura con su acento entrecortado.

—Quiero oírte tocar —digo desde atrás.

Andrew me mira, inseguro.

—En serio. Te lo estoy pidiendo. —Ladeo un poco la cabeza y le sonrío.

—Vaya, vaya, menudos ojazos tiene la chica —comenta Eddie sonriéndole a Andrew.

Y él se da por vencido.

—Muy bien, pero sólo un tema.

—¿Cómo que sólo uno? —Eddie tensa la arrugada barbilla y añade—: Si tiene que ser uno, será el que yo elija. —Se señala, justo por encima de la camisa blanca. Del bolsillo izquierdo sobresale un paquete de tabaco.

Andrew accede.

—Muy bien, tú eliges.

Eddie sonrío más aún y me mira de reojo con suspicacia.

—Uno para camelarte a las señoritas como el que cantaste la última vez.

—¿Rolling Stones? —inquire Andrew.

—Sí, sí —afirma Eddie—. Ése, muchacho.

—¿Cuál? —pregunto, y apoyo la barbilla en los nudillos.

—*Laugh, I nearly died* —responde Andrew—. Probablemente no lo conozcas.

Y tiene razón. Niego suavemente con la cabeza.

—No, la verdad es que no.

Eddie le indica a Andrew que lo siga hacia el escenario y, tras inclinarse y sorprenderme con un leve beso en los labios, él deja la mesa.

Estoy nerviosa pero emocionada, con los codos apoyados en la mesa. Hay tantas conversaciones desarrollándose a mi alrededor que es como si en el aire de la estancia flotara un murmullo continuo. De vez en cuando oigo un vaso o un botellín de cerveza que choca contra otro o contra la mesa. El sitio entero está más bien oscuro, iluminado únicamente por las luces atenuadas de los numerosos letreros de cerveza y los altos tramos de cristalería que permiten que se filtre la luz de la luna y también la de la calle. De cuando en cuando se ve una ráfaga de luz amarilla tras el escenario por la derecha, la gente que entra y sale de lo que imagino serán los aseos.

Andrew y Eddie consiguen llegar al escenario y se ponen a organizarlo todo: Andrew coge otro taburete de alguna parte tras la batería y lo coloca en medio del escenario, justo delante del micrófono de pie. Eddie le dice algo al batería —probablemente qué canción tiene que tocar—, y el batería asiente. Otro hombre sale de una sombra detrás del escenario con otra guitarra, o puede que sea un bajo, nunca he sabido cuál es la diferencia, la verdad. Eddie le da a Andrew una guitarra negra que ya está enchufada a un amplificador cercano e intercambian unas palabras que no oigo. Luego Andrew se sienta en el taburete y apoya una bota en el reposapiés inferior. A continuación, Eddie hace lo propio en el suyo.

Empiezan a ajustar esto y afinar aquello y el batería toca los platos unas cuantas veces a modo de prueba. Oigo un ruido sordo y un chirrido cuando encienden o suben de volumen otro ampli y luego un toc-toc-toc cuando Andrew da unos golpecitos en el micrófono con el pulgar.

Ya noto el nerviosismo en el estómago, como si fuera yo la que está ahí arriba a punto de cantar delante de un montón de desconocidos. Pero ese nerviosismo se debe sobre todo a Andrew. Me mira desde el escenario, nuestra mirada se cruza una vez, y acto seguido el batería empieza a tocar, rozando los platos unas cuantas veces. Después Eddie comienza a darle a la guitarra, una melodía lenta y pegadiza que consigue fácilmente que la mayoría de los que están alrededor se dé la vuelta y se fije en que empieza un nuevo tema, claramente uno que todos conocen y del que nunca se cansan. Andrew toca unos acordes con Eddie y noto que la parte superior de mi cuerpo se mece al ritmo de la música.

Cuando Andrew comienza a cantar es como si tuviera un resorte en la nuca: paro de moverme y echo la cabeza hacia atrás, sin creer lo que estoy escuchando, una canción irresistible con cierto aire de blues. Mantiene los ojos cerrados mientras sigue cantando, la cabeza siguiendo el compás de la sensual y sentida música.

Y cuando llega el estribillo, Andrew me deja sin habla...

Noto que pego suavemente la espalda a la silla y abro más los ojos cuando la

música se anima y Andrew vuelca su alma en cada palabra. Su expresión cambia con cada una de las notas intensas y se calma cuando las notas se calman. En el bar ya no habla nadie. No puedo apartar la vista de Andrew para mirar, pero sé que el ambiente cambió en el segundo en que Andrew empezó el potente estribillo, ese sexy timbre bluesero que le sale y que jamás habría imaginado que tuviera.

En la segunda estrofa, cuando el ritmo vuelve a bajar, ya tiene toda la atención de cada una de las personas del lugar. La gente baila y se mueve a mi alrededor, parejas cuyas caderas y labios se acercan porque no hay manera de evitarlo con esa canción. Pero yo... me limito a mirar sin aliento, dejando que la voz de Andrew se cuele en cada recoveco y cada hueso de mi cuerpo. Es como un veneno irresistible: me hipnotiza lo que me está haciendo sentir, y aunque tiene la capacidad de destrozarme el corazón, me lo bebo de todas formas.

Él continúa con los ojos cerrados, como si necesitara dejar fuera la luz que lo rodea para sentir la música. Y cuando llega el segundo estribillo, se mete más incluso en él, casi lo bastante para levantarse del taburete, pero sigue como estaba, el cuello estirado hacia el micrófono y la pasión grabada en su cara mientras canta y toca la guitarra, que descansa en su regazo.

Eddie, el batería y el bajista cantan dos frases con Andrew, y el público se une débilmente a ellos.

Con la tercera estrofa me entran ganas de llorar, pero no puedo. Es como si la emoción estuviese ahí, latente en la boca del estómago, pero quiere atormentarme.

«*Laugh, I nearly died...*»^[7]

Andrew continúa cantando, tan apasionadamente que soy yo la que está a punto de morir, el corazón latiéndome más y más de prisa. Luego el grupo empieza a cantar de nuevo y la música se ralentiza, sólo se oye la batería, un golpeteo grave, áspero del bombo que noto en el suelo, bajo los zapatos. Y el público acompaña el bombo con los pies y empieza a cantar el repetitivo estribillo. Dan una palmada al mismo tiempo, y al unirse las manos el aire vibra. Una vez más. Y Andrew canta: «*Yeah, yeah*»!, y la música termina bruscamente.

Se oyen gritos y silbidos agudos y un montón de «*yeah*» y unos cuantos «*joooder*». Unos escalofríos me recorren la espalda y se extienden por el resto de mi cuerpo.

Laugh, I nearly died... No olvidaré esa canción en toda mi vida.

«¿Cómo es posible que Andrew sea real?».

Cuento con que algo se tuerza en el momento menos pensado o con que despierte en la parte de atrás del coche de Damon con Natalie inclinada sobre mí contándome que Blake me llevó a la azotea del Underground.

Andrew deja la guitarra prestada contra el taburete y se acerca a Eddie para estrecharle la mano, luego al batería y por último al bajista. Eddie viene hacia mí con él, pero a medio camino se detiene y me guiña un ojo antes de volver al escenario. Me cae muy bien Eddie. Hay algo en él honesto, bondadoso y enternecedor.

Antes de que llegue a la mesa, Andrew se para con algunas personas que le estrechan la mano y probablemente le digan cuánto les ha gustado su actuación. Les da las gracias y viene hacia mí lento pero seguro.

Veo que varias mujeres lo miran con algo más que gratitud.

—¿Quién eres? —inquiero, en parte sólo para meterme con él.

Andrew se ruboriza un tanto y le da la vuelta a una silla desocupada para sentarse frente a mí.

—Eres increíble, Andrew. No tenía ni idea.

—Gracias, nena.

Es muy modesto. Medio esperaba que bromeara llamándome *groupie* y pidiéndome que saliera del bar con él o algo por el estilo, pero no parece estar por la labor de hablar de su talento, como si no se sintiera cómodo con él. O quizá no se

sienta cómodo con los halagos genuinos.

—En serio —aseguro—, ojalá yo supiera cantar así.

El comentario le arranca una reacción, aunque leve.

—Seguro que podrías —afirma.

Echo la cabeza hacia atrás y la meneo con ganas.

—No-no-no-no. —Lo paro antes de que se le ocurra alguna cosa rara—. No canto bien. No creo que sea horrible, pero lo mío no es el escenario, eso lo tengo bien claro.

—¿Por qué no?

Carla le trae una cerveza a Andrew, me sonrío y vuelve para atender a sus clientes.

—¿Miedo escénico?

Él se lleva el botellín a los labios y echa la cabeza atrás.

—La verdad es que nunca me he planteado nada que fuera más allá de cantar en el coche con el equipo encendido, Andrew. —Me retrepo en la silla—. No se me había ocurrido pensar que fuese algo personal, como miedo escénico.

Él se encoge de hombros y bebe otro sorbo antes de dejar la cerveza en la mesa.

—Pues, para que conste, te diré que tienes una voz bonita. Te oí en el coche.

Levanto la vista al techo y cruzo los brazos.

—Gracias, pero es fácil dar la impresión de que uno sabe cantar cuando lo hace acompañando a otro. Si me oyes sola sin música, probablemente te quedes horrorizado. —Me inclino hacia él y añado—: En cualquier caso, ¿cómo es que hemos acabado hablando de mí? —Entorno un ojo en plan juguetón—. Deberíamos estar hablando de ti: ¿de dónde ha salido eso?

—Las influencias, supongo —replica—. Pero nadie la canta como Jagger.

—Lamento tener que disentir —apunto metiendo la barbilla—. ¿Qué pasa? ¿Es Jagger tu ídolo musical o qué? —pregunto medio en broma, y él me dedica una sonrisa afectuosa.

—Es una de mis principales influencias, pero no, mi ídolo musical es un poco mayor que él.

Sus ojos ocultan algo secreto y profundo.

—¿Quién? —pregunto, completamente absorta.

Sin previo aviso, Andrew se inclina hacia adelante, me coge por la cintura y me sienta encima, de cara a él. Me sorprende un tanto, pero desde luego no rechazo el gesto. Me mira a los ojos mientras estoy a horcajadas sobre él.

—¿Camryn?

Le sonrío, sólo puedo preguntarme qué ha motivado esto.

—¿Qué? —Ladeo delicadamente la cabeza, las manos apoyadas en su pecho.

Veo que está pensativo, no responde.

—¿Qué? —insisto, con más curiosidad ahora.

Noto que sus manos me ciñen la cintura, y después se inclina y me roza los labios con los suyos. Cierro los ojos con suavidad, saboreando el contacto. Creo que podría besarlos, pero la verdad es que no sé si debería.

Abro los ojos cuando él aparta la boca.

—¿Qué pasa, Andrew?

Sonríe, y eso hace que literalmente sienta calor en el vientre.

—Nada —responde, y me da una palmadita en los muslos y en el acto vuelve a ser el Andrew juguetón, no tan serio—. Sólo quería tenerte encima. —Esboza una sonrisa pícaro.

Me retuerzo para zafarme —no mucho—, y él me rodea la cintura con los brazos y me retiene. La única vez que me deja levantarme en toda la noche es cuando necesito ir al servicio, y se planta delante de la puerta para esperarme.

Estuvimos en el Old Point escuchando tocar a Eddie y a su banda temas de blues y rock, e incluso algunos viejos estándares de jazz, hasta que nos fuimos al hotel

pasadas las once.

De vuelta en el hotel, Andrew se queda conmigo en mi habitación lo bastante para ver una película. Hablamos mucho tiempo, y noto la reticencia que existe entre nosotros: él quiere contarme algo tanto como yo quiero contarle cosas a él.

Supongo que somos demasiado parecidos y por eso ninguno de los dos cruza la línea.

¿Qué nos lo impide? Puede que sea yo; quizá sea lo que sea lo que hay entre nosotros, no pueda ir más allá hasta que él presienta que sé qué es lo que quiero. O quizá sea que él tampoco está seguro de nada.

Pero ¿cómo es posible que no cedan dos personas que indudablemente se sienten más que atraídas la una por la otra? Ya llevamos casi dos semanas de viaje. Hemos compartido secretos y hemos intimado en cierto modo. Hemos dormido juntos y nos hemos tocado, y sin embargo aquí estamos, uno a cada lado de un grueso muro de cristal. Levantamos la mano y tocamos el cristal con los dedos, nos miramos a los ojos y sabemos lo que queremos, pero el puñetero cristal no se mueve. O es disciplina inviolable o masoquismo en estado puro.

—No es que tenga prisa por marcharme, pero ¿cuánto nos vamos a quedar en Nueva Orleans? —pregunto cuando Andrew se dispone a volver a su habitación.

Coge el móvil de la mesilla y mira la pantalla un instante antes de encerrarlo en la mano.

—Tenemos las habitaciones pagadas hasta el jueves —informa—, pero como tú digas: podemos marcharnos mañana o quedarnos más si quieres.

Frunzo la boca, sonriendo, fingiendo meditar profundamente la decisión mientras me doy golpecitos en la mejilla con el dedo índice.

—No sé —contesto, y me levanto de la cama—. Esto me gusta, pero aún tenemos que ir a Texas.

Andrew me mira con curiosidad.

—Conque sigues decidida a ir a Texas, ¿eh?

Asiento despacio, esta vez considerándolo en serio.

—Sí —afirmo distraídamente—, creo que sí..., la cosa empezó con Texas... —Y de pronto las palabras «y puede que termine en Texas» se me pasan por la cabeza y me demudo.

Andrew me besa en la frente y sonrío.

—Te veo por la mañana.

Y dejo que se vaya porque ese muro de cristal es excesivamente grueso y me intimida demasiado para extender el brazo y detenerlo.

Horas más tarde, muy de madrugada, cuando aún reina la oscuridad y la mayoría de la gente duerme, me despierto repentinamente y me siento en mitad de la cama. No sé muy bien qué me ha despertado, pero podría haber sido un ruido fuerte. Cuando mi cerebro reacciona, echo un vistazo alrededor de la habitación, oscura como boca de lobo, dejando que mis ojos se acostumbren a la oscuridad, para ver si se ha caído algo. Me levanto y doy una vuelta, abriendo un poco las cortinas para que entre más luz. Miro hacia el cuarto de baño, luego al televisor y por último a la pared. Andrew. Ahora caigo: creo que lo que he oído ha sido algo en su habitación, justo detrás de mi cabeza.

Me pongo los pantalones de algodón blancos sobre las bragas, cojo mi llave y la que él me dio de su habitación y salgo descalza al pasillo, vivamente iluminado.

Llamo con los nudillos, suavemente al principio.

—¿Andrew?

Nada.

Llamo con más fuerza y digo su nombre, pero nada. Tras esperar un poco, introduzco la llave en la puerta y abro con cuidado, por si sigue dormido.

Andrew está sentado en el borde de la cama con los codos apoyados en las rodillas

y las manos unidas entre las piernas. Tiene la espalda completamente arqueada, la mirada fija en la moqueta del suelo.

Miro a la derecha y veo su teléfono en el suelo, con la pantalla rota. Comprendo en el acto que debe de haberlo lanzado contra la pared.

—¿Andrew? ¿Qué pasa? —pregunto, y me acerco a él despacio, no porque lo tema, sino porque temo por él.

Las cortinas están abiertas de par en par, la luna baña la habitación entera y el cuerpo medio desnudo de él en una luz azul grisácea. Está en calzoncillos. Me acerco a él y le paso las manos por los brazos hasta llegar a las manos, que acto seguido agarro con ternura.

—Háblame —pido, aunque ya sé lo que pasa.

No me mira, pero me coge los dedos y los sostiene con delicadeza.

Se me parte el corazón...

Me arrimo más, me meto entre sus piernas y él no lo piensa y me abraza con fuerza. Al notar que me hace estremecer su dolor, le rodeo la cabeza con los brazos y tiro de él hacia mi estómago.

—Lo siento mucho, amor —digo con voz trémula, las lágrimas corriéndome por la cara, aunque procuro mantener la compostura. Le agarro la cabeza con suavidad y él hunde la frente en mi vientre—. Estoy aquí, Andrew —añado con tino.

Y llora en silencio en mi estómago. No hace un solo ruido, pero noto que su cuerpo tiembla contra el mío. Su padre ha muerto, y se está permitiendo llorar su pérdida como debe. Me abraza una eternidad, sus brazos constriñéndome cuando lo sacuden las peores oleadas de dolor, y yo lo abrazo con más fuerza, mis manos enterradas en su pelo.

Finalmente alza la vista y me mira. Sólo quiero borrarle el dolor que lleva escrito en el rostro. Ahora mismo es lo único que me importa en el mundo. Sólo quiero quitarle el dolor.

Andrew me coge de la cintura, me sienta en la cama con él y nos quedamos así, yo entre sus duros brazos, con la espalda pegada a su cuerpo. Pasa otra hora y veo que la luna se desliza de un punto a otro en el cielo. Andrew no dice una sola palabra y yo no intento animarlo a hacerlo, pues sé que necesita este momento, y si ninguno de los dos volviera a hablar jamás, podría soportarlo siempre que permaneciéramos tal y como estamos ahora.

Dos personas incapaces de llorar finalmente lloran juntas, y si el mundo acabara hoy, nos sentiríamos satisfechos.

El sol de primera hora de la mañana empieza a expulsar a la luna, y durante un tiempo los dos se ocultan en el mismo cielo vasto, de forma que ninguno de los dos domina al otro. El ambiente se ve envuelto en un púrpura oscuro y gris con trazos de rosa, hasta que el sol finalmente se impone y despierta a nuestro lado del mundo.

Me vuelvo del otro costado, situándome de cara a Andrew. También sigue despierto. Le sonrío tiernamente y me acoge cuando me adelanto para besarlo levemente en los labios. Me pasa el dorso de un dedo por la mejilla y me toca la boca, el arranque del pulgar apenas rozándome el centro del labio inferior antes de caer. Me acerco más y me coge la mano, ambas aprisionadas entre nuestros cuerpos. Sus bonitos ojos verdes me sonrían con dulzura, y luego él me suelta la mano y me pasa el brazo por la cintura, acercándome tanto a él que noto su cálido aliento en mi barbilla.

Sé que no quiere hablar de su padre y que sacar el tema podría dar al traste con el momento, así que no lo hago. Por mucho que quiera y por mucho que crea que necesita hablar de ello para que lo ayude a superarlo, esperaré. Necesita tiempo.

Levanto la mano que tengo libre y dibujo el contorno del tatuaje que lleva en el brazo derecho. Luego mis dedos pasan delicadamente a sus costillas.

—¿Puedo verlo? —musito.

Sabe que me refiero al tatuaje de Eurídice del costado izquierdo, que tiene aplastado contra la cama.

Él me mira, pero su rostro es impenetrable. Sus ojos vagan un rato largo hasta que se incorpora en la cama para pasarse al otro lado y que, de ese modo, el tatuaje quede a la vista. Se tumba de costado, como antes, y me arrima un poco a él. Después aparta el brazo de las costillas. Me levanto un tanto para ver mejor y paso los dedos por la intrincada obra de arte, tan bonita y tan real. La cabeza de la mujer empieza a unos cinco centímetros bajo el brazo y los desnudos pies le llegan por la mitad de la esculpida cadera y se adentran unos centímetros en el estómago. Eurídice lleva un vestido blanco largo, suelto, transparente, que se le pega al cuerpo como si la azotara un fuerte viento. El invisible aire hace que la tela ondee tras ella y a su alrededor.

Se encuentra en un saliente, mirando hacia abajo con un brazo extendido delicadamente hacia atrás.

Pero luego la cosa se vuelve rara.

Eurídice tiene el otro brazo estirado, aunque la tinta termina en el codo. Se ve otro brazo al otro lado, pero no es suyo; da la impresión de ser de otra persona y parece más masculino. En la imagen también se aprecia una tela que no encaja en la imagen, asimismo ondeando al viento. Y justo debajo, apoyado en la misma cornisa, hay un pie que remata una pantorrilla musculada en la que la tinta finaliza justo por debajo de la rodilla.

Paso los dedos por cada centímetro del tatuaje, hipnotizada por su belleza, pero al mismo tiempo intentando entender su complejidad y el porqué de las partes que faltan.

Miro a Andrew y me dice:

—Anoche me preguntaste quién era mi ídolo musical, y la respuesta es Orfeo. Sé que es un poco raro, pero siempre me ha encantado la historia de Orfeo y Eurídice, sobre todo la que cuenta Apolonio de Rodas, y como que se me quedó grabada.

Sonríó suavemente y observo el tatuaje de nuevo, mis dedos aún en sus costillas.

—Orfeo me suena, pero Eurídice no tanto. —Me avergüenza un poco no conocer la historia, sobre todo cuando parece ser tan importante para él.

Empieza a contar:

—El talento musical de Orfeo no tenía igual, dado que era hijo de una musa, y cuando tocaba la lira o cantaba, todos escuchaban. No había ningún músico mejor que él, pero su amor por Eurídice era mayor incluso que su talento: estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella. Se casaron, pero, poco después de la boda, a Eurídice la mordió una víbora y murió. Transido de dolor, Orfeo bajó al inframundo, decidido a recuperar a su amada.

Mientras él me cuenta la historia, no puedo evitar ser egoísta y ponerme en el lugar de Eurídice. Y Andrew es Orfeo. Incluso comparo el momento absurdo en el campo la otra noche con Andrew cuando vi la serpiente en la manta. Es egoísta y estúpido pensar así, pero no puedo evitarlo.

—En el inframundo, Orfeo tocó la lira y cantó, y todo el mundo se quedó embelesado, doblegado por la emoción. Tanto fue así que dejaron que Eurídice se marchara con él, pero con una condición: que Orfeo no mirara a Eurídice ni siquiera un instante hasta que estuvieran de nuevo en el mundo de los vivos. —Hace una pausa—. Pero en la subida no pudo vencer el deseo, la necesidad de volver la cabeza para asegurarse de que Eurídice seguía allí.

—Y la volvió —deduzco.

Andrew asiente, entristecido.

—Sí, la volvió antes de la cuenta y vio a Eurídice en la tenue luz desde la parte superior la cueva. Se tendieron la mano y, justo antes de que sus dedos se tocaran, ella se desvaneció en la oscuridad del inframundo y Orfeo no volvió a verla.

Reprimo mis emociones y clavo la vista en Andrew con añoranza. Él no me mira,

parece sumido en sus pensamientos, como si yo fuera invisible.

Luego sale de su ensimismamiento.

—La gente siempre se hace tatuajes profundos, significativos —comenta mirándome de nuevo—. Y da la casualidad de que éste es el mío.

Lo vuelvo a observar y luego lo miro a él a los ojos, recordando algo que le oí decir a su padre aquella noche en Wyoming.

—Andrew, ¿a qué se refería tu padre con aquello que dijo en el hospital?

Su mirada se ablanda y aparta la vista un instante. A continuación baja el brazo y me coge la mano, pasándome el pulgar por los dedos.

—¿Lo oíste? —pregunta sonriendo con dulzura.

—Bueno, sí.

Me besa los dedos y luego me suelta la mano.

—Solía tomarme el pelo con eso —contesta—. Cuando me hice el tatu, le conté a Aidan lo que significaba y por qué técnicamente no estaba completo, y él se lo dijo a nuestro padre. —Revuelve los ojos—. Y maldita la hora en que se me ocurrió, joder. Mi padre se pasó los dos últimos años dándome la paliza, pero sé que sólo se estaba comportando como el tipo duro que era, que no llora ni cree en las emociones. Sin embargo, una vez que no andaban rondando Aidan y Asher me dijo que, aunque el significado del tatuaje era una «mariconada», lo entendía. Me dijo —mueve los dedos armoniosamente en el aire—: «Hijo, espero que algún día encuentres a tu Eurídice. Mientras no te convierta en una nenaza, espero que la encuentres».

Intento borrar la sonrisilla que tengo, pero él la ve y también sonrío.

—Pero ¿por qué no está acabado? —pregunto mientras vuelvo a mirarlo, y le aparto el brazo de la parte superior—. Y ¿qué significa exactamente?

Andrew suspira, aunque sabía desde el principio que acabaría haciéndole esas preguntas. Me da que quizá esperase que lo dejara estar.

Ni de coña.

De pronto se incorpora en la cama y tira de mí para que me siente. Me coge por abajo la camiseta para quitármela. Sin vacilar, levanto los brazos mientras me la quita y me quedo desnuda de cintura para arriba frente a él. Sólo una pequeña parte de mí se siente cohibida, e instintivamente adelanto un hombro como para cubrir la desnudez con su sombra.

Andrew me tiende de nuevo en la cama y me arrima a él de tal forma que mis pechos desnudos quedan aplastados entre nuestros cuerpos. Guiando mis brazos para que abracen los suyos como me abraza él a mí, me aprieta con más fuerza, las piernas enredadas. Nuestras costillas se tocan, mi cuerpo encaja en el suyo como dos piezas redondeadas de un puzle.

Y de pronto empiezo a entender...

—Mi Eurídice es sólo la mitad del tatuaje —explica, y sus ojos bajan hasta donde está el tatuaje con relación a mi cuerpo—. Pensé que algún día, si llegara a casarme, mi chica se haría la otra mitad y los reuniría.

Tengo el corazón en la garganta. Intento que vuelva a bajar a su sitio, pero está encajado ahí, henchido y tibio.

—Aunque es una locura, lo sé —añade, y noto que sus brazos empiezan a soltarme.

Lo abrazo con más fuerza, reteniéndolo.

—No es ninguna locura —afirmo, la voz grave y resuelta—. Y no es una mariconada, Andrew: es maravilloso. Como tú...

Una emoción que no soy capaz de identificar asoma a su cara.

Luego se levanta, y lo dejo hacer de mala gana.

Coge los cargo cortos marrón oscuro del suelo, junto a la cama, y se los pone sobre los bóxers.

Aún algo aturdida por la rapidez con la que se ha levantado y la razón por la que lo ha hecho, tardo un instante en ponerme la camiseta.

—Sí, bueno, creo que quizá mi padre no se equivocara —dice de pie delante de la ventana mientras contempla Nueva Orleans—. Descubrió algo y utilizaba toda esa mierda de que los hombres de verdad no lloran para ocultarlo.

—Para ocultar, ¿qué?

Me acerco a él, pero esta vez no lo toco. Se muestra inaccesible, en el sentido de que me da que no quiere que yo esté aquí. No es desinterés ni que haya decaído la atracción, es otra cosa...

Responde sin volverse:

—Que nada es para siempre. —Duda, todavía mirando por la ventana con los brazos cruzados—. Es mejor evitar la emoción que sucumbir a ella y acabar siendo su esclavo, y, como nada es para siempre, al final todo lo que en su día fue bueno acaba haciendo un daño de mil demonios.

Sus palabras me atraviesan el alma.

Todo lo que en mí había cambiado durante el tiempo que he pasado con Andrew, todos los muros que he derribado por él acaban de alzarse a mi alrededor.

Porque tiene razón, sé de sobra que tiene razón.

Esa lógica es la que me ha impedido sumergirme por completo en su mundo todo este tiempo. Y en cuestión de segundos la verdad de sus palabras ha hecho que vuelva a someterme a esa lógica.

Decido no tocar el tema. Ahora mismo hay un problema mucho más importante que el mío, y me aseguro de no tratar a Andrew de manera distinta.

—Tendrás... que ir al funeral de tu padre, así que...

Andrew se vuelve, los ojos rebosantes de determinación.

—No, no iré al funeral.

Se pone una camiseta limpia que le cubre los abdominales.

—Pero, Andrew..., tienes que ir. —Frunzo el entrecejo—. Si no vas al funeral de tu propio padre no te lo perdonarás nunca.

Veo que mueve la mandíbula, como si apretara los dientes. Aparta la vista de mí y se sienta en el extremo de la cama, se inclina y se pone las zapatillas de deporte negras sin calcetines, sin molestarse en desatárselas, para que se aflojen.

Se pone de pie.

Me quedo plantada sin más en mitad de la habitación, sin dar crédito. Creo que debería decir algo que lo haga cambiar de opinión con respecto al funeral, pero el corazón me dice que ésta es una discusión que no voy a ganar.

—Tengo que hacer una cosa —anuncia al tiempo que se mete las llaves del coche en el bolsillo del pantalón—. Vuelvo dentro de un rato, ¿vale?

Antes de que pueda decir nada, se me acerca, me coge la cara entre sus manos y se inclina hacia adelante para apoyar la frente en la mía. Lo miro a los ojos y veo dolor y conflicto e indecisión entre muchas más cosas a las que ni siquiera puedo empezar a ponerles nombre.

—¿Estarás bien? —pregunta en voz queda, la cara a escasos centímetros de la mía.

Me aparto, lo miro y asiento.

—Estaré bien —replico.

Pero eso es todo cuanto puedo decir. Estoy tan en conflicto e indecisa como parece estarlo él. Pero también estoy dolida. Siento que algo está pasando entre nosotros, pero nos aleja más que acercarnos, que es lo que ha estado haciendo durante todo este viaje. Y me asusta.

Entiendo la lógica. Mis muros han vuelto a alzarse. Pero me asusta más que cualquier otra cosa.

Me deja allí y yo lo veo salir de la habitación.

Es la primera vez que me deja desde que volvió por mí en aquella estación de autobuses. Hemos estado juntos, prácticamente sin separarnos, todo el tiempo, y ahora... desde que ha salido por la puerta tengo la sensación de que no voy a volver a verlo.

ANDREW

—Empezamos pronto, ¿eh? —comenta el camarero mientras desliza un chupito por la barra que va a parar a mi mano.

—Si el bar está abierto y atendéis a los que entran, no es demasiado pronto.

Ya son las tres de la tarde. Esta mañana dejé sola a Camryn temprano, bastante antes de las ocho. Resulta algo extraño que hayamos estado juntos todo este tiempo durante el viaje y que a ninguno de los dos se le haya ocurrido, o haya querido, hablar de darnos el número de teléfono. Supongo que no era muy importante, puesto que siempre estábamos juntos. Estoy seguro de que a estas alturas ya no se pregunta si voy a volver, quizá quisiera tener mi teléfono para saber si estoy bien: la pantalla está rota, pero el móvil todavía funciona. Y eso que empiezo a desear que no fuera así, porque Asher y mi madre ya me han llamado un montón de veces.

Tengo intención de volver al hotel, pero he decidido que será sólo para coger la guitarra de Aidan de la habitación y dejarle a Camryn un billete de avión sobre la cama. La habitación está pagada dos días más, así que estará bien. También le dejaré dinero para que vaya al aeropuerto en taxi. Es lo menos que puedo hacer. Fui yo quien la metió en esta mierda conmigo, así que seré yo quien se asegure de que tiene pagada la vuelta a casa y de que esta vez no vaya en autobús.

Hoy acaba todo.

No debería haber dejado que llegara tan lejos, pero me dejé engañar y cegar por lo que siento por ella, algo prohibido y doloroso. No obstante, creo que estará bien; no nos hemos acostado y ninguno ha pronunciado esas dos palabras condenatorias que sin duda alguna complicarían más las cosas, así que, sí..., creo que estará perfectamente.

Al fin y al cabo, no llegó a entregarse a mí. Básicamente le puse la opción sobre la mesa: «Si te follara, tendrías que dejar que fueras mía». Si no fue una invitación descarada, no sé lo que es. No muy romántica, pero es lo que es.

Pago el chupito y salgo del bar. Sólo necesitaba algo para quitarme las penas. Aunque para quitarme esta pena en concreto tendría que haberme bebido la maldita botella. Me meto las manos en los bolsillos y camino por Bourbon Street y Canal Street, y al final por calles cuyos nombres ni siquiera recuerdo mientras paso los letreros. Camino una eternidad, por todas partes, un poco como el esporádico viaje por carretera de Camryn y mío sin dirección ni objetivo. Ando, sin más.

Creo que no estoy intentando matar el tiempo para que se haga de noche y pueda escabullirme sin hacer ruido mientras ella duerme, sino que lo mato con la esperanza de cambiar de opinión. No quiero dejarla, pero sé que debo hacerlo.

Termino en el parque Woldenberg Riverfront sentado a la orilla del Mississippi, contemplando los barcos y el transbordador que va y viene de Algiers. Cae la noche. Y durante mucho tiempo mi única compañía es una estatua de Malcolm Woldenberg, hasta que se me acercan dos chicas, obviamente turistas, a juzgar por las camisetas de «I LOVE NOLA»^[8].

La rubia me sonrío tímidamente mientras la de pelo castaño entra a matar.

—¿Sales esta noche?

Ladea la cabeza y me mira.

—Soy Leah, y ésta es Amy.

La rubia, «Amy», me sonrío de un modo que sé que no tendría más que pedirle que se lo hiciera conmigo y lo haría.

Muevo la cabeza intentando ser amable, pero sin decirles cómo me llamo.

—¿Entonces? ¿Sales esta noche o no? —pregunta la castaña al tiempo que se sienta a mi lado en el cemento.

Ya se me han olvidado sus nombres.

—No, la verdad es que no —contesto, y lo dejo ahí.

La rubia se me sienta al otro lado y dobla las piernas, de manera que los pantalones cortos se le suben por los muslos.

«A Camryn le sientan mejor esos pantalones».

Meneo la cabeza y sigo mirando el Mississippi.

—Deberías venirte con nosotras —asegura la de pelo castaño—. El d.b.a. estará muy animado esta noche, y pareces más aburrido que una ostra.

La miro de reojo: está muy buena, igual que la rubia, pero cuanto más habla, menos me pone. Sólo puedo pensar en Camryn. Esa chica me ha dado fuerte. Ya nada volverá a ser lo mismo.

Le miro las piernas a la de pelo castaño y después veo cómo se mueven sus labios cuando dice:

—Nos gustaría mucho que te vinieras con nosotras, será divertido.

Podría..., si me marcho con la intención de no volver a ver a Camryn, tal vez debiera irme con estas dos, coger una habitación en algún sitio y tirármelas a las dos. Estoy casi seguro de que, tal y como van las cosas, se lo montarían delante de mí. Conozco el percal, lo he hecho unas cuantas veces y siempre es lo mismo.

—No sé —contesto—. Estaba esperando a alguien.

No sé ni lo que digo ni por qué lo digo.

La castaña se inclina hacia adelante y me pone una mano en el muslo.

—Estarías mejor con nosotras —asegura en un susurro sensual que encierra las claras connotaciones de que es una chica que ha tenido bastantes líos de una noche.

Retiro su mano y me levanto, me meto de nuevo las manos en los bolsillos y me marcho. En cualquier otro momento quizá me dejara llevar, pero no hoy.

Sí, probablemente me haya dado demasiado fuerte y ya no tenga remedio. Debo salir de esta ciudad.

Mientras me alejo de las dos chicas sin decir palabra, oigo sus voces en el aire. Me importa una mierda lo que estén diciendo o que puedan sentirse rechazadas. Dentro de una hora se estarán tirando a otro tío y olvidarán que estuvieron hablando conmigo.

Ya es más de medianoche. Me he metido en un cibercafé y le he sacado un billete de avión a Carolina del Norte a Camryn, y después he parado en un cajero y he sacado dinero más que de sobra para que vaya en taxi al aeropuerto y para que coja otro taxi cuando llegue al aeropuerto de Carolina del Norte.

Ya en el vestíbulo de nuestro hotel, le pido al recepcionista un sobre, papel y algo para escribir, y me siento en un sofá allí mismo para dejarle una nota:

Camryn:

Siento haberme ido así, pero sé que no podría despedirme de ti cara a cara. Espero que te acuerdes de mí, pero si olvidarme resulta más fácil, lo entenderé.

Di siempre lo que pienses, Camryn Bennett, asegúrate de hacer lo que quieras en la vida, decir lo que sientas y no tener nunca miedo de ser tú misma. Que le den a lo que piensan los demás. Tu vida es tuya, no de ellos.

Lo de abajo es el código de la reserva del billete que te he sacado para que vuelvas a casa. Sólo tendrás que enseñar el carnet en el aeropuerto. El vuelo sale mañana por la mañana. El dinero es para el taxi.

Gracias por las dos mejores semanas de mi vida y por estar ahí cuando más te necesitaba.

Andrew Parrish

kyybpr

Leo la nota más de cinco veces hasta que estoy satisfecho con ella y finalmente la doblo y la meto en el sobre junto con el dinero.

Me dirijo hacia el ascensor. Un último obstáculo escapa sin que Camryn lo sepa. Espero que aún esté dormida. Por favor, que esté dormida. Puedo hacer esto si no la tengo que ver, pero si me ve... No. Debo poder hacerlo de cualquiera de las dos maneras.

Y lo haré.

Salgo del ascensor en nuestra planta y enfilo un largo pasillo vivamente iluminado, dejando atrás algunas habitaciones. Ver delante las nuestras hace que me ponga nervioso. Paso despacio, me preocupa que el ruido que hago al andar baste para que sepa que estoy aquí. De su puerta cuelga un letrero de «NO MOLESTAR», y no sé por qué verlo hace que el corazón me dé un vuelco. Puede que porque las únicas veces que he colgado esos letreros en la puerta de un hotel era cuando estaba dentro follando. La idea de que a Camryn se la folle otro tío...

Aprieto los dientes y paso por delante de la puerta. ¿Y ese pensamiento patético e irracional? Ni siquiera es mía y casi me dejo llevar por unos celos absurdos.

Cuanto antes salga de Nueva Orleans, mejor.

Deslizo la tarjeta en la puerta de mi habitación y entro. Está exactamente igual que la dejé: ropa tirada cerca de las bolsas y la guitarra de Aidan apoyada en la pared bajo el aplique. Voy por la habitación recogiendo todo y tengo un momento de gloria cuando me doy cuenta de que probablemente me hubiera dejado los cargadores en la pared si no los hubiese visto desde el ángulo adecuado al pasar. Los desenchufo y los meto en la bolsa junto con la ropa. Por último, entro de prisa al cuarto de baño para coger el cepillo de dientes.

Cuando salgo, Camryn está en la puerta.

CAMRYN

—¿Andrew? ¿Te encuentras bien?

Lo miro cruzando los brazos cuando la puerta de la habitación se cierra suavemente con un clic.

Me ha tenido tan preocupada..., preocupada porque tenía miedo de que se hubiera ido sin decir adiós, pero más preocupada por cómo estaba cuando se fue. Porque su padre acababa de morir.

Contengo la respiración y él pasa por delante para ir hacia las bolsas, en el extremo de la cama.

¿Por qué no me mira?

Reparo de nuevo en las bolsas y me doy cuenta en el acto de lo que está haciendo. Bajo los brazos y me aproximo a él.

—Por favor, háblame —pido en voz queda—. Andrew, me has dado un susto de muerte... —Mete el cepillo de dientes en la bolsa de deporte, dándome la espalda—. Si tienes que ir al funeral, me parece bien. Puedo volver a casa. Podríamos hablar...

Andrew vuelve sobre sus talones.

—Esto no tiene nada que ver con el funeral ni con mi padre, Camryn —espeta.

Y sus palabras me hieren sin tan siquiera saber lo que significan.

—Entonces ¿de qué se trata?

Se da la vuelta de nuevo, fingiendo buscar algo en una de las bolsas, aunque sé que no es más que una distracción. Veo que de su bolsillo trasero asoma un sobre. Pone «RYN»; la primera mitad de lo que supongo es mi nombre está oculta en el bolsillo.

Lo cojo.

Andrew se vuelve y se demuda.

—Camryn... —Suspira entristecido, y mira un instante al suelo.

—¿Qué es esto? —pregunto al ver mi nombre.

Ya estoy levantando la solapa con el dedo.

Él no responde, se queda pasmado esperando a que lea lo que dice la nota, ya que sabe que voy a hacerlo de todas formas.

Quiere que lo haga.

Ve el dinero y lo dejo sin tocarlo en el sobre, que aparto en el extremo de la cama. Lo único que me importa es la nota que tengo en las manos y que me está rompiendo el corazón sin tan siquiera haberla leído aún. Lo miro y miro la nota unas cuantas veces antes de desdoblarla.

Las manos me tiemblan.

¿Por qué me tiemblan las manos?

Y, a medida que leo, se me hace un nudo abrasador en la garganta. Los ojos me arden de rabia, pena y lágrimas.

—Nena, sabías que este viaje tenía que acabar en algún momento.

—No me llames nena —suelto, la nota bien agarrada en una mano que ahora he bajado—. Si te vas, ya no tienes derecho a hacerlo.

—Muy bien.

Lo fulmino con la mirada, mi cara llena de dolor, preguntas y confusión. ¿Por qué estoy tan cabreada, tan dolida? Andrew tiene razón: tenía que acabar en algún momento, pero ¿por qué permito que me afecte así?

Las lágrimas empiezan a caer. No puedo contenerlas, pero desde luego no pienso echarme a berrear como si fuera una niña pequeña. Me limito a mirarlo, la cara tensa y consumida por el dolor y la ira. Tengo los puños apretados, la nota de Andrew medio estrujada en la mano.

—Si te fueras así por tu padre, porque necesitaras tiempo para estar solo y lo del final de la nota fuera tu número en lugar del de la reserva de un billete, podría

entenderlo. —Levanto el papel espachurrado y lo dejo caer—. Pero que te marches por mí y finjas que no ha pasado nada entre nosotros... Andrew, eso duele. Duele mucho, joder.

Veo que se le crispa la mandíbula.

—¿Quién coño ha dicho que podría fingir que no ha pasado? —escupe, a todas luces dolido con mis palabras. Suelta el asa de la bolsa y se aparta de la cama para acercarse a mí—. Nunca podré olvidar nada de esto, Camryn. Por eso no podía verte.

Corta el aire entre nosotros con las manos.

Retrocedo y me alejo de él. No puedo con esto. El corazón me duele demasiado. Y me cabrea no poder parar de llorar. Miro la nota que tengo en la mano, lo miro a él y por último me acerco a la cama y la dejo junto al sobre y el dinero.

—Muy bien, vete. Pero me pagaré yo sola la vuelta a casa. —Me seco los ojos y voy hacia la puerta.

—Sigues teniendo miedo —me dice.

Me vuelvo.

—¡Tú no sabes una mierda!

Abro la puerta, tiro su llave al suelo y regreso a mi habitación.

Doy vueltas. Y vueltas. Y vueltas. Me dan ganas de darle un puñetazo a la pared o de romper algo, pero al final acabo berreando como una niña pequeña.

Andrew irrumpe en mi habitación, la puerta golpea la pared al hacerlo. Me coge por los brazos, clavándome los dedos en los músculos.

—¿Por qué sigues teniendo miedo?! —Las lágrimas se agolpan a sus ojos, unas lágrimas airadas, dolorosas. Me sacude—. ¡DI LO QUE SIENTES!

Su voz atronadora hace que el cuerpo se me ponga rígido un instante, pero le aparto las manos. Estoy muy confundida. Sé lo que quiero decir. No quiero que se vaya, pero...

—¡Camryn! —Su expresión es colérica y desesperada—. Di lo que sientes, sea lo que sea. No me importa lo peligroso, estúpido, hiriente o divertido que pueda ser... ¡DIME QUÉ SIENTES!

Su voz me atraviesa.

No para:

—Sé sincera conmigo. Sé sincera contigo misma.

Sus manos me señalan.

—CAMR...

—¡No quiero que te vayas, joder! —le grito—. ¡La idea de que te marches y no vuelva a verte me parte el corazón! —Tengo la garganta al rojo vivo—. ¡Sin ti no puedo respirar, joder!

—¡DILO! Maldita sea —exclama, exasperado—, ¡dilo!

—¡Quiero ser tuya! —Ya casi no puedo mantenerme en pie, los sollozos me sacuden el cuerpo entero. Los ojos me escuecen y el corazón me duele como nunca me ha dolido.

Andrew me agarra, uniéndome las muñecas a la espalda con una mano, y a continuación tira de mí y me pega la espalda a su pecho.

—Dilo otra vez, Camryn —exige.

Siento el calor de su aliento en el cuello, me produce escalofríos. Noto que sus dientes me rozan la piel bajo la oreja.

—Dilo de una puta vez, nena.

Su mano me aprieta con fuerza, dolorosamente, las muñecas.

—Te pertenezco, Andrew Parrish. Andrew Parrish..., quiero ser tuya...

Los dedos de su otra mano se enroscan con furia en mi pelo, me echan la cabeza hacia atrás y dejan mi garganta a su merced. Andrew me muerde la barbilla y después el cuello entero. Su polla se me clava por detrás, a través de la ropa.

—Por favor... —susurro—, no me dejes...

Con la espalda aún pegada a su duro cuerpo y mis muñecas inmovilizadas en su mano, me quita sin contemplaciones los pantaloncitos y las bragas. Me obliga a ir hacia la cama, las rodillas contra el colchón, y me levanta los brazos para quitarme la camiseta.

No vuelvo la cabeza cuando oigo que se quita las zapatillas y la ropa. Sólo me moveré cuando me deje.

Sus abdominales, duros como una roca, se me hunden en la espalda. Sus brazos calientes me rodean la cintura desnuda; una mano sube para estrujarme un pecho, la otra baja y se cuelga entre mis piernas. Echo atrás la cabeza contra su pecho cuando introduce un dedo entre mis labios palpitantes y me atormenta con él. Jadeo y ladeo la cabeza para poder besarlo. Su lengua sale al encuentro de la mía, y su humedad tibia, carnosa, me hace enloquecer. Nuestros labios se unen y me besa con voracidad, hasta el punto de que ninguno de los dos puede respirar. A continuación me tumba boca abajo en la cama. Mis manos arañan las sábanas, los dedos arrugando la tela hasta que todo su peso cae sobre mi espalda y mis brazos son incapaces de sostener mi cuerpo. Me agarra las muñecas de nuevo y me las lleva a la espalda, apretándose contra mí.

—Mierda, Andrew, fóllame, por favor..., por favor —suplico, la voz temblorosa. Esta vez digo lo que siento sin necesidad de que él me provoque.

Y me hace sentir muy bien.

Andrew se echa encima de mí por completo, su dureza enérgica y persistente. Lo quiero dentro de mí desesperadamente, pero él me priva de ello a propósito, me hace sentir que me la va a meter de un momento a otro, pero nada.

Vuelvo a notar escalofríos cuando me recorre la nuca con la punta de la lengua. Tengo un lado de la cara contra el colchón, la mole del cuerpo de Andrew sobre mí no deja moverme. Me muerdo el labio cuando sus dientes se van clavando en mi espalda, lo bastante para causarme dolor, pero no para rasgar la piel. Y después de morderme, me besa y me lame por todas partes para aliviar el dulce dolor.

Como si fuese ligera como una pluma, Andrew hace que me dé la vuelta con una sola mano, poniéndome de espaldas, y me sube hasta el centro de la cama. Luego se me mete entre las piernas, que separa con las rodillas de manera que quedo completamente expuesta ante él, y acto seguido me agarra los muslos, obligándome a seguir con las piernas abiertas.

Sus ojos verdes me miran una vez y después la vista baja hasta donde me muestro por completo a él. Me explora con aire juguetón, deslizando todo un dedo entre mis labios y después alrededor del clítoris. Jadeo y me estremezco, cada vez que me toca noto que algo se remueve por dentro. Me mira otra vez con unos ojos peligrosamente bajos y me introduce por completo sus dedos. Bajo una mano para unirme a la suya y deja que me toque un instante antes de impedírmelo. Ahora sus dedos son furiosos, palpan cualquier lugar sensible al tacto, y empiezo a retorcerme despacio, la cabeza hundida en la almohada. Y, como si supiera que estoy a punto de correrme, aparta la mano para negármelo.

Va subiendo por mi cuerpo, besándome, lamiéndome y mordiéndome la piel desde los muslos hasta el cuello, y me sujeta los brazos por encima de la cabeza para que no pueda tocarlo. Sus ojos lobunos me escrutan la boca y después los ojos, y me dice:

—Te voy a follar como nunca... Vas a ver lo que es bueno.

Sus palabras abren un sendero de placer desde mi oreja hasta la humedad palpitante de mi entrepierna. Me muerde la lengua y después me besa con furia, y respiramos con fuerza en la boca del otro, gemimos contra los labios del otro.

Sin dejar de besarme, su mano derecha baja hasta su polla y me encuentra, me la mete lo justo, volviéndome loca. Adelanto la cadera hacia él intentando que me penetre

más, lo beso con más ímpetu y finalmente consigo rodearle el cuello con una mano. Le cojo el pelo con tanta fuerza que es como si se lo arrancara. No le importa. Ni a mí. Disfruta del dolor tanto como yo.

Y luego, muy despacio, tanto que noto cada sensación dolorosamente abrasadora recorriéndome el cuerpo, entra dentro de mí. Arqueo el cuello en la almohada, abro los labios. Jadeo, gimo y gimoteo. Los ojos me escuecen tanto que los siento pesados, y casi no puedo mantener abiertos los párpados. Es como si su polla se abultara dentro de mí, y los muslos me tiemblan contra su cuerpo.

Me folla despacio al principio, obligándome a abrir los ojos para ver los suyos. Me muerde el labio inferior y tira de él y lo recorre por entero con la punta de la lengua.

Pego mi boca a la suya mientras lo embisto con la cadera y lo obligo a hundirse más en mí.

Ahora me tiemblan descontroladamente las piernas. Andrew empieza a follarme con más fuerza y no puedo seguir besándolo. Mi cuello vuelve a separarse de la almohada, mi espalda se eleva, ofreciéndole los pechos, y él me lame con avidez los pezones. Le rodeo el cuerpo con los brazos y las piernas, clavándole las uñas en la espalda, que se perla de sudor. Le rasgo la piel, y eso sólo hace que me folle con más dureza.

—Córrete conmigo —me susurra acaloradamente al oído, y me besa de nuevo.

Segundos después, me corro. Mi cuerpo tiembla y se estremece mientras me aprieto contra él.

—No te salgas —musito mientras nos corremos juntos, y no lo hace.

Un gemido hondo, estremecedor, le sube por el pecho, y siento su calor derramándose dentro de mí. Aprisiono su cintura con las piernas hasta que no puedo más y poco a poco voy aflojando la presión. Él no para de dar embestidas hasta que su cuerpo empieza a relajarse.

Se tumba a mi lado, la cara en mi corazón, mi pierna enroscada a su cintura, y así permanecemos un rato, aovillados, dejando que nuestra respiración se normalice y nuestros cuerpos se calmen. Pero a los veinte minutos ya estamos otra vez. Y antes de que la noche termine y nos quedemos dormidos abrazados, me lo ha hecho de más formas distintas que en toda mi vida.

A la mañana siguiente, cuando entra un sol radiante a través de las cortinas, me demuestra que no siempre es rudo y agresivo despertándome con dulces besos. Me besa cada una de las costillas y me masajea la espalda y los muslos antes de hacerme el amor tiernamente.

Podría morir en esta cama con él ahora mismo, entre sus brazos, y no sabría que había muerto.

Andrew me estruja de nuevo entre sus brazos y me da besos por la barbilla.

—Ya no te vas a ninguna parte —susurro.

—Nunca quise hacerlo.

Me vuelvo para tumbarme de cara a él, enredando las desnudas piernas en las suyas. Él apoya la frente en la mía.

—Pero ibas a hacerlo —digo en voz baja.

Asiente.

—Sí, iba a hacerlo porque... —deja la frase a medias.

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Porque tenías demasiado miedo de lo que era obvio?

Sé que ésa debe de ser la razón. Creo. Espero...

Andrew baja la vista, y yo le recorro la ceja con un dedo y luego el caballete de la nariz. Me echo un tanto hacia adelante y lo beso con suavidad en los labios.

—¿Andrew? ¿Es ésa la razón?

El corazón me dice que no.

Sus ojos comienzan a sonreír y me estrecha con más fuerza entre sus brazos, besándome con furia.

—¿Estás segura de que es esto lo que quieres? —pregunta, como si no creyera que pudiese gustarme así, lo que me resulta de lo más absurdo.

Me esfuerzo por saber cómo piensa, pero no lo consigo.

—¿Por qué no iba a estarlo? —contesto—. Andrew, lo que te dije lo dije en serio: sin ti no puedo respirar. Anoche, después de que desaparecieras el día entero, me senté en el borde de esta cama y estaba literalmente sin aliento. Pensé que te habías ido y empecé a pensar que ni siquiera tenía tu número de teléfono y que ya no podría localizarte...

Me pone un dedo en los labios para tranquilizarme.

—Ahora estoy aquí, y no me iré a ninguna parte.

Sonrío con anhelo y apoyo la cabeza en su pecho. Su barbilla descansa en mi cabeza. Oigo el latido de su corazón y su respiración regular, pausada. Nos quedamos así durante horas, sin apenas decir una palabra. Me doy cuenta de que así es exactamente como he querido estar desde que hablé con él en aquel autobús aquel día.

He roto todas las reglas. *Todas y cada una de ellas.*

ANDREW

El corazón termina imponiéndose siempre a la cabeza. El corazón, a pesar de ser temerario, suicida y masoquista, siempre se sale con la suya. Puede que lo mejor sea utilizar la cabeza, pero ahora mismo me importa una mierda lo que me dice ésta. Ahora mismo lo único que quiero es vivir el momento.

—Levanta, nena —digo mientras le doy unas palmaditas en el culo a Camryn.

Volvió a quedarse dormida entre mis brazos después de que nos despertáramos esta mañana. Puede que yo también acabara cayendo, pero desde anoche en lo único en que pienso es en ella, y nunca sabré si llegué a dormirme.

Protesta y se vuelve para mirarme, el cuerpo enredado en la sábana blanca, el pelo rubio una maraña, pero, así y todo, guapa a rabiar.

—Anda, amor —responde, y el corazón me late con fuerza unas cuantas veces al oír eso—, ¿por qué no dormimos todo el día?

Me pongo la camiseta y los pantalones y me siento en la cama a su lado, apoyando un brazo al otro lado de su cuerpo.

Me inclino y le beso la frente.

—Quiero hacerlo todo contigo —afirmo, la sonrisa tan ancha que soy consciente de lo raro que parece, pero me da lo mismo—. Podemos ir a donde queramos, hacer lo que nos dé la gana.

Nunca he sido tan feliz. No sabía que existía una felicidad así.

Camryn me sonrío con dulzura, en los ojos azules, aún ese brillo inocente de recién despertada. Es como si me estudiara, como si tratase de entenderme, pero disfrutando del proceso.

Extiende los dos brazos.

—Me temo que vas a tener que cargar conmigo a donde vayamos —dice.

La cojo por los brazos y ella se incorpora en la cama.

—No me importa lo más mínimo —me río—. Cargaré contigo lo que haga falta; dará que hablar a la gente, pero me da lo mismo. Aunque, ¿por qué tengo que hacerlo?

Camryn me besa en la nariz.

—Porque no creo que pueda andar.

Al ser consciente de lo que me dice, mi sonrisa se torna oscura.

Se decide a salir de la cama, bajando las piernas, y le veo la incomodidad escrita en la cara.

—Mierda, nena, lo siento mucho.

Lo siento de verdad, pero no puedo dejar de sonreír.

Y lo cierto es que ella tampoco.

—No lo digo para subirte ese ego sexual tuyo —puntualiza—, pero es que nunca me habían follado así.

Lanzo una carcajada echando la cabeza hacia atrás.

—Las barbaridades que puedes soltar por esa boquita... —contesto.

—Oye —me señala—, que es todo culpa tuya. Has sido tú el que me ha convertido en una ninfómana malhablada y pervertida que por lo visto va a estar un día o dos andando raro.

Asiente para recalcar esos datos.

La cojo en brazos con cuidado, con las dos piernas sobre un brazo en lugar de a horcajadas, en vista de cómo se encuentra.

—Lo siento, nena, pero yo diría que ya eras una malhablada cuando te conocí —discrepo, y me río al ver que me mira con el labio superior adelantado—. ¿Perversa? Puede. Pero ya lo eras, yo sólo contribuí a que lo demostraras. Y ¿ninfómana? Eso significaría que quieres hacerlo a todas horas, aunque te pases un par de días andando raro.

Abre más y más los ojos.

—No, no, no, estoy fuera de servicio, por lo menos hasta mañana por la mañana.

La beso en la frente y la llevo al cuarto de baño.

—Me parece bien —apruebo, y me dejo de bromas y suavizo la expresión—. De todas formas, no te lo permitiría. Hoy, Camryn Bennett, te voy a mimar. Y empezaremos con un largo baño de agua caliente.

—¿Con espuma? —inquiére con ojos de Bambi.

Le sonrío.

—Sí, con espuma.

Abro el grifo de la bañera mientras ella se queda donde la dejo, sentada en la encimera, desnuda.

—Lo de la espuma será complicado, nena —observo mientras estrujo lo que queda de champú del botecito que proporciona el hotel.

—¿Sabes qué? —inquiére balanceando los pies con las manos apoyadas en el borde de la encimera—. Se me está terminando casi todo: la pasta de dientes está seca, y no me vendría mal un poco de gel o algo. —Se inclina y se toca las piernas—. Me van a salir escamas. —Hace una mueca.

Me muerdo un carrillo y me ofrezco:

—Iré a comprar. —Dejo que se llene la bañera y me vuelvo hacia ella para ver lo que tiene en la encimera. Luego salgo a la habitación y vuelvo con un lápiz minúsculo del hotel y un bloc de notas cuadrado del tamaño de mi mano—. ¿Qué necesitas? —Mientras lo piensa, voy apuntando lo que ya ha dicho—. Pasta de dientes, gel... —La miro—. Eso es jabón líquido, ¿no?

—No exactamente —replica, e intento no mirarle las tetas—. No es jabón de manos, es..., no importa, ya lo verás.

Anoto: «NO es jabón de manos».

La miro de nuevo.

—Vale, ¿qué más se te ocurre?

Camryn frunce los labios con aire meditabundo.

—Champú y suavizante, a poder ser de L'Oréal, es un envase rosa, pero la verdad es que da lo mismo, eso sí, no me traigas champú y acondicionador en uno: dejé los que compré hace nada en el último motel. Ah, y tráeme también un bote pequeño de aceite para niños.

Sumamente interesado, enarco una ceja.

—¿Aceite para niños? ¿Tienes algo en mente?

—¡No! —Me da de broma en el brazo con los dedos, pero yo sólo me fijo en cómo se le mueve la teta al hacerlo—. ¡Nada de eso! Es sólo que me gusta usarlo en la ducha.

Apunto: «Bote grande de aceite para niños» (por si acaso).

—Y quizá algo para picotear y un pack de seis botellitas de agua o té que no sea de limón, nada de refrescos. Y, ah —levanta un dedo—, unas tiras de cecina.

Sonrío y lo apunto también.

—¿Es todo?

—Sí, ahora mismo no se me ocurren más cosas.

—Bueno, pues si te acuerdas de algo más, me llamas y me lo dices —propongo mientras me saco el móvil del bolsillo de los cargo—. ¿Cuál es tu número?

Ella sonrío y me lo dice alegremente mientras la llamo desde mi teléfono. Salta el buzón de voz, y digo:

—Hola, nena, soy yo. Vuelvo dentro de nada. Ahora mismo estoy algo atontado mirando a una rubia cañón que está sentada desnuda en una encimera.

Camryn sonrío y se ruboriza, tira de mí hasta meterme entre sus piernas y me besa apasionadamente.

—¡Mierda! —exclama al ver que el agua de la bañera está a punto de salirse.

Cierro el grifo a toda prisa.

Luego dejo el teléfono y la lista de la compra en la encimera y la cojo en brazos.

—Andrew, no soy una inválida —asegura, pero tampoco discute conmigo.

La ayudo a meterse en la bañera y se abandona al agua caliente, dejando que el pelo le caiga por los hombros y se le moje.

—Vuelvo ahora mismo —aseguro cuando me dispongo a marcharme.

—Esta vez, ¿me lo prometes?

La pregunta me hace frenar en seco. Vuelvo la cabeza para mirarla y veo que no bromea. Me hace sentir mal que me lo tenga que preguntar, no porque me ofenda, sino porque le di motivos para que lo pregunte.

La miro con gran seriedad.

—Sí, te lo prometo, nena. Estamos juntos en esto, lo sabes, ¿no?

Camryn me sonrío con dulzura, aunque también con cierta picardía.

—Anda, que me meto en cada una...

Le guiño un ojo y me voy.

CAMRYN

El sexo siempre lo cambia todo. Es como si vivieras en una burbuja donde todo es seguridad, flirteo y a menudo también predictibilidad. La atracción por la persona adecuada puede durar toda la vida cuando ese misterio íntimo permanece intacto, pero, en cuanto uno se acuesta con alguien, seguridad, flirteo y predictibilidad a menudo se convierten justo en lo contrario. ¿Morirá ahora esa atracción? ¿Seguiremos deseándonos tanto como antes de acostarnos? ¿Pensaremos en el fondo los dos que cometimos un grave error y que deberíamos haber dejado las cosas como estaban? No. Sí. Y no. Lo sé porque lo siento. No es exceso de confianza ni los desvaríos de una mujer joven y sin experiencia con problemas de inseguridad. Es un hecho: Andrew Parrish y yo estábamos destinados a conocernos en ese autobús en Kansas.

Coincidencia no es más que la forma convencional de designar al destino.

Me quedo un rato en la bañera pero decido salir antes de que empiece a arrugarme. Tengo los bajos algo escocidos, pero soy perfectamente capaz de andar. Sólo creo que es bonito ver que siente la necesidad de cuidar de mí.

Me pongo los pantaloncitos de algodón gris que me compré por el camino y una camiseta negra. Hago la cama y ordeno un poco la habitación antes de coger el teléfono para ver si tengo algún mensaje: un poco de todo de Natalie. Sigo sin saber nada de mi madre. Siempre dejo el móvil en modo vibración, no soporto el sonido de los teléfonos; aunque pueda sonar como me dé la gana, me da lo mismo: para mí oírlo sonar es como arañar una pizarra. Me acerco a la ventana, descorro las cortinas del todo para que el vivo sol inunde la estancia y me apoyo en el alféizar para contemplar Nueva Orleans. Nunca olvidaré este sitio.

Pienso en Andrew y en su padre un instante, pero me lo quito de la cabeza. Le daré unos días e intentaré sacar el tema otra vez. Estará hecho polvo algún tiempo, pero no quiero que me use de barrera sin querer. Antes o después, tendrá que enfrentarse a ello.

Dejo el teléfono en la repisa de la ventana y le echo un vistazo a la música que tengo. Llevo algún tiempo sin escuchar cosas mías, aunque, sorprendentemente, no las he echado mucho de menos. El rock clásico de Andrew ha acabado más que gustándome, él ha hecho que me encante.

Barton hollow, de Civil Wars. Me detengo en ésa —mi canción preferida de los últimos dos meses— y le doy al altavoz, dejando que la música invada la habitación con ese estilo entre folk y country que es mi placer secreto. No me va mucho la música country, pero este grupo es una excepción. Acompaño a John y a Joy, desmelenándome, dado que estoy a solas en mi habitación, y canto a pleno pulmón. Bailoteo un poco delante de la ventana. Y cuando empieza el solo de Joy canto con ella como hago siempre, intentando que mi voz sin educar suene tan aterciopelada como la suya. Jamás podría sonar como ella, pero cantar en voz alta me hace sentir bien.

Mi boca enmudece y mi cuerpo danzarín se paraliza cuando me doy cuenta de que Andrew está apoyado en la pared junto a la puerta, observándome. Sonriendo, claro.

Me pongo como un auténtico tomate.

Ahora que lo he pillado, Andrew avanza y deja dos bolsas de plástico en el mueble de la tele.

—Para estar tan dolorida, meneabas a gusto la cadera —bromea, los hoyuelos, agrandándose.

Todavía roja, intento pensar lo menos posible en mi pequeña actuación yendo hacia las bolsas.

—Ya, pero tú no deberías ser tan sigiloso.

—No pretendía ser sigiloso —se defiende—, sólo estaba disfrutando: tienes una voz muy dulce.

Me ruborizo más, le doy la espalda y me pongo a hurgar en una de las bolsas.

—Gracias, amor, pero creo que no eres muy objetivo —digo, y vuelvo la cabeza lo

suficiente para lanzarle una sonrisa juguetona.

—No, lo digo en serio —afirma, y da la impresión de que es así—, no eres tan mala como crees que eres.

—¿Que no soy tan mala? —Me vuelvo, en la mano un bote grande de aceite para niños—. ¿Qué significa eso exactamente? ¿Acaso crees que sólo soy un poco mala? —Me burlo de él y le enseño el aceite—. Te dije pequeño.

—Es que no quedaban pequeños.

—Ya. —Sonríe de nuevo mientras dejo el bote en el mueble del televisor.

—Pues no, no creo que seas en absoluto mala —insiste, y oigo que la cama cruje cuando se sienta en el extremo.

Lo miro por el espejo que tengo delante.

—Con el champú y el suavizante has acertado —apruebo al tiempo que los saco y los dejo junto al aceite para niños—. Pero con el gel de ducha no tanto.

—¿Qué? —Parece de verdad decepcionado—. Dijiste que no era jabón de manos, y delante pone bien claro «gel de baño» —lo señala como para justificarse.

—Es broma —digo, y su reacción me arranca una sonrisa tierna—. Es perfecto.

Parece aliviado, apoya la mano en la cama.

—Deberías cantar en público. Al menos una vez. Sólo para ver lo que se siente.

No me gusta ese momento ¡eureka! que al parecer está teniendo ahora mismo. No me gusta un pelo.

—Ehhh, sí..., ¡no! —Meneo la cabeza mirándolo por el espejo—. Es como comer bichos o ser astronauta por un día: eso no va a pasar.

Meto la mano en la bolsa y saco... «Ah, no, no es posible...»

—¿Por qué no? —pregunta—. Será una experiencia, algo que pensabas que nunca harías, pero después te sentirás genial.

—¿Se puede saber qué coño es esto? —inquiero mientras me vuelvo con una caja de DermoVagisil en la mano.

Andrew parece sumamente incómodo.

—Es..., bueno, ya sabes —hace una mueca—, para... tus partes.

Violento, señala con la cabeza mis partes.

Me quedo boquiabierto.

—¿Crees que huelo mal? ¿Has visto que me rasque? —procuro no reírme.

Andrew abre mucho los ojos.

—¿Qué?... ¡No! Sólo pensé que tal vez te aliviara el escozor.

Nunca lo he visto tan abochornado y al mismo tiempo sorprendido.

—Oye, que no fue precisamente agradable plantarme en ese pasillo concreto a leer lo que ponía en las cajas siendo un tío. —Empieza a gesticular con las manos—. Vi que era para esa zona en general y lo eché a la cesta.

Dejo el DermoVagisil y me acerco a él.

—Bueno, esto no va a aliviar precisamente el escozor debido a... —frunzo la boca— una fricción excesiva, pero la intención es lo que cuenta. —Me siento en su regazo, a horcajadas, y me inclino para besarlo.

Me abraza.

—Supongo que puedo afirmar sin temor a equivocarme que ya no vamos a volver a pedir habitaciones separadas —dice, sonriéndome.

Con mis manos rodeándole el cuello, me inclino y vuelvo a besarlo.

—Quería ir a tu habitación a buscar tus cosas mientras estabas fuera, pero me acordé de que tiré la otra llave al suelo cuando salí hecha una furia por la noche.

Baja esas manos grandes que tiene y me coge el culo para acercarme más a él. Luego me besa en la oquedad del cuello y se levanta conmigo encima.

—Iré ahora por ellas —dice, y me deja en el suelo con cuidado—. Creo que tardaré un par de días en aprender a tocar esa canción y aprenderme la letra. Me da que tú la

tienes controlada.

«Uuuy...»

Lo miro de soslayo achinando los ojos.

—¿Para qué quieres aprendértela?

Sus hoyuelos aparecen de nuevo.

—Que yo recuerde, renunciaste a tu libertad después de ganarla en aquella partida de billar.

Su expresión es de pura maldad.

Sacudo la cabeza despacio al principio y poco a poco con más vehemencia cuando empiezo a comprender.

—Dijiste —asiente una vez—, y cito textualmente: «No quiero esa libertad, a menos que se trate de comer bichos o sacar el culo por la ventana del coche». Lo siento, nena, pero deberías aprender a mantener la boca cerrada.

—No..., Andrew —me alejo de él, cruzando los brazos—, no puedes hacerme cantar delante de gente. Es cruel.

—¿Contigo o con el público? —sonríe.

Le arreo un pisotón.

—Es broma, ¿es broma! —Suelta una risotada.

—Bueno, pero no puedes hacerme eso.

Ladea la cabeza, sus ojos verdes con esa luz un poco mezcla de todo cuanto lo hace irresistible.

—No, no te obligaré a hacer nada, pero... me gustaría mucho, mucho, mucho que lo hicieras.

Genial, ahora finge poner morritos. Aunque lo peor es que ¡funciona!

Me coge por los codos y me acerca a él.

Suelto un gruñido y aprieto los dientes con la boca cerrada.

Uno..., dos..., tres...

Respiro hondo.

—Está bien.

El rostro se le ilumina.

—Pero sólo una vez —digo levantando un dedo—. Y si alguien se ríe de mí, será mejor que no me dejes en el calabozo.

Me coge la cara, espachurrándome las mejillas con las manos y besándome la boca de pez.

Minutos después, Andrew regresa con sus bolsas y la guitarra acústica de su hermano.

Está muy emocionado con esto.

Y yo, absolutamente aterrorizada y dándome de bofetadas por haber accedido a hacerlo, aunque tengo que admitir que también siento cierto entusiasmo. No es que tenga miedo de ponerme delante de una multitud: no tuve problema alguno en pronunciar un discurso sobre las especies animales en peligro de extinción en undécimo grado ni en hacer el papel de la enfermera Ratched en *Alguien voló sobre el nido del cuco* en teatro en último curso. Pero cantar es distinto. Actuar no se me da mal del todo; cantar, sobre todo un dúo con alguien como Andrew, que canta como un dios del blues-rock capaz de humedecer bragas, es otra historia.

—En cualquier caso, creía que no querías escuchar la música que a mí me gusta, ¿no?

Andrew deja las bolsas en el suelo y se va a la cama con la guitarra.

—Sea cual sea la canción que estabas bailando y cantando tan ricamente, la dejaré pasar: la estaba disfrutando.

—The Civil Wars, mi grupo del momento, supongo —comento cuando salgo del cuarto de baño con el pelo mojado, secándome las puntas con una toalla (decidí volver a lavármelo después de que Andrew regresara con la compra)—. La canción es *Barton hollow*.

—Rollo folk moderno —opina mientras rasguea las cuerdas de la guitarra varias veces—. Me gusta. —Y añade, mirándome—: ¿Dónde tienes el teléfono?

Voy a la ventana a cogerlo, sitúo la barra al principio y se lo doy. Él lo deja al lado, sobre la cama, y le da al «Play». Yo sigo secándome el pelo mientras él aprende de oído, parando la canción y poniéndola una y otra vez, rodeando el mástil con los dedos y probando el sonido de las cuerdas hasta dar con las que encajan con la música. En cuestión de minutos, después de algunos acordes desafinados, empieza a tocar el primer *riff* con facilidad.

Y, antes de que anochezca, ya se ha aprendido prácticamente la canción entera, a excepción de un breve *riff* que no para de confundir con otro. Como quería aprendérsela cuanto antes, acabó buscando la música *online*, y cuando la encontró la cosa avanzó mucho más de prisa.

La letra fue más fácil.

—Creo que casi la tengo —asegura, sentado en el alféizar de la ventana contra un fondo oscuro, nublado y lluvioso. Empezó a llover a alrededor de las ocho y no ha parado desde entonces.

De vez en cuando me unía a él y cantaba algo, pero estoy demasiado nerviosa. La verdad es que no sé cómo voy a lograr hacer semejante locura si estoy nerviosa cuando sólo está él en la habitación. Y yo que decía que no me da miedo plantarme delante de una multitud. Al final preveo un caso extremo de miedo escénico.

—Vamos, nena —dice al tiempo que asiente con la cabeza, los dedos alrededor de la guitarra—, que ya te sepas la letra no quita para que no practiques conmigo.

Me dejo caer en el extremo de la cama.

—Prométeme que no me pondrás ningún careto ni te reirás ni sonreirás ni...

—Ni siquiera respiraré —añade, risueño—. ¡Lo juro! Vamos.

Suspiro, me levanto de la cama y dejo en la mesilla de noche una tira de cecina a medio comer. Andrew se apoya la guitarra en el muslo y da un sorbo rápido al té de lata para preparar la garganta para cantar.

—No te preocupes —añade para tranquilizarme mientras me acerco a él despacio—, el tío tiene mucha más letra que ella, ella únicamente tiene ese solo; el resto lo cantarás conmigo.

Me encojo de hombros con nerviosismo.

—Es verdad —admito—. Al menos, en la mayor parte de la canción tu voz hará que no se oiga mucho la mía.

Sujeta la púa con la boca y me tiende la mano.

—Nena, ven aquí.

Voy, le cojo la mano y él me acomoda entre sus piernas. Cuando me quedo quieta y donde él me quiere, coge la púa.

—Me encanta tu voz, ¿vale? Pero aunque creyera que no sabes cantar, me gustaría que hicieras esto. Lo que piensen los demás no importa.

En mi boca se dibuja una sonrisa insegura, pacata.

—Muy bien —respondo—. Lo haré por ti, pero sólo por ti; más vale que no lo olvides. —Lo señalo con gravedad—. Me debes una.

Él sacude la cabeza.

—Para empezar, no quiero que lo hagas sólo por mí, pero, como practicar es más importante que discutir contigo, esperaré a que hayas cantado en el Old Point para preguntarte si has sacado algo en claro aparte de dejar que me salga con la mía.

—Me parece bien.

Él asiente una vez, se pone en posición de nuevo y empieza a rasguear las cuerdas con la púa.

—Eh..., espera..., puede que si tú también te pusieras de pie no tendría la sensación de que todo el mundo me mira a mí.

Andrew se ríe y se levanta de la ventana.

—Vamos, nena... Está bien, como quieras. Si decides que quieres hacerlo con una bolsa en la cabeza, adelante.

Lo miro como si considerara semejante estupidez.

—De eso nada, Camryn, nada de bolsas. Y ahora, venga.

Practicamos hasta bien entrada la noche, hasta que nos vemos obligados a dejarlo porque, por lo visto, estábamos molestando a los huéspedes de las habitaciones contiguas. Y justo cuando empezaba a cogerle el tranquilo y a soltarme bastante más, sin que me preocupara lo que Andrew pudiera pensar de cómo canto.

Creo que lo estaba haciendo bastante bien.

Esa noche nos vamos a la cama antes, ya que nos han cortado el rollo, y nos acurrucamos y hablamos sin más.

—Me alegro de que te hartaras de mi mierda —digo, entre sus brazos—. De lo contrario, ahora mismo quizá estuviera de vuelta en Carolina del Norte.

Noto sus labios en mi pelo.

—Tengo que confesarte algo —admite.

Aguzo el oído.

—¿Ah, sí?

—Sí —afirma él mirando al techo, donde las luces de la vibrante ciudad se mueven formando curiosos dibujos de vez en cuando—. En Wellington, Kansas, en el primer motel que pillamos, cuando estabas en el cuarto de baño a la mañana siguiente y te di dos minutos para que te prepararas...

Hace una pausa y noto que mueve un tanto la cabeza, como si me mirara.

Separo la cabeza de su brazo para poder mirarlo yo.

—Sí, me acuerdo. ¿Qué hiciste?

Sonríe con nerviosismo.

—Bueno, pues le saqué una foto a tu carnet de conducir con el teléfono.

Parpadeo para apartar el ligero aturdimiento.

—¿Para qué? —Me incorporo un poco más para mirarlo con mayor comodidad.

—¿Estás enfadada?

Resoplo.

—Supongo que depende de lo que pensaras hacer con una información que es

bastante personal.

Desvía la mirada, pero veo que se ruboriza aun cuando la habitación está a oscuras.

—Desde luego que no era para poder localizarte después y cortarte en pedacitos o algo por el estilo.

Me quedo boquiabierta.

—Bueno, eso sí que me tranquiliza —me río—. Ahora en serio, ¿por qué sacaste una foto?

Él mira al techo de nuevo, parece sumido en sus pensamientos.

—Sólo quería asegurarme de que podría localizarte —reconoce—, ya sabes..., por si decidíamos ir cada uno por nuestro lado.

Le sonrío con los ojos, pero no con la boca. No estoy enfadada porque sacase la foto por ese motivo —casi me entran ganas de besarle por ello—, pero no estoy segura de que me guste la parte del «por si...». Me hace sentir más de lo que ya sentía que tenía pensado marcharse en algún momento, pasara lo que pasase.

—¿Andrew?

—¿Sí, nena?

—¿Hay algo más que no me hayas contado?

Hace una pausa.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

Yo también miro al techo.

—No sé, es como que siempre te he notado... digamos que reacio.

—¿Reacio? —repite, sorprendido—. ¿Me mostré reacio a convencerte de que hicieras este viaje conmigo? ¿O a comértelo?

—No, supongo que no.

—Camryn, sólo he estado reacio en lo tocante a si era buena idea que estuviéramos juntos.

Me incorporo en la cama y me vuelvo para mirarlo. La sombra que le cruza la cara hace que sus ojos parezcan más feroces. No lleva camiseta, y está tumbado con un brazo doblado detrás de la cabeza.

—¿Crees que no estamos bien juntos?

Esta conversación está empezando a hacerme sentir mal.

Estira la mano que no tiene detrás de la cabeza y me agarra la muñeca con suavidad.

—No, nena, creo... creo que estamos bien en todos los sentidos... y por eso piens..., y por eso pensé que era mejor que no nos liáramos.

—Pero eso no tiene sentido.

Tira de mí y apoyo las manos en su pecho.

—Es sólo que no estaba seguro de si debíamos seguir adelante —confiesa, y me pasa los dedos por el pelo cerca de las orejas—. Pero, nena, tú tampoco es que estuvieras segura de nada.

Vuelvo a tumbarme a su lado. Ahí me ha pillado.

Lo único que no termino de entender es cuáles eran exactamente los motivos que tenía para darle tantas vueltas a lo de liarnos. Sabe por qué me marché de casa y sabe lo de la muerte de Ian. Yo tengo todo un listado de razones de peso sujeto en la nevera con un imán con forma de plátano a la vista de todos, mientras que las razones de Andrew siguen escondidas en alguna parte en una caja de zapatos en la que pone «Postales navideñas».

Y creo que no sólo tiene que ver con su padre.

Me quita el brazo de debajo de la cabeza y se sitúa sobre mí, una pierna a cada lado, el cuerpo sostenido por sus musculosos brazos.

—Me alegro de que no puedas dormir cuando hay música —observa, por lo visto

recordando lo primero que le dije, y se inclina y me besa.

Le tomo esa cara divina entre las manos y tiro de él hacia abajo para que vuelva a besarme.

—Y yo me alegro de que Idaho sea famosa por las patatas.

Frunce el entrecejo.

Yo sonrío sin más y lo acerco nuevamente a mis labios. Él me besa con ganas, enredando su lengua con la mía, y después empieza a besarme bajando hacia el estómago. Me rodea el ombligo con la punta de la lengua y me mete los dedos por debajo de las bragas.

—No creo que pueda... —digo en voz baja, mirándolo.

Andrew me lame el estómago y me besa los dedos cuando le acaricio el rostro y luego el pelo.

—Nada de sexo —advierte—, y te prometo que te lameré con cuidado.

Me quita las bragas, y yo levanto un poco el culo para facilitarle la tarea.

Me besa el interior de un muslo y luego el otro.

—Y me ocuparé de tener la lengua bien húmeda para que no te escueza —añade en voz baja.

Y me besa de nuevo la cara interna de los muslos, acercándose al calor.

Jadeo un tanto cuando sus dedos me tocan con suma delicadeza y me separan los labios.

—Joder, nena, estás toda hinchada.

El comentario es sentido, en absoluto burlón.

Sí que escuece, ligeramente, pero, por favor, me apetece tanto...

Siento su aliento caliente entre mis piernas.

—Lo haré con mucho cuidado —asegura, y me quedo sin respiración cuando esa lengua tan húmeda me da un lametón despacio, los dedos aún separando los labios pero sin ejercer presión en la zona.

Mi cuerpo se derrite en las sábanas cuando me pasa la lengua una y otra vez, con la presión exacta para que no sienta dolor, sino éxtasis absoluto y desinhibido.

Llevamos dos días practicando *Barton hollow*, sobre todo en nuestra habitación del Holiday Inn, pero también fuimos a orillas del Mississippi al final de Canal Street a ensayar un poco. Creo que a Andrew se le ocurrió la idea para intentar sutilmente hacer que me sienta más cómoda cantando en público. Cuando fuimos no había mucha gente, pero así y todo me puse de los nervios. La mayoría pasaba por delante sin detenerse (no era una actuación en toda regla, y nos parábamos a menudo y empezábamos por partes distintas de la canción, así que no había mucho que escuchar), pero hubo uno o dos que aguantaron un poco. Una mujer me sonrió, pero no sé si fue por compasión, porque lo hago fatal, o si dio la casualidad de que le gustó mi voz.

Supongo que pudo ser cualquiera de las dos cosas.

El tercer día Andrew está seguro de que los dos la clavamos y está decidido a que vayamos pronto al Old Point a cantar.

Yo no tanto. Necesito otra semana, u otro mes, o mejor un año o dos.

—Lo vas a hacer muy bien —dice mientras se ata las botas—. No, lo vas a hacer genial. Cuando acabe la canción, tendré que quitarte a los tíos de encima.

—Anda, calla —contesto al tiempo que me pongo un top negro con los hombros al aire y unas cadenas muy monas por tirantes. Tengo claro que en una noche así no voy a llevar el palabra de honor—. Vi cómo te miraban las chicas aquella noche: creo que tenerte ahí arriba conmigo es lo único con lo que cuento a mi favor, porque todo el mundo estará demasiado embobado contigo para darse cuenta de que la cago.

—Nena, te sabes la canción mejor que yo —aduce—. No seas tan negativa.

La camiseta negra le cubre los abdominales. Lleva un cinturón negro y plateado,

pero sólo se mete la camiseta un poco alrededor de la hebilla, dejando que el resto le caiga por la esculpida cadera. Vaqueros oscuros, el pelo alborotado algo de punta por delante... «¿Qué me estaba diciendo?».

—Lo único que tienes que intentar recordar —continúa mientras se pone desodorante— es no cantar toda la canción: tienes la oportunidad de no cantar tanto, pero sigues cantando mis partes también. —Enarca una ceja y me mira—. No es que me importe, es sólo que pensé que estarías más cómoda si tenías que cantar menos.

—Lo sé, pero es que estoy tan acostumbrada a cantar la canción entera yo sola que como que me cuesta lo de no cantar determinadas partes.

Asiente.

Me pongo los zapatos de tacón nuevos y voy a mirarme en el espejo alto que hay sobre el mueble del televisor.

—Eres taaan sexy —aprueba Andrew, acercándoseme por detrás.

Me apoya las manos en la cintura y me besa en el cuello, luego me da una palmada en el culo —mis vaqueros son casi una segunda piel— y suelto un gritito, porque duele.

—Y, como siempre, nena, me encantan las trenzas.

Desliza los pulgares por las trenzas, que me caen por los hombros, y me da un beso juguetón en la mejilla.

Reculo y lo aparto de broma.

—Me vas a acabar corriendo el maquillaje.

Se aleja risueño, coge la cartera de la mesilla y se la mete en el bolsillo trasero.

—Bueno, pues supongo que estamos listos —dice.

Se coloca en el centro de la habitación, me tiende una mano, se lleva el otro brazo a la espalda y hace una reverencia, sonriendo. Yo le cojo la mano y él tira de mí hacia la puerta.

—¿Y la guitarra?

Paramos justo antes de que abra la puerta y me mira con cara de agradecimiento.

—Sí, no estaría de más —contesta, y agarra la guitarra por el mástil—. Si Eddie no está, podríamos tener mala pata y que no haya ninguna guitarra que podamos usar.

—Pues si lo sé no digo nada.

Andrew sacude la cabeza y me hace salir de la habitación.

Esta vez cogemos el Chevelle. Andrew les echó un vistazo a mis zapatos y supo que no conseguiría llegar a Algiers con ellos. Además, no estaba dispuesto a cargar conmigo y con la guitarra. Vamos por carretera en lugar de coger el transbordador, y tras cruzar el Mississippi llegamos cuando cae la noche. Hacer el resto del trayecto hasta el Old Point como hicimos la primera vez habría sido mejor, porque a medida que nos vamos acercando sé que nos plantaremos ahí en nada.

Empiezo a tener ganas de devolver.

Aparcamos en Olivier Street y nos bajamos. Tengo los pies pegados al asfalto.

Andrew viene a mi lado y me abraza, achuchándome con delicadeza.

—No te obligaré a hacer esto —dice, cambiando de opinión.

Estoy casi segura de que tengo toda la pinta de ir a soltar la comida tardía que tomamos no hace tanto.

Tras apartarme de su pecho, me coge la cara entre las manos y me mira a los ojos.

—Lo digo en serio, nena, sin bromas: no quiero que lo hagas si no lo quieres hacer, ni siquiera por mí.

Asiento nerviosamente y respiro hondo, mi cara aún entre sus manos.

—No, puedo hacerlo —aseguro, todavía asintiendo, intentando armarme de valor—. Quiero hacerlo.

Me acaricia las mejillas con los pulgares.

—¿Segura?

—Sí.

Me sonrío con esos ojos verdes, que empiezo a pensar que me están hechizando de alguna manera, y me da la mano. Coge la guitarra del asiento trasero y vamos juntos al Old Point.

—¡Parrish! —exclama Carla desde la barra. Levanta la mano y nos indica que nos acerquemos.

Aún cogidos de la mano, Andrew se abre camino entre la multitud y se dirige hacia ella. En el televisor de detrás hay anuncios; la luz la envuelve en un resplandor blanquecino.

—Oye, Carla, ¿está Eddie? —pregunta Andrew tras inclinarse sobre la barra y darle un abrazo.

Ella se pone en jarras y me sonrío.

—Claro —responde—, anda por ahí. Hola, Camryn, me alegro de volver a verte.

Sonrío a mi vez.

—Lo mismo digo.

Andrew se sienta en un taburete y me invita a coger el de al lado. Me acomodo con nerviosismo. Sólo puedo pensar en la cantidad de gente que hay en este sitio. Mis ojos escrutan el lugar con inquietud, por encima de cabezas en movimiento y entre los que están de pie ahora que el grupo ha empezado de nuevo a tocar. Cuando la música se anima, Andrew y Carla están hablando prácticamente a voces con la barra en medio.

—¿Hay hueco para nosotros esta noche? —pregunta él.

—¿«Nosotros»? —repite Carla, mirándome—. Venga ya, ¿vais a cantar los dos? —parece entusiasmada.

Y a mí se me acaba de salir el corazón por la boca.

Me trago el nudo nervioso que se me hace en la garganta mientras los miro, pero de inmediato se forma otro.

Carla ladea la cabeza y su sonrisa, ya de por sí ancha, se vuelve afectuosa.

—Cariño, ya verás como lo haces estupendamente. No tienes por qué estar nerviosa, le vas a encantar a todo el mundo.

Metes la mano tras la barra y saca un vaso de chupito. A mi otro lado tengo sentado a un hombre, claramente un asiduo, ya que no tiene ni que pedir y Carla ya le está

sirviendo.

Sin embargo, su atención se centra sobre todo en Andrew y en mí.

—Ya se lo he dicho —apunta Andrew—, pero es su primera vez, así que tengo que darle un respiro.

—La primera y la última —puntualizo.

Carla sonríe con disimulo a Andrew y luego me dice:

—Yo no soy nada violenta, la verdad, pero si alguien te molesta, me lo dices y lo echo a patadas, como en las pelis. —Me guiña un ojo y luego le dice a Andrew—: Ahí está Eddie. —Señala hacia el escenario.

Eddie avanza entre el gentío, lleva puesto más o menos lo mismo que le vi cuando lo conocí: camisa blanca, pantalones negros, zapatos negros relucientes y una gran sonrisa surcada de arrugas.

—¡Hombre, pero si es Parrish! —exclama Eddie al tiempo que le da la mano a Andrew y luego un abrazo. A continuación, me mira—: Pero bueno, eres igualita a esas chicas de las revistas.

Y me abraza también. Huele a whisky barato y a tabaco, pero por algún motivo eso me reconforta.

Andrew está radiante.

—Camryn va a cantar conmigo esta noche —comenta, orgulloso.

Eddie abre mucho los ojos, como dos bolas blancas brillantes rebosantes de entusiasmo contra el telón de fondo marrón oscuro de su piel. Debería ponerme más nerviosa que cuando se enteró Carla, pero lo cierto es que la presencia de Eddie me ayuda a tranquilizarme un poco. Quizá debiera esposarlo a mi muñeca cuando cante.

—No me digas —responde él, sonriéndome—, apuesto a que tu voz es tan bonita como tú.

Me pongo muy roja.

—En cuanto terminen el tema que están tocando, allá vamos —informa con su peculiar acento sureño al tiempo que señala el escenario.

Andrew me da la mano y me pega a él. Es como si Eddie fuera un segundo padre para Andrew y él se alegrara de que al parecer yo le caiga tan bien.

Eddie se sitúa en un lateral del escenario, nos mira y levanta tres dedos.

—Tres minutos.

—Dios mío, me va a dar algo.

Sí, Eddie debería haberse quedado cerca.

Andrew me aprieta la mano y me dice al oído:

—Tú sólo recuerda que esta gente se lo está pasando bien, aquí nadie te va a juzgar, esto no es «American idol».

Respiro hondo para relajarme.

Escuchamos la última canción del grupo que está tocando. Luego la música se detiene y se oye el habitual sonido de instrumentos que alguien mueve, afina o golpea contra algo. Una oleada de voces que parlotean aumenta de volumen al no haber una música que la apague, arrollando el espacio como un murmullo amplificado, irregular. Una densa nube de tabaco hace que el ambiente se note cargado, además de todos los cuerpos que abarrotan el lugar.

Cuando Andrew tira de mí hacia el escenario, las manos empiezan a temblarme, y al bajar la vista me doy cuenta de que le estoy clavando las uñas alrededor de los nudillos.

Me sonrío con dulzura y subo con él.

—¿Estoy bien? —susurro.

Si consigo hacer esto sin que me dé un ataque de ansiedad, será toda una sorpresa.

—Nena, estás perfecta.

Me besa en la frente y después deja la guitarra junto a la batería para colocar debidamente el micrófono.

—Tendremos que compartir el micro —informa—. Procura no darme cabezazos.

Lo miro achinando los ojos.

—No tiene gracia.

—No intento ser gracioso —ríe suavemente—, lo digo en serio.

Ya hay varias personas mirándonos, pero la mayoría sigue a lo suyo. Estoy ahí plantada como un pasmarote, algo que en sí mismo me está poniendo más nerviosa aún. Andrew al menos puede centrarse en su guitarra; yo no hago más que comerme la cabeza.

—¿Estás lista? —pregunta a mi lado.

—No, pero acabemos con esto.

Nos miramos y mueve los labios diciendo:

—Un, dos, tres...

Cantamos juntos:

—Oooo..., ooooh..., ooooh..., ooooh.

Y tras una pausa de un segundo:

—Oooo..., ooooh..., ooooh..., ooooh.

Guitarra.

Multitud de cabezas se vuelven al mismo tiempo, y las conversaciones cesan como si se cerrara un grifo.

Mientras Andrew toca el primer *riff* y se dispone a acometer la primera estrofa, me noto tan aterrorizada que tengo la sensación de que sólo puedo mover los ojos. Sin embargo, cuanto más toca, más se mueve mi cuerpo al compás de la música sin que pueda evitarlo.

Prácticamente todo el mundo está ya moviendo la cabeza con la música.

Andrew comienza a cantar la primera estrofa.

Y después, juntos nuevamente, un breve:

—Ooooh...

A continuación viene el estribillo, y los dos cantamos y sé que voy a tener que dar una nota aguda en...

«¡Lo conseguí!».

Andrew me dedica una sonrisa inmensa cuando se lanza a la siguiente estrofa, siempre rasgueando la guitarra sin saltarse un acorde, como si llevara tocando la canción toda la vida.

El público se está metiendo en ella. Se hacen gestos afirmativos, de esos que dicen: «Son muy buenos», y siento que la cara se me ilumina cuando empiezo a cantar mi parte con Andrew de nuevo, cada vez con más confianza. Ahora muevo el cuerpo con más naturalidad y creo que ya no tengo miedo, pero mi solo... «Madre mía, ahora viene mi solo...»

Andrew me mira como para que me concentre y no pierda la calma y rasguea la guitarra.

Para justo con la música y da unos golpecitos en el borde de la madera antes de que entre yo, toca un rasgueo y para de nuevo, más golpecitos en la madera después de mi segunda frase, y así hasta que doy la última nota y Andrew comienza a tocar nuevamente mientras me susurra:

—Perfecto.

Y comienza a cantar otra vez. Con una ancha sonrisa en la boca, igual que yo. Nuestras caras se unen mientras cantamos con el corazón durante el interludio más rápido.

—Woooh..., ooooh..., ooooh.

El ritmo de la guitarra se ralentiza y cantamos el último estribillo al unísono en voz

baja. Andrew me besa en la boca después de que los dos digamos:

—... alma...

Y la canción termina.

El público aplaude y nos vitorea. Incluso le oigo decir a un tío del fondo:

—¡Otra!

Andrew me estrecha contra sí y vuelve a besarme, pegando los labios con fuerza a los míos delante de todo el mundo.

—Joder, nena, ¡has estado increíble!

Los ojos le brillan, la cara entera iluminada por ellos.

—No puedo creer que lo haya hecho —le digo, prácticamente a gritos, ya que a nuestro alrededor todo el mundo habla a voces.

Se me ha puesto la carne de gallina en todo el cuerpo.

—¿Quieres repetir? —inquire.

Trago saliva.

—¡No! No estoy lista. Pero me alegro de haberlo hecho una vez.

—Estoy muy orgulloso de ti.

Unos cuantos hombres mayores se acercan con una cerveza en la mano. El de barba pide:

—Tienes que bailar conmigo.

Apoya las manos en la cadera y hace un bailecito bochornoso.

Me ruborizo y veo los ojos risueños de Andrew.

—Pero si no hay música —alego.

—¿Cómo que no? —Señala a alguien al otro lado del bar y, segundos después, el jukebox empieza a sonar entre la máquina expendedora y la tragaperras.

Estoy tan acelerada por haber conseguido cantar esa canción en el escenario que ese hecho, además de que me sentiría fatal si rechazara a este tipo, hace que bailar con él sea obligatorio.

Miro una vez más a Andrew y me guiña un ojo.

El barbudo me coge de la mano, la levanta por encima de mi cabeza y yo hago un giro instintivamente. Bailo con él dos canciones antes de que Andrew me salve metiéndose por medio con soltura y pegándose a él todo lo posible y se ponga a menear la cadera conmigo. Tiene las manos en mi cintura. Bailamos y charlamos con la gente e incluso jugamos una partida de dardos con Carla antes de salir del bar, después de medianoche.

De vuelta en el coche, Andrew me mira y dice:

—¿Y bien? ¿Cómo te sientes? —Sus labios forman una sonrisa elocuente.

—Tenías razón —admito—. Me siento..., no sé, distinta, pero en el buen sentido. Jamás pensé que haría algo así.

—Pues me alegro de que lo hayas hecho. —Esboza una sonrisa cariñosa.

Me quito el cinturón de seguridad y me arrimo a él. Me pasa un brazo por los hombros.

—¿Qué me dices de mañana por la noche?

—¿Eh?

—¿Quieres cantar mañana por la noche?

—No, no creo que pueda...

—Vale, no pasa nada —contesta, frotándose el brazo—. Una vez ya es más de lo que esperaba, así que no te daré la paliza.

—No —espeto, y me aparto y me vuelvo para mirarlo—. ¿Sabes qué?, sí que quiero. Quiero volver a hacerlo.

Mete la barbilla en un gesto de sorpresa.

—¿En serio?

—Sí, en serio. —Le sonrío dejando los dientes a la vista.

Él hace lo mismo.

—Muy bien —dice dando un golpecito en el volante—, pues mañana por la noche.

Andrew me lleva de vuelta al hotel y nos lo montamos en la ducha antes de acostarnos.

Nos quedamos dos semanas más en Nueva Orleans, tocando en el Old Point y después en otros bares y clubes de la ciudad. Hace un mes, cantar y actuar en directo en un club probablemente se hallara tan abajo en la lista de cosas que podría verme haciendo que parecería ridículo, pero allí estaba, cantando con el corazón *Barton hollow* y otras canciones donde sobre todo podía seguir a Andrew y no ser el centro de atención. Pero le gustábamos a todo el mundo. Fueron muchos los que nos abordaron después de cada actuación para darnos la mano y preguntarnos si podíamos cantar esta canción o aquella, a todo lo cual Andrew se negó. Aún me pone demasiado nerviosa todo esto para aceptar peticiones. Y, para gran sorpresa mía, gente a la que no conocía de nada incluso me pidió un autógrafo y una foto en más de una ocasión. Seguro que estaban como una cuba. Eso es lo que me obligué a creer, porque cualquier otra cosa habría sido bastante rara.

Al término de esas dos semanas, Andrew tenía un grupo preferido que añadir a su lista. Le gustan The Civil Wars tanto como a mí. Y la otra noche, nuestra última noche en Nueva Orleans, nos metimos en la cama y nos pusimos a cantar *Poison & wine* con el teléfono, que teníamos al lado..., y... creo que con la letra de esa canción nos dijimos cosas que queríamos decirnos...

Eso creo, al menos...

Me dormí en sus brazos llorando sin hacer ruido.

Morí y subí al cielo. Sí..., creo que por fin he muerto.

ANDREW

—Tienes que hacerlo, para asegurarte —afirmó Marsters, sentado en la típica silla con ruedas negra del típico consultorio con la típica bata.

—No hace falta —respondí, sentado enfrente de él—. ¿Qué más hay que decir? ¿Qué más hay que encontrar?

—Pero...

—No, ¿sabe qué?, que le den. —Me levanté empujando la silla y lanzándola contra una planta que había detrás—. No pasaré por toda esa mierda.

Salí de la consulta dando un portazo tan fuerte que el cristal tembló.

—Andrew, amor, despierta —oigo decir a Camryn.

Abro los ojos. Sigo en el asiento del acompañante. Me pregunto cuánto habré dormido.

Me yergo, muevo la cabeza a ambos lados y me paso una mano por la cara.

—¿Estás bien?

Es de noche. Miro y veo que Camryn me mira con aire de preocupación antes de que se vea obligada a mirar al frente.

—Sí —afirmo, asintiendo—. Muy bien. Supongo que era una pesadilla, pero ni siquiera recuerdo de qué iba —miento otra vez.

—Diste un puñetazo en el salpicadero —cuenta con una risilla—. El puño salió disparado de la nada, me pegaste un susto de muerte.

—Lo siento, nena. —Me inclino hacia ella, sonriendo, y la beso en la mejilla—. ¿Cuánto rato llevas conduciendo?

Mira de reojo los resplandecientes números del reloj.

—No sé, puede que un par de horas.

Miro la siguiente señal de la carretera para ver si ha hecho lo que le pedí que hiciera y no se ha salido de la 90.

—Para ahí. —Señalo un claro llano junto a la carretera.

Deja el firme, sale al asfalto quebrado y detiene el coche. Voy a salir, pero ella me coge por el brazo y me lo impide.

—Espera..., Andrew.

La miro. Apaga el motor y se desabrocha el cinturón.

—Conduciré un rato para que duermas un poco.

—Ya —contesta mirándome con gesto adusto.

—¿Qué pasa?

Camryn rodea el volante con las dos manos y se retrepa en su asiento.

—Ya no estoy tan segura de lo de Texas.

—¿Por qué no?

Me arrimo a ella.

Al cabo, me mira.

—Porque, entonces, ¿qué? —pregunta—. Es como si fuera la última parada. Tú vives allí. ¿Qué más podemos hacer?

Sé adónde quiere ir a parar, y ya llevo algún tiempo compartiendo en secreto con ella esos temores.

—Podemos hacer lo que queramos —aseguro.

Me vuelvo en el asiento y le agarro la barbilla.

—Mírame.

Lo hace, y veo anhelo en sus ojos, algo asustado y atormentado. Lo sé porque yo siento lo mismo.

Trago saliva, me inclino y la beso con dulzura.

—Cuando lleguemos allí, ya veremos, ¿de acuerdo?

Camryn asiente de mala gana. Intento sonreír, pero me cuesta hacerlo cuando sé que no puedo darle ninguna de las respuestas que quiere oír. No puedo darle las que

quiero.

Camryn pasa al otro asiento mientras yo me bajo y rodeo el coche. Pasan dos vehículos, que nos ciegan con las luces largas. Cierro la puerta y me quedo sentado un momento. Camryn mira por la ventanilla, sus pensamientos, sin lugar a dudas, en la misma línea que la mayoría de los míos: perdidos e inseguros, y tal vez incluso atemorizados. Nunca me he sentido tan cerca de alguien como con ella, y me está matando lentamente. Cuando alargo el brazo para hacer girar la llave me detengo con los dedos en el metal. Profiero un hondo suspiro.

—Iremos por el camino largo —propongo en voz queda, sin mirarla. Acto seguido, el motor cobra vida.

Cuando vuelve la cabeza para mirarme, lo noto.

Miro de soslayo.

—Si quieres...

Una sonrisa minúscula dota nuevamente de vida a su rostro. Asiente.

Enciendo el reproductor y el CD salta automáticamente. Bad Company empieza a sonar por los altavoces. Al recordar el trato que tenemos, me dispongo a poner otra cosa, pero Camryn dice:

—No, déjalo.

Y la leve sonrisa se vuelve más afectuosa, si cabe.

Me pregunto si se acuerda de la primera noche, cuando nos conocimos en el autobús, cuando le pedí que me dijera una canción de Bad Company. Dijo *Ready for love*, y yo le pregunté: «¿Lo estás?». No sé por qué lo dije entonces, pero ahora soy consciente de que a fin de cuentas no era tan descabellado. Resulta extraño que ésa sea la canción que suena ahora.

Conducimos por gran parte de la mitad inferior del estado de Luisiana y después cogemos la 82 hasta Texas. Camryn es toda sonrisas esta mañana —a pesar de estar en Texas—, y verla así me hace sonreír a mí también. Hemos estado conduciendo con las ventanillas bajadas, y ella lleva la última hora con los pies descalzos colgando por fuera. Lo único que veo por su espejo cuando intento controlar el tráfico son sus uñitas pintadas.

—No es un viaje por carretera a menos que saques los pies por la ventanilla en la carretera —chilla para hacerse oír con la música y el viento que entra en el coche.

Esta vez lleva el pelo recogido en una única trenza, pero el aire le echa los mechones sueltos por la cara todo el tiempo.

—Tienes razón —convengo pisando el acelerador—, y en todo viaje por carretera que se precie también tienes que follar con un camionero.

El pelo le azota la cara de nuevo cuando vuelve la cabeza.

—¿Eh?

Sonrío.

—Ajá. —Tamborileo con los dedos sobre el volante al compás de la música—. Es obligatorio. ¿Acaso no lo sabías? Tienes que hacer una de estas tres cosas: una... —levanto un dedo—, tienes que enseñarle el culo a un camionero.

Los ojos azules se le salen de las órbitas.

—Dos: tenemos que conducir al lado de uno mientras finges tocarte.

Abre los ojos más si cabe y se queda boquiabierta.

—O tres: simplemente mover el brazo... —muevo el mío arriba y abajo con el puño en alto— para que él toque la bocina.

Pone cara de alivio.

—De acuerdo —accede, y a sus labios asoma una sonrisa misteriosa—, al siguiente que veamos consumaré este viaje follando con un camionero.

Lo dice de manera irrefutable.

A los diez minutos nuestra víctima (o, mejor dicho, el cabrón suertudo —al fin y al

cabos, se trata de Camryn—) aparece delante. Estamos en un largo tramo de carretera recta que atraviesa un paisaje llano, sin árboles, a ambos lados. Acortamos la distancia que nos separa del tráiler y nos mantenemos a unos cien kilómetros por hora tras él. Camryn, que lleva esos pantaloncitos de algodón blanco minúsculos que tanto me gustan, baja las piernas del asiento y apoya los pies en el suelo. Sonríe con picardía, y me está poniendo.

—¿Estás lista? —pregunto bajando un poco la música.

Ella asiente, y yo miro por el retrovisor y los espejos laterales primero y luego al frente, al carril contrario, para asegurarme de que no viene ningún vehículo.

Cuando salgo de detrás del tráiler e invado el carril contrario, Camryn se mete la mano derecha por los pantalones.

Se me pone dura en el acto.

¡Estaba seguro de que haría lo menos comprometido: la señal de la bocina!

Le dirijo una sonrisa sombría, mi cabeza bullendo de toda clase de perversiones, y ella me sonríe a su vez. Acelero un poco más y voy aumentando la velocidad poco a poco hasta situarnos en paralelo con la ventana del camionero.

«Jooder...»

La mano de Camryn se mueve con suavidad pero de manera visible bajo el fino tejido de los pantalones. Tiene el índice y el pulgar de la mano izquierda bajo el elástico, bajándolo lo bastante para que se le vea la barriga. Apoya la cabeza en el asiento y se escurre un poco por él. Me cuesta lo mío mantener los ojos en la carretera. Se muerde el labio inferior y mueve los dedos con más intensidad bajo los pantalones. Empiezo a pensar que no está fingiendo. Ahora mismo la tengo tan dura que podría cortar diamantes con ella.

El camión también mantiene el ritmo. Distráido por Camryn, no me he dado cuenta de que he ido levantando el pie del acelerador, y cuando la velocidad ha empezado a reducirse, el tráiler ha hecho lo mismo.

Por la ventana del camión sale un aullido bronco:

—¡La madre del puto cordero! Me va a dar un infarto, nena. ¡Uhhh-Uhhh! —Toca la ruidosa bocina con entusiasmo.

Experimentando una punzada de celos, bajo de cien a setenta y me sitúo detrás del camión. Y justo a tiempo, ya que por el otro carril viene una furgoneta.

Miro a Camryn a sabiendas de que debo de tener ojos de loco. Ella se saca la mano de los pantalones y me sonríe.

—No me esperaba eso.

—Por eso precisamente lo he hecho —replica, y apoya los pies de nuevo en la puerta del coche, tapando el retrovisor con los dedos.

—¿Te estabas tocando... de verdad?

De setenta bajo a sesenta y cinco. El corazón me golpea el pecho con fuerza.

—Pues sí —reconoce—, pero no lo hacía para el camionero.

Su sonrisa se ensancha al quitarse unos mechones de pelo que se le han metido en la boca. No puedo evitar mirarle los labios, estudiarlos, me dan ganas de morderlos y besarlos.

—No es que me queje —contesto mientras intento prestar atención a la carretera para no matarnos—, pero ahora tengo un... problemilla.

La mirada de Camryn baja hasta mi entrepierna y acto seguido sube. Ladea la cabeza con aire travieso y seductor, y luego se me acerca y me la coge. Ahora el corazón me aporrea el pecho. Agarro el volante con fuerza con las dos manos. Ella me besa en el cuello y por la barbilla y sus labios se detienen en mi oreja. Se me pone la carne de gallina.

Empieza a bajarme la cremallera de los pantalones.

—Tú me ayudas con mis problemas —me dice al oído, y después me muerde de

nuevo el cuello—, así que lo justo es que te devuelva el favor.

Me mira.

Me limito a asentir como un idiota, porque ahora mismo soy incapaz de pensar lo bastante con la cabeza que tengo sobre los hombros para articular una frase.

Me apoyo más contra el asiento cuando ella me la rodea con la mano y baja la cabeza entre mi estómago y el volante. Mi cuerpo da una ligera sacudida cuando saca la lengua y comienza a lamérmela. «Joooder..., joooder... No sé cómo coño voy a conducir».

Cuando se la mete hasta la garganta, me estremezco, echo un poco hacia atrás la cabeza, sin perder de vista la carretera, y me quedo boquiabierto. Ahora sólo aprieto el volante con la mano izquierda; a medida que me la come más y más de prisa, mi mano derecha deja el volante y le agarra la cabeza, el pelo rubio asomando entre mis dedos.

De sesenta y cinco he subido a ochenta.

A cien, las piernas me tiemblan y no soy capaz de ver con claridad. Agarro el volante otra vez con las dos manos, tratando de mantener algún control sobre algo, sobre todo el puñetero coche, y dejo escapar un grito ahogado y un gemido al correrme.

Finalmente conseguí que no nos matáramos en la carretera tras la bochornosa mamada de Camryn. Estamos en Galveston por la mañana, y ella sigue frita en el asiento con las piernas medio colgando. No la despierto aún. Paso despacio por delante de la casa de mi madre primero y veo que su coche no está fuera, lo que significa que hoy trabaja en el banco. Para matar el tiempo recorro el largo camino que me separa de mi piso bajando por la 53. Camryn no durmió mucho anoche, pero supongo que el hecho de ir más despacio que de costumbre bastará para que se despierte. Empieza a moverse antes de que haya entrado en mi urbanización, The Park, en Cedar Lawn.

Levanta la bella cabeza rubia del asiento, y cuando le veo la cara me entra la risa.

Camryn ladea la revuelta cabeza de recién levantada y refunfuña:

—¿Qué tiene tanta gracia?

—Ay, nena, intenté que no te quedaras dormida así.

Se endereza, pega la cara al espejo retrovisor y revuelve los ojos al ver las tres rayas largas que le van de una mejilla a la oreja. Se palpa las marcas en el espejo.

—Ay, duele un poco —afirma.

—Estás guapa hasta con esas rayas. —Me río, y ella no puede evitar sonreír—. Bueno, ya hemos llegado —anuncio finalmente mientras aparco y apago el motor. Dejo caer las manos a los lados.

En el coche se hace un silencio incómodo. Aunque ninguno de los dos ha dicho en ningún momento que nuestro viaje acabará en Texas, o que las cosas entre nosotros van a cambiar, es como si los dos fuésemos conscientes de ello.

La única diferencia es... que yo soy el único que sabe por qué.

Camryn está completamente quieta y callada en su asiento, las manos unidas débilmente en el regazo.

—Vamos dentro —propongo para romper el silencio.

Me dedica una sonrisa forzada y abre la puerta.

—Caray, esto parece más un colegio mayor que un complejo de apartamentos.

Se echa al hombro la bolsa y el bolso mientras observa el histórico edificio y los gigantescos robles diseminados por los jardines.

—En los años treinta era un hospital para los marines —explico al tiempo que saco mis bolsas del maletero.

Camryn coge la guitarra de Aidan del asiento trasero.

Enfilamos una acera sinuosa color blanco tiza en dirección a mi piso de un solo dormitorio, en la planta baja. Meto la llave y entramos en el gran salón. Nada más

poner el pie dentro me llega el olor a espacio deshabitado; no huele desagradable, sino simplemente a vacío.

Dejo las bolsas en el suelo.

Al principio Camryn se queda de pie, echando un vistazo al piso.

—Deja tus cosas donde quieras, nena.

Voy al sofá para quitar de encima los vaqueros, que cuelgan de cualquiera manera del respaldo, y después cojo unos bóxers y una camiseta de la silla y la otomana a juego.

—Es un piso muy chulo —aprueba mientras sigue mirando.

Finalmente deja sus cosas en el suelo y apoya la guitarra de Aidan en el respaldo del sofá.

—No es un pisito de soltero —observo mientras voy al comedor—, pero esto me gusta, y quería estar más cerca de la playa.

—¿No vives con nadie? —pregunta, siguiéndome.

Niego con la cabeza, entro en la cocina y abro la nevera. Las botellas y los frascos de la puerta entrechocan.

—Ya no. Mi amigo Heath estuvo viviendo conmigo unos tres meses cuando me mudé, pero acabó yéndose a Dallas con su novia.

Saco una botella de dos litros de *ginger-ale* y cierro la puerta de la nevera.

—¿Quieres? —Sostengo la botella en alto para que la vea—. ¿Lo ves? Ni refrescos ni cerveza en la nevera, y ya ves que ni siquiera he estado aquí para ponerlo de antemano.

Camryn sonrío dulcemente y contesta:

—Gracias, pero ahora mismo no tengo sed. ¿Para qué lo compraste? ¿Para la resaca? ¿Gastroenteritis?

Le sonrío y bebo un sorbo a morro. Ella no pone cara de asco, como me medio temía.

—Vaya, me has pillado —admito mientras cierro la botella—. Si quieres darte una ducha, el cuarto de baño está ahí —le digo, salgo de la cocina y señalo el pasillo—. Voy a darle un toque a mi madre para que no se preocupe y a recoger esto un poco antes de ducharme. Probablemente se me haya muerto la planta.

Camryn parece algo sorprendida.

—¿Tienes una planta?

Sonrío.

—Sí, se llama *Georgia*.

Arquea las cejas.

Me río y la beso con suavidad en los labios.

Mientras Camryn está en la ducha, recorro cada centímetro visible del piso en busca de cualquier cosa comprometedor: calcetines tiesos, asquerosos (encontré uno a los pies de la cama), condones sin usar (tengo una caja llena en la mesilla: la meto al fondo de toda la porquería), envoltorios de condones abiertos (dos en la papelera de mi habitación), más ropa sucia y una revista porno (¡mierda! Está en el retrete, seguro que ya la ha visto).

Después friego los pocos platos sucios que dejé en la pila y me voy a sentar al salón para llamar a mi madre.

CAMRYN

Cuando veo la revista porno en el retrete, que está ahí con la misma naturalidad que si se tratara de una de motos, no puedo evitar reírme para mis adentros. Me pregunto un instante si habrá algún tío en el mundo que no consuma pornografía, y acto seguido me doy cuenta de lo estúpida que es la pregunta. No puedo decir nada: yo le he dado lo mío al porno en internet.

Me doy una larga ducha caliente, me seco con la toalla de playa que me ha dado Andrew y me visto.

No me gusta estar aquí. En su casa. En Texas.

En cualquier otro momento y en otras circunstancias la cosa sería distinta, pero sigo pensando lo que le dije la otra noche cuando paramos en el arcén. Este sitio, todo en él da la sensación de que es el final. La magia del tiempo que hemos pasado juntos en la carretera prácticamente se ha esfumado con la lluvia de la semana pasada. No lo que sentimos el uno por el otro..., no, eso es tan fuerte que pensar en el final acaba metafóricamente conmigo. Lo que sentimos el uno por el otro es... bueno, es todo cuanto nos queda. La carretera ha desaparecido. Las paradas espontáneas y no saber a veces dónde estamos, pero que nos importe una mierda, han desaparecido. Los moteles y las pequeñas cosas como las tiras de cecina, el aceite para niños y los baños de espuma han desaparecido. La banda sonora del tiempo que hemos pasado juntos, nuestra breve vida en común, se esfumó cuando terminó la última canción del álbum. Ahora todo cuanto oigo es la suave vibración del silencio que sale por los altavoces. Creo que lo único que quiero hacer es estirar el brazo y empezar de nuevo, pero mi mano no se mueve para darle al botón.

Y no entiendo por qué.

Me limpio la lágrima de la cara y empujo hacia abajo las emociones para que no afloren, respirando hondo antes de abrir la puerta del cuarto de baño.

Al cruzar el comedor oigo a Andrew, que está hablando por teléfono.

—No me jodas ahora, Aidan. No tengo necesidad de aguantar esta mierda. Sí, ¿y qué? ¿Quién eres tú para decirme lo que hacer con mi vida? ¿Qué? Dame un puto respiro, tío, los funerales no son obligatorios. Por mi parte, preferiría no ir a ninguno más a menos que sea el mío. De todas formas, no sé por qué la gente celebra funerales: ir a ver a alguien a quien quieres muerto y metido en una puta caja... Si es la última vez que veo a alguien preferiría verlo vivo. No me vengas con esa mierda, Aidan. Sabes que es una chorrada.

No quiero quedarme fuera como si estuviera escuchando, pero tampoco me parece apropiado entrar.

Lo hago de todas formas. Andrew se está cabreando demasiado y sólo quiero calmarlo un poco. Nada más verme, deja el tono airado con Aidan y se endereza en el sofá.

—Escucha, tengo que irme —dice—. Sí, ya he llamado a mamá. Sí. Sí, claro, entendido. Luego.

Cuelga el teléfono y lo deja en la mesita de roble junto a donde tiene apoyados los pies descalzos.

Me siento a su lado en la *chaise longue*.

—Lo siento —se disculpa, y me da unas palmaditas en el muslo y después me lo acaricia con la mano—. Es que siempre está con lo mismo.

Me muevo y me siento encima de él, que me estrecha contra su pecho como si yo fuese lo que necesita para tranquilizarse. Le echo los brazos al cuello y entrelazo los dedos. Me inclino y lo beso en la comisura de la boca.

—Camryn. —Me mira a los ojos—. Escucha, yo tampoco quiero que esto sea el final —asegura, como si me hubiese leído el pensamiento cuando estaba en el cuarto de baño hace un momento.

De pronto me levanta y me sienta a horcajadas sobre él, las rodillas dobladas en el sofá. Me coge las dos manos y me dirige una mirada seria e intensa.

—¿Y si...? —Desvía la mirada, sopesando bien las palabras, aunque ojalá supiera si es porque quiere decir lo que sea de la manera adecuada o no decirlo.

—Y si, ¿qué? —pruebo. No quiero que se eche atrás, sea lo que sea. Quiero que lo diga. Vuelvo a sentir cierta esperanza y no puedo dejarla pasar—. ¿Andrew?

Sus intensos ojos verdes me miran cuando mi voz lo devuelve al presente.

—¿Y si nos vamos juntos? —propone, y el corazón empieza a latirme con más fuerza—. No quiero estar aquí. Y no lo digo por lo de mi padre o por mi hermano..., nada de eso tiene nada que ver con lo que siento. Ahora mismo. Aquí, contigo. Con lo que he sentido todo este tiempo, desde el día que te vi sola en ese autobús en Kansas. —Me aprieta las manos—. Sé que perdiste a tu alma gemela, pero... quiero que seas mía. Podríamos dar la vuelta al mundo juntos, Camryn... Sé que no puedo sustituir a tu ex...

Las lágrimas me corren por la cara.

Él lo interpreta mal. Sus manos sueltan las mías y de pronto es incapaz de mirarme. Le agarro la cara, obligando a centrar en mí su mirada atormentada.

—Andrew... —sacudo la cabeza, llorando como una Magdalena—, siempre has sido tú —susurro con aspereza—. Incluso con Ian sentía que faltaba algo. Te lo dije, aquella noche en el campo, te dije que... —Dejo la frase a medias. Sonríe y afirmo—: Tú eres mi alma gemela. Lo sé desde hace tiempo. —Lo beso en la boca—. No se me ocurre nada mejor que hacer en este mundo que verlo contigo. Nuestro sitio está en la carretera. Juntos. Ahí es donde quiero estar.

Se le saltan las lágrimas, pero consigue contenerlas antes de que caigan con su radiante sonrisa. Y luego su boca se pega a la mía, cogiéndonos la cara entre las manos. Su beso me corta la respiración, pero se lo devuelvo con más fuerza, aspirando su aliento cuanto puedo. Y, sin dejar de besarnos, sus manos sueltan mi cara y rodean con fuerza mi cuerpo para levantarme con él.

—Tienes que conocer a mi madre, iremos a verla hoy —afirma escrutando mi rostro, mirándome profundamente a los ojos.

Me sorbo la nariz y asiento.

—Me encantaría conocerla.

—Genial —responde, y me separa de él—. Me meteré en la ducha, haremos unos recados por el centro e iremos a verla cuando salga de trabajar.

—Vale —contesto sin que la sonrisa se borre de mi boca.

No podría borrarla aunque lo intentara.

Me mira un buen rato, como si no quisiera marcharse ni para darse una ducha, sus ojos risueños tan radiantes como los vi aquella noche después de que actuáramos en el Old Point. Su cara dice todas las cosas que alguien que es sumamente feliz querría decir, pero él no dice nada.

No hace falta.

Al cabo, se va para ducharse y yo voy a ver si tengo algún mensaje. Mi madre por fin ha llamado. Me ha dejado un mensaje de voz contándome lo del crucero por las Bahamas, que al final duró ocho días. Da la impresión de que le gusta ese tío, Roger. Lo cierto es que tendría que pasarme por casa y quedarme lo suficiente para someterlo a mi examen de capullos por si mi madre se ha cegado con algo que tenga ese tipo que eclipse las señales de advertencia: más dinero que mi padre, un cuerpo mejor que el de Andrew —aunque eso es poco probable— o una gran... Bueno, no estoy muy segura de cómo averiguaría algo así a menos que se lo preguntara directamente a mi madre, y no pienso hacerlo.

Mi padre también ha llamado. Dijo que se va a Grecia dentro de un mes en un viaje de negocios y que si quiero ir con él. Me encantaría, pero lo siento, papá, si voy a

Grecia el año que viene o cuando sea será con Andrew. Siempre he sido la niñita de mi padre, pero en algún momento hay que crecer, y ahora... ahora soy la niñita de Andrew.

Me sacudo esos vagos pensamientos y sigo escuchando mensajes. Natalie al final llamó en lugar de morderse la lengua y mandar un mensaje de texto. Sé que a estas alturas debe de estar que se sube por las paredes al no saber lo que he estado haciendo ni con quién estoy. Creo que quizá se lo haya hecho pasar mal demasiado tiempo.

Hum..., podría darle un anticipo.

Esbozo una sonrisa maliciosa. Un anticipo podría ser una tortura mayor, pero es mejor que nada.

Cuando Andrew sale de la ducha con una toalla mojada al cuello, lo llamo para que venga al salón. Ahí está, sin camiseta, el tío más bueno que he visto en toda mi vida, con gotas de agua en los morenos abdominales. Me entran ganas de quitársela a lametones, pero me contengo por Natalie.

—Amor, ven aquí —le pido, llamándolo con un dedo—. Quiero mandarle a Natalie una foto de los dos. Lleva dándome la lata contigo desde Nueva Orleans, pero todavía no le he contado nada, ni siquiera le he dicho cómo te llamas. Me dejó un mensaje de voz. —Me pongo a teclear en el móvil.

Él se ríe y se seca el pelo con la toalla.

—¿Qué dice?

—Básicamente que está a punto de estallar. Quiero hacerla rabiar un poco.

A Andrew se le marcan los hoyuelos.

—Pues claro, soy todo tuyo. —Se desploma en el sofá y me arrastra consigo.

Saco unas cuantas fotos: una mirando a la cámara, otra con él plantándome un besazo en la mejilla y una tercera en la que él mira a la cámara con aire seductor mientras saca la lengua de lado y me chupa la cara.

—Ésta es perfecta —aseguro, entusiasmada, de la tercera—. Le va a dar algo. Prepárate: cuando vea esta foto, es muy posible que a Texas llegue el huracán *Natalie*.

Andrew se ríe y me deja en el sofá con el móvil.

—Estaré listo dentro de unos minutos —informa al salir del salón.

Adjunto la foto a un mensaje y escribo:

Aquí nos tienes, Nat, estamos en Galveston, Texas :-)

Y lo envío. Andrew trájina por el piso. Voy a levantarme para ver qué hace cuando, menos de un minuto después de haber mandado la foto, Natalie responde:

Joodr! T acuestas con Kellan Lutz????!!!

Me parto de risa. Viene Andrew, por desgracia con una camiseta esta vez, se está metiendo la parte de delante en los pantalones. Y ha cambiado los pantalones cortos por unos vaqueros.

—¿Cómo? ¿Ya ha contestado?

Parece que le hace gracia.

—Sí —respondo entre risas—, sabía que no tardaría mucho.

Empiezan a sucederse rápidamente los mensajes, como si al otro lado hubiera una máquina:

Cam, joodr, stá d muert. Srás...!!!

Llámam. AHORA!!!!!!!!!!!!

CAMRYN MARYBETH BENNETT! Más t val k m llams!

Stoy muerta dl asno!!!

DI ASNO.

AHHH!!!!!!

M cago n l corrcor! Odio st puto tlfono.

DI ASCO, no dl asno!!

No puedo parar de reír. Andrew se acerca por detrás y me quita el móvil.

Se ríe al leer la retahíla.

—¿No se come muchas letras? —comenta—. Y ¿quién coño es Kellan Lutz? ¿Es feo?

Me mira con cierto temor en los ojos.

«Ehhh..., no, feo, desde luego, no es».

—Es un actor —intento explicar—. Y no, no es feo. No le des muchas vueltas; Natalie siempre, siempre, compara a todo el mundo con algún famoso, y normalmente carga bastante las tintas. —Recupero el teléfono mientras Andrew sigue comiéndose un poco el coco con mi explicación y lo dejó en el sofá—. Ella y yo fuimos al colegio con Shay Mitchell y Hayden Panettiere, Megan Fox fue la reina del baile de fin de curso, y Chris Hemsworth el rey. —Chasqueo la lengua—. Y también estaba la peor enemiga de Natalie, una animadora que intentó quitarle a Damon en décimo curso; Natalie dijo que era la versión guarra de Nina Dobrev: ninguna de esas personas se parecía a ellas, o no mucho, en cualquier caso. Es que Natalie es... rara.

Andrew sacude la cabeza, risueño.

—Bueno, desde luego es todo un personaje, eso hay que reconocérselo.

Aunque el teléfono sigue vibrando contra el cojín del sofá, no le hago caso, me acerco a Andrew y le paso los brazos por la cintura.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto conmigo?

Me mira a los ojos y me pone las manos en las mejillas.

—No he estado más seguro de nada en toda mi vida, Camryn.

Acto seguido empieza a dar vueltas por la habitación.

—Siempre he sentido este... este... —su mirada es intensa, concentrada—, este agujero... Me refiero a que no era un agujero vacío, siempre había algo en él, pero nunca lo que tenía que haber. Nunca era lo adecuado. Fui a la universidad durante un tiempo, hasta que un día me dije: «Andrew, ¿qué coño haces aquí?». Y caí en la cuenta de que no estaba allí porque quisiera, sino porque era lo que la gente esperaba, incluida gente a la que no conozco, la sociedad. Es lo que la gente hace: crece, va a la universidad, consigue un empleo y hace la misma mierda a diario durante el resto de su vida hasta que envejece y muere; exactamente lo que me dijiste tú aquella noche de tus planes con tu ex. —Mueve la mano derecha como si diera un manotazo en el aire—. La mayoría de la gente nunca ve nada aparte del sitio en el que creció. —Sus pasos se vuelven más enérgicos, deteniéndose sólo de vez en cuando, cuando quiere resaltar una palabra o una idea importante. Casi ni me mira, es más como si dijera esas cosas para sí, como si el mar de respuestas que lleva buscando toda la vida finalmente inundara su cabeza y él intentara abarcarlas todas a la vez—. Nunca me gustó realmente nada de lo que hacía...

Al cabo, me mira.

—Y entonces te conocí... y fue como si algo se disparara en mi cabeza, o despertara, no... no sé, pero...

Se planta delante de mí de nuevo. Tengo ganas de llorar, pero no lloro.

—... Pero supe que, fuera lo que fuese, estaba bien. Era lo adecuado. Tú eras la adecuada.

Me pongo ligeramente de puntillas y lo beso en la boca. Hay tantas cosas que quiero decir, pero me abruman y no soy capaz de elegir.

—Supongo que yo he de hacerte la misma pregunta —añade—. ¿Estás segura de que quieres hacer esto?

Mis ojos le sonrían con cariño.

—Andrew, ni siquiera es una pregunta —respondo—. ¡Sí!

La sonrisa que me dedica Andrew es tan luminosa que sus preciosos ojos verdes resplandecen.

—Pues es oficial —zanja—, nos iremos mañana. En el banco tengo algo de dinero para tirar una temporada.

Asiento, sonrío y contesto:

—La verdad es que el dinero que yo tengo en el banco no me lo he ganado, y por eso siempre he sido parca con él, pero por esto me puliré hasta el último centavo, y cuando se acabe...

—Antes de que se nos acabe —interrumpe— trabajaremos allí donde estemos, como tú dijiste. Podemos tocar en clubes y bares y mercados de granjeros. —La idea hace que suelte una risotada, pero va muy en serio—. E incluso podemos trabajar en bares y restaurantes cocinando o fregando platos, o sirviendo, y... No sé, ya veremos.

Todo ello parece un sueño alocado que se ha salido de madre, pero a ninguno de los dos nos importa. Estamos viviendo el momento.

—Sí, antes de que se acabe es un plan infinitamente mejor —coincido, ruborizándome—. No quiero terminar mendigando o durmiendo detrás de contenedores o en una esquina con un letrero que ponga: «Trabajamos a cambio de comida».

Andrew se ríe y me estruja los hombros.

—No, no llegaremos a ese punto. Trabajaremos siempre, pero nunca demasiado tiempo en un mismo sitio y nunca haciendo lo mismo una y otra vez.

Lo miro un instante a los ojos, luego le echo los brazos al cuello y lo beso apasionadamente.

Luego él coge sus llaves.

—Vamos —propone, y echa hacia atrás la cabeza y me tiende la mano, que agarro—. Lo primero es lo primero: tengo que ir a ver mi coche. ¡Seguro que mi niña me echa de menos!

Revistas porno y un coche al que venera como si fuera una mujer.

Meneo la cabeza riéndome para mis adentros mientras tira de mí hacia la puerta. Cojo el bolso del suelo y salimos.

Primero paramos donde Andrew dejó el Camaro retro de 1969, y cuando entramos en el taller en el que al parecer solía trabajar, veo a mi primer texano típico de carne y hueso.

—Sabrás que estás despedido, ¿no? —dice un hombre alto que lleva un sombrero de cowboy y unas botas negras cuando sale a saludarnos. Estaba dentro, hablando con otro hombre que tiene más pinta de mecánico.

Le da la mano a Andrew y luego un abrazo, con palmaditas en la espalda.

—Sí, lo sé —responde él, dándole asimismo palmaditas—, pero tenía que hacer lo que tenía que hacer.

Andrew se vuelve hacia mí.

—Billy, ésta es mi novia, Camryn. Camryn, mi antiguo jefe, Billy Frank.

Mi corazón da un salto cuando dice que soy su novia. Oírlo decir eso me afecta mucho más de lo que pensaba que lo haría.

Billy me tiende una mano ruda, con manchas de aceite, que estrecho sin vacilar.

—Encantada de conocerte —sonrío.

Y él sonrío, los dientes torcidos y amarillos, probablemente por llevar demasiados años bebiendo café y fumando.

—Es una preciosidad —comenta Billy sonriendo a Andrew—. Yo también habría dejado el curro por una chavala así. —Le da un golpe a Andrew en el brazo de broma y luego se dirige a mí—: ¿Te trata bien? Este muchacho tiene una boquita que hará que tu madre se caiga de culo.

Suelto una risita y contesto:

—Lo de la boquita es verdad, pero me trata de maravilla.

A mi lado, los ojos de Andrew me sonríen.

—Vale, pero, si alguna vez se porta mal, ya sabes dónde encontrarme. Yo soy el único que sabe ponerlo en su sitio —dice sonriéndole a Andrew.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

Tras dejar a Billy Frank, atravesamos el taller y salimos por una puerta lateral que da a una zona vallada donde se encuentran los coches. Sé de inmediato cuál es el suyo, aunque no lo he visto nunca salvo camuflado en la corteza del árbol que Andrew tiene tatuado. Es el más bonito de todos: gris oscuro con dos franjas negras paralelas atravesando el capó. Se parece mucho al Chevelle retro de su padre. Nos abrimos paso entre un laberinto de coches y él abre la puerta del conductor no sin antes mirar la carrocería a conciencia de delante a atrás por cada lado.

—Si no hubiera tenido que hacerle algunos arreglos cuando decidí no ir en avión a Wyoming, habría cogido a esta pequeña en lugar del autobús —explica mientras pasa los dedos por el marco de la puerta.

—No es que quiera decir nada malo de tu chica —aseguro, risueña, mientras doy unas palmaditas en el capó—, pero me alegro de que no pudiera llevarte.

Él me mira, la cara iluminada como la veo más y más cada día.

—Yo también me alegro —coincide.

Por un breve instante pienso dónde estaríamos ahora mismo si hubiera pasado eso, si no nos hubiéramos conocido. Pero en este caso breve es bastante largo, porque pensamientos así me hacen polvo el estómago. No me imagino no haberlo conocido. Ni quiero.

—Entonces, ¿vamos a coger éste en lugar del Chevelle?

Andrew se muerde un carrillo, pensando. Está junto a la puerta abierta, con una mano apoyada en el techo. Le da una palmadita y me mira.

—¿Tú qué opinas? ¿Qué quieres hacer, nena?

Ahora soy yo quien se muerde el carrillo mientras se lo plantea. No contaba con que fuese yo quien decidiera. Me acerco más al coche y miro adentro, observando los

envolventes asientos de piel y..., bueno, la verdad es que es lo único que miro.

—¿Sinceramente? —pregunto cruzando los brazos.

Él hace un gesto afirmativo.

Miro de nuevo el Camaro mientras le doy vueltas al asunto.

—Creo que me gusta el Chevelle —replico—. Me encanta este coche, mola mucho, es sólo que estoy más familiarizada con el otro. —Para que mis argumentos sean más convincentes, señalo los asientos—. ¿Cómo apoyaría la cabeza en tu regazo o dormiría delante con estos asientos?

Él sonríe levemente y acaricia el techo del coche como para asegurarle que no es nada personal. Le da otra palmadita y cierra la puerta.

—Entonces cogeremos el Chevelle —decide—. A mi niña la llevaré a casa más tarde y la dejaré aparcada.

Andrew me invita a comer y me lleva a algunos sitios al azar a los que le gusta ir en Galveston Island. Y después, cuando termina la hora punta, lo llama su madre.

—Estoy nerviosa —digo en mi asiento cuando vamos hacia la casa de su madre.

Él arruga el ceño, me mira y dice:

—Pues no lo estés; le vas a encantar. —Centra la vista en la carretera—. No es una de esas zorras estiradas que piensan que nadie es bueno para su hijo.

—Eso sí que es un alivio.

—Y aunque lo fuera —añade, sonriéndome—, le encantarías.

Junto las manos en el regazo y sonrío. Da igual: puede ponerla por las nubes y decirme lo maja que es todo lo que quiera, que seguiré teniendo los mismos nervios en el estómago.

—¿Se lo vas a decir? —pregunto.

Me mira.

—¿Qué?, ¿que nos vamos?

—Sí.

Asiente.

—Se lo diré, de lo contrario se preocupará lo bastante como para querer llevarme a terapia.

—¿Qué crees que dirá?

Andrew suelta una risita.

—Nena, tengo veinticinco años y llevo fuera de casa desde los diecinueve. Se lo tomará bien.

—Es que, bueno..., ya sabes..., la razón por la que te marchas y lo que pensamos hacer exactamente... —Miro hacia otro lado y luego hacia el parabrisas—. No es como hacer las maletas y mudarse a otra ciudad; hasta mi madre podría digerir eso. Pero si le dijera que pretendo viajar ni se sabe adónde y que lo voy a hacer con un tío al que conocí en un bus, probablemente se asustara un poco.

—¿Probablemente? —repite él—. ¿Como si se lo dijeras?

Lo miro.

—No, claro que voy a decírselo. Al igual que tú, creo que es mejor que lo sepa, pero..., Andrew, ya sabes a qué me refiero.

—Sí, lo sé, nena —dice, pone el intermitente de la izquierda y gira en el stop—. Y tienes razón, no es lo que se dice normal.

Luego me sonrío, y eso hace que se me dibuje una sonrisa en la cara de inmediato.

—Pero ¿no es ése un motivo por el que lo hacemos? ¿Porque no es normal?

—Pues sí.

—Claro que el motivo principal es la compañía —asegura.

Me pongo roja.

Después de dejar atrás dos manzanas más de casitas de estilo residencial y aceras blancas con niños montando en bicicleta, llegamos a la casa de su madre, de una

planta, con un bonito jardín que rodea la parte delantera y dos exuberantes arbustos verdes a ambos lados del camino que lleva hasta la puerta principal. El Chevelle se sitúa detrás de un coche familiar blanco de cuatro puertas que está aparcado en un garaje abierto de par en par. Me miro de prisa y corriendo en el espejo retrovisor para asegurarme de que no tengo mocos pegados en la nariz ni lechuga entre los dientes del sándwich de pollo que me comí antes, y Andrew da la vuelta y me abre la puerta.

—Vaya, vaya, ya veo cómo va esto —le tomo el pelo—. Sólo me abres la puerta cuando cabe la posibilidad de que tu madre esté mirando.

Me tiende la mano y hace una reverencia con aire teatral.

—A partir de ahora os abriré la puerta si os gustan estas cosas, mi señora... Sin embargo..., no pensaba que fueseis de ésas.

Pongo mi mano en la suya y esbozo una ancha sonrisa al ver semejante despliegue.

—Ah, ¿no? —inquiero con un acento inglés horroroso al tiempo que levanto el mentón—. Y, dígame, señor Parrish, ¿cómo pensaba usted que era?

Cierra la puerta y me coge del brazo, la espalda recta y la barbilla alta.

—Pensaba que eras de las que les importaba una mierda, siempre y cuando la puerta se abriera cuando quisieras salir.

Se me escapa una risita.

—Pues no te equivocabas —aseguro, y me pego a su hombro mientras me lleva hacia la puerta que se abre en el garaje.

La puerta da a la cocina, donde nos recibe un olor a estofado. Pienso: «¿Ha tenido tiempo de preparar un estofado?». Pero entonces veo la olla a presión en la encimera. Andrew rodea la barra y va a la zona de estar justo cuando una mujer guapa de pelo cobrizo aparece por el pasillo.

—Cuánto me alegro de que hayas venido —dice, y le da un fuerte abrazo, prácticamente estrujándolo con su cuerpecillo. Andrew debe de pasarle por lo menos unos ocho centímetros. Pero ya veo de dónde ha sacado los ojos verdes y los hoyuelos.

Su madre me sonrío con todo el afecto del mundo y, para mi sorpresa, también me da un abrazo. Me dejo hacer, tesa como un palo, los brazos pegados en vertical a su espalda.

—Tú debes de ser Camryn —deduce—. Es como si ya te conociera.

Me resulta raro, pues yo no he sabido de su existencia hasta hoy. Miro con disimulo a Andrew, que me devuelve una sonrisa misteriosa. Me figuro que ha tenido bastantes ocasiones para hablar de mí durante el viaje, sobre todo antes de que empezáramos a compartir habitación, pero lo que más me sorprende es por qué ha hablado tanto de mí.

—Encantada de conocerla, señora... —Abro mucho los ojos cuando miro a Andrew para que me facilite la información por la que voy a darle una patada en la espinilla por no habérmela facilitado antes. Y nada de sonrisas, para que sepa que estoy mosqueada, pero él sigue sonriendo.

—Llámame Marna —pide su madre, y acto seguido me coge las manos, que levanta con las suyas mientras me mira de arriba abajo con esa sonrisa resplandeciente que tiene—. ¿Habéis comido? —pregunta mirando primero a Andrew y luego a mí.

—Sí, mamá, picamos algo antes.

—Ya, pero deberíais comer. He hecho un estofado con judías verdes.

Sólo me suelta una mano, la otra la mantiene agarrada con suavidad, y la sigo al salón, donde hay un televisor enorme sobre la chimenea.

—Sentaos, os traeré un plato.

—Mamá, Camryn no tiene hambre, de verdad.

Andrew entra detrás.

La cabeza me da vueltas: su madre sabe cosas de mí, por lo visto lo bastante para que tenga la sensación de que me conoce. Es muy amable y toda sonrisas, como si ya le cayera bien. Por no mencionar que me cogió a mí de la mano en lugar de coger a su hijo para guiarme por la casa. ¿Me estoy perdiendo algo o es que es sólo la persona más maja con la personalidad más encantadora del mundo? Sea lo que sea, el sentimiento es mutuo.

Me mira y ladea la cabeza a la espera de que diga algo. Me tenso un poco porque no quiero herir sus sentimientos, y me excuso:

—Se lo agradezco mucho, de verdad, pero ahora mismo no creo que pueda comer nada.

Su sonrisa se suaviza.

—Bueno, ¿y algo de beber?

—Eso sí. ¿Tiene té?

—Claro —contesta—. ¿Con azúcar, sin azúcar, de limón, de melocotón, de frambuesa...?

—Uno con azúcar es perfecto, gracias.

Me siento en el centro del sofá color burdeos.

—Cariño, ¿tú qué quieres?

—Lo mismo que Camryn.

Andrew se sienta a mi lado y, antes de volver a la cocina, su madre nos mira un instante, sonriendo mientras piensa algo para sus adentros. Acto seguido, desaparece.

Me vuelvo hacia Andrew rápidamente y le pregunto en voz baja:

—¿Qué le has contado de mí?

Él sonrío.

—En realidad, nada —asegura, e intenta quitarle importancia, pero no funciona—. Sólo que conocí a una chica súperguapa y maja que es muy malhablada y tiene un antojo muy pequeño en la cara interna del muslo izquierdo.

Le doy en la pierna, y su sonrisa se ensancha.

—No, nena —continúa, ahora serio—, sólo le dije que te conocí en el bus y que no nos hemos separado desde entonces.

Me pasa la mano por el muslo para tranquilizarme.

—Da la impresión de que le caigo demasiado bien para haberle dicho sólo eso.

Andrew se encoge ligeramente de hombros y a continuación su madre vuelve con dos vasos de té que nos deja delante, sobre la mesa. Tienen pequeños girasoles amarillos en un lateral.

—Gracias —digo, y bebo un sorbo y dejo el vaso con suavidad en la mesa. Busco un posavasos, pero no veo ninguno.

Ella se sienta frente a nosotros, en la butaca a juego.

—Andrew me ha dicho que eres de Carolina del Norte.

«Ya..., conque eso es todo lo que le ha dicho, ¡y una mierda!». Sé que se ríe para sí, es como si lo oyera perfectamente. Sabe que no puedo asesinarlo con la mirada ni darle ni hacer nada de lo que haría en condiciones normales. Me limito a sonreír como si no estuviera sentado a mi lado.

—Sí —replico—. Nací en New Bern, pero he vivido en Raleigh casi toda mi vida. —Doy otro sorbo.

Marna cruza las piernas y une las manos en el regazo. Lleva joyas sencillas, dos anillos discretos en cada mano, unas bolitas de oro en las orejas y una cadena a juego oculta entre los pliegues de la blusa blanca.

—Mi hermana mayor vivió dieciséis años en Raleigh antes de volver a Texas. Es un bonito estado.

Asiento y sonrío. Imagino que no ha sido más que un tópico para romper el hielo, porque ahora se hace un silencio incómodo y veo que Marna mira mucho a Andrew de

rejo. Y él no dice nada. Este silencio me escama, es como si yo fuera la única de la habitación que no sabe lo que están pensando los demás.

—Y dime, Camryn, ¿por qué estabas de viaje cuando conociste a Andrew? —inquire Marna, y su mirada se aparta de él.

Hala, genial. Esto no me lo esperaba. No quiero mentir, pero la verdad no es precisamente de lo que se suele charlar cuando se toma un té con alguien a quien acabas de conocer.

Andrew bebe un gran trago de té y deja el vaso en la mesa.

—Digamos que estaba más o menos en mi mismo barco —responde por mí, y la respuesta me deja estupefacta—. Yo iba por el camino más largo y Camryn por el camino a ninguna parte, y da la casualidad de que los dos llevaban al mismo sitio.

La curiosidad hace que a Marna se le iluminen los ojos. Tuerce la barbilla, me mira, mira a Andrew y luego a los dos. Hay algo cordial pero muy misterioso en su cara, y no la perplejidad, el escepticismo que me esperaba.

—En fin, Camryn, quiero que sepas que me alegro mucho de que os hayáis conocido. Por lo visto, tu compañía ha ayudado a Andrew a superar algunas dificultades.

Su viva sonrisa se apaga un tanto tras el comentario, y veo con el rabillo del ojo que él la mira con cautela. Supongo que su madre ya ha dicho bastante, o puede que le preocupe que vaya a decir algo que lo avergüence delante de mí.

Como me siento ligeramente incómoda al ser la única a la que evidentemente le falta información, me obligo a esbozar una pequeña sonrisa por la madre.

—La verdad es que nos hemos ayudado mucho mutuamente —admito, y ahora sonrío más porque lo que digo no puede ser más cierto.

Marna se da una palmadita en los muslos, sonrío con cara de felicidad y se levanta.

—Tengo que hacer una llamada rápida —anuncia moviendo una mano—. Se me olvidó decirle a Asher una cosa sobre la moto esa que quiere comprarle al señor Sanders. Será mejor que lo llame antes de que se me vuelva a olvidar. Perdonadme, sólo serán unos minutos.

Sus ojos se detienen con disimulo en Andrew antes de salir del salón. Lo he visto, seguro que ninguno de los dos piensa que no sé que hay algo que a todas luces no debo saber. No sé si es que en el fondo no le caigo bien a Marna y ha hecho el paripé delante de mí para que Andrew no se sienta violento o si se trata de algo completamente distinto. Me está volviendo loca, y ya no estoy tan relajada como llegué a estarlo nada más conocerla.

Y no me equivoco: pocos segundos después de que su madre se haya ido, Andrew se pone en pie.

—¿Qué pasa? —pregunto como si tal cosa.

Él me mira y me da la sensación de que sabe que no voy a pasar esto por alto eternamente. Es consciente de que he sido más observadora de lo que a él le habría gustado.

Sus ojos escrutan mi cara pero no sonrío, sólo me mira como se miraría a alguien a quien se está a punto de decir adiós. Luego se inclina y me besa.

—No pasa nada, nena —niega, decidiendo ser el Andrew risueño y juguetón que tan bien conozco.

Pero no me lo trago. Sé que está mintiendo, y no pienso dejarlo estar. Lo haré por ahora, mientras estemos aquí, pero después será otra historia.

—Ahora mismo vuelvo —dice, y sale por donde se fue su madre.

ANDREW

Probablemente no debiera haber traído aquí a Camryn, porque es lista, y sabía que pillaría el más mínimo cambio en la conversación. No es que mi madre se lo pusiera difícil a Camryn, no, pero éste es un encuentro importante entre ellas, e hice lo que tenía que hacer.

Enfilo el pasillo en dirección al dormitorio de mi madre. Ella está allí, esperándome. Llorando.

—Mamá, no hagas esto, por favor. —La abrazo, poniéndole una mano en la cabeza.

Ella se sorbe la nariz, se atraganta e intenta parar de llorar.

—Andrew, por favor, ve a la cita y...

—Mamá, no. Escucha. —La aparto de mí con delicadeza y la miro, las manos en sus hombros—. Ha pasado demasiado tiempo. Esperé demasiado, y lo sabes. Reconozco que debería haber ido hace ocho meses, pero no lo hice, y ahora es demasiado tarde.

—Eso no lo sabes. —Las lágrimas le corren por la cara.

Suavizo la expresión, pero sé que no me va a escuchar, por muy convincente que suene.

—Ha empeorado —afirmo—. Mira, lo único que quiero es que la conozcas. Es muy importante para mí. Las dos sois muy importantes para mí, y creo que deberíais conoceros...

Mi madre me pone delante una mano y la mueve.

—No puedo hablar de esto —se atraganta de nuevo—, no puedo. Haré lo que quieras que haga, e, hijo, ya me gusta. Se ve que es una chica estupenda. Se ve que es muy distinta de todas las chicas con las que has estado. Y es importante para mí no sólo porque lo es para ti, sino por todo lo que te ha dado.

—Gracias —contesto, procurando no llorar yo también.

Le quito las manos de los hombros.

Me meto una mano en el bolsillo trasero y saco un sobre doblado que pongo en la mano reacia de mi madre. Luego la beso en la frente.

Mi madre se niega a mirarlo. Para ella es algo definitivo. En lo que a mí respecta, dice todas las cosas que yo no podré decir.

Mi madre asiente y le brotan más lágrimas de los ojos. Deja el sobre en la cómoda y coge un pañuelo de papel de una caja que hay junto a la cama. Tras secarse las lágrimas de las mejillas y sorberse el resto, procura recuperar la compostura antes de volver al salón con Camryn.

—¿Por qué no se lo dices sin más, Andrew? —sugiere, volviéndose para mirarme en la puerta del dormitorio—. Deberías contárselo para que podáis hacer lo que queráis antes de que...

—No puedo —aseguro, y esas palabras me abren un agujero en el pecho—. Quiero que todo siga el curso que debería seguir y no que lo forcemos para que pase antes por culpa de otra cosa.

No le hace gracia mi respuesta, pero la entiende.

Salimos juntos y ella sonrío como puede por Camryn cuando entramos de nuevo en el salón.

Camryn también sigue sonriente, pero su cara dice bien claro que sabe que mi madre ha estado llorando.

Mi madre se acerca a ella, que se levanta instintivamente.

—Siento tener que poner fin a esta visita tan pronto —se disculpa mi madre al tiempo que abraza a Camryn—, pero acabo de recibir una mala noticia de un miembro de la familia cuando estaba hablando con Asher. Espero que lo entiendas.

—Claro —afirma Camryn, su expresión endurecida por la preocupación. Me mira un

instante de soslayo—. Lo siento. Espero que todo vaya bien.

Mi madre hace un gesto afirmativo y se obliga a sonreír a pesar de los ojos llorosos.

—Gracias, cielo. Que Andrew te traiga en cualquier otro momento, siempre serás bienvenida en esta casa.

—Gracias —contesta Camryn con un hilo de voz, y abraza a mi madre por propia iniciativa.

—Andrew, ¿de qué va todo esto? —pregunta Camryn antes incluso de que cierre la puerta del coche.

Profiero un suspiro e introduzco la llave en el contacto.

—Rivalidad entre hermanos, nada más —explico procurando no mirarla. Arranco el coche y meto la marcha atrás—. Mi madre se disgusta cuando Aidan y yo discutimos.

—Estás mintiendo.

Pues sí, y lo seguiré haciendo.

La miro un instante y salgo a la calle marcha atrás.

—La pobre no quería meterte en esto —empiezo, y el resto de la mentira empieza a tomar forma—. Pero tiene que ver con el funeral de mi padre. Ya viste que no sacó el tema delante de ti. Me llevó a su habitación para contármelo y que no tuvieras que oírlo.

Sigue sin creermelo del todo, pero sé que empieza a tragárselo.

—Entonces, ¿qué fue lo de la mala noticia esa del familiar?

—No hay ninguna mala noticia —respondo—. Sólo quería hablar conmigo, le conté que discutí con Aidan por teléfono antes de que saliéramos de mi casa y eso la disgustó.

Camryn suspira y mira por la ventana.

—A mi madre le caes muy bien.

Vuelve la cabeza hacia mí. Al principio me da que quiere seguir hablando de lo de Aidan, pero lo deja estar.

—La verdad es que es una mujer encantadora —opina Camryn—. Quizá Aidan y tú debierais intentar llevaros mejor y así no darle tantos disgustos.

Pone énfasis en el nombre, como si no se creyera mi mentira del todo.

Aunque no viene al caso, es un buen consejo.

—Nena, escucha, lo siento. Quizá no debiera haberte traído tan pronto para que la conocieras.

—No pasa nada —asegura, y se escurre en su asiento para acercarse a mí—. Me alegro de que lo hayas hecho. Me hizo sentir... especial.

Creo que ahora me cree, o tal vez sólo intente apartar la corazonada que tiene, porque es consciente de que por el momento no voy a soltar la verdad.

Le paso un brazo por los hombros.

—Es que eres especial.

Apoya la cabeza en mi pecho.

—No le contaste que nos vamos mañana.

—Lo sé, pero lo haré. Puede que la llame esta noche y se lo diga. —La estrecho con delicadeza—. Ahora que te ha conocido y que está claro que le gustas, creo que no se preocupará tanto por que vaya a hacer algo tan poco normal.

Camryn me mete la mano entre los muslos y me sonrío.

—Ya, ahora sólo tengo que decírselo yo a mi madre. —Se yergue de pronto, como si se le ocurriera algo—. Podría esperar a contárselo cuando pasemos por Carolina del Norte, vamos a verla y así la conoces.

Esa preciosa sonrisa suya de ojos azules es radiante.

Sonrío a mi vez y asiento.

—¿Quieres llevar a alguien como yo a tu casa para que conozca a tu madre? ¿Y si les echa un vistazo a mis tatus y me aleja de ti? —bromeo.

—Ni de coña —niega ella, riendo con ligereza—. Lo que pasará es que se enamorará de ti.

—Vaya, vaya, así que quieres liarme con una madurita.

Los ojos se le salen de las órbitas, y yo echo la cabeza hacia atrás y me río.

—Nena, es broma.

Suelta un bufido y respira hondo, con aire de exasperación, pero tampoco es capaz de ocultar que le hace gracia.

—Por cierto, ¿alguna vez has estado...? Ya sabes...

Es incapaz de decirlo en voz alta, lo que me resulta sumamente divertido.

—¿Con una mujer mayor? —la ayudo, risueño.

Es evidente que el tema la incomoda, pero ha sido ella la que ha preguntado, así que puedo atormentarla con ello lo que me dé la gana.

—Sí, claro.

Vuelve la cabeza bruscamente, los ojos más abiertos si cabe que antes.

—No es verdad.

Río y le digo:

—Que sí.

—Y ¿cuántos años tenía? O... ¿tenían...? —Ladea la cabeza, pero sin mover los ojos.

La versión en plural de pronto parece territorio peligroso, pero quiero ser completamente sincero con ella. Bueno, al menos en lo que a esto se refiere...

Le pongo la mano en la pierna.

—Un par de veces. Una tendría sólo unos treinta y ocho, que a mi modo de ver tampoco es que sea tan distinto de veintiocho, pero también me acosté con una mujer que tenía unos cuarenta y tres.

Camryn tiene la cara al rojo, pero no está celosa ni cabreada, aunque creo que quizá esté un poco... preocupada.

—Y ¿qué te gusta más? —pregunta con tino.

Procuro no reírme.

—Nena, no es cuestión de edad —reconozco—. Me refiero a que no me van las abuelitas ni nada por el estilo, y creo que cualquier mujer, tenga la edad que tenga, que se cuide y siga estando buena es follable.

—Anda que... —Camryn se ríe—. Y luego dices que la que habla mal soy yo.

Se sacude el pasmo que le han provocado mis palabras y espeta:

—No has contestado a mi pregunta.

—Técnicamente, sí —le tomo el pelo un poco más—. Me has preguntado qué me gusta más, y en realidad no hay una respuesta concreta a tu pregunta, sólo puedo responder en general.

Sé exactamente lo que quería preguntar en realidad, y estoy seguro de que ella también, pero nunca dejo escapar la oportunidad de chincharla.

Amusga los ojos.

Me río y al final aflojo.

—Nena, tú eres el mejor sexo que he tenido en mi vida —aseguro, y ella frunce la boca como si dijera: «Sí, claro, sólo lo dices porque ahora mismo no eres objetivo»—. Lo digo en serio, Camryn. No te estoy llenando la cabeza de mierda porque te tenga al lado y porque les tenga aprecio a mis huevos.

Ella sonrío y levanta la vista al techo, pero ahora se cree mis palabras. La estrecho de nuevo contra mí y ella se muestra encantada de apoyar la cabeza otra vez en mi pecho.

—Eres el mejor sexo que he tenido en mi vida porque contigo conseguí algo que no había conseguido con ninguna otra chica.

Ladea y levanta la cabeza para mirarme, a la espera de oír de qué se trata

exactamente.

Sonríó y le aclaro:

—Desvirgué tu inocencia, te hice sentir más cómoda con tu sexualidad. Y eso me pone un montón.

Camryn se inclina y me da besos por el mentón.

—Sólo te gusto por esa mamada que te hice en la carretera.

Miro hacia arriba y sonrío.

—Es verdad que eso me gustó mucho, mucho, mucho, sí, pero no, nena, no es por eso por lo que me gustas.

Creo que por fin se siente segura otra vez. Hunde la cabeza en mi pecho y apoya con fuerza el brazo derecho sobre el estómago.

Hacemos el resto del camino a casa sin decir nada. Presiento que su silencio es menos sombrío que el mío. Sin embargo, no quiero preocuparla ni romperle el corazón. Ni ahora ni nunca. Es inevitable, pero quiero retrasarlo todo lo posible.

Pasamos cuatro horas viendo películas en el salón, los dos tumbados en el sofá. La abrazo y la beso cuando intenta prestar atención a una escena importante, y le meto la lengua en la oreja sólo para que me diga a gritos que es asqueroso. Está tan mona cuando le da asco algo..., así que es culpa suya que me guste tanto hacerlo. Nos tiramos palomitas a la boca el uno al otro y puntuamos los tiros. Ganó ella, seis a cuatro, y luego lo dejamos y empezamos a comernos las palomitas en lugar de jugar con ellas. Y le presenté a mi planta, *Georgia*, que no murió mientras estuve fuera. Camryn me habló de un perro mestizo al que adoptó en un refugio y llamó *BeeBop*, y yo le dije la pena que me daba que le hubiera puesto semejante nombre al animalito. Da la casualidad de que *BeeBop* murió de una insuficiencia cardíaca congestiva, como mi perro y mejor amigo *Maximus*. Le enseñé fotos suyas y casualmente ella también tenía una de *BeeBop*. De puro feo, era mono.

Hablamos horas y horas, hasta que se me sube encima a horcajadas. Se apoya contra mí y dice con una voz tan melosa que me hace estremecer por dentro:

—Vámonos a la cama...

Me levanto con ella enroscada a la cintura, cogiéndole el culo, y la llevo a la habitación. Me quito la ropa, toda, y me tumbo en mitad de la cama. Antes de traerla aquí ya la tenía dura como el acero. Y la observo cuando se desviste despacio delante de mí, despojándose no sólo de la ropa, sino de su habitual timidez. Avanza hacia mí desde el extremo de la cama y se me echa encima de manera que me noto poniéndosela entre los cálidos labios. No deja de mirarme en ningún momento cuando se coloca de forma que su boca se acerca a la mía, besándome el pecho y rodeándome los pezones con la punta de la lengua. Mis manos retienen el calor de sus muslos hasta que me besa y le cubro los pechos con ellas.

—Me gusta tanto estar así contigo... —susurro contra su boca justo antes de que me deje sin respiración con un beso.

La penetro un poco con suavidad y ella aumenta la intensidad, calentándose y haciendo que quiera metérsela hasta dentro. Pero ahora mismo es ella la que tiene el control, y estaré encantado de que así sea.

Deja de besarme en la boca para besarme un lado del cuello y luego el otro, siempre moviendo las caderas tan despacio que hace que la desee mucho más.

—Deja que antes te ponga cachonda —le susurro, las manos en las pequeñas caderas. Ya está húmeda, pero ésa no es la cuestión—. Ven aquí, nena —pido levantando la barbilla para indicar mi cara.

Ella me lame los labios primero y luego, cuando empieza a subir, bajo un poco más en la cama para dejarle sitio.

No pierdo el tiempo cuando sus muslos envuelven mi cabeza, y empiezo a lamerla con furia, chupándole el clítoris de tal modo que ella empieza a frotarse contra mi cara,

las manos agarrando el cabecero de la cama. Está empapada. Cuando empieza a gemir y a gimotear, me detengo. Y sabe por qué. Sabe que quiero que se corra conmigo.

Vuelve a bajar por mi cuerpo y se me sienta encima, restregándose contra mi polla antes de bajar la mano y cogerla.

Cuando se me sube encima, despacio, ambos soltamos un grito ahogado y nos estremecemos.

Después de pasarnos la noche haciendo el amor, se queda frita en mis brazos, y permanecemos así. No quiero soltarla. Llora en silencio en la suavidad de su pelo hasta que al final también yo me quedo dormido.

CAMRYN

—¿Andrew? —pregunto al tiempo que me vuelvo e invado su lado de la cama. Cuando despierto un poco más, levanto la cabeza despacio y veo que no está.

Me huele a beicon.

Recuerdo la noche que hemos pasado y soy incapaz de borrarle la elocuente sonrisa de la cara. Me desenredo de las sábanas, salgo de la cama y me pongo las bragas y la camiseta.

Cuando entro en la cocina, Andrew está frente a los fogones.

—Amor —digo—, ¿por qué te has levantado tan pronto?

Voy a la nevera, la abro y busco algo con lo que humedecerme la boca. Necesito lavarme los dientes, pero si está preparando el desayuno no quiero que me sepa raro al mezclarlo con dentífrico.

—Pensaba llevarte el desayuno a la cama.

Ha tardado unos segundos más en contestar de lo que creo que debería, y le he notado la voz apagada. Levanto la vista de la nevera y lo miro. Está ahí plantado, mirando la grasa.

—Amor, ¿te encuentras bien?

Dejo que se cierre la puerta de la nevera sin coger nada.

Él apenas alza la cabeza para mirarme.

—¿Andrew?

El corazón me late más y más deprisa, aunque no sé por qué.

Me acerco a él y le pongo la mano en el brazo. Él deja de mirar la grasa y me mira despacio.

—Andrew...

En una especie de cámara lenta cruel, las piernas le ceden y su cuerpo cae en las baldosas blancas, la espumadera que tenía en la mano golpeando el suelo con él, salpicándolo de grasa caliente. Intento cogerlo, pero no soy capaz. Todo sigue moviéndose a cámara lenta: el chillido que pego, mis manos cuando le agarran los hombros, su cabeza al rebotar contra el suelo. Pero, cuando su cuerpo empieza a temblar y a convulsionarse de manera descontrolada, la cámara lenta pasa a ser veloz y aterradora.

—¡ANDREW! ¡DIOS MÍO, ANDREW!

Quiero ayudarlo a que se levante, pero su cuerpo no deja de temblar. Revuelve los ojos y tiene la mandíbula contraída de tal forma que da miedo; las extremidades, rígidas.

Grito de nuevo, las lágrimas brotándome de los ojos.

—¡Que alguien me ayude!

Entonces reacciono y voy en busca del teléfono más a mano. Su móvil está en la encimera. Marco el número de emergencias y en los dos segundos que tardan en cogerlo voy a apagar el fuego de la cocina.

—Por favor, está sufriendo un ataque. Por favor, ¡que alguien me ayude!

—Señora, lo primero que tiene que hacer es calmarse. ¿Aún tiene el ataque?

—¡Sí!

Veo horrorizada que el cuerpo de Andrew tiembla contra el suelo. Estoy tan asustada que me dan ganas de vomitar.

—Señora, quiero que aparte de su lado cualquier cosa con la que pueda hacerse daño. ¿Lleva gafas? ¿Corre peligro de que se golpee la cabeza contra un mueble o algún otro objeto?

—¡No! Pero... pero se ha dado en la cabeza al caer.

—Muy bien, busque algo que pueda ponerle debajo, una almohada, algo que impida que se golpee contra otra cosa.

Echo un vistazo en la cocina primero, pero al no ver nada voy corriendo al salón y

cojo un cojín pequeño del sofá y lo llevo. Dejo el teléfono justo lo suficiente para ponerle el cojín debajo de la cabeza, que no para de dar sacudidas.

«No, no... Dios mío, ¡¿qué le está pasando?!».

Vuelvo a coger el teléfono.

—¡Le he puesto un cojín debajo de la cabeza!

—Muy bien, señora —dice la operadora sin alterarse—, ¿cuánto hace que tiene el ataque? ¿Sabe si tiene alguna enfermedad que le provoque esos ataques?

—No... no lo sé, unos..., puede que dos minutos, tres como mucho. Y no, nunca lo he visto así antes. No me ha dicho que tenga... —Ahora que caigo en la cuenta: no me lo ha dicho. Se me empiezan a pasar toda clase de cosas por la cabeza, y lo único que consigo es volver a perder los nervios—. Por favor, ¡manden una ambulancia! ¡Por favor! ¡De prisa! —Me ahogo con mis propias lágrimas.

Las convulsiones de Andrew cesan.

Antes de que la operadora pueda responder, digo:

—¡Ha parado! ¿Qué... qué hago?

—Muy bien, señora, necesito que lo ayude a ponerse de lado. Le enviaremos una ambulancia. ¿Cuál es la dirección?

Mientras lo pongo de lado, la pregunta me deja helada.

«¡No lo sé! ¡Joder, no lo sé! ¡Mierda!».

—No... no sé cuál es la... —Me levanto como una bala y corro hacia la encimera, donde se amontona el correo, veo la dirección en el sobre de arriba y se la leo.

—La ambulancia va en camino. ¿Quiere que me quede al teléfono con usted mientras llega?

No estoy segura de lo que me ha dicho, o de si no ha dicho nada y sólo son imaginaciones mías, pero no contesto. No puedo dejar de mirar a Andrew, inconsciente en el suelo de la cocina.

—¡Está inconsciente! Dios mío, ¡¿por qué no se despierta?! —Me llevo la mano libre a la boca.

—No es tan raro —aclara la mujer, y por fin salgo de mi estupor y la escucho—. ¿Quiere que siga con usted hasta que llegue la ambulancia?

—Sí, por favor, no cuelgue. Por favor.

—No se preocupe, estoy aquí —afirma.

Y su voz es mi único consuelo. No puedo respirar. No puedo pensar con claridad. No puedo hablar. Sólo puedo mirarlo. Estoy demasiado asustada hasta para sentarme en el suelo a su lado por miedo de que vuelva a darle el ataque y yo esté por medio.

Minutos después oigo un ulular de sirenas en la calle.

—Creo que han llegado —digo al teléfono, la voz lejana.

Sigo sin poder apartar la vista de Andrew.

«¿Por qué está pasando esto?».

Llaman a la puerta y finalmente me levanto y salgo corriendo para abrir a los paramédicos. Ni siquiera recuerdo que se me cayera el teléfono de Andrew al suelo con la operadora del servicio de emergencias aún al otro lado. Lo siguiente que recuerdo es que suben a Andrew a una camilla y lo sujetan con unas correas.

—¿Cómo se llama? —pregunta alguien, y estoy segura de que es uno de los paramédicos, pero no le veo la cara. Sólo veo la de Andrew mientras lo sacan por la puerta.

—Andrew Parrish —respondo en voz baja.

Oigo vagamente el nombre del hospital al que el paramédico me dice que lo llevan. Y, cuando se marchan, me quedo como un pasmarote, la vista clavada en la puerta donde lo he visto por última vez. Tardo varios largos minutos en poner en orden las ideas, y lo primero que hago es cogerle el móvil y buscar el número de su madre. La oigo llorar al otro extremo cuando le cuento lo sucedido y creo que se le cae el teléfono.

—¿Señora Parrish? —Noto que se me saltan las lágrimas—. ¿Señora Parrish?
—Pero no está.

Al cabo, me pongo algo de ropa —ni siquiera sé lo que llevo—, y, después de coger las llaves del coche de Andrew y mi bolso, salgo corriendo. Doy vueltas unos minutos con el Chevelle hasta que me doy cuenta de que no sé adónde voy ni dónde estoy. Encuentro una estación de servicio y pregunto cómo llegar al hospital. Me dan indicaciones, pero casi no consigo llegar sin perderme. No puedo pensar con claridad.

Cierro la puerta de golpe e irrumpo en urgencias con el bolso resbalándome por el hombro. Se me podría caer y no notaría la diferencia. La enfermera del mostrador busca información y me indica por dónde ir. Acabo en una sala de espera. Y estoy completamente sola.

Creo que ha pasado una hora, pero podría equivocarme. Una hora. Cinco minutos. Una semana. Da lo mismo: todo me parecería lo mismo. Me duele el pecho de tanto llorar. He estado dando tantas vueltas que he empezado a contar las motas de la moqueta de tanto ir arriba y abajo.

Otra hora.

La sala de espera es increíblemente anodina, con paredes marrones y asientos marrones dispuestos ordenadamente en dos filas en el centro de la habitación. Un reloj sobre la puerta va marcando el tiempo con su tictac, y aunque el sonido apenas me resulta perceptible, mi cerebro cree poder oírlo. Cerca hay una cafetera y un lavabo. Un hombre —creo— acaba de entrar por una puerta lateral, se llena un vasito de plástico y se marcha.

Otra hora.

Me duele la cabeza. Tengo los labios agrietados. No paro de pasarme la lengua por ellos, empeorando la situación. Llevo un rato sin ver pasar a ninguna enfermera, y empiezo a desear haber parado a la última que vi antes de que se fuera por el largo y aséptico pasillo iluminado con fluorescentes.

¿Por qué están tardando tanto? ¿Qué está pasando?

Me doy una palmada en la frente y, cuando voy a sacar el móvil de Andrew del bolso, oigo una voz familiar.

—¿Camryn?

Me vuelvo de prisa.

Asher, el hermano menor de Andrew, entra en la sala.

Quiero sentirme aliviada al ver que por fin alguien viene a hablar conmigo, a quitarme esta profunda sensación de doloroso vacío, pero no puedo sentir alivio porque seguro que me va a contar algo horrible de Andrew. Que yo sepa, Asher ni siquiera estaba en Texas, y si está aquí de pronto seguro que es porque ha cogido el primer avión desde dondequiera que se encontrara, y la gente sólo hace eso cuando ha pasado algo malo.

—¿Asher? —digo, las lágrimas tensando mi voz. Me echo en sus brazos sin vacilar y él me estrecha con fuerza—. Por favor, dime qué está pasando —pido, las lágrimas cayéndome de nuevo—. ¿Está bien Andrew?

Él me coge la mano, me lleva hasta un asiento y me acomodo a su lado, estrujando el bolso en el regazo sólo para tener algo a lo que agarrarme.

Asher se parece tanto a Andrew que se me parte el corazón.

Me sonríe con amabilidad.

—Ahora mismo está bien —responde, y esa pequeña frase basta para que una sacudida de energía me recorra el cuerpo—. Pero probablemente no por mucho tiempo.

E igualmente de prisa, esa energía esperanzadora me abandona arrastrando consigo otras partes de mí: el corazón, el alma, esa pizca de esperanza que llevaba manteniendo desde que pasó esto. «¿Qué dice Asher?... ¿Qué está intentando

decirme?».

Las lágrimas me sacuden el pecho.

—¿Qué quieres decir? —Apenas me salen las palabras.

Él coge aire con tranquilidad.

—Hará unos ocho meses, mi hermano se enteró de que tiene un tumor cerebral... —cuenta con cautela.

Me quedo sin corazón. Me quedo sin respiración.

El bolso se me cae al suelo, todo se sale, pero soy incapaz de moverme para recogerlo. No puedo mover... ninguna parte de mi cuerpo.

Noto que Asher me coge la mano.

—Como mi padre estaba enfermo, Andrew se negó a hacerse más pruebas. Se suponía que tenía que ir a ver al doctor Marsters esa misma semana, pero no quiso ir. Mi madre y mi hermano, Aidan, hicieron todo lo que pudieron para que fuese. Que yo sepa, dijo que sí en un momento dado, pero no llegó a ir porque mi padre empeoró.

—No... —sacudo la cabeza una y otra vez, no quiero creer lo que me está contando—, no... —Sólo quiero desterrar sus palabras de mi cabeza.

—Por eso Andrew y Aidan han andado como el perro y el gato —continúa Asher—. Aidan solamente quería que Andrew hiciera lo que tenía que hacer, y Andrew, el muy cabezota, venga a discutir con él.

Miro la pared y digo:

—Por eso no quería ver a su padre en el hospital... —Al comprenderlo me siento más aturdida aún.

—Sí —afirma Asher en voz queda—. Y tampoco quiso ir al funeral por lo mismo.

Ahora miro a Asher, mis ojos atravesándolo, dándome golpecitos con los dedos en los labios.

—Tiene miedo. Tiene miedo de que le vaya a pasar lo mismo, de que su tumor no se pueda operar.

—Sí.

Me levanto de un salto, una barra de labios se casca al pisarla.

—Pero ¿y si no es tan malo? —espeto, desesperada—. Ahora está en el hospital, pueden hacer lo que tengan que hacer. —Voy hacia la salida—. Lo obligaré a hacerse las pruebas. ¡Como sea! Me hará caso.

Asher me agarra por el brazo. Me vuelvo.

—Que ellos sepan, ahora mismo no tiene muchas posibilidades, Camryn.

Voy a vomitar. Tengo la sensación de que miles de agujas minúsculas me acribillan las mejillas cuando más lágrimas asoman a la superficie. Y las manos me tiemblan. ¡Me tiembla todo el puñetero cuerpo!

Asher añade con suavidad:

—Lo ha dejado estar demasiado tiempo.

Me tapo la cara con las dos manos y prorrumpo en sollozos, mi cuerpo temblando sin control. Siento que Asher me abraza con fuerza.

—Quiere verte.

Sus palabras hacen que levante la vista.

—Ya lo han subido a una habitación, te acompañaré a verlo. Espera aquí unos minutos, hasta que se vaya mi madre, y te llevo.

No digo nada. Me quedo allí parada, muda..., muriéndome por dentro, el peor dolor que he sentido en mi vida.

Asher me mira una vez más para asegurarse de que lo he oído bien y después dice con cautela:

—No tardo nada. Tú espera aquí.

Asher se va y, para no desmoronarme, me agarro al asiento que tengo más a mano y me dejo caer. Ni siquiera veo bien, las lágrimas me escuecen en los ojos, me ruedan

por las mejillas. Es como si alguien me hubiera metido la mano en el pecho literalmente y me hubiera arrancado el corazón.

No sé si podré verlo sin que se me vaya la cabeza del todo.

¿Por qué ha hecho esto?!

¿Por qué está pasando esto?!

Antes de que me vuelva loca de atar y empiece a romper cosas o a dar golpes y hacerme daño, me pongo a cuatro patas en el suelo para buscar el bolso. Ni siquiera me he dado cuenta de que Asher lo ha recogido todo y, después de meterlo dentro, ha dejado el bolso en la silla. Cojo el teléfono y llamo a Natalie.

—¿Sí?

—Natalie, necesito... necesito que me hagas un favor.

—Cam..., ¿estás llorando?

—Natalie, por favor, escúchame.

—Sí, claro, dime. ¿Qué pasa?

—Eres mi mejor amiga —continúo—, y necesito que vengas a Galveston. Cuanto antes. ¿Lo harás? Te necesito. Por favor.

—Dios mío, Camryn, ¿qué coño está pasando? ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—A mí no me ha pasado nada, pero te necesito aquí. Necesito a alguien, y eres todo lo que tengo. Mi madre no... Natalie, por favor.

—Cla-claro —contesta, profundamente preocupada—. Cogeré el primer avión, iré ahora mismo. No te separes del teléfono.

Dejo caer la mano, el teléfono apretado en el puño, y miro la pared durante lo que me parece una eternidad hasta que la voz de Asher me saca de mi ensimismamiento. Lo miro. Viene hacia mí y me coge la mano, a sabiendas de que lo voy a necesitar. Me noto las piernas flojas, como si llevara unas prótesis y no las controlara del todo. Asher me agarra la mano con fuerza. Salimos al iluminado pasillo y vamos hacia un ascensor.

—Tengo que tranquilizarme —digo en voz alta, pero más para mí misma que para Asher. Le suelto la mano, me seco las lágrimas y me paso los dedos por el pelo, por la cabeza—. No puedo verlo hecha una histérica. Sólo faltaba que tuviera que tranquilizarme él a mí.

Asher no dice nada, y no lo miro. Veo nuestro reflejo en la puerta del ascensor, deformado y descolorido. Veo que el ascensor sube dos plantas y luego se detiene. La puerta se abre. Me quedo parada al principio, tengo miedo de salir, pero luego respiro hondo y me enjugo los ojos de nuevo.

Recorremos la mitad del pasillo, hasta llegar a una habitación con una puerta grande de madera entreabierta. Asher la empuja, pero yo miro al suelo y a la línea invisible que me separa a mí, en el pasillo, de Andrew, en la habitación, y me asusta cruzarla. Me da que una vez que lo haga veré que todo esto es real y que ya no hay vuelta atrás. Cierro los ojos y reprimo una nueva oleada de lágrimas, respiro hondo, los puños apretando el bolso.

Abro los ojos cuando sale la madre de Andrew.

Tiene el amable rostro exhausto debido a la emoción, como sé que lo estará el mío; el pelo revuelto, los ojos hinchados. Así y todo, consigue dedicarme una sonrisa cariñosa, me apoya con suavidad una mano en el hombro.

—Me alegro de que estés aquí, Camryn.

Y se aleja de la habitación cogida de la mano de Asher.

Los sigo con la mirada un instante en el pasillo, pero parecen fundirse con el entorno.

Echo un vistazo a la habitación desde la puerta y veo el extremo de la cama que sé que ocupa Andrew.

Entro.

—Nena, ven aquí —dice él al verme.

Al principio me quedo clavada donde estoy, pero cuando lo miro a los ojos, esos inolvidables ojos verdes que tanto poder ejercen sobre mí, dejo el bolso en el suelo y corro hasta su cama.

Prácticamente me echo encima de él, me refugio entre sus brazos a la desesperada, y él me abraza con fuerza, pero no tanta como me gustaría. Quiero que me aplaste hasta morir y no me suelte jamás, que me lleve consigo. Pero todavía está débil. Veo que la enfermedad por la que está pasando lo consume de prisa.

Andrew me coge la cara entre las manos, me aparta el pelo de los ojos y me borra a besos las lágrimas que tanto he intentado ocultar por él, para que no tuviera que malgastar su energía en mí. Sin embargo, el corazón piensa por su cuenta y siempre se sale con la suya, sobre todo cuando se está muriendo.

—Lo siento mucho —dice con voz dolorida, desesperada, sus manos aún rodeando mi cara—. No podía decírtelo, Camryn... No quería que el tiempo que pasáramos juntos fuese distinto de lo que fue.

Rompo a llorar, las lágrimas corriéndole por los dedos y por las muñecas.

—Espero que no estés...

—No, Andrew... —Me trago unas lágrimas—. Lo entiendo, no hace falta que me des explicaciones. Me alegro de que no me lo contaras...

Parece sorprendido, aunque satisfecho. Me acerca la cara y me besa en la boca.

—Tienes razón —aseguro—. Si me lo hubieras dicho, el tiempo que pasamos juntos se habría ensombrecido y... no... no lo sé, pero habría sido distinto, y no soporto la idea de que hubiera sido distinto... Pero, Andrew, ojalá me lo hubieses dicho por una razón, sólo por una: habría hecho lo que fuera, ¡lo que fuera!, para llevarte al hospital antes. —Empiezo a alzar la voz cuando me duele decir la triste verdad de mis palabras—. Podrías...

Él niega con la cabeza.

—Nena, ya era demasiado tarde.

—¡No digas eso! No es demasiado tarde. Sigues aquí, todavía hay una oportunidad.

Sonríe dulcemente y sus manos dejan mi cara, descansando a los lados en la manta de hospital de punto blanca que lo tapa. Del dorso de la mano le sale una vía conectada a un aparato.

—Estoy siendo realista, Camryn. Ya me han dicho que esto no pinta bien.

—Pero aún hay una posibilidad —insisto, reprimiendo más lágrimas y deseando que pudiera cortar el grifo—. Aunque sea pequeña, es mejor que nada.

—Si dejas que me operen.

Es como si acabaran de darme un bofetón.

—¿Cómo que «si» dejas?

Sus ojos se apartan de los míos.

Le cojo la barbilla con firmeza, obligándolo a mirarme.

—Nada de «si», Andrew..., no lo dirás en serio, ¿no?

Él me agarra y se hace a un lado en la cama. Luego hace que me tumbe con él y, cuando me aovillo contra su cuerpo, me pasa un brazo por la cintura y me aprieta con fuerza.

—Si no te hubiera conocido —dice mirándome a los ojos, ahora a escasos centímetros de los suyos— no habría seguido adelante. Si no estuvieras conmigo ahora mismo, no lo haría. Pensaría que es una pérdida de dinero y de tiempo y no haría sino darle falsas esperanzas a mi familia, alargando lo inevitable.

—Pero vas a dejar que te operen —afirma con recelo, aunque más bien es una pregunta.

Me pasa el pulgar por la mejilla.

—Haré cualquier cosa por ti, Camryn Bennett. Me da igual lo que sea, me da lo mismo..., cualquier cosa que me pidas que haga la haré. Sin excepciones.

Los sollozos me sacuden el pecho.

Antes de que pueda decir nada más, Andrew me acaricia la mejilla con la mano,

apartándome el pelo. Me mira fijamente a los ojos.

—Lo haré.

Pego mi boca a la suya y nos besamos febrilmente.

—No puedo perderte —digo—. La carretera nos espera. Eres mi alma gemela.
—Me obligo a sonreír a pesar de las lágrimas.

Él me da un beso en la frente.

Nos quedamos tumbados un rato, hablando de la operación y de las pruebas que aún se han de hacer, y le digo que no me moveré de su lado. Me quedaré con él lo que haga falta. Y seguimos hablando y hablando de los sitios que queremos ver, y de pronto él empieza a elegir canciones que quiere que me aprenda para que podamos cantarlas juntos en la carretera. Nunca he estado más dispuesta a cantar con él. Intentaría berrear a Céline Dion o a una cantante de ópera: me da lo mismo, lo haría. Casi con toda seguridad conseguiría que todo el mundo buscara la salida gritando, pero lo haría. En un momento dado entra una enfermera para ver cómo está, y Andrew recupera parte de su personalidad juguetona y bromea con ella: le dice que puede unirse a nosotros si le apetece montarse un trío.

La enfermera sonrió, levantando la vista al techo, y se puso a lo suyo. El comentario hizo que se sintiera bien consigo misma, que era todo cuanto él pretendía.

Durante un rato, tumbada en la cama con Andrew, es como cuando estábamos en la carretera. No pensamos en la enfermedad ni en la muerte, y no lloramos. Sólo hablamos y nos reímos y de vez en cuando intenta tocarme en los sitios adecuados. Suelto una risita y le quito las manos, porque tengo la sensación de estar haciendo algo malo. De que él debería descansar.

Al final me rindo y lo dejo hacer. Porque es insistente. Y, desde luego, irresistible. Dejo que me meta un dedo bajo la manta y luego mi mano se ocupa de él.

Al cabo de otra hora, me levanto de la cama.

—Nena, ¿qué pasa?

—No pasa nada —afirmo, sonriendo cariñosamente, y me quito los pantalones y la camiseta.

Se le pone una sonrisa de oreja a oreja. Sabía que la maquinaria pervertida de su cabeza empezaría a funcionar antes que cualquier otra cosa.

—Aunque me encantaría montármelo contigo en la habitación de un hospital —aclaro cuando vuelvo a meterme en la cama con él—, eso no va a pasar: necesitas reservar todas las fuerzas para la operación.

Me lo montaría con él sin dudarle en esta cama, pero ahora mismo la cosa no va de sexo.

Me mira con curiosidad cuando me tumbo de nuevo a su lado en bragas y sujetador únicamente y me acurruco junto a él como antes. Bajo la manta de punto él sólo lleva unos finos pantalones azules de hospital. Pego el pecho con fuerza al suyo y enredo las piernas en las de él, nuestros cuerpos, perfectamente alineados, las costillas, tocándose.

—¿Qué haces? —inquieta, cada vez más curioso e impaciente, pero encantado en todo momento.

Bajo el brazo libre y recorro su tatuaje de Eurídice con los dedos. Él me mira con atención. Y cuando el dedo índice llega al codo de Eurídice, donde termina la tinta, lo paso por mi propia piel para seguirlo.

—Quiero ser tu Eurídice, si me dejas.

La cara se le ilumina, los hoyuelos se le marcan más.

—Quiero hacerme la otra mitad —continúo, ahora tocándole los labios con los dedos—. Quiero tener a Orfeo en las costillas y que se reúnan.

Está abrumado. Lo veo en sus ojos brillantes.

—Nena, no hace falta que lo hagas; en las costillas duele un montón.

—Pero lo quiero, y me da lo mismo lo que duela.

Los ojos se le humedecen al mirarme y a continuación me besa en la boca y nuestras lenguas bailotean juntas durante un largo y tierno instante.

—Me encantaría —me susurra en los labios.

Lo beso con ternura y susurro a mi vez:

—Después de la operación, cuando estés bastante recuperado, iremos.

Asiente.

—Sí, está claro que tendré que ir para que Gus se asegure de que tu tatuaje encaja con el mío: se rió de mí cuando fui a que me hiciera el mío en las costillas.

Sonríó.

—¿Se rió?

—Ajá. —Suelta una risita—. Me acusó de ser un romántico incurable y amenazó con contárselo a mis amigos. Yo le dije que parecía mi padre y que cerrara el puto pico. Gus es un buen tío, y un tatuador acojonante.

—Ya lo veo.

Andrew me pasa la mano por el pelo, echándomelo hacia atrás una y otra vez. Y, mientras me mira, escrutando mi cara, me pregunto qué se le pasará por la cabeza. Su bonita sonrisa se ha desvanecido, y parece más abstraído y cuidadoso.

—Camryn, quiero que estés preparada.

—No empieces con...

—No, nena, tienes que hacer esto por mí —insiste, la preocupación reflejada en sus ojos—. No puedes permitirte creer al cien por cien que voy a salir de ésta. No puedes.

—Andrew, por favor, para.

Me pone cuatro dedos en los labios para acallarme. Estoy llorando otra vez. Intenta tener el mayor tacto posible con la verdad, conteniendo sus propias lágrimas y sus propias emociones mejor incluso que yo. Él es el que podría morir y soy yo la que no tiene fuerzas. Me cabrea, pero lo único que puedo hacer es llorar y cabrearme conmigo misma.

—Sólo prométeme que seguirás diciéndote que podría morir.

—No puedo obligarme a decir eso.

Me abraza con más fuerza.

—Prométemelo.

Aprieto los dientes, la mandíbula en tensión. Los ojos y la nariz me pican y me escuecen.

Al final, contesto:

—Te lo prometo. —Y me destroza el corazón—. Pero tú tienes que prometerme a mí que saldrás de ésta —pido, metiendo de nuevo la cabeza bajo su barbilla—. No puedo estar sin ti, Andrew. Es preciso que sepas que no puedo.

—Lo sé, nena..., lo sé.

Silencio.

—¿Me cantarás? —pregunta.

—¿Qué quieres que cante?

—*Dust in the wind* —replica.

—No. Me niego a cantar esa canción. No me lo vuelvas a pedir. Nunca.

Me aprieta contra sí.

—Pues entonces canta cualquier cosa —musita—. Sólo quiero oír tu voz.

Así que empiezo a cantar *Poison & wine*, la canción que cantamos juntos en Nueva Orleans cuando estábamos abrazados aquella noche. Canta conmigo unas frases, pero sé que está muy débil, porque apenas puede sostener una nota.

Nos quedamos dormidos abrazados.

—Tengo que hacer unas pruebas —oigo decir a una voz sobre la cama.

Abro los ojos y veo que la enfermera del trío está junto a la cama.

Andrew también se despierta.

Es media tarde y, a juzgar por la luz que entra por la ventana, pronto anochecerá.

—Creo que deberías vestirme —sugiere la enfermera con una sonrisa de complicidad.

Probablemente piense que Andrew y yo nos lo hemos montado aquí, teniendo en cuenta que estoy medio desnuda.

Salgo de la cama y me pongo la ropa mientras la enfermera comprueba el estado de Andrew y, al parecer, lo prepara para que salga de la habitación con ella. A los pies de la cama hay una silla de ruedas.

—¿Qué clase de pruebas? —pregunta él con un hilo de voz.

La debilidad de su tono hace que alce la vista: no tiene buen aspecto. Parece... desorientado.

—¿Andrew? —Vuelvo a la cama.

Él levanta con cuidado una mano para que no vaya.

—No, nena, estoy bien, sólo un poco mareado. Al intentar levantarme.

La enfermera se vuelve hacia mí, y aunque están entrenadas para parecer relajadas y que no se les note lo preocupadas que están en realidad, se lo veo en los ojos. Sabe que algo va mal.

Esboza una sonrisa forzada y rodea la cama para ayudarlo a incorporarse, quitando de en medio la vía.

—Estará fuera una hora o dos, puede que más, mientras le hacen más pruebas —informa—. Aprovecha para ir a comer algo y estirar las piernas y vuelve dentro de un rato.

—Pero no... no quiero dejarlo.

—Haz lo que dice —farfulla Andrew, y cuanto más lo oigo intentando hablar, más miedo me entra—. Quiero que vayas a comer. —Consigue volver la cabeza para mirarme esta vez y señala con un dedo severo—. Pero nada de carne —me prohíbe de broma—. Todavía me debes un filete, ¿te acuerdas? Cuando salga de aquí será lo primero que hagamos.

Me arranca la sonrisa que pretendía, aunque es débil.

—Vale —accedo, asintiendo a regañadientes—. Volveré dentro de unas horas y te estaré esperando.

Me acerco y lo beso con delicadeza. Él me mira intensamente a los ojos cuando me aparto. Sólo veo dolor en su mirada. Dolor y agotamiento. Pero procura ser fuerte y una pequeña sonrisa le ilumina la boca. Se sienta en la silla de ruedas y vuelve la cabeza para mirarme una vez más antes de que se lo lleve la enfermera.

Me quedo sin respiración.

Me entran ganas de decirle a voz en grito que lo quiero, pero no lo digo. Lo quiero con toda mi alma, pero en el fondo siento que si lo digo, si por fin lo admito en voz alta, todo se vendrá abajo. Puede que si me lo guardo, si nunca digo esas dos palabras, lo nuestro no acabe jamás. Pronunciar esas dos palabras puede ser un principio, pero para mí y para Andrew me temo que sea el final.

No podría comer aunque me fuera la vida en ello. Le dije a Andrew que lo haría sólo para complacerlo. Lo que hago, en cambio, es salir afuera a sentarme delante del hospital un rato. No quiero alejarme mientras él esté dentro. Me costó lo que no está escrito dejar que la enfermera lo alejara de mí.

Recibo un mensaje de Natalie:

Acabo de aterrizar. Voy a coger un taxi. Llego dentro de nada. Te quiero.

Cuando veo llegar el taxi al hospital, tardo un segundo en ponerme de pie. Hace bastante que no la veo, desde lo de Damon.

Pero nada de eso me importa ya. Hace algún tiempo que no me importa. Tu mejor amigo es tu mejor amigo, haga lo que haga o por mucho daño que te haga, y si duele tanto es porque es tu mejor amigo. Y nadie es perfecto. Los errores se hicieron para que los amigos de verdad se perdonen, es lo que convierte en oficial a un amigo de verdad. En cierto modo, igual que con Andrew, no concibo mi vida sin Natalie. Y ahora mismo la necesito como no la he necesitado nunca.

Echa a correr por el cemento nada más verme, el largo pelo color chocolate ondeando libremente al viento.

—Dios mío, te he echado tanto de menos, Cam.

Me da un abrazo que casi me mata.

No ha hecho más que llegar y ya me estoy aprovechando de su abrazo y sollozando en su pecho. No he podido contener las lágrimas. En mi vida he llorado tanto como en las últimas veinticuatro horas.

—Dios, Cam, ¿qué pasa? —Noto que me peina con las manos mientras lloro suavemente contra su camiseta—. Vamos a sentarnos.

Natalie me lleva hasta un banco de piedra que hay bajo un roble y nos sentamos juntas.

Se lo cuento todo. Desde la razón por la que me fui de Carolina del Norte hasta cuando conocí a Andrew en el autobús de Kansas y todo lo demás hasta llegar al punto en el que me encuentro, sentada con ella en este banco. Ella ha llorado y ha sonreído y se ha reído conmigo cuando le he hablado del tiempo que he pasado con Andrew, y rara vez la he visto más seria. Sólo cuando metieron a mi hermano Cole en la cárcel y después de que mis padres se divorciaran. Y después de que Ian muriera. Puede que Natalie sea una chica alocada, franca, fiestera, que por regla general no sabe cuándo mantener la boca cerrada, pero sabe que hay un momento y un lugar para todo, y en un momento así me entrega su corazón.

—No puedo creer que estés pasando por esto después de lo que pasaste con Ian. Joder, es como si el destino te gastara una broma cruel.

En cierto modo es eso, pero con Andrew parece algo mucho peor que una broma cruel.

—A ver —me dice al tiempo que me pone la mano en la pierna—, piénsalo: ¿qué probabilidades hay de que todo lo que ha pasado como pasó sea una simple coincidencia? —Me mira y sacude la cabeza—. Lo siento, Cam, pero es demasiada coincidencia: vosotros dos estabais destinados a estar juntos. Es como una historia de amor de un puto cuento siniestro que no se puede inventar, ¿sabes?

No digo nada, tan sólo me limito a considerarlo. Por lo general diría algo de su dramático uso de las palabras, pero esta vez no puedo. Sencillamente, no me sale.

Me obliga a mirarla.

—En serio, ¿crees que alguien te haría pasar por todo esto sólo para ver cómo se muere?

Duele oír esa palabra, pero me trago el dolor.

—No lo sé. —Observo los árboles del jardín, pero sin verlos. Sólo veo la cara de Andrew.

—Verás como se pone bien. —Natalie me coge la cara entre las manos y me mira a los ojos—. Saldrá de ésta, sólo tienes que decirle a la muerte que se vaya a la mierda, que a éste te lo quedas tú, ¿vale?

A veces Nat me sorprende. Y ésta es una de esas veces.

Sonríó un tanto y ella me seca las lágrimas de las mejillas.

—Vamos a buscar un Starbucks.

Natalie se levanta, el enorme bolso de piel negro colgando de un brazo, y me tiende la mano.

Vacilo.

—Es que..., Natalie, es que prefiero quedarme aquí.

—No, tienes que alejarte de tanta mala energía un rato, los hospitales le chupan la esperanza a todo. Vuelve cuando ese puto queso de Kellan por el que estoy tan celosa de ti esté ya en la habitación y puedas presentármelo. —Esboza una ancha sonrisa que deja a la vista sus dientes.

Ella siempre me hace sonreír también.

Le doy la mano.

—Muy bien —cedo.

Vamos hasta el Starbucks más próximo en el Chevelle. Natalie pone el coche perdido de babas por el camino.

—Joder, Cam, con éste sí que te ha tocado la lotería. —Se sienta frente a mí dando sorbos a su *caffé latte* con hielo—. Los tíos así de perfectos no abundan.

—Bueno, perfecto no es —matizo, moviendo la pajita en el vaso—. Habla fatal, es cabezota, me obliga a hacer mierdas que no quiero hacer, y siempre se sale con la suya.

Natalie sonrío y sorbe por la pajita.

Luego me señala brevemente.

—¿Lo ves?, lo que yo decía: perfecto. —Se ríe y después revuelve los ojos castaños—. Y por-fa-vor, te hace hacer mierdas que no quieres hacer, ¡y una mierda! Algo me dice que te encanta que te diga lo que tienes que hacer. —Da una palmada en la mesa y abre unos ojos como platos—. Nooo, es una fiera en la cama, ¿a que sí? ¡¿A que sí?! —Casi no puede contenerse.

Sí que le dije que hubo sexo, pero no le di lo que se dice los detalles jugosos.

Bajo la vista a la mesa.

Natalie da otro golpe y un tío que está sentado detrás de ella nos mira.

—Madre mía, ¡eso es que sí!

—Sí, sí —silbo intentando no reírme—. Y ahora, ¡¿te importaría bajar la voz?! —

—Venga, tienes que darme algún detallito de nada —junta el pulgar y el índice para demostrar lo poco con lo que se conforma y entorna un ojo.

Bah, ¿qué coño? Me encojo de hombros, me inclino sobre la mesa y miro a ambos lados para ver si hay alguien poniendo la oreja.

—La primera vez —empiezo, y es como si su cabeza se quedara congelada en el tiempo, los ojos muy fuera de las órbitas, la boca abierta— casi me lo hizo a la fuerza..., ya sabes lo que quiero decir... Claro que quería que lo hiciera, ya sabes...

Mueve la cabeza como si fuera uno de esos perritos de los coches, pero no dice nada porque quiere que continúe.

—Sé que es dominante por naturaleza y que no lo hizo sólo porque le dije que era lo que me gustaba. También sé que así y todo puso cuidado en ello, que no fue demasiado lejos porque quería asegurarse de que estuviera bien.

—¿Alguna vez fue más allá?

—No, pero sé que lo hará.

Natalie sonrío.

—Eres una friki viciosa del sexo —deduce, y me ruborizo de tal forma que por un

instante soy incapaz de alzar la vista—. Parece que ese tal Andrew es exactamente lo que necesitabas en todos los sentidos. Te sacó una mierda que ni Ian ni Christian pudieron sacarte. —Levanta la vista, como si mirara al cielo, y se apresura a añadir—: Sabes que te adoro, Ian. —Y se besa dos dedos y señala con ellos hacia arriba. Después se apresura a mirarme a mí.

—Pero no es por eso por lo que lo quiero —replico.

Natalie cierra la boca. Y yo la mía. Creo que acaba de agotarse todo el aire que había en este sitio. Ni siquiera era consciente de lo que decía.

¿Por qué he tenido que decirlo en voz alta?

—¿Estás enamorada de él? —pregunta Nat, aunque no parece realmente sorprendida.

No digo nada. Me limito a tragarme cualquier otra palabra que estuviera dispuesta a soltar.

—Si no estuvieras enamorada de él después de todo lo que has vivido con él, pensaría que eres tú la que tiene el tumor cerebral.

Aunque no me gusta nada que haya utilizado esas dos palabras crueles y terribles, sé que no lo dice con mala intención.

Pero con independencia de su broma desenfadada y su facilidad para hacerme olvidar que las cosas no son tan buenas ahora mismo, ya he agotado mi capacidad para seguirle el juego. Le agradezco que me haya ayudado a no pensar en la depresión y el miedo por Andrew, aunque sólo haya sido durante unos minutos en los que he hablado de sexo con ella y hemos sido como éramos antes.

Sin embargo, ya no puedo más.

Sólo quiero volver al hospital y estar con él.

Natalie y yo volvemos cuando ya es de noche, cruzamos juntas las puertas principales y subimos en el ascensor.

—Espero que ya haya terminado —digo, nerviosa, mirando de nuevo el reflejo borroso de la puerta del ascensor.

Noto que Natalie me da la mano. La miro y veo que me sonrío con dulzura.

El ascensor se abre y enfilamos el pasillo.

Asher y Marna vienen hacia nosotras.

Su expresión hace que el corazón se me caiga a los pies. Aprieto la mano de Natalie con tanta fuerza que probablemente se la esté aplastando.

Cuando Asher y Marna están delante de nosotros, veo que a ella le ruedan las lágrimas sin tregua por las mejillas. Me da un abrazo y dice con voz trémula:

—Andrew ha entrado en coma... No creen que vaya a salir de él.

Me aparto de ella.

Cada pequeño sonido, desde el aire que entra por los respiraderos del techo hasta la gente que pasa por delante de nosotros en el pasillo, cesa de pronto. Noto que Natalie quiere cogerme la mano, pero la rechazo distraídamente y reulo llevándome las manos al corazón. No puedo respirar..., no puedo respirar. Veo los ojos de Asher, brillantes debido a las lágrimas cuando me mira, pero rehúyo su mirada. Rehúyo la mirada porque tiene los ojos de Andrew y no puedo soportarlo.

Marna mete la mano en el bolso y saca un sobre. Se acerca a mí con cuidado y me coge ambas manos para ponerme en ellas el sobre.

—Andrew quería que te diera esto si le pasaba algo. —Me dobla los dedos en torno al sobre con los suyos. No lo miro; la miro sólo a ella; las lágrimas, cayéndome por la cara.

No puedo respirar...

—Lo siento —dice Marna, la voz temblorosa—. Tengo que irme. —Me da unos golpecitos en las manos con aire maternal—. Siempre serás bienvenida en mi casa y en mi familia. Quiero que lo sepas.

Está a punto de caer, y Asher le pasa el brazo por la cintura y la guía por el pasillo.

Me quedo plantada allí en medio. Pasan algunas enfermeras, pero me rodean. Noto que el aire me roza la cara al pasar. Tardo una eternidad en reunir el valor suficiente para mirar el sobre que tengo en las manos. Estoy temblando. Mis dedos toquetean torpemente la solapa.

—Deja que te ayude —oigo decir a Natalie, y estoy demasiado ida para protestar.

Me coge el sobre con delicadeza, me lo abre y abre despacio la carta que hay dentro.

—¿Quieres que te la lea?

La miro, los labios me tiemblan de manera incontrolable, y sacudo la cabeza cuando por fin entiendo su pregunta.

—No..., dame...

Me da la carta y termino de abrirla, las lágrimas cayendo en el papel mientras leo:

Querida Camryn:

Nunca quise que las cosas fueran así. Quería contarte yo mismo todo esto, pero tenía miedo. Tenía miedo de que, si te decía en voz alta que te quería, lo que teníamos moriría conmigo. Lo cierto es que supe en Kansas que tú eras mi alma gemela. Te he querido desde el primer día que te miré a los ojos cuando me lanzaste aquella mirada asesina arrodillada en el asiento. Puede que entonces no fuera del todo consciente de ello, pero supe que algo me había sucedido en ese momento y que ya no podría separarme de ti.

Nunca he vivido como lo hice durante el breve espacio de tiempo que pasé contigo. Por primera vez en mi vida me sentí completo, vivo, libre. Eras la parte del alma que me faltaba, el aire de mis pulmones, la sangre de mis venas. Creo que si existen las vidas anteriores, hemos sido amantes en todas y cada una de ellas. Te conozco desde hace poco, pero es como si te conociera de toda la vida.

Quiero que sepas que te recordaré siempre, hasta en la muerte. Siempre te querré. Ojalá todo hubiera sido distinto. Pensé en ti muchas noches en la carretera. Clavaba la vista en el techo de los moteles e imaginaba cómo sería nuestra vida en común si hubiese vivido. Incluso me puse sentimental y te vi con un vestido de novia, e incluso con un *mini yo* en el vientre. Ya sabes, he oído que el sexo es genial cuando la mujer está embarazada. ;-)

Pero siento haber tenido que dejarte, Camryn. Lo siento mucho... Ojalá la historia de Orfeo y Eurídice fuese real, porque entonces podrías bajar al inframundo y cantar para que volviera a tu vida. No miraría atrás. No la cagaría como hizo Orfeo.

Lo siento mucho, nena...

Quiero que me prometas que seguirás siendo fuerte, bella, dulce y buena. Quiero que seas feliz y encuentres a alguien que te quiera tanto como te he querido yo. Quiero que te cases, tengas hijos y vivas tu vida. No olvides nunca ser siempre tú misma, y no tengas miedo de decir lo que piensas ni de soñar en voz alta.

Espero que no me olvides nunca.

Una cosa más: no te sientas mal por no haberme dicho que me querías. No hacía falta. He sabido todo este tiempo que era así.

Te querré siempre,

ANDREW PARRISH

Caigo de rodillas en medio del pasillo, la carta de Andrew en la mano.

Y es lo último que recuerdo de ese día.

El sol brilla y no hay una sola nube en el cielo. Incluso oigo trinar a los pájaros. Supongo que es perfecto para un día así. El tacón de mi zapato pisa una zona de hierba mullida. Llevo un vestidito de tirantes amarillo y blanco que me llega justo por encima de las rodillas. Me he hecho una trenza de lado, como se empeñaba siempre Andrew que la llevara. Junto las manos mientras contemplo la lápida en la que dice «PARRISH» en grandes letras grabadas en la parte posterior. Ha sido duro venir aquí, pero ya era hora de que lo hiciera.

Mantengo la vista baja, mirando distraídamente el túmulo de tierra arcillosa que aún parece reciente cuando hace ya dos meses que se celebró el entierro. Ni siquiera la lluvia que lo azota sin piedad parece contribuir a allanarlo. Echo un vistazo a las otras tumbas, la mayoría ya está cubierta de hierba, y no siento tristeza, sino consuelo, como si esas personas, aunque hace ya tiempo que no están entre nosotros, contaran con la compañía del resto.

Unas manos me rodean la cintura por detrás.

—Gracias por venir conmigo, nena —me dice al oído Andrew, y me besa en la mejilla.

Le cojo la mano para que se sitúe a mi lado y miramos una última vez la tumba de su padre juntos.

Dejamos Wyoming esa noche, pero vamos en avión. Nuestros planes de viajar por el mundo sólo se han aplazado. Tres semanas después del coma y la operación, Andrew empezó a recuperarse. Los médicos se mostraron tan sorprendidos como el resto de nosotros, pero así y todo le ha hecho falta tiempo para restablecerse por completo, y no me he movido de su lado desde entonces, en Galveston. Va al fisioterapeuta una vez a la semana, pero da la impresión de que ya no le hace falta.

Andrew insistió en que moviéramos el culo y nos pusiéramos en marcha como teníamos pensado: sufre de esa sensación eufórica de *la vida me da una segunda oportunidad* que hace que tenga más ganas que nunca de hacer toda clase de cosas. Joder, si hasta disfruta fregando los platos y haciendo la colada. Pero su madre, Marna, y yo le hemos prohibido terminantemente que trabaje o se esfuerce demasiado. A Andrew no le hace gracia, pero sabe que no puede enfrentarse a las dos a la vez.

Le daremos literalmente una patada en el culo.

Sin embargo, Andrew y yo seguimos pensando en dar la vuelta al mundo y cumplir nuestra promesa de no dejarnos arrastrar por la monotonía de la vida. Nada de eso ha cambiado, y sé que no cambiará.

Natalie volvió a Carolina del Norte, y hablamos a diario. Ahora sale con Blake, el tío al que Damon atacó aquella noche en la azotea. Me hace sonreír saber que están juntos. Cuando hablo con ellos por Skype veo que están hechos el uno para el otro. Al menos, por ahora; con Natalie nunca se sabe lo que va a pasar. A Damon, por otra parte, acabaron deteniéndolo por posesión de drogas. Es su segundo delito, así que esta vez probablemente se pase un año en la cárcel. Puede que aprenda de sus errores, aunque lo dudo.

En cuanto a mi hermano Cole, sin embargo, creo que Andrew no se equivocaba. Andrew y yo volamos a Carolina del Norte para ir a ver a mi madre, y mientras estábamos allí fuimos con ella a ver a Cole a la cárcel. Parece cambiado, como si estuviera arrepentido de verdad. Se lo vi en los ojos. Él y Andrew se cayeron muy bien. Creo que quizá mi hermano termine siendo como el hermano mayor al que conocí en su día cuando salga de prisión. Y con la ayuda de Andrew he perdonado a Cole por lo que hizo. Siempre lo sentiré por la familia que destrozó cuando mató a aquel hombre en el accidente, pero me he dado cuenta de que perdonar cura un montón de cosas.

Mi madre sigue saliendo con Roger. De hecho, se casan en febrero en las Bahamas. Me alegro mucho por ella. Al final conocí a Roger y lo sometí a mi examen

para capullos, y me alegra poder decir que aprobó con nota. Ahora mi madre casi nunca está en casa, él siempre se la está llevando a alguna parte.

Y mi madre se lo merece todo.

La madre y los hermanos de Andrew me acogieron en su familia con los brazos abiertos. Asher y yo somos muy amigos y, a pesar de que siempre pensé que Aidan era muy distante, lo quiero a morir. En realidad nunca fue un capullo con Andrew. La verdad es que Andrew se lo merecía. Aidan y su mujer, Michelle, hablan conmigo y de mí como si fuera la mujer de Andrew. Siempre me pongo roja. Y, lo más importante, Andrew y Aidan se llevan bien. Antes de que Aidan y Michelle volvieran a Chicago después de hacernos una visita relámpago la semana pasada, me encantó verlos tomarse el pelo y luchar en el salón. Estuvieron a punto de cargarse el televisor, pero Michelle y yo nos echamos unas risas y los dejamos con su despliegue de testosterona de macho alfa.

Y hoy..., bueno, hoy va a ser un día un poco distinto de a lo que Andrew está acostumbrado.

Entro en el salón, está tirado en el sofá viendo *Prometheus*.

Me tiende la mano al ver que voy hacia él.

—No —digo sacudiendo la cabeza—, necesito que te levantes.

—¿Qué pasa, nena?

Se incorpora y se rasca la cabeza. Ya ha empezado a crecerle el pelo, pero sigue sin acostumbrarse a la sensación que le produce, sobre todo alrededor de la cicatriz que le dejó la operación.

Baja las piernas y se sienta erguido, y yo me acomodo entre ellas y le paso la mano por la cabeza. Me besa una muñeca y luego la otra.

—Ven conmigo. —Echo hacia atrás la cabeza, lo agarro de la mano y él me sigue hasta la habitación.

Como siempre que lo llevo al dormitorio, piensa automáticamente que es algo sexual, y sus bonitos ojos verdes se le iluminan como si fuera un niño pequeño.

—Sólo quiero que te tumbes conmigo un ratito —pido mientras me quito la ropa.

Parece algo perplejo, pero está tan mono...

—Vale —accede sonriendo—. ¿Quieres que yo también me desnude? Me desnudaré, sí. ¿Para qué coño pregunto? —Empieza a desvestirse.

Se tiende a mi lado y nos colocamos de frente, uniendo el cuerpo y enredando las piernas. Me rodea con sus brazos y sus dedos recorren mi tatuaje de Orfeo, que me hice hace dos semanas. Es perfecto, encaja a la perfección con el suyo. Cuando nos tumbamos así, las dos piezas se vuelven una.

—¿Estás bien, nena?

Andrew me mira con curiosidad, sus dedos acariciándome las costillas.

Sonrío y lo beso en la boca.

Luego me separo un poco, le cojo la mano y la deslizo por mi tatuaje, por donde se extiende hacia el vientre.

—Me encanta el tatu, amor —susurro en el escaso espacio que queda entre nuestras caras—, pero creo que probablemente dentro de unos siete meses y medio Orfeo está algo dado de sí.

Andrew parpadea confuso y tarda unos segundos en entender lo que estoy diciendo.

Echa hacia atrás la cabeza en un movimiento un tanto pasmado y, después de una pausa, se incorpora.

—Salgo de cuentas en mayo.

Al principio abre mucho los ojos, está aturdido y atónito, pero consigue decir:

—¿Estás embarazada?

Y lleva la mano en el acto a mi estómago.

Su reacción me hace sonreír más aún.

Los hoyuelos se le marcan al mirarme, y acto seguido su lengua está en mi boca. El beso me corta la respiración, y me abraza en el centro de la cama.

—Cásate conmigo —dice, y ahora soy yo la que se queda aturdida y atónita—. Iba a pedírtelo mañana por la noche, cuando saliéramos, pero ya no puedo esperar. Cásate conmigo.

Empiezo a llorar, y él me abraza de nuevo y me besa más.

Cuando por fin me aparta y me mira a los ojos de nuevo, contesto:

—Me casaré contigo, Andrew Parrish.

—Te quiero tanto —asegura, y vuelve a besarme. Me coge la cara—. Y ahora vamos a ver qué tal es el sexo estando embarazada.

¿Qué puedo decir? Es Andrew, y me encanta que sea así.





J. A. REDMERSKI. Nació el 25 de noviembre de 1975. (Jessica Ann) Redmerski vive en North Little Rock, Arkansas, con sus tres hijos y un maltés. Sus obras aparecen regularmente en las listas de los más vendidos del *New York Times*, *USA Today* y *Wall Street Journal*. Es una amante de la televisión y los libros que empujan los límites; además es una gran fan de AMC's *The Walking Dead*.

Notas

- [1] En inglés, «pecadora». (*N. de la t.*) <<
- [2] «Santa.» (*N. de la t.*) <<
- [3] «Lista para amar», «preparada para el amor». (*N. de la t.*) <<
- [4] «Fiebre Bieber», en inglés rima. (*N. de la t.*) <<
- [5] Se refiere al doctor Phil McGraw, popular en Estados Unidos por su programa «El show del Dr. Phil», en el que aconseja a los distintos invitados sobre «estrategias de vida» a partir de su experiencia como psicólogo clínico. (*N. de la t.*) <<
- [6] «Pasas en mi tostada.» (*N. de la t.*) <<
- [7] «Ríete, he estado a punto de morir.» (*N. de la t.*) <<
- [8] «Me encanta Nueva Orleans.» (*N. de la t.*) <<